



SAGA ORDINALES

EL SEPTIMO

PECADO

PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S
EL SÉPTIMO PECADO

PHAVY PRIETO

A mi tía, Inmaculada Expósito.

Una flor hermosa de increíbles ojos azules y sonrisa preciosa.

*Gracias por tu incondicional apoyo y convertirme en una gran fanática de
mis historias. Eres una mujer maravillosa y fascinante.*

Te quiero tita.

Agradecimientos.

*A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,
por la maravillosa edición de las portadas
y por estar siempre ahí,
¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.*

*A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día
y hacer que esta historia se convirtiera en el número uno
de las listas de Género Histórico.
Sois increíbles, siempre os lo digo,
miles y miles de GRACIAS*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Abril 2018

ISBN: 9781980948377

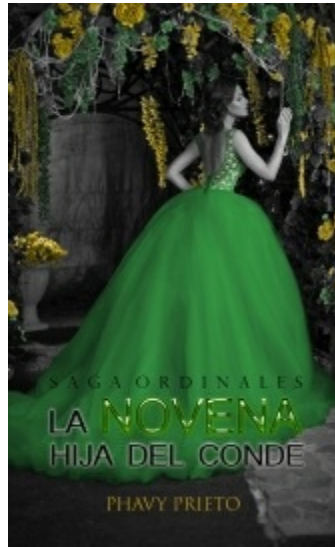
Sello: Independently published

“Es mejor perder tu orgullo por la persona que amas,
que perder a la persona que amas por orgullo”

John Ruskin

Antecedentes de El Séptimo Pecado:

La Novena Hija del Conde

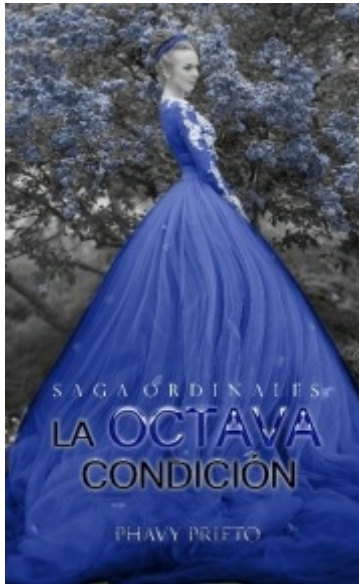


Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole recordar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que sienten el uno hacia el otro.

La Octava Condición



David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordárselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediabilmente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de

cumplir.

7 de septiembre de 1923

—Es tu tercera temporada Julia —aseguró Robert Benedict con semblante serio—, sabes perfectamente lo que eso significa.

Las palabras de Robert martilleaban en la cabeza de Julia una y otra vez en repetidas ocasiones.

Desde la muerte del señor Benedict, Robert había tomado el relevo como cabeza de familia y Julia podía entender su preocupación por ella, pero no era tan necesario que se lo recordara en cada instante. Era la tercera vez que lo decía en esa semana y sabía perfectamente lo que aquello significaba: debía casarse. Tendría que obtener un matrimonio sin amor, sin deseo, sin sentimientos, sin...absolutamente nada.

Llevaba años siendo consciente de que sería así, que sin lugar a duda sus opciones eran esa o la de ser una solterona rodeada de gatos y adorando a sus sobrinos —si es que Robert llegaba algún día a casarse y tener hijos— o en todo caso adorar a los hijos que tenían y tendrían en un futuro próximo sus

amigas.

Ellas sí habían sido afortunadas en el amor, tanto *lady* Emily como *lady* Catherine habían tenido la suerte de enamorarse de sus esposos y sobre todo, lo más importante para ella; ellos respondían con sinceridad a ese amor.

Nunca tendría lo que en tantas ocasiones leyó en esos libros que mantenía a escondidas ocultos en su habitación bajo su cama. Jamás podría sentir qué se sentía al besar con pasión, con lujuria, con...ese frenesí que describían aquellas páginas provocando que su sangre se alterase y que el mundo a su alrededor se desvaneciera ante la intensidad del momento.

Su madre no cesaba en su empeño de presionarla para aceptar la petición de matrimonio del conde de Ashbury que su hermano Robert tenía sobre la mesa de su despacho.

¡Es un conde! Exclamaba su madre como si con aquello se solucionara todo. No mencionaba que tenía casi veinte años más que ella, ni que había estado casado en tres ocasiones y en todo caso ella sería su cuarta esposa... todo parecía quedar eclipsado porque simplemente tenía un título nobiliario y ella no.

¿Para qué demonios iba a desear un título si no tenía amor? Simplemente para nada.

Esa mañana pasaría por Lynet's para encargarse un nuevo vestido puesto que ya podría ir de medio luto en lugar de luto completo por la muerte de padre. Apenas tenía un par de vestidos que cumplían esa función y necesitaba rellenar su guardarropa.

En un par de meses quedaría libre del yugo del luto para contraer matrimonio según las estrictas normas morales marcadas por la sociedad. Nunca hubiera pensado que podría echar de menos las fiestas y los bailes, al menos en ellos podía distraerse, pero en el fondo era consciente de la razón por la que echaba de menos algunas de esas fiestas y la razón era verle a él, al único hombre que podía conseguir que su pulso se acelerase solo con mencionar su nombre.

Hacía varios meses desde la última vez que había coincidido en el mismo lugar deleitándose con su presencia, exactamente desde el bautizo de la hija de los duques de Sylverston, la pequeña *lady* Catherine que, al tratarse de una celebración íntima, su luto le permitió acudir.

El recuerdo de su hermoso rostro hacía que sus mejillas se volvieran

sonrosadas y más aún cuando evocaba los recuerdos de aquella fiesta de máscaras de la que ya había transcurrido más de un año...

«Flashback»

Julia llevaba observándole toda la noche, ni siquiera sabía porque había acudido él, a ese baile de máscaras, aunque más tarde conocería por la propia Catherine, que lo hizo para acompañar a su fiel amigo *lord* Clayton.

Podía distinguir aquellos ojos verdes en cualquier parte del mundo, así que cuando observó como eludía a las jóvenes damas para no tener que bailar con ellas —algo muy típico en él—, se atrevió a seguirlo por el salón de baile sin perder detalle de su presencia.

Notaba las miradas disimuladas de algunas señoras ya casadas que le observaban —descaradas— meditó en ese momento. Sin duda alguna él podía conseguir que cualquier mujer detectara su presencia, tenía un magnetismo que ni ella misma se lograba explicar para hacerlo posible, es más, era consciente de que estaba completamente rendida a sus pies, aunque su propio orgullo no quisiera reconocerlo, ni tan siquiera se lo había confesado a sus amigas a pesar de la confianza que tenía con ellas. No, un secreto así debía seguir solamente en su interior, en lo más profundo de su corazón.

Siguió observándole mientras atravesaba aquel pasillo en penumbra donde algunas damas paseaban en compañía. Agradeció en esos momentos llevar máscara para no ser reconocida, de lo contrario, su madre se lo reprocharía durante el resto de su vida por lo fiel y estricta que era ante las normas de sociedad al respecto.

Se giró para ver si precisamente alguien la seguía y cuando volvió la vista al frente, él no estaba. ¿Dónde se había metido?

En ese instante sintió el fuerte estirón de su brazo y unos brazos firmes la apresaron. Ni tan siquiera pudo reaccionar cuando observó esos ojos verdes a tan solo un palmo de distancia o aquellos labios tan apetecibles que estaban tan próximos a los suyos.

—¿Me estaba siguiendo jovencita? —replicó con sorna—. ¿Es que no sabe quién soy y lo que supone para mí su invitación?

—No le seguía —susurró tan levemente que probablemente sería imposible

que la reconociera por su voz.

—Yo apostaría lo contrario, puesto que lleva persiguiéndome desde que salí del gran salón y ambos sabemos porqué lo hacía. —Su voz era sensual, atrayente...como casi todo él en sí mismo.

Julia no contestó, no podía hacerlo.

—Es usted un delicioso manjar del cual me veo peligrosamente tentado a probar —admitió en un tono de voz tan masculina y a su vez ronca.

¡Dioses!, ¿Le estaba diciendo que le resultaba atractiva? Pero ¿Qué mujer no era atractiva para él? Tal vez aquella idea de seguirlo había sido mala, peor que mala, ¡Había sido una estupidez! Estábamos hablando de él, del amigo irresponsable de su hermano, del libertino más endiabladamente

guapo de todo Londres, del hombre que había dicho con sus propias palabras ante todo el mundo y jactándose de ello que jamás se casaría por principios. Él no deseaba una esposa, no deseaba una familia y mucho menos podría ser alguien fiel.

Cerró los ojos para asimilarlo y no verlo al mismo tiempo. Lo sabía, ella lo sabía y a pesar de ello deseaba besarlo, aunque fuera una única vez.

Escuchó la voz de alguien que se aproximaba y cuando abrió los ojos, él ya no estaba.

«Fin del Flashback»

Habían podido besarse, estaba completamente segura de que la habría besado si alguien no les hubiera interrumpido y desde entonces no había tenido la oportunidad de volver a perseguirle, de volver a coincidir a solas con él a pesar de que nunca supo que se trataba de ella.

Quería ese beso. Lo deseaba más que nada en el mundo. Si debía pasarse el resto de su vida al lado de un hombre al que no amaba, necesitaba al menos ese recuerdo al que aferrarse; vivir esa sensación por una sola vez en su vida. Lo tendría, aunque fuera lo último que hiciera conseguiría que el señor Richard Hayden, el amigo de su hermano, la besara de verdad.

Julia estuvo en Lynet's casi toda la mañana porque habían llegado tejidos nuevos desde la fábrica y aprovechó para elegir las telas que conformarían el guardarropa cuando abandonase el luto por su padre y volviera a los salones de baile.

Echaba de menos a padre, de todos sus familiares, él era quien mejor la

comprendía a pesar de ser un caballero. Le enseñó a tener juicio propio ante los acontecimientos y le había permitido poder elegir, en lugar de imponerle un matrimonio forzado, solo que él nunca sabría que su corazón pertenecía a alguien nada apropiado para ella. Robert estaba cumpliendo sus funciones como dueño y señor de la casa administrando las propiedades que había heredado en nombre de papá y los pequeños negocios que generaban la pequeña fortuna que poseía la familia, pero desde que había asumido ese papel, parecía más hostil y menos cercano.

Aún quedaba tiempo suficiente hasta la hora del almuerzo por lo que, en el transcurso hacia su casa, decidió visitar a su amiga Catherine a pesar de no haber advertido de su presencia, pero sus amigas estaban demasiado habituadas a su imprudencia e impulsividad. Gracias a dios la querían igualmente pese a ello.

—¡Mi querida Julia! —exclamó una embarazadísima Catherine después de que el mayordomo la guiara hasta la salita de té donde habitualmente reposaba su amiga mientras leía plácidamente un libro.

Debido a su estado avanzado de gestación, Catherine apenas salía de casa salvo por necesidad. Tenía un embarazo tan voluptuoso que podría parecer incluso que esperaba más de un bebé, de ahí su miedo y el de la comadrona de que se adelantara el parto y no estuviese en casa en el preciso momento cuando tal acontecimiento llegara a pesar de que aún faltaran más de dos meses.

—Siento no avisar. —Se disculpó Julia, aunque en realidad no lo sentía porque casi nunca lo hacía, pero en el fondo era una señorita educada, se dijo mentalmente—. Pasaba por aquí y decidí hacerte una pequeña visita.

—¡Pues me alegra que lo hicieras! —exclamó Catherine estirándose para dejar el libro sobre la mesita sin apenas mover el cuerpo—. David lleva toda la mañana reunido, primero con *lord* Sylverston, para tratar algunos asuntos y después con el señor Hayden que no sé de querrá para llevar más de una hora encerrados en ese despacho.

¿Richard estaba allí? Pensó Julia rápidamente y los nervios hicieron que las palmas de sus manos comenzaron a sudar. Llevaba demasiados meses sin verlo, aunque si lo veía nada cambiaría, bueno...sí que cambiaría porque había tomado una determinación solo que tenía que prepararse para ello y ahora no estaba en absoluto preparada.

—Me alegró entonces de no haber importunado —contestó algo nerviosa.

Todo lo que pensaba hablar con Catherine se había esfumado al nombrar a Richard. Nunca había dejado que nadie sospechara de sus sentimientos hacia él y desde luego no iba a empezar a confesarlos ahora. En el fondo sabía que, si sus amigas se enteraban solo la compadecerían puesto que de todos era conocido que un hombre como el señor Hayden, jamás formalizaría un compromiso, puede que ni lo hiciera, aunque se viera forzado a ello.

—¿Aún te sientes mal por la muerte de tu padre? —preguntó Catherine al verla silenciosa.

Probablemente su amiga pensara que su tristeza se debía a ello y en parte después de todo así era.

—Es difícil hacer frente a su pérdida y desde que él murió, todo ha cambiado —admitió.

—Es normal, yo sufrí la muerte de mi padre y por circunstancias que ya conoces no estaban tan unida a él como tú, pero el tiempo hará que cicatrice y cuando te cases y formes una familia, el dolor no será tan fuerte porque habrá otras motivaciones que lo anulen.

—Eso sería si amara a mi esposo, cosa que dudo que haga —contestó tenaz.

—¿Por qué dices algo así Julia? Te recuerdo que yo no amaba a David cuando nos casamos y te puedo asegurar que me enamoré perdidamente de él —admitió Catherine.

—Sé que no me enamoraré de mi esposo, es algo que ya asumí hace años. Nunca tendré esa pasión que relatan los libros, ni ese ardor de deseo contenido —confesó algo nostálgica.

—Julia... —El tono de voz de Catherine era de preocupación.

—No te preocupes Catherine, de todos modos, no creo que tarde en aceptar alguna proposición.

Tenía que admitir que Robert la presionaba con apropiada razón, si no se casaba esa misma temporada, entraría en el llamado círculo de las no deseadas y a las que solo le llegaban ofertas de viudos encarecidamente detestables, ancianos o pobres. Ella ya no era una jovencita de diecisiete años que debutaba en sociedad por primera vez.

—¿Tienes alguna proposición formal? —preguntó Catherine entusiasmada.

—Si, el conde de Ashbury —respondió casi en un susurro.

—¡Pero ese hombre es casi un anciano! —exclamó.

—Pero es conde —contestó taciturna—. Al menos es la explicación de madre para considerar y aceptar su propuesta.

—Te mereces alguien mejor Julia. Alguien que aprecie tu entusiasmo, tu enorme belleza y tu inteligencia. No un vil conde que solo querrá que le des descendencia.

—Eso es muy fácil decirlo cuando mi dependencia económica está completamente ligada a mi hermano Robert. Me quedaría siendo una vieja solterona el resto de mis días si no fuera porque sería una carga para él.

—¡No digas estupideces! —exclamó Catherine—. Tu nunca serías una carga para nadie, además yo misma te acogería si fuera necesario.

Saber aquello hizo que los ojos de Julia se empañaran ligeramente en lágrimas al comprender que al menos en su amiga tenía un gran apoyo.

—Me alegra saberlo, pero debo hacer mi vida Catherine —afirmó con pesar.

—¿Alguna vez te has enamorado Julia? —preguntó intrigada. La pregunta la sorprendió a Julia por la forma directa en la que Catherine se lo había preguntado y en aquel momento no sabía si confesarlo para liberarse de alguna forma o simplemente seguir callando aquel sentimiento de por vida—. Intuyo que sí por tu silencio, ¿De quién se trata?, ¿Tal vez es alguien que no pertenece a los círculos altos de la sociedad? Conociéndote no me sorprendería —añadió Catherine algo sonriente.

—Es de la alta sociedad. —Negarlo era absurdo ya que después de todo se había delatado a sí misma.

—¿Te enamoraste del *lord* Guicciardini? —exclamó Catherine recordando el entusiasmo de Julia ante el caballero del ducado de Florencia que le traía tantos recuerdos.

—Yo... —comenzó a balbucear Julia—. Yo no... —Unos golpes en la puerta la salvaron de confesarle a Catherine quién era el caballero que robaba sus más íntimos y ardientes deseos.

—Adelante —dijo Catherine en un tono de voz alto.

La criada pareció algo acongojada por tener que molestar a su señora o al menos esa es la impresión que le dio a Julia.

—Mi *lady*, el almuerzo está listo.

—¿Tan pronto? —exclamó Catherine contrariada.

—Mi *lady*, ya es la hora y su excelencia invitó al señor Hayden a quedarse.

Julia observó como Catherine rodaba los ojos y le causó cierta gracia que lo hiciera, suponía que no le agradaba en cierta medida la presencia del amigo de *lord Clayton*.

—Julia por favor, ¿Podrías quedarte? —rogó Catherine.

En ese momento Julia se sintió tentada de hacerlo, de esa forma podría tener una excusa válida para verle después de haber pasado tanto tiempo, pero no podía quedarse.

—No puedo Catherine, madre me mataría —aseguró con cierto pesar.

—Envía a tu doncella con una nota en la que adviertas que no me encontraba bien y que requiero de tu compañía —contestó con cierta sonrisa—. Seguro que lo entenderá. —Catherine estaba sacando la artillería pesada—. Sabes que no tolero demasiado al señor Hayden, aunque colaboró con la búsqueda

cuando mi madrastra nos secuestró a Emily a mí, sigue siendo igual de... de... —balbuceó no encontrando las palabras exactas.

—¿Libertino? —contestó Julia como si esa fuera la palabra adecuada que Catherine estaba buscando.

—Si —admitió—. Supongo que se trata de eso. Sé que no tengo que preocuparme porque jamás arrastraría a David a sus peculiares fiestas libidinosas, pero detesto su inmadurez, ¿Es que no se da cuenta de que la propia sociedad lo acabara rechazando si sigue así? —exclamó Catherine en un susurro.

—No sé lo que puede pasar por la cabeza de semejante caballero para que piense así. Tal vez sea como has mencionado, su falta de madurez —admitió Julia. Había determinado que era mejor no revelarle nada a Catherine, menos aún ahora, que era consciente de la opinión que le profesaba al señor Hayden.

—Tú le conoces desde hace tiempo, ¿Verdad? —preguntó Catherine insistiendo en el tema.

—Muy poco en realidad —fingió Julia haciendo creer que no le importaba en absoluto—. Le he visto relacionarse con mi hermano Robert, pero entre el señor Hayden y yo nunca hubo más que algún saludo cordial, nunca hemos mantenido una conversación si quiera que yo recuerde —mintió.

Habían mantenido alguna que otra conversación, aunque fuera escasa o limitada, de hecho recordaba en su memoria demasiado bien cada una de ellas porque las solía rememorar con bastante asiduidad, pero no pensaba sacarlas a relucir puesto que tampoco habían sido de gran importancia y lo que menos deseaba en aquel instante era que Catherine siguiera hablando sobre el señor Hayden.

—Yo creo que una adecuada esposa le haría cambiar —refunfuñó Catherine pensativa.

—Tengo la sensación de que el señor Hayden no es como tu esposo, Catherine —respondió Julia intentando ser imparcial.

—Soy la primera en reconocer que mi esposo no era precisamente un santo antes de conocerme e incluso de recién casados tampoco es que lo fuera —admitió—. Pero le enseñé a darse cuenta de que su vida de casado era infinitamente mejor —admitió con una pícaro sonrisa.

Por un instante Julia sintió que tal vez podría ocurrirle lo mismo a ella, que si

lo deseaba lo suficientemente fuerte tal vez podría ser verdad. A su mente llegaron de nuevo aquellas palabras que escuchó una vez en un baile dichas por el propio Richard a su hermano; “Preferiría clavarme una daga en el corazón, antes que tener que contraer matrimonio con una insípida, torpe, y virgen debutante que lo único que espera del lecho matrimonial es concebir un hijo”

Tal vez ella podría demostrarle que no era insípida, ni torpe, aunque virgen sí que era, pero desde luego no esperaba del lecho únicamente concebir hijos... esperaba más, mucho más. Había leído demasiados libros que, pese a no ser detallados, dejaban poco a la imaginación y ella estaba ávida y deseosa por sentir todo lo que su imaginación albergaba.

—Tal vez un día debas contarme “en detalle” como fueron esas enseñanzas —contestó Julia algo risueña.

—Tal vez cuando estés casada, aunque algo me dice que sabes demasiado para tu supuesta inocencia —contestó Catherine riéndose mientras se incorporaba torpemente con aquella abultada barriga de embarazada.

Julia envió finalmente a su doncella con una misiva para avisar a su madre de que se quedaría a almorzar en casa de los duques de Lennox al no encontrarse del todo bien la duquesa. Estaba nerviosa por ver al señor Hayden de nuevo, ¿Sabría él que ella estaba allí? Probablemente daba igual puesto que para Richard, ella era la hermana pequeña de Robert, una señorita virgen, insípida y torpe debutante, que por a esas alturas, más que debutante empezaba a pertenecer al grupo de las solteronas no deseadas al no haber encontrado pretendiente aún después de varias temporadas.

Lord David Clayton, cuarto duque de Lennox, llevaba casi una hora tratando de convencer a su amigo Richard Hayden, de que, si seguía a ese ritmo, iba a dilapidar su fortuna en cuestión de poco tiempo.

—¿No hay forma entonces de convencerte? —insistió David.

—Me parecen muy buenos tus argumentos David, aunque no lo comparto probablemente porque no son de mi interés, pero admito que has sabido manejarte muy bien en los negocios amigo mío, solo que yo no lo necesito.

—Richard, has gastado casi el setenta por ciento de tu herencia en menos de siete años —insistió.

—De aquí a que se agote el último de mis peniques, mi tío Thomas habrá

muerto y por lo tanto heredaré el ducado de Sheraton y toda su enorme fortuna —admitió sonriente.

Richard era consciente de que su tío no tendría un heredero a su edad, así que, si la fortuna deseaba sonreírle de esa forma, ¿Quién era él para contrariarla?

—Y cuando heredes esa enorme fortuna, ¿Harás exactamente lo mismo que ahora? —exclamó David con pesar—, ¿Gastarla en prostíbulos, fiestas y juegos de azar?

—Por supuesto —admitió rotundamente—. ¿Para qué quiero una vida si no es para disfrutarla? A mí no me atrae el matrimonio, ni tener hijos, ni crear ningún absurdo imperio para que otro lo herede... —admitió. Su voz denotaba que todo aquello incluso le asqueaba ante la repulsión que le generaba el simple hecho que conllevaba aquella responsabilidad.

—Solo espero que el día que te arrepientas, porque sé que lo harás, no sea demasiado tarde —aseguró David con el ceño fruncido. Era consciente de que él mismo pensó de la misma forma que su amigo no mucho tiempo atrás y ahora en cambio, no podía concebir una vida que no fuera junto a su esposa y asegurar el porvenir de sus futuros hijos.

—Te aseguro que el arrepentimiento no forma parte de mis actos David. Planeo realizar pronto un viaje por Europa, es una lástima que no puedas acompañarme, así que tendrás que consolarte con tu querida esposa y tu futuro hijo. —El sarcasmo en su tono de voz era plausible.

—El día en que pierdas la cabeza por una dama amigo mío...seré yo quien me ría de esas palabras —contestó David con una sonrisa sin sentir lástima alguna de sí mismo. Prefería mil veces quedarse allí junto a su esposa que estar lejos de ella.

—Puedo afirmar que ese día nunca llegará. —contestó Richard riéndose—. Es más, apostaré todo lo que resta de mi fortuna y te aseguro que no perderé un centavo.

—Te lo recordaré cuando eso suceda —confesó David—. Mientras tanto vayamos a almorzar, puesto que con toda probabilidad mi esposa esté deseando ahorcarme por dejarla tantas horas sola.

La risa de Richard no se hizo esperar y se levantó para acompañar a su amigo hasta el comedor donde almorzarían.

—Esa es una de las ventajas de no tener esposa —dijo Richard antes de salir por la puerta—. No hay que rendir cuentas a nadie.

—¡Querida! —exclamó David en cuanto vio a su esposa aparecer acompañada de la joven señorita Benedict, ambas venían charlando en una animada conversación, por lo que las interrumpió para besar a su esposa.

—¿Ahora te acuerdas de mí? —refunfuño Catherine mientras Julia permanecía a su lado.

—*Lady* Catherine, señorita Benedict —saludó Richard formalmente e inclinando la cabeza.

Su voz de por sí grave, hizo que a Julia le temblasen las piernas al escucharle y alzó la vista para mirarle a los ojos, aquellos ojos verdes de un color tan intenso que con tanto magnetismo la atraían cada vez que los observaba.

—Señor Hayden —contestó intentando aparentar normalidad, ¿Por qué demonios su ímpetu quedaba ausente cuando él estaba presente? Tal vez fuera cierto aquello de que el amor volvía torpe a una persona y extremadamente vulnerable, porque así se sentía ella cada vez que estaba en la misma habitación que el señor Hayden.

—Será mejor que nos sentemos o terminaremos almorzando la sopa helada —intervino David hablando a todos los presentes—. Señorita Benedict, me alegro de volver a verla y es un placer que se quede para acompañarnos.

La comida comenzó siendo bastante tranquila centrándose sobre todo en el futuro hijo que los duques de Lennox iban a tener próximamente. Hasta a Julia comenzaba a aburrirle el tema de conversación monótono en el que se habían centrado.

—Señor Hayden, ¿Asistirá a la cena de los Brandon en su casa familiar dentro de dos semanas? —preguntó directamente Julia para cambiar de tema.

Los padres de su amiga Susan darían una cena acompañada de un posterior baile en su mansión de la ciudad, y por lo que ella sospechaba, probablemente anunciarían algo de lo que su amiga no parecía estar muy contenta, pero que tampoco había conseguido hacer que hablara sobre ello. En lo más profundo de su ser, Julia sospechaba que los padres de Susan habían concertado su matrimonio, quizá el mismo destino que sufriría ella dentro de poco.

—Lo dudo mucho, señorita Benedict. Ese tipo de fiestas no suele atraer mi

atención —admitió Richard restándole importancia.

—Nosotros iremos —anunció Catherine de pronto tocándose el vientre abultado.

—Yo no estoy de acuerdo con esa aceptación, querida. —contradijo David en aquel momento observando a su esposa.

—Hazte a la idea de que vamos a ir, querido —concluyó Catherine—. Así se quede la comadrona aguardando en el carruaje, asistiré a esa cena.

En ese momento Julia comenzó a reír y observó disimuladamente al señor Hayden que la miraba fijamente. Eso hizo que sus mejillas con toda probabilidad se sonrojaran ante tal hecho.

«¿En qué maldito momento había aceptado almorzar en aquella casa?» pensó Richard. Desde que David se había casado había dejado de ser él mismo para convertirse en una marioneta que bailaba al compás de su esposa. Ni por todo el oro del mundo deseaba un destino similar al de su amigo, apreciaba demasiado su libertad sin tener que dar explicaciones y menos aún, tener que guardar las apariencias para poder tener una amante diferente cada noche.

Y ahora estaba allí, aguantando aquella conversación sobre el futuro hijo de su amigo, cuando el mero hecho de tener hijos le daba pavor y cada vez que alzaba la vista la tenía a ella delante de sus ojos, con esa mirada brillante y llena de lujuria, esos labios carnosos hechos para ser besados con fiereza y aquel rostro que le invitaba al pecado. Solo le faltó que ella se sonrojara para que sus alarmas saltaran y determinaran que tenía que salir de allí, él precisamente evitaba a todas las jóvenes como la señorita Julia Benedict y en especial “a ella” que no solo era soltera y en busca de un esposo, sino que era hermana pequeña de su amigo de Robert.

Richard no podía creer que aquella noche su amigo Andrew también asistiera a aquella velada que con total seguridad sería aburrida y que habían organizado los Brandon en su mansión familiar.

Todos sus amigos estarían en esa cena y lo cierto es que, aunque no necesitaba a nadie para divertirse, saber que todos estarían allí le hacía barajar la posibilidad de dejarse caer por dicha velada, aunque solo fuera unos instantes haciendo acto de presencia y tratar de convencer a alguno de sus amigos para que le acompañara el resto de la noche.

¿Desde cuándo él se dejaba seducir por fiestas de ese talante? Pensó mientras

desechaba la idea.

Sus amigos estaban empezando a caer en las redes del matrimonio uno a uno y sospechaba que se trataba de una epidemia.

El primero en caer fue David, creyó en su momento que no lo perdería pese a estar casado, pero nada más lejos de la realidad. Seguidamente fue Michael el que terminó comprometido con una joven de alcurnia y recientemente Andrew que acababa de comprometerse con una damisela cuya dote era demasiado tentadora para evadir las redes del matrimonio. Solo quedaban Robert y él... y por el talante de su amigo Robert dudaba que pasara mucho tiempo antes de que se comprometiera, incluso era probable que tuviera a la candidata idónea rondando en su cabeza. Una vez que Robert cayera se quedaría solo y rodeado de amigos casados cuya atención primaria serían sus esposas e hijos.

De solo pensarlo le entraban escalofríos, él no deseaba esa vida tal y como su propio padre no la deseó, pero se vio obligado a casarse con su madre y aquel matrimonio no fue bueno para ninguno de los dos. Por eso él jamás se casaría, se quedaría soltero para siempre, como su tío Thomas.

Llamó a la joven que se encontraba paseando sus curvas por aquel prostíbulo que solía frecuentar. Lo cierto es que no la recordaba, tal vez era nueva y a él le gustaba probar siempre la mercancía nueva como ávido curioso en experimentar sensaciones desconocidas.

Conforme la joven se fue acercando el color castaño de sus ojos le hizo recordar a la joven señorita Benedict.

¿Por qué demonios pensaba en aquella joven con tanta frecuencia? Intentó desechar la imagen de hacía unos días en casa de David cuando aquellas mejillas se sonrojaron al descubrir que él la observaba fijamente. Esa joven tenía algo...era como si bajo aquella capa de ingenuidad y virginal apariencia, se escondiera una fiera deseosa de salir. Cada vez que veía el brillo de aquellos ojos color bronce, podía ver fuego en ellos y tenía que admitir que le tentaba hasta el punto de salir huyendo de ella despavorido.

Aún recordaba vez en la que ella le siguió por aquella fiesta de máscaras. Tal vez creyó que no la reconocería, pero podría reconocer esos ojos en cualquier parte, había estado a punto de besarla si no hubiera sido por la inoportuna interrupción, de hecho, tenía que reconocer que le habría gustado probar aquellos labios con la excusa de llevar máscaras para desaparecer después sin

que hubiera consecuencias haciendo como si nada hubiera ocurrido.

—¡Richard! Qué extraño encontrarte aquí, ¿No? —exclamó la voz socarrona de Robert.

Richard no supo reaccionar momentáneamente. Había estado pensando en su hermana mientras miraba a la cortesana acercarse y aquello de algún modo le coaccionó.

—Al que me sorprende ver aquí, es a ti, ¿No se suponía que irías a la maldita velada de los Brandon? —exclamó finalmente cuando se sobrepuso.

—Iré, solo que prefiero hacerlo más tarde. —Sonrió Robert mientras pedía que le sirvieran una copa de coñac—. Alegué un compromiso para poder evitar la tediosa cena, así podré acudir directamente cuando pueda charlar libremente durante el baile.

—Buen punto —contestó Richard coincidiendo en ello.

Dos horas más tarde, Richard aún no sabía cómo se había dejado engatusar por Robert, pero antes de que se pudiera dar cuenta, en lugar de estar gozando en la planta de arriba del burdel con aquella joven de cabello oscuro, estaba en la casa familiar de los Brandon donde todos habían pasado del comedor donde se organizó la cena, al gran salón de baile y algunos invitados ya se encontraban de hecho, bailando.

Julia estaba disfrutando de la velada, más aún después de estar tantos meses sin acudir a una recepción. La distracción era bastante refrescante, más aun sabiendo que allí estaban todas sus amigas que no la dejaban ni un segundo a solas.

Había estado pensando desde el almuerzo en casa de Catherine, las razones por las que Richard la podría estar mirando fijamente y porqué decidió marcharse tan inesperadamente justo después. Llegó a la conclusión de que probablemente se preguntaría porque no se habría casado a esas alturas, cuando su edad casadera empezaba a rozar el límite peligroso en dejar de serlo y cada día que pasaba era más consciente de ello, tal vez la presión que Robert y su madre influían en ella, ayudaba a creerlo.

Alzó la vista para ver las siluetas de los caballeros que entraban en el salón de baile. Su hermano Robert se estaba retrasando más de lo normal y se quedó completamente paralizada y sin aire cuando le vio aparecer sonriente junto a su amigo, el señor Hayden.

¡Había venido! Pese a que le negó en rotundo que asistiría a aquella velada, ¡Estaba allí! En aquel momento su pulso se aceleró sin pretenderlo y su garganta comenzó a researse. Podía ser la oportunidad que deseaba, aquella fiesta podría ser el momento indicado para obtener lo que se había propuesto de él. El tiempo se le agotaba y dudaba que el señor Hayden volviera a dejarse caer por una fiesta tan formal como aquella en la que pudiera coincidir con él. Tal vez, el hecho de que hubiera venido era una señal del destino para cumplir su propósito.

Rechazó las pocas ofertas de baile que le solicitaron. Lo cierto es que no le apetecía en absoluto bailar, pero además estaba el medio luto que aún guardaba por la muerte de su padre y si no llega a ser por la gran amistad que mantenía con los Brandon, no podría haber acudido a aquella pequeña fiesta, que desde luego no era tan pequeña como había creído que lo sería en un principio.

Observó a Susan bailando con el duque de Buccleuch, le pareció que era la segunda pieza que compartía con su excelencia y resultaba extraño teniendo en cuenta la seriedad que siempre mantenía aquel caballero. Más aún le sorprendió que Susan no sonreía en ningún momento mientras bailaba con él, sino que parecía casi asustada. En ese momento sin saber porqué, buscó con la mirada a los señores Brandon que sin duda observaban con cara de felicidad a su hija mientras bailaba con el duque, sobre todo la señora Brandon... lo supo, en ese momento supo la razón de aquella velada y sobre todo porqué su amiga Susan Brandon no sonreía mientras bailaba.

En cuanto la pieza de baile terminó, el señor Brandon comenzó a llamar a la atención de los asistentes mientras hacía sonido con su copa y una cucharilla de metal consiguiendo captar la atención de todos los presentes.

—Queridos amigos, agradezco vuestra asistencia a nuestra magnífica velada. Esta noche, mi esposa y yo queremos compartir una gran noticia que estoy seguro de que os llenará a todos de felicidad igual que a nosotros. Tengo el enorme placer de anunciar oficialmente el compromiso de mi única hija, la señorita Susan Brandon con su excelencia, el duque de Buccleuch. ¡Un gran brindis por el futuro matrimonio! —exclamó mientras alzaba su copa y observaba a la pareja de recién prometidos.

A pesar de que Julia lo había intuido instantes antes, la presión que en ese momento sintió en su pecho fue tan descomunal que no pudo sino escabullirse para buscar el desasosiego que le transmitía el aire exterior de la terraza en la que por fortuna para ella estaba desolada.

Necesitaba respirar, no podía ser verdad... su amiga Susan, aquella a la que tantas peticiones de matrimonio había rechazado en la búsqueda de un matrimonio por amor y que su padre lo había permitido, acababa de comprometerse con un caballero del que de todos era sabido que lo único que pretendía del matrimonio era obtener un heredero y llevaba tiempo buscando una tercera esposa para ello. No solo Susan no estaba enamorada del duque de Buccleuch...sino que con toda probabilidad sería completamente desdichada con aquel caballero tan serio y taciturno.

—¿Se encuentra bien señorita Benedict? —escuchó Julia a su espalda que se volvió rápidamente al sentir aquella voz masculina y quedó completamente enmudecida al contemplar los ojos verdes de Richard observándola fijamente.

—Yo... —Fue todo lo que su garganta pudo articular.

—Observé que salió apresuradamente y me pregunté si le habría ocurrido algo grave —aseguró Richard.

—Gracias señor Hayden, en realidad solo necesitaba un poco de aire fresco

—admitió Julia agradecida.

—Está bien, entonces dejaré a solas —concluyó Richard haciendo ademán de marcharse.

—¡No! —gritó entonces Julia dejando a su acompañante algo confuso y frunciendo el ceño—. Quiero decir... no tiene porqué irse, agradezco su compañía señor Hayden.

—¿Por qué salió tan apresuradamente del salón cuando anunciaron el compromiso de la señorita Brandon? —preguntó Richard curioso acercándose a ella.

Lo cierto es que no había pasado desapercibido ante sus ojos la reacción de ella en cuanto el padre de la señorita Brandon anunció el compromiso de su hija. ¿Estaría la joven Benedict enamorada del duque Buccleuch? Lo dudaba, pero la curiosidad le carcomía.

—Porque ella no desea ese matrimonio —contestó Julia siendo sincera.

—¿Y eso es relevante? —preguntó confuso.

—¡Por supuesto que lo es!, ¡Ella no le ama! Y me atrevería a decir que el duque de Buccleuch ni siquiera tiene en cierta estima a la que será su tercera esposa —exclamó atormentada.

—Aun no comprendo porque le sorprende. No conozco ningún matrimonio que no sea así o que al menos, comience de esa forma —concluyó Richard.

Julia observó al señor Hayden y la verdad de aquellas palabras le dolieron en el alma. Era así, era la triste realidad de su amiga Susan y muy pronto también sería la suya.

—Le envidio señor Hayden —confirmó Julia mirándole fijamente—. Usted puede decidir, nosotras en cambio, no.

—¿Eso quiere decir que usted está comprometida? —preguntó Richard intrigado.

—Aún no, aunque no tardaré en estarlo. —contestó apesadumbrada esquivando su mirada—. Si le pidiera hacer algo por muy absurdo que para usted pareciera y extremadamente inadecuado, ¿Lo haría? —preguntó atreviéndose a enfrentarse a sus propios miedos.

Solo la palabra “inadecuado” ya le hicieron saltar las alarmas a Richard, y aun así, siguió allí sin marcharse, ¿Por qué demonios no se iba? Aquella

mujer le tenía completamente intrigado.

—Eso dependerá de lo inadecuado que sea, supongo —afirmó.

—Béseme. —contestó Julia como única respuesta mientras alzó la vista para perderse en aquellos ojos verdes.

Richard sabía que tenía que irse, que tenía que salir corriendo de allí inmediatamente. Él huía despavorido precisamente de jóvenes como ella que representaban un peligro para su amada libertad, pero no cesaba de darse excusas a sí mismo para no marcharse y todo porque deseaba probar esos labios desde la primera vez que la vio.

Las voces eran lejanas, estaban solos en aquella terraza y nadie lo sabría. Nadie le recriminaría después lo sucedido, ella había confirmado que pronto se casaría, ¿No? Entonces sería ahora o nunca. Antes siquiera de pudiera razonar que estaba pisando un terreno pantanoso, de un solo movimiento la agarró de la cintura y sus labios estaban sobre los suyos agonizantes de placer contenido.

Julia no podía creerse que el señor Hayden, lejos de rechazarle y salir huyendo despavorido fuera no solo a besarla, sino a hacerlo de aquella forma. Cuando sintió el tirón de su agarre firme en su cintura para acercarla a él, casi no reaccionó, menos aun cuando sintió aquellos labios candentes fundirse sobre los suyos y sin siquiera ser consciente de la propia reacción de su cuerpo, gimió cuando sintió aquellas oleadas de placer que tanto había deseado descubrir al leerlas en sus libros. ¡Por todos los dioses!, ¡Eso era el paraíso!

La lengua de Richard se abrió paso a través de sus labios mientras comenzaba a jugar con la suya propia, que lejos de asustarse, salió para hacerle frente y saborear los placeres que estaba por descubrir. Subió sus manos rozando sus brazos para tocar su cabello y notó como el señor Hayden la apretaba más aún contra su firme cuerpo musculoso si es que aquello era posible.

—¡Julia!

El profundo grito aquel nombre les hizo a ambos separarse repentinamente como si en aquel preciso instante se hubieran dado cuenta de que habían perdido completamente el control de sus actos dejándose arrastrar por la pasión que habían experimentado mutuamente.

Julia miró entonces a la persona que acababa de pronunciar su nombre y que

a pesar de la situación reconoció perfectamente porque la había escuchado desde que tenía uso de razón, su hermano Robert, que en aquellos momentos parecía enfurecido y tenía los ojos fijos en el señor Hayden que ni tan siquiera se había atrevido a mirar a los presentes que acababan de verlos besarse de una forma completamente inapropiada para las estrictas normas de sociedad y probablemente demasiado vergonzosa para incluso mencionarlo.

—¡Tu!, ¡A casa! —gritó Robert enfurecido señalando a Julia—. ¡Y tú, conmigo inmediatamente! —exclamó mirando a Richard que por fin se había atrevido a levantar la vista.

Julia no se lo podía creer, ¿Cómo había podido pasar?, ¿En qué momento habían perdido el tiempo y la noción de donde se encontraban para que les descubrieran de aquella forma? Se quería morir literalmente de la vergüenza, su nombre debía de ser la comidilla en aquellos momentos, aunque no sabía que era lo peor; si que la hubieran descubierto besándose con un hombre o que ese hombre fuera el señor Richard Hayden.

—¡No sé porqué no me sorprende! —gritó exasperada la señora Benedict.

La madre de Julia levaba soltando una retahíla de impropiedades desde que habían salido de la casa familiar de los Brandon. El beso que había protagonizado ella con el señor Richard Hayden probablemente habría obnubilado el anuncio del matrimonio de su amiga Susan, más aún si tenía en cuenta que le pareció ver entre la multitud que les observaba atentamente a la señora Copper, una chismosa de mucho cuidado.

«Susan» meditó Julia. Ni tan siquiera había podido hablar con ella después del anuncio de compromiso y necesitaba saber cómo se encontraba.

—Y ni siquiera se ha cumplido un año para guardar el luto de tu padre, ¡Que van a pensar! —gimió de nuevo la señora Benedict que parecía estar a punto del colapso—. Mas vale que Robert vuelva con una proposición formal de matrimonio o vas derechita al convento jovencita, ¡Pero qué clase de hija he criado dios mío!, ¡No gano para disgustos!, ¡Qué escándalo! Si tu padre estuviera en su gloria...

—¡Ya madre! —gritó Julia exasperada—. No creo que haya sido la única y desde luego no seré la última en haber sido descubierta en una situación “algo” comprometida —contestó firmemente.

—¡A mí no me interesan lo que hagan las otras damas! —contestó feaciente la señora Benedict amenazando con el dedo a su hija—. ¡Has puesto el

apellido de tu padre en boca de todos!

«Como si eso fuera lo peor» Gimió Julia para sus adentros y dejó que su madre volviera a su retahíla de amenazas e improperios.

Sabía lo que Robert iba a hablar con el señor Richard Hayden. Le exigiría que cumpliera con su deber de solicitar su mano en matrimonio y la preocupación la tenía con el alma en un vilo, era consciente de que el señor Hayden se negaría, eso lo tenía muy claro, lo que verdaderamente le preocupaba es si su hermano cometería la imprudencia de retarle a un duelo por negarse a casarse con ella para salvar su honor. Esperaba que no, solo deseaba que Robert no fuera tan estúpido creyendo que ese sería el único modo de restablecer el honor de la familia ante tal desagravio. Su cabeza ya divagaba sobre qué excusa dar para desaparecer una temporada de la ciudad o resignarse a aceptar la proposición del viejo conde antes de que el rumor se extendiera por la ciudad como la pólvora.

No podía irse a dormir hasta que su hermano volviera, así que mientras que su madre fue a su habitación para cambiarse y prepararse, ella se quedó esperando en el hall de entrada de la casa dando vueltas mientras sus uñas disminuían ante la tensión de la espera. Nunca había tenido paciencia, menos aún la tendría aquella noche puesto que había sido su culpa por pedirle aquel beso el que su familia tuviera que pagar las consecuencias además de ella. Reconocía que era demasiado impaciente y enérgica como para matar el tiempo dando vueltas así que decidió prepararse un vaso de leche caliente, aunque realmente no le apeteciera, pero más que nada lo hacía por tener una ocupación que hacer hasta la llegada de Robert. No quería irse a la habitación por si no escuchaba llegar y ella necesitaba obtener respuestas a sus preocupaciones.

Richard se maldijo a si mismo por su estupidez, ¿En qué bendita hora se le ocurrió salir a aquel balcón al verla salir completamente sola?, ¿En qué maldito momento no supo ver las alarmas cuando le pidió que la besara? Estaba claro que todo había sido orquestado adrede para cazarlo, para encontrarles en una situación demasiado comprometida como para poder negarse a saldar el honor de la dama, puesto que el suyo propio le importaba bien poco a esas alturas. Si no hubiera sido la hermana de Robert..., si hubiera sido cualquier otra se habría marchado de allí inmediatamente asumiendo las consecuencias.

¡Maldita Julia Benedict y malditos aquellos labios! Gimió para sus adentros

mientras seguía a su amigo Robert hacia el estudio del señor Brandon que había tenido la amabilidad de concederles tras el desafortunado incidente.

—Te mataría con mis propias manos si no fuera porque con ello no reestablezco el honor de mi hermana —gimió Robert nada más cerrar la puerta del estudio—. ¡Como se te ocurre Richard! —vociferó—. ¡Es mi hermana!

—Ella me lo pidió —confesó con franqueza—. No me tomé libertades que no me corresponden.

—¡Serás cretino! —gritó mientras le cogía del cuello amenazante—. Te vas a casar con ella Hayden, me da igual que no te guste el compromiso o las veinte mil excusas que quieras formular. Te casarás con ella o te juro que no vuelves a ver la luz del sol en tu vida —aseguró Robert con tanta intensidad y firmeza que sus palabras podrían asustar hasta al más valiente de los mortales.

Richard no esperaba una amenaza de tal magnitud, había esperado que su amigo Robert no estuviera contento, eso lo daba por sentado, pero no que lo condicionara de aquella forma, ¿Tan desesperado estaba por casar a su hermana?

—Sabes que no deseo este matrimonio, pero no voy a ser yo quien se oponga —decretó mirándole fijamente. No, desde luego que no sería él, porque ya se encargaría de que la señorita Benedict le rechazara y se opusiera a ese matrimonio ella misma.

—¿Te casarás con Julia? —preguntó casi sorprendido Robert pensando que le costaría más que una severa amenaza convencer a Richard para que aceptara.

—Si ella desea casarse, sí —admitió—. No me opondré —aseguró para que quedara bien claro que no sería él quien dijera que no.

—Te aseguro que querrá —contestó mientras se ajustaba la chaqueta para salir de aquel estudio—. La boda será en dos meses, justo cuando termine el luto de mi difunto padre, hasta entonces te tendré vigilado Richard —añadió con voz ruda.

—Te he dicho que no seré yo quien se oponga al matrimonio —repitió con pasividad, pero la mirada de Robert indicaba que no le creía en absoluto—. Te doy mi palabra de que, si ella me acepta, será mi esposa.

Robert asintió algo más convencido y salió de aquel despacho dejándole a solas.

«Solo que no me aceptará, de eso también puedes estar seguro.» pensó Richard tras marcharse Robert dibujando una sonrisa maliciosa en su rostro.

Era bien entrada la madrugada cuando Julia escuchó la puerta de entrada y salió con el alma en vilo hacia el hall.

—¡Robert! —gritó al verle en la oscuridad.

—¿Julia?, ¿Se puede saber qué haces despierta a estas horas? —le regañó Robert contrariado por encontrarla allí y aún vestida con el traje que había llevado puesto.

—¿Crees que podía irme a dormir tan tranquila? —contestó airada como si fuera lo más normal—. ¿Qué ha pasado? Le has retado a un duelo, ¿Verdad? —preguntó convencida.

—¿Un duelo? Pero ¿De qué hablas?, Ve a dormir, mañana hablaremos seriamente tu y yo, aunque ya debes saber que estás castigada por tu comportamiento indecente de esta noche. Nos has defraudado a todos, Julia.

—¿Indecencia?, ¡Yo! —exclamó Julia atónita.

—¿Y cómo piensas calificar lo de esta noche? Como me digas que no es la primera vez que lo haces juro que no llegarás viva al altar —amenazó con el dedo índice Robert a su hermana.

—¿Altar? —preguntó Julia frunciendo el ceño algo confusa.

—Vas a casarte con el señor Hayden, ¿Acaso esperabas otra cosa?

—¿Qué? —exclamó completamente anonadada.

—La boda será en dos meses, justo cuando acabe el luto de padre y se terminen los formalismos —confirmó Robert.

—Pero él... quiero decir, el señor Hayden, ¿No se ha negado al matrimonio? —preguntó asombrada.

—No. Y ahora vete a tu habitación ahora mismo —advirtió Robert mientras él también se dirigía hacia la escalera.

Se casaría con Richard. La incredulidad no dejaba conciliar el sueño a Julia, no podía ser cierto, ¿Cómo era posible que él no se hubiera negado? De pronto, recordó aquel beso que dado todo el revuelo posterior apenas había podido recordar en su memoria y se deleitó en el recuerdo de aquellos

labios apresando los suyos, reviviendo de nuevo aquel sentimiento de estremecimiento que la recorría y la embriagaba en sensaciones indescriptibles... ¿Tal vez él habría sentido lo mismo?, ¿Quizá por eso había accedido a casarse con ella?, ¿Y si existía una mínima posibilidad de que Richard tuviera sentimientos hacia ella?

Deseó con todas sus fuerzas que así fuera y se aferró a esa posibilidad antes de caer en los brazos de Morfeo y en su oscuridad.

Julia se levantó aquella mañana sin recordar que ahora era una mujer comprometida, solo fue consciente de ello cuando entró en el comedor para tomar el desayuno y su hermano estaba leyendo inquisitivamente el periódico mientras su madre sonrió de ojera a oreja.

—Buenos días, madre. —anunció a pesar de saber que la había visto.

Después de la reprimenda de anoche, ¿Ahora irradiaba felicidad?

—Parece que has dormido bastante bien, ¿No? —respondió la señora Benedict mientras le daba un bocado a su pasta.

—Como siempre —contestó Julia sin darle importancia.

—Tu hermano ya me dio las buenas nuevas —sonrió de nuevo—. Aunque sigo enfadada contigo, dos meses es demasiado poco tiempo para organizar una boda y más aún con el luto de tu padre presente. No puedo creer tu inconsciencia, pero al menos, terminarán las habladurías sobre tu soltería. Tu padre te consentía demasiado, debiste haberte casado en tu primera temporada, como hice yo. El señor Hayden no es un conde, pero será duque algún día... —sugirió—. Mi hija una duquesa... —añadió en un tono soñador.

—¿Duquesa? —exclamó Julia confusa.

—El señor Hayden es el siguiente en la línea sucesoria al ducado de

Sheraton, querida —aclaró la señora Benedict.

La noticia de que tal vez pudiera ser duquesa no le afectó en nada a Julia, pero supuso que esa era la principal razón del porqué su madre estaba contenta, al fin se casaría y dejaría de preocuparse por tener una hija solterona, y no solo eso, sería una duquesa.

—Madre —dijo Robert en ese momento—. Si ya está contenta porque uno de sus hijos va a casarse, puede dejar a Julia desayunar tranquila.

—¡Oh!, ¡Ya lo entenderás cuando tengas hijas! —exclamó la señora Benedict—. Bueno, he de irme. Tengo que contarle a la tía Marguerit que por fin tu hermana va a casarse puesto que no fue al baile de los Brandon anoche —añadió alzándose de la mesa para marcharse.

—Gracias —dijo Julia nada más irse su madre y quedarse a solas con Robert.

—Suficiente tendrás con los rumores sobre tu futuro esposo y la forma de contraer matrimonio como para tener que aguantar los sermones de madre —respondió Robert mientras cerraba el periódico y lo depositaba sobre la mesa—. Eso no implica que no estés castigada, Julia. No vas a salir de casa hasta que contraigas matrimonio.

—¿Qué? —exclamó atónita.

—Lo que has escuchado. Te vas a casar y no voy a permitir que, en una de tus locuras, te dé por esconderte, huir o formar otro escándalo aún peor que el que protagonizaste anoche.

—¿Ni siquiera puedo ir a visitar a mis amigas? —preguntó contrariada.

—No, pero te permito tener correspondencia o que ellas vengan a visitarte si gustan de hacerlo —aclaró.

Robert no añadió que lo que trataba de evitar a toda costa es que se negara al compromiso que había formalizado con Richard. No era idiota, se oía que las intenciones de Richard que serían sin duda alguna las de provocar a su hermana para que se negara a dicho compromiso y que asumiera ella toda la culpabilidad de su deshonor. No iba a consentirlo, incluso se negaría que tuvieran una cita si era necesario para que aquel matrimonio se celebrara. No permitiría que el honor de su hermana y el de su propia familia, quedase mancillado.

Julia se había quedado a solas en casa. Su hermano se encontraba fuera haciendo a saber qué cosa que siempre le mantenía ocupado y su madre

seguía probablemente avisando a todo el mundo de que su hija iba a casarse con un futuro duque, estaba segura de que esa última coletilla no se le olvidaría mencionar tan fácilmente.

Casarse...y con el hombre del que estaba enamorada ni más ni menos. Se tuvo que pellizcar dos veces para creérselo porque aún era reacia a asumir que el señor Richard Hayden hubiera accedido al compromiso.

—¡Julia!

El grito de Catherine la sacó de su ensoñación y le extrañó que no había sido anunciada previamente.

—Lo lamento señorita, pero es que la duquesa de Lennox entró atropelladamente y en su estado no quise alterarla aún más. —dijo la doncella avergonzada.

Julia rio sin poder evitarlo ante la situación.

—No te preocupes Sibil, *lady Catherine* es siempre bienvenida. Sírvanos el té por favor.

En cuanto la doncella asintió y desapareció Catherine casi se abalanzó sobre su amiga Julia.

—¿De verdad vas a casarte con el señor Hayden? Oí los rumores en la fiesta y casi no pude creérmelo, pero todo pasó tan rápido y justo después del anuncio de compromiso Susan con el duque de Buccleuch, casi no pude reaccionar hasta que esta mañana David me lo ha confirmado tras hablar con el propio señor Hayden.

—Si, voy a casarme según parece —contestó Julia mientras la ayudaba a sentarse.

—¡Pero estamos hablando del señor Hayden! —gritó como si con eso dijera todo—. No sé muy bien lo que sabrás de su reputación, pero no sé si es peor casarse con él o pasar el trance del bochorno por haber sido descubierta entre sus brazos en un inocente beso.

—O no tan inocente... —susurró.

—¿Te sedujo? —preguntó contrariada.

—Más bien fue al revés —confesó Julia sincerándose.

—¿Es que te gusta el señor Hayden, Julia? —Ahora Catherine parecía extrañada.

—¡Oh Catherine! —exclamó al fin creyendo que le podría contar a alguien aquello que durante tanto tiempo había escondido—. ¡Estoy enamorada de él desde hace años!

—¡Ay dios! —exclamó Catherine llevándose una mano a la frente como para secarse una sudoración inexistente.

—Nunca creí que pudiera tener una oportunidad con él, yo solo quería...solo deseaba un beso Catherine, algo que atesorar si debía casarme con otro caballero, pero jamás pensé que él me correspondería con tanta intensidad y menos aún que tras ser descubiertos aceptase el compromiso.

—Hasta a mí me cuesta creer que haya aceptado, la verdad. —Meditó Catherine.

—Siempre negué mis sentimientos por él, pero solo lo hacía porque nunca creí que podría convertirme en su esposa —afirmó con pesar.

—¿Y crees que él pueda sentir algo por ti, Julia? —preguntó preocupada Catherine.

—No lo sé... pero desearía que así fuera. Lo deseo con toda mi alma Catherine y haría lo que fuera para que él me correspondiera —confesó impaciente.

—Imagino que pronto lo descubriremos —aseguró Catherine mientras posaba una mano sobre la de su amiga para tratar de darle consuelo.

Richard había estado bebiendo hasta altas horas de la madrugada, por lo que su intención de ir a primera hora a visitar la casa de los Benedict para persuadir a la joven con la que acababa de comprometerse se había frustrado por su propia inconsciencia, pero tenía que beber hasta olvidar, al menos es lo que se dijo así mismo cuando iba por la séptima copa. No podía pensar en esos labios ardientes de puro fuego con los que ella le había correspondido, ni menos aún en aquel susurro gemido por respuesta al comprobar los placeres carnales... ella le había tendido una trampa; era igual que todas. Una arpía mimada y consentida que se pensaba que cazaría a un futuro duque, porque con toda probabilidad sabría que era heredero al título por su hermano Robert.

Le daba absolutamente igual que los rumores hubieran empezado a correr como la pólvora, para él eso era insustancial, la joven señorita Benedict iba a romper ese compromiso quisiera ella o no.

Envió una misiva de que visitaría la casa de los Benedict esa misma tarde, pero cuál fue su sorpresa cuando el mismo Robert le respondió indicando que la joven señorita Benedict se encontraba indispuesta y no podría recibirle.

¿Indispuesta?, ¿Desde cuándo una mujer estaba indispuesta si había pasado de ser una solterona a la prometida de un futuro duque de un momento a otro? Lo que debía estar con toda probabilidad era eufórica y él se iba a encargar de apagar dicha felicidad.

Le parecía una absurda excusa, y arrugó el papel que había recibido como respuesta. No sabía si Robert también estaba compinchado con su hermana, pero le importaba bien poco que así fuera porque si tenía algo claro es que se negaba a casarse quisieran ellos o no.

Pasaron dos semanas en las que Richard hizo todo lo imposible por tratar de ver a escondidas a la joven Benedict, incluso se apostaba con su carruaje frente a la mansión familiar esperando que ella saliera a alguna parte, pero ésta permanecía recluida siempre en casa y según Robert, seguía indispuesta. ¿Es que se iba a quedar sin prometida antes de casarse? No podía soportar más la espera, incluso estaba pensando la posibilidad de entrar a escondidas en la mansión y colarse en su habitación si era necesario, tenía que hablar con su supuesta prometida antes de que albergara más esperanzas de que ese matrimonio fuera a celebrarse.

Julia no soportaba más estar encerrada en casa, su único contacto con el exterior era el pequeño paseo que podía dar por el jardín interior de su propia casa. ¡Ni tan siquiera podía haber hablado con Susan! Y necesitaba saber cómo se sentía su amiga respecto al matrimonio. Por lo que Emily y Catherine le habían contado mediante carta no lo estaba pasando nada bien, de hecho, estaba resignada y había aceptado el compromiso por obligación, aunque eso ya lo sospechaba. Susan y ella eran como hermanas, se conocían desde pequeñas y saber que no podía estar a su lado en un momento así la llenaba de pesar.

Por otro lado, había algo que la preocupaba y a lo que no dejaba de dar vueltas. Desde que se había comprometido con el señor Hayden no había vuelto a saber nada de él, ni tan siquiera había solicitado reunirse con ella, invitarla a dar un paseo o hacer al menos un intento por verla. ¿Era aquello normal? Según los cánones establecidos de un supuesto noviazgo, no. Pero Richard no era normal, y él no iba a acatar esos cánones, empezaba a creer que su hermano Robert le habría impuesto aquel matrimonio de una forma a

la que no se pudo oponer bajo ningún concepto porque en el fondo sí tenía algo de honor, pero que realmente el matrimonio no significaba nada para él y desde luego pensaba seguir haciendo su vida sin ella. Necesitaba saberlo, aunque ya lo supiera en lo más infinito de su conciencia solo que no quisiera aceptarlo, tenía que saber por palabras de él que su matrimonio sería así.

Tenía que trazar un plan para encontrarse casualmente con Richard o mejor aún, citarle en algún lugar para conversar. Podría resultar atrevido proponérselo ella misma, pero al fin y al cabo estaban prometidos, se supone que con eso bastaría para tomarse el atrevimiento de querer verle. Después se preocuparía en como saltarse el castigo o escabullirse un par de horas sin que su hermano Robert se enterase, aunque sabía de sobra que había mencionado al servicio que la tuviera bien vigilada en todo momento, le parecía demasiado excesivo, pero suponía que su hermano la conocía demasiado bien para saber que ella y los castigos no se llevaban bien, por eso su padre jamás la castigaba.

Unos golpes en la puerta le hicieron dejar de dar vueltas por su habitación, probablemente ya tendría la alfombra demasiado desgastada por lo mismo.

—Adelante —dijo nada más escuchar los toques.

—Señorita Julia, su madre me ha encargado decirle que esté preparada dentro de una hora, deben ir a realizar la prueba del vestido de novia.

—¿El vestido de novia? —contestó estupefacta, pero si ni siquiera había elegido tejidos o algún modelo en concreto en el que basarse, ¿Cómo iba a probárselo?

—Si señorita, irán a Lynet's.

—Emily... —susurró.

Probablemente su amiga le habría diseñado el vestido basándose en sus gustos y ni tan siquiera había elegido el tejido o corte que deseaba llevar, pero ¿Cómo? No le había dado tiempo a pensar en el vestido que debería llevar para su boda, estaba demasiado ocupada reflexionando sobre Richard y su inexistencia como para percatarse de ello.

—Enseguida bajaré Sibil —contestó a la criada que volvió a cerrar la puerta.

En aquel momento Richard observó a cierta distancia salir de la casa familiar a la joven señorita Benedict. Ese día como tantos otros atrás, estaba apostado a una distancia prudencial para no ser visto y a la espera de poder dar caza a

la joven si ésta por fin se decidía a salir. La vio salir junto a su madre la señora Benedict y una joven doncella. Lo cierto es que no le pareció demasiado indispuesta, al menos a esa distancia, pero por una vez en dos semanas su fortuna parecía sonreírle, así que las siguió desde su carruaje y esperando o más bien rezando para que se diera una oportunidad de interceptarla.

El vestido que había confeccionado *lady* Emily para el matrimonio de Julia resultó ser un precioso tejido de color bronce con reflejos anaranjados cubierto de un encaje finísimo en el mismo tono. Julia pensó que probablemente su amiga no habría elegido ese color solo porque se asemejaba al de sus ojos, sino porque habría tenido en cuenta que tras la reciente muerte de su padre no era oportuno llevar un tono claro a la ceremonia a pesar de haber pasado el periodo de luto. Sin duda era precioso, y cuando se lo probó, lo fue aún más. En ese momento fue consciente de que realmente iba a casarse y de que verdaderamente lo haría con el único hombre que había amado y probablemente amaría el resto de su vida.

—¿Te gusta entonces? —insistió Emily una vez más—. Aunque aún no puedas verlo bien del todo porque apenas está hilvanado.

—Es precioso Emily, creo que ni yo misma hubiera podido realizar una mejor elección —afirmó Julia sonriente.

—Tenía ese tejido reservado para confeccionarte un vestido especial si se presentaba la ocasión, recordé lo bien que el bronce te sienta y cuando supe de la noticia me tomé la libertad de comenzar a diseñarlo suponiendo que sería tu modista y quien te diseñaría el vestido de un acontecimiento tan importante para ti. —dijo Emily con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—Me encanta. Aunque aún no sé cómo logras sacar el tiempo para realizar los diseños con tus dos pequeñas que reclaman tanto tu atención para que estés con ellas —admitió Julia.

—Yo tampoco lo sé —contestó con una carcajada mientras le pedía a una de las costureras que le retirara el vestido para realizar las modificaciones oportunas y proceder a coserlo debidamente con puntadas finas.

La señora Benedict se ausentó parcialmente para seleccionar parte del ajuar mientras que Julia se quedó a solas con Emily en el probador, eso les daba cierta libertad para hablar.

—Emily... —susurró Julia en voz baja.

—¿Sí? —preguntó Emily una vez que tenía el vestido en sus manos.

—Cuando te casaste con *lord* Sylverston, al principio no os llevabais bien, ¿Verdad? —preguntó a pesar de que conocía bastante bien la historia.

—Nada bien —contestó riéndose—. Pero eso lo sabes tú prácticamente mejor que ninguna porque lo viviste muy de cerca, incluso Catherine desconoce algunos detalles.

—Pero en vuestro caso ambos os amabais... ¿Crees que un matrimonio puede funcionar si solo uno de los dos ama al otro? —preguntó indecisa.

—¿Dudas de que el señor Hayden sienta algo por ti? Ten en cuenta que te besó y por lo que me contaron... —dijo arrastrando la palabra en un breve silencio—. No fue un beso casto precisamente —añadió con retintín.

—Yo se lo pedí, pero probablemente el señor Hayden bese así a todas las damas...

—Dudo que un hombre bese de esa forma a todas las damas, pero si es cierto una cosa, el hecho de que te desee no implica que también te ame. Aunque es un paso muy importante para lograr que lo haga —afirmó.

—¿Crees que podría llegar a amarme, aunque ahora no lo haga?

—Bueno...aceptó casarse contigo. Es cierto que no tenía otra opción, pero por lo que me ha contado Catherine sobre el señor Hayden, bien podría haberse negado al compromiso —aclaró Emily.

—No lo sé, Emily —contestó Julia algo apesadumbrada—, desde aquella noche no he vuelto a saber nada de él y se supone que el compromiso es formal. Tengo mis sospechas de que no quiere saber nada de mí y solo accedió por la amistad que mantiene con mi hermano o porque vio que no tenía otra elección. Tal vez incluso crea que todo fue un plan premeditado para que nos descubrieran y que se tuviera que casar conmigo...le he dado tantas vueltas.

—Sea como sea ya no hay vuelta atrás Julia. Todos saben lo que ocurrió y ni tú, ni el señor Hayden podrían evadir el matrimonio.

La señora Benedict decidió hacer unas visitas después de las compras, aprovechando que *lady* Emily volvía también a su casa, pidió a la duquesa de Sylverston que llevara a su hija Julia a casa. Justo en el momento en el que Julia se despedía de Emily mientras veía su carruaje marcharse calle abajo, otro carruaje apareció frente a su casa y el destello de unos ojos verdes

capturaron su atención.

—Sube.

Fueron las únicas palabras que salieron con voz autoritaria del que iba a convertirse en su futuro esposo.

Miro hacia ambos lados de la calle y no vio a nadie, después observó que ninguno de sus sirvientes había salido aún a recibirla porque probablemente esperarían escuchar el carruaje entrar al establo. Sabía que estaba mal, que era una locura, así que, sin pensarlo dos veces, cogió la mano que el señor Hayden le ofrecía y subió junto a él mientras el carruaje se ponía en marcha.

Richard pensó que se negaría, que se excusaría en decir que no era apropiado e incluso ya había planeado cogerla por la fuerza aprovechando que no pasaba nadie en aquel momento por la calzada, pero para su innata sorpresa, aquella joven de ojos bronce no lo dudó y observando que nadie se aproximaba, le cogió la mano que él le había ofrecido para subir entrando así en el carruaje.

Inmediatamente Richard indicó a su cochero que iniciaran la marcha sin rumbo fijo, únicamente darían vueltas a la manzana para decirle aquello que no podía esperar ni un solo día más, pero al observarla fijamente, no pudo sino pensar en qué clase de mujer era la joven señorita Benedict para subir a un carruaje lanzándose a la aventura. ¿Tal vez estuviera equivocado y en realidad no era una joven tan inocente como aparentaba?

—¿Sueles subir con frecuencia a carruajes de caballeros sin la apropiada compañía? —preguntó mientras notaba el cierto nerviosismo que guardaba la joven a pesar de que intentaba no aparentarlo. Ni tan siquiera sabía porqué le había preguntado aquello

—No —respondió rápidamente—. Por supuesto que no. Es la primera vez que...

—Eso no importa en realidad —contestó tajante Richard dándose cuenta de

que le daba absolutamente igual si la joven era inocente o no. Él no se iba a casar con ella de cualquier forma, es más, no se casaría con nadie y punto—. Tu hermano alega que estás enferma, por lo que veo, solo es una absurda excusa para evitar que hablemos.

—¿Cómo dice? —exclamó sorprendida.

Julia estaba nerviosa, aunque era la segunda vez que estaba a solas con Richard, la primera ni tan siquiera había sido consciente de ello debido a la contrariedad que había supuesto el anuncio del matrimonio de Susan, ahora no solo era consciente, sino que estaba a solas en un carruaje junto a él y con el convencimiento de que pronto serían marido y mujer.

Richard pesó que probablemente la joven sería consciente de que su hermano solo había puesto excusas para no verla y solo actuaba para parecer inocente así que se exasperó aún más. Ella debía de estar al tanto cuando se había pasado días encerrada en casa precisamente para fingir ese malestar y no verle.

—Le advertí a su hermano que no me opondría al matrimonio, pero usted en cambio sí lo hará —afirmó observándola con intensidad.

Julia le miró con los ojos muy abiertos, ¿Había escuchado bien? Aquel caballero le estaba ordenando que ella se opusiera al matrimonio, ¿Estaba loco?

—¿Cómo ha dicho? —preguntó para estar segura.

—Me da absolutamente igual las razones que alegue para ello, como si quiere fugarse con el primero que pase a Gretna Green para casarse. No voy a ofenderme, pero esta farsa de matrimonio entre usted y yo no va a celebrarse.

—¿Qué me fugue con el primero que pase? —gimió Julia desconcertada.

En aquel momento comprendió lo poco importante que era ella para el caballero que tenía delante de sus ojos. Había sido una ilusa al creer que podría tener alguna esperanza con el señor Hayden. Había creído que en el fondo podría gustarle e incluso sentir por ella algo más que deseo o pasión para aceptar casarse, pero si a él le daba absolutamente igual que se fugase con cualquiera, era porque definitivamente no significaba nada para él, absolutamente nada.

—No puedo oponerme —contestó sincera e intentando aparentar que no estaba completamente abatida al descubrir que él no la quería.

—Creo que no me ha entendido señorita Benedict. —Las palabras de Richard eran rudas y directas—. Usted no va a salirse con la suya y si este matrimonio se lleva a cabo, se arrepentirá hasta el fin de sus días y haré de su vida un completo infierno —reiteró para que le quedara aún más clara su posición.

Los ojos de Julia brillaban, al igual que todo su cuerpo temblaba ante aquellas palabras, pero no lloraría, por lo más sagrado que no le daría el gusto a ese arrogante caballero que tenía enfrente. Podía entender que estaban en esa situación prácticamente por su culpa, porque ella fue quien le pidió aquel beso, pero él podría haberse negado, ¿No?

—Creo que ya ha dejado lo suficientemente clara su posición, señor Hayden. —Se atrevió a decir sin mirarle—. Haré todo lo posible para que este matrimonio no se celebre, algo que desde luego nunca debió ni tan siquiera llegar proponerse.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó Richard satisfecho.

Julia se bajó del carruaje a cierta distancia de su casa y caminó con premura, pero sin evidenciar la prisa que albergaba por llegar de una vez a casa. Entró aparentando normalidad ante el servicio hasta que subió la escalinata que conducía a su habitación y alegando que iba a descansar debido a que se sentía agotada para que nadie la molestara durante bastante tiempo, se encerró en su alcoba para dar rienda suelta a las lágrimas que había estado conteniendo hasta ese momento.

Richard no la quería, jamás la amaría y menos aún deseaba estar con ella. Tenía que anular ese matrimonio, aunque Robert pusiera el grito en el cielo debía cancelarlo.

Se dejó caer en la cama mientras hundía su rostro entre las almohadas para tratar de apaciguar su llanto, en realidad no sabía que le dolía más; si la ruptura de las esperanzas que había puesto en creer que tenía una posibilidad con el señor Hayden o darse cuenta de que él era realmente como ella había creído siempre, un patán arrogante y egoísta. Fuese como fuese cualquiera de las dos opciones, dolía... dolía en su pecho y en su alma de igual modo. Decidió hablar con su hermano aquella misma noche. Cuanto antes lo hiciera, mejor puesto que era algo que no debía posponerse.

Era consciente de cancelar ese matrimonio sería otro escándalo que ensuciaría aún más su reputación, puesto que los rumores no se acallarían, pero pensaba aceptar la proposición del conde de Ashbury. Sería infeliz,

también desdichada, pero al menos lo sería indudablemente en menor medida que si se casaba con el señor Hayden y éste la odiaba. Le había asegurado que haría de su vida un completo infierno si lo hacía, y, de hecho, no tenía duda alguna de que probablemente cumpliera su promesa si así procedía. Llamó al despacho de su hermano mientras esperaba que éste contestara. No había mencionado nada durante la cena mientras su madre parloteaba sobre sus amigas y la noticia de que su hija iba a ser duquesa algún día no muy lejano, incluso había perdido la cuenta de tantas veces como lo había mencionado. Ella ni siquiera se lo había planteado, es más, no le importaba en absoluto. De hecho, no sabía que el señor Hayden era el heredero al ducado de Sheraton hasta que su madre lo mencionó por primera vez, a ella le gustaba el hombre que había bajo toda aquella apariencia insolente, riquezas o títulos. Ni tan siquiera sabía porqué se había enamorado de él, teniendo en cuenta que sus cualidades distaban mucho de ser caballerosas. Quizás fuera por eso, quizás por aquellos ojos profundamente verdes, o quizás por su forma de mirarla, fuera como fuera, ella había entregado su corazón a pesar de que su sensatez quisiera negarse a ello.

—Adelante —escuchó la voz de su hermano al instante.

Julia entró en el que hasta hacía escasamente nueve meses y medio había sido el despacho de su querido padre. Cómo le echaba de menos y cómo él hubiera comprendido esa situación mejor de lo que probablemente iba a entender su hermano.

—¿Tienes un momento? —preguntó Julia cerrando la puerta al entrar.

Observó como Robert la miraba extrañado, probablemente no esperaba que fuera ella, sino alguien del servicio.

—Por supuesto —contestó rápidamente—. Aunque no has mencionado nada durante la cena que me llevara a pensar que deseabas hablar conmigo en privado, de hecho, has estado demasiado silenciosa ahora que lo pienso —añadió.

—No deseo casarme Robert. Simplemente no quiero —dijo directa y sin rodeos reiterando el hecho.

—¿A qué viene eso ahora? —exclamó Robert tratando de no alzar la voz, sino de mantener en cierta forma la calma.

—Me he dado cuenta de que apenas conozco al señor Hayden. Ambos sabemos que alguien como él no me conviene y...

—Te conviene, va a ser duque —contestó Robert interrumpiendo el discurso de su hermana.

—Pero un título no lo es todo y está el hecho de que...

—Hoy día lo es. Hablamos de un duque Julia, así que sí te conviene. Pero principalmente está el hecho de que, si no te casas con él tu honra y la de tu apellido nos desprestigia a todos, no solo a ti.

—Por eso iba a decir que aceptaré la propuesta del conde de Ashbury, me casaré con él y nadie recordará el desliz ocurrido en la velada de los Brandon.

—Ambos sabemos que no es así —contestó Robert—. ¿Crees que voy a creerme que rechazas al señor Hayden alegando que no le conoces porque quieres casarte con el conde de Ashbury que es veinticinco años mayor que tú y solo le has visto en dos ocasiones? Busca una excusa mejor Julia. —añadió manteniendo la misma calma.

—¡No quiero casarme con el señor Hayden! —gritó algo desesperada.

—¿Has hablado con él? —inquirió mirándola fijamente.

—¿Cómo? —exclamó Julia sorprendida ante la pregunta.

—No importa. No hay excusas Julia, vas a casarte con el señor Hayden y lo harás te guste o no. No solo has puesto en peligro tu reputación, sino la nuestra, y no voy a permitir que hagas o deshagas a tu antojo. Padre te consintió demasiado y es hora de que aprendas a afrontar las responsabilidades de tus actos.

—¡Papá me habría entendido!, ¡No era tan obstinado como tú! —Volvió a gritar Julia.

—Tal vez y desde luego no soy él, ni pretendo serlo. Pero si miraré por lo que es mejor para ti cómo responsable de esta familia que soy ahora.

—No voy a casarme. —Amenazó de nuevo Julia tajantemente.

—Lo harás —afirmó Robert—. Y si debo obligarte a ello, lo haré. Recuerda que tú fuiste la imprudente en todo esto, toda la ciudad conoce tu desliz con el señor Hayden y si no quieres que todos seamos repudiados y padre se revuelva en la tumba por haber desprestigiado su apellido, más te vale aceptar tu destino y tratar de hacer feliz a tu futuro marido.

«Feliz», ¿Hacer feliz a Richard? Él haría de su vida un infierno cuando se casaran...

—Algún día te recordaré esta conversación y te reprocharé que pudiste haberlo evitado, Robert —dijo antes de salir sin permitir que su hermano le respondiera.

Julia cerró la puerta dando un portazo. Robert no le permitiría cancelar el compromiso, no tendría más remedio que casarse con el señor Hayden. ¿Tan verdaderamente malo podría ser?, ¿Y si se estaba precipitando?, Después de todo *lord Clayton*, el marido de Catherine tampoco deseaba en absoluto casarse y ahora estaba completamente enamorado de su esposa... Tenía que hablar con Catherine, necesitaba hablar con ella para calmar esa agonía que comenzaba a ahogarla y oprimirla.

Julia había intentado salir de casa para visitar a Catherine, pero se había encontrado con la negatividad de Robert en cuanto a pisar un pie fuera de la casa familiar, aunque se tratara de una simple visita cordial a una amiga. Según Robert, estaba castigada por su imprudencia y no pensaba tolerar ni una burla más hacia el apellido Benedict, una vez casada ella pasaría a tener otro apellido y a estar bajo la vigilancia y supervisión de su esposo, por lo que podría hacer cuánto quisiera al no ser su responsabilidad.

Cada vez más ofuscada con su hermano y desesperada porque el tiempo se le agotaba, había escrito a Catherine por carta para informarla de su preocupación. No se fiaba de que Robert, dado su comportamiento, se llegara a extralimitar hasta el punto de revisar su correo, él no era así, ella sospechaba que le escondía algo y por eso estaba actuando de aquel modo, aunque también era cierto que, tras la muerte de su padre, Robert se había convertido en alguien demasiado sobreprotector y autoritario.

—Madre, ¿No podría hablar con Robert? —exclamó Julia llamando la atención de su madre a pesar de que su hermano también estaba presente—. Mantenerme encerrada hasta que se celebre mi matrimonio es absurdo y además, completamente inadmisibile.

—Tu hermano solo está velando por tu bien, querida —contestó la aludida dando un sorbo de té.

—¿Por mi bien? —exigió—. ¡Ni tan siquiera deja que visite a mis amistades!, ¡No estoy pidiendo acudir a un evento!, ¡Ni tan siquiera a un té o ir de tiendas!, ¡Se trata de visitar a una amiga!

—Deberías haberlo pensado mejor antes de exponerte públicamente a un escándalo —respondió Robert a pesar de que la acusación era directamente

para él y su hermana estuviera hablando con su madre.

Robert sabía que, si dejaba salir a Julia el impertinente de Hayden estaría al acecho. Es más, sospechaba que de alguna forma se habría puesto en contacto con ella para que se retractara del compromiso y ahora de repente no quisiera casarse cuando desde el primer momento no había puesto objeción alguna. Ese astuto de Hayden lo expresó claramente cuando dijo que él no se opondría al matrimonio y todo porque tenía pensado que fuera su propia hermana quien asumiera la culpa, quien desprestigiara el apellido y a saber que más... pero se iba a dar con un canto en los dientes si esperaba que él iba a permitir tal cosa. Hayden se casaría con su hermana, ella recuperaría su honor y además sería duquesa. Hasta entonces no permitiría que Julia pudiera salir, menos aún visitar la casa de los duques de Lennox donde sabía de sobra que Hayden solía acudir debido a su amistad con el duque.

—Robert tiene razón Julia —habló su madre—. Hasta que contraigas matrimonio y tu honor sea restablecido, será mejor que permanezcas en casa.

Julia bramó enfurecida mientras daba un golpe en la mesa. Nunca se había sentido tan oprimida y sin poder hacer nada al respecto. Hablaría con Catherine, aunque tuviera que saltar desde la ventana de su habitación si era necesario.

—Señorita Benedict, ha llegado una carta para usted. —La voz de la sirvienta la sacó de sus pensamientos referentes al plan que ya estaba trazando para escapar de casa.

—Gracias Ninet —contestó mientras cogía la carta de la bandeja de plata en la que se la ofrecía la sirvienta y leía el nombre de su amiga *lady* Catherine en el reverso.

Sin siquiera despedirse, arrastró la silla maleducadamente para reiterar su enfado y salió del comedor mientras su madre gritaba sobre la falta de educación de su hija frente a la mesa. Le daba igual, ella podía ser educada cuando quisiera, en aquellos momentos solo quería ser totalmente lo contrario, ¿No se daban cuenta de lo injustos que estaban siendo con ella?

Corrió literalmente a su habitación hasta cerrar la puerta y observó de nuevo aquella carta. Había esperado que Catherine la visitara tal y como hizo cuando al día siguiente de la noticia de su matrimonio, pero tal vez por su estado no hubiera podido hacerlo a pesar de que en la carta que le envió le rogaba que lo hiciera puesto que ella tenía prohibido salir de casa.

La abrió rápidamente rompiendo el sello de cera con el símbolo del ducado de Lennox impreso en el anverso y sacó el contenido para devorar rápidamente las líneas.

Querida Julia,

Lamento que no te permitan visitarme, aunque puedo llegar a comprender en cierta medida a tu hermano el señor Benedict y su decisión. Probablemente crea que es lo mejor para ti debido al escándalo que se formó en cuánto al porqué de tu compromiso con el señor Hayden, es normal que solo quiera ser precavido, de hecho, es lo mejor para conseguir que los rumores cesen y después solo se hable del matrimonio.

Quisiera disculparme por no poder visitarte en estos días, el embarazo no me permite salir de casa, ahora además de mi enorme voluptuosidad que apenas me permite caminar sin sentir que todo mi cuerpo resulte pesado, siento náuseas a cada instante. Es extraño, puesto que no las había sufrido durante todo el embarazo hasta ahora, pero los médicos dicen que puede ser completamente normal, así que trataré de eliminar tus dudas mediante correspondencia por si no tengo la oportunidad de poder hacerlo en persona, de esta forma trataré de calmar tu preocupación.

Como bien recordarás, cuando contraje matrimonio con mi esposo, ambos habíamos sido obligados a ello por nuestros padres y puedo asegurarte que lord Clayton era contrario al mismo, y asumo que sus razones eran las mismas que las que puede tener el señor Hayden en estos momentos.

Desconozco el carácter del señor Hayden, pero si algo puedo confirmarte al menos en mi caso y probablemente en el de tu futuro esposo, es que esa reacción de negación al matrimonio solo es miedo al compromiso y a perder la libertad que posee. No debes preocuparte, en cuanto el señor Hayden se dé cuenta de la espléndida mujer que tiene por esposa, caerá rendido a tus pies, es más, te diré lo que me dijo mi tía Camelia cuando me escapé para visitarla...

“Te enseñaré a tener al hombre que desees, comiendo en la palma de tu mano”.

*Espero verte pronto mi querida amiga.
Lady Catherine, duquesa de Lennox.*

Julia respiró hondo. No había sido tan explícita en su carta dirigida hacia Catherine como para citarle que había mantenido un encuentro con el señor Hayden en el que él la amenazaba directamente, sino que se había limitado a decir que, debido a la ausencia de noticias de su prometido, dudaba que él quisiera casarse y que más que dudarlo era casi una sospecha certera de que él no deseaba ese matrimonio.

Pese a todo, Catherine había conseguido aliviar en parte su agonía, esa opresión que sentía cernirse alrededor de su cuello como si pretendiera ahogarla debido a la amenaza del señor Hayden y no poder hacer nada por evitar el compromiso. Si era sincera consigo misma, seguía deseándolo, ¡A pesar de todo lo amaba! Sólo quería verdaderamente creer en las palabras de su amiga, deseaba creer que lo que el señor Hayden sentía solo era miedo al compromiso y a perder su libertad, miedos que no tardarían en irse a otra parte cuando la conociera y le demostrara que aquel matrimonio podría funcionar y que le podría dar todo cuanto él deseara.

Richard no se podía creer que aquella mocosa de ojos bronce no hubiera sucumbido a su amenaza, ¡Si le había prácticamente asegurado que anularía el compromiso!

Después de la conversación que habían mantenido en su carruaje hacía más de un mes, se había confiado plenamente, hasta que las semanas comenzaron a pasar y no tenía ninguna noticia de Robert respecto a la anulación del matrimonio, únicamente para informarle de los últimos cambios respecto al mismo, algo a lo que él no podía negarse tras haber dado su palabra de que no sería quien se opondría a ello.

—¡Maldita dama insolente! —gimió en voz baja mientras le daba un sorbo a su quinta copa.

Deseaba ir borracho, aunque en realidad solo iría con resaca, pero no deseaba sentir nada en el día en el que le rodearían con una soga el cuello y prácticamente lo lanzarían al vacío.

Iba a casarse, tan solo faltaban horas para que se celebrara aquella maldita boda y encima debía recibir felicitaciones por ello. ¡Al cuerno!, Había intentado colarse en la casa familiar de los Benedict, pero no encontró ninguna de las ventanas abiertas. Trató de acecharla, pero aquella endemoniada mujer no se atrevía a salir de su gran morada, suponía que

consciente de que si lo hacía volvería a amenazarla... chica lista, desde luego. Ni tan siquiera visitaba a su gran amiga la duquesa de Lennox, y lo sabía porque él acudía muy frecuentemente a la casa de su amigo David para comprobarlo.

Nada, ya no podía hacer absolutamente nada para cancelar ese matrimonio, pero lo que tenía por seguro es que pensaba cumplir plenamente su promesa. Iba a hacer de la vida de la señorita Julia Benedict un infierno.

—Te equivocaste de hombre, Julia Benedict —susurró—. Debiste haber elegido a otro inútil para tu propósito, pero la ambición te pudo... y ahora haré que te arrepientas. —Volvió a susurrar para sí mismo mientras volvía a vaciar el contenido de la copa y después pedía que le sirvieran otras dos.

Los últimos arreglos del vestido de novia de la señorita Benedict, los habían realizado en la propia casa familiar, desplazándose el personal de Lynet's hasta allí por el expreso deseo del señor Robert Benedict.

Julia pensaba que era increíble que ni tan siquiera para realizarse las pruebas del vestido le hubiera permitido salir de la mansión. Tal era el atosigamiento que estaba comenzando a sufrir por parte de Robert que se había limitado a no dirigirle la palabra, ni a cruzar una mirada con él; menos aún pensaba pedirle permiso o rogarle cuando sabía de sobra su negación.

Nunca había visto a Robert tan taciturno, pero se había cansado de intentarlo, si al castigo de su hermano le sumaba que su propia madre lo apoyaba e incluso hasta su propia amiga Catherine admitía que su encierro era considerado normal tenía; poco que hacer. Todos estaban en su contra y porque no admitirlo, en el fondo, muy en el fondo de sí misma, deseaba realmente que aquella boda se celebrara. Tal vez fuera mejor así, impidiendo que el señor Hayden pudiera hablar con ella de nuevo para volver a atormentarla e infundirle esos miedos. Quizás después de que se celebrara el matrimonio, podría conseguir persuadirlo de tal modo, que acabara enamorándose tal y como ella lo estaba de él.

Estaba nerviosa a tan pocas horas para dar el «Sí, quiero» en aquella iglesia, frente al sacerdote y delante de todos sus seres queridos, al único hombre que

la había hecho sentir... suspirar... anhelar... e incluso había llegado a fingir interés por algunos caballeros de gran porte y talante para que nadie sospechara de su predilección por el señor Hayden pensando que jamás tendría una posibilidad de un acercamiento a él.

Su incipiente nerviosismo se reducía a la reacción de él cuando la viera. Quizá lograra comprender que ella no había podido hacer nada al respecto para negarse, tal vez las amenazas solo fueran para causarle el miedo necesario que indujera romper compromiso, pero no sería capaz de hacerle daño alguno. Además, si tanta repulsión le provocaba el matrimonio, se podría haber opuesto al mismo en lugar de pretender que lo hiciera ella.

Se había ataviado con su camisón de noche para irse a la cama, a pesar de que dudaba que apenas pudiera lograr dormirse porque su mente no la dejaría hacerlo. Alguien llamó a su puerta en ese momento y se colocó rápidamente la bata para cubrir parte de su cuerpo antes de anunciar que entrarán.

—¿Robert? —exclamó extrañada de que su hermano se atreviera a ir hasta su propia habitación en lugar de mandarla llamar si es que quería hablar con ella. Además, hacía días que no se hablaban y que él fuera hasta allí le resultaba de lo más extraño.

—Siento la intrusión, pero probablemente mañana no podamos hablar por la ceremonia y después te marcharás de aquí —confirmó con talante serio.

Julia sintió cierta nostalgia. En tan solo unas horas no solo sería una dama casada que cambiaría de apellido, sino que su vida pertenecería a la de su esposo y dejaría de vivir allí, tendría otra casa, otra familia...todo cambiaría y dejaría de ver a su hermano o a su madre a diario. Quizá debería alegrarse por ello, pero tal vez lo hiciera si la situación fuera distinta, si su compromiso hubiera sido de otra forma.

—Si —admitió Julia sin añadir nada más.

Realmente no sabía que pretendía Robert entrando a su habitación, quizá quisiera decirle algo importante.

—Julia, sé que he sido bastante severo contigo todo este tiempo, pero solo quiero que sepas que lo hice por tu bien, algún día lo comprenderás —afirmó Robert con ese deje taciturno que le caracterizaba últimamente.

Julia observó detenidamente a su hermano, en cierta forma podía casi palpar

su preocupación por ella.

—Quizás. —Se atrevió a responder—. Pero quiero que me prometas algo, Robert.

Robert alzó una ceja algo intrigado sin pronunciar palabra alguna y esperó a que su hermana Julia dijera aquello que quería que él le prometiera.

—A partir de mañana no te entrometerás en mi vida y respetarás sean cuales sean mis decisiones. Como bien dijiste solo responderé ante mi esposo —añadió Julia seriamente.

—Por supuesto —contestó sin un atisbo de duda.

Julia se quedó tranquila. No sabía lo que le depararía su futuro con Richard, pero de un modo u otro, Robert no interferiría en este tal y como había hecho para que aquel compromiso se llevara a cabo. Aquella misma noche, su madre acudió a su habitación momentos después de que su hermano se marchara, trató de contener la risa cuando su madre intentaba explicarle lo que un hombre y una mujer hacían en el lecho la noche de bodas.

Tuvo que reprimir las ganas de decirle a su madre que ella ya sabía perfectamente lo que ocurría y que tenía unos libros muy ilustrativos al respecto justo debajo de donde permanecían sentadas, pero el sonrojo de su madre contando tales proezas se quedaría grabado en su mente durante el resto de su vida, aunque aquella conversación solo le hacía pensar hasta dejar volar su imaginación, visionando el momento en el que Richard y ella se quedarían a solas en la próxima noche después la boda y donde por fin viviría esos momentos mágicos que tanto había leído una y otra vez en sus libros.

—Tan solo unas horas —susurró justo antes de cerrar los párpados imaginando como sería ser desnudada por Richard y estar completamente entre sus brazos.

—¡Arriba señorita!, ¡Despierte! —Las voces de Sivil la despertaron abrumada—. ¡Hoy es el día de su boda!, ¡Y debemos prepararla debidamente!

—¿Qué hora es? —gimió Julia aún adormilada.

—Son las seis —contestó la criada mientras se paseaba por la habitación y abría las cortinas dejando pasar la leve luz que conseguía filtrarse.

—Faltan casi cinco horas Sivil, déjame dormir un poco más —volvió a gemir

Julia entre las sábanas.

—Su madre ha dicho que debe tomar un largo baño para que la fragancia penetre en su piel así que no queda tanto tiempo.

Por suerte, Julia pudo dormitar mientras se daba aquel baño caliente cuya fragancia olía a orquídeas y jazmines. Era exquisito y lo cierto es que aquel olor hacía parecer que estuviera en el paraíso.

Emily llegó para dar los últimos repasos y retoques al vestido, asegurándose de que le quedaba absolutamente perfecto y por suerte para ambas pudo quedarse a solas unos minutos con ella.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Emily emocionada.

—Mucho —contestó Julia retorciéndose las manos ya que las sentía sudorosas a pesar del frío. En breves instantes Robert aparecería para partir hacia la iglesia donde todos debían de estar esperando la llegada de la novia.

—Tranquila, yo no tuve un gran comienzo de matrimonio, recuérdalo..., aunque eso no quiere decir que a ti te pase.

—Lo sé. —Julia intentó sonreír.

Ni Emily, ni Catherine habían tenido un buen comienzo, así que ella no se dejaría amedrentar si en su caso era similar. Iba más que preparada para enfrentarse a la *ira* de Richard, pero también pensaba demostrarle que aquello podía funcionar.

—Probablemente el señor Hayden se dé cuenta de lo especial que eres y si no es así, muéstraselo —aseguró Emily acariciándole la mano—. Te veré en la iglesia Julia —advirtió antes de marcharse mientras Julia asentía aún algo ausente.

—Vamos —pronunció la voz de Robert.

Julia salió de su ensoñación y vio el brazo que su hermano le ofrecía y al que se aferró siguiéndole hasta el carruaje donde montaron y el trayecto fue demasiado breve.

En cierto momento llegó a creer que tal vez el señor Hayden no estaría en la iglesia, que se retractaría y partiría muy lejos de Londres para escapar de aquel compromiso, pero cuando entró en aquella capilla del brazo de Robert y observó la figura al final del pasillo esperándola, su anhelo creció. Él estaba

allí, no se había marchado, no había huido y no pudo evitar sonreír para sus adentros por ello. En lo más profundo de su ser lo consideró como una oportunidad para demostrarle que ella era la esposa que necesitaba.

Cuando Robert la dejó frente al altar y el señor Hayden se giró hacia ella para contemplarla, un estremecimiento la recorrió y su lividez sería palpable al notar el odio en la mirada del que iba a convertirse en su esposo. Aquellos ojos verdes que tanto había anhelado parecían advertirla de que estaba cometiendo el mayor error de su vida, pero ya era demasiado tarde, no podía hacer nada, simplemente no podía negarse y salir corriendo, ¿Qué opciones tenía?

Rezó... sólo rezó porque cuando aceptó al señor Richard Hayden como su esposo, aquella no fuera su sentencia hacia el infierno que le había amenazado con convertir su vida si se casaba con él...

—Espero que esté preparada, querida, porque pienso cumplir mi promesa — susurró Richard cerca del oído de la señorita Benedict cuando le dio un beso en la mejilla para sellar su matrimonio.

A Julia se le heló la piel. En cierta forma lo esperaba, en sus pensamientos hasta cierto punto lo imaginó. Sólo que escucharlo por parte de sus labios era demasiado doloroso.

—No he podid... —Comenzó a defenderse, pero Richard ni tan siquiera la escuchó. Le dio la espalda para saludar a sus conocidos que se acercaban a ellos.

Tras saludar a gran parte de los invitados pese a ser una ceremonia bastante íntima, los invitados se fueron retirando para ir hacia la casa de los Benedict donde se ofrecía un pequeño refrigerio. Julia sintió la mano que se cernía en su brazo y se giró para encontrarse con los ojos verdes del que ahora era su esposo.

—Tenemos que firmar —Su tono de voz no denotaba ningún tipo de entusiasmo.

—Por supuesto —alegó Julia guardando las apariencias ante los invitados.

Tras firmar los documentos y pagar la comisión al sacerdote, Richard volvió a agarrarla del brazo mientras tiraba de ella hacia el carruaje.

—¿Podría ir un poco más despacio? —gimió Julia al comprobar que sus

pasos no eran tan largos como los de él y no podía seguir su ritmo.

—No —respondió taciturno.

—¡Entonces suélteme! —exigió ella mientras intentaba soltarse de su agarre, pero éste la tenía demasiado bien sujeta.

—No está en condiciones de pedir o exigir nada, ¿Entiende? —Le reprendió Richard—. Le advertí que cancelara esta pantomima y no le dio la gana de hacerlo, así que ahora atentase a las consecuencias.

—¡No podía! —exclamó Julia.

—Excusas —contestó sin prestarle atención—. No le convenía porque usted misma orquestó todo esto, pero debió haber elegido mejor, porque le aseguro que haré que se arrepienta cada día durante el resto de su vida de su mala elección. —Su voz denotaba furia, como si tuviera una rabia contenida que no podía evitar expresar.

—¡Yo no le pedí que me siguiera! —gritó Julia evocando aquel encuentro desafortunado que les había llevado a esa situación.

No tenía ninguna lógica, si ella hubiera orquestado todo tal y como él decía, ¿Cómo iba a prever ella que le seguiría?

—Pero aprovechó bien la oportunidad, ¿no? —exclamó contraatacando.

—Hasta donde yo sé, solo soy culpable por pedirle que me besara, ¡Usted podría no haberlo hecho! —gritó enfurecida.

—Solo estaba haciendo una obra de caridad, pero que resultó ser la más cara de todas —dijo arrastrando las palabras—. No pienso ir a su ritmo, la esperaré en el carruaje y se puede olvidar de que la llame esposa, porque yo no la consideraré jamás mi esposa —añadió antes de marcharse y dejarla completamente boquiabierta.

¿Qué él no la consideraría su esposa?, ¿Y cómo demonios la pensaba considerar entonces?

El viaje en carruaje de regreso a la mansión de los Benedict fue silencioso, de hecho, Julia se apreciaba como el señor Hayden solo se dedicaba a observar por la ventanilla de la puerta de acceso al coche de caballos para evitar cualquier conversación.

Fue el viaje más incómodo, silencioso e incluso detestable de su vida. Por

suerte la iglesia no estaba demasiado lejos de su casa, aunque el trayecto logró ser casi eterno, pero había podido procesar las palabras de su esposo, era evidente que estaba enfadado por haber tenido que casarse con ella, pero ¿Decir que solo estaba haciendo una obra de caridad?, ¡Y un cuerno! Él la había besado con ansía y con una pasión que no se podía fingir por mucho que hubiera dicho lo contrario. No era tan inexperta en el tema a pesar de no haber besado jamás a ningún caballero salvo a él, como para no haber podido sentirlo durante aquel fatídico beso.

No le pasó desapercibido que ni se molestó en ayudarla a bajar del carruaje cuando finalmente llegaron, sino que fue el propio cochero quien lo hizo. Su falta de respeto hacia ella solo hizo acrecentar sus palabras; no la trataría como su esposa, pero por lo que parecía con su actitud, tampoco la consideraba como a alguien cercano a ella por el que mostrar cierto respeto o interés.

«Está enfadado» Se repetía Julia constantemente. Tal vez cuando pasaran unos días, aceptaría que no podía simplemente evitarla y que ella ahora era su esposa quisiera él o no. Quizá era una necia por intentar convencerse a sí misma de que así sería, pero de lo contrario tendría que asumir que su matrimonio estaba condenado al fracaso desde un inicio. Le dejaría desahogarse... pero después, quisiera el señor Hayden o no, aceptaría que era su esposa.

—¡Susan! —gritó Julia al verla en el salón de invitados.

Julia no había visto a su amiga en la iglesia, y tampoco había podido hablar con ella desde que anunció su compromiso y acto seguido se vio envuelta en aquel escándalo.

—¡Oh Julia!, ¡Tenía tantas ganas de verte! Pero mi madre no me dejó debido a mi reciente compromiso y al verte envuelta en ese escándalo justo cuando lo anunciamos... ¡Me costó un mundo convencerla para dejarme asistir a tu boda! —exclamó tan sincera como siempre.

—Lamento haber fastidiado tu compromiso Susan, ¿Por eso no contestaste a mis cartas? Sólo sabía de ti por lo que Emily y Catherine me contaban, me habría gustado visitarte...

—¿Qué cartas? —exclamó Susan extrañada.

—Te escribí... —respondió Julia sorprendida—. Varias veces de hecho por no obtener respuesta.

—Lo siento Julia, pero no recibí ninguna tus cartas —contestó apesadumbrada—. Probablemente madre creyó que no sería oportuno recibir correspondencia, perdónala Julia, estaba algo enfadada por arruinar mi compromiso con el duque.

—Eso no importa ahora, pero cuéntame, ¿Estás bien?, ¿De verdad vas a casarte con el duque de Buccleuch? —preguntó Julia no importándole que la señora Brandon hubiera manipulado la correspondencia de su hija, era malgastar el tiempo puesto que por suerte podía hablar ahora con ella.

—Si —afirmó sin ningún entusiasmo—. Voy a casarme con el duque dentro de diez meses, será un noviazgo formal según las estrictas normas.

—Pero...él ya ha estado casado anteriormente —susurró Julia recordando el hecho—. En dos ocasiones...

—Lo sé. Créeme que lo sé —afirmó Susan cabizbaja.

—Y no le amas —afirmó Julia.

—No —respondió sincera.

Susan era demasiado abierta como para poder fingir sus sentimientos.

—Susan... —dijo Julia con cierto pesar.

—No te preocupes por mí, Julia. Yo lo he aceptado y sé que tendré que enfrentarme a ello cuando llegue su momento, pero dime, ¿Qué hacías besándote con el señor Hayden? Sabes perfectamente que...

—Lo sé, pero siempre le he amado Susan, solo que nunca creí que podría tener una sola oportunidad tratándose de él...

—¿De verdad? —exclamó sorprendida.

—Aunque él no siente lo mismo por mí...de hecho casi afirmarí que siente todo lo contrario en estos momentos por obligarlo a casarse.

—Pero te besó... eso tiene que significar algo, de lo contrario no lo habría hecho —confesó Susan con esperanza.

—Puede ser, el tiempo lo determinará. —Julia no deseaba adelantar las cosas, era mejor no soñar demasiado y ser bastante realista.

Julia se sintió bastante arropada durante la celebración gracias a Emily y Susan, puesto que Catherine solo estuvo un breve instante solo por el compromiso y la amistad que las unían ya que debido al embarazo le resultaba demasiado incómoda la velada, pese a todo, agradeció la molestia

de pasarse para felicitarla y darle su apoyo.

La ceremonia estaba llegando a su fin y el equipaje de Julia ya estaba cargado en el carruaje con destino a su nuevo hogar. Ni tan siquiera sabía dónde viviría, sabía que su esposo tenía varias propiedades que heredó tras la muerte de su padre por lo poco que había escuchado alguna vez hablar a su hermano y en la ciudad estaba la mansión familiar. Suponía que sería allí donde se dirigían, pero desconocía si viajarían a alguna otra propiedad como solían hacer los recién casados en su luna de miel.

Julia montó en el carruaje y seguidamente lo hizo el señor Hayden. Sintió como carraspeaba, pero no dijo nada, así que ella guardó silencio momentáneamente, hasta que no aguantó más debido a la incertidumbre.

—¿Dónde iremos? —preguntó cordial.

—A mi casa —contestó secamente.

Julia comprendió que había mencionado dicha posesión como suya propia no incluyéndola a ella. Tal vez fuera la costumbre, llevaban demasiado poco tiempo casados como para que él entendiera que ahora compartirían todo, también las posesiones.

—¿Y viajaremos después? —preguntó con tacto.

—No. No pienso moverme de la ciudad —contestó tajante—. Pero eres libre de irte al campo si lo deseas, no seré yo quien me oponga precisamente.

Julia observó la casa de su esposo y su ahora hogar, era bastante más pequeña que la mansión familiar donde ella había crecido, aunque parecía algo descuidada, como si se notara que faltaba una mano femenina que le diera ese toque de hogar. La ausencia de flores, cuadros, tapices y decoración floral era palpable. Todo era sobrio, austero e incluso bastante oscuro.

—¡Margaret! —gritó Richard nada más llegar.

—¿Sí señor? —preguntó la sirvienta.

La doncella era el ama de llaves y rozaba la cincuentena. Algo regordeta y con algunas canas incipientes en su cabello pulcramente recogido.

—Lleve a la señora a su habitación —afirmó Richard.

—Si señor —contestó enseguida—. Cuando desee señora Hayden.

Julia pensó que al menos el señor Hayden había mencionado al servicio que volvería con una esposa, de lo contrario aquella doncella no la habría llamado

por su nuevo nombre.

—Me marchó —anunció Richard justo cuando su esposa daba un paso para subir la escalera que conduciría a las habitaciones.

—¿Cómo? —exclamó Julia anonadada.

—Será mejor que no me esperes despierta *querida*, porque quizá no vuelva antes del amanecer.

Y con un gesto en forma de saludo, desapareció por la puerta dejando a Julia muda por primera vez en su vida.

«No iba a llorar, no iba a llorar, no iba a llorar» Se repetía mientras se paseaba por la alfombra de la habitación en la que la habían instalado. Habitación que no era desde luego la de su esposo, sino la que en su día fue de la madre de éste.

Si aquello se trataba de un castigo, Richard lo estaba haciendo demasiado bien, habían pasado varias horas desde que se había marchado y ella era incapaz de conciliar el sueño pensando donde se hallaría en su noche de bodas, tal vez solo se había marchado a alguna de sus propiedades o simplemente estaría alojado en alguna pensión a las afueras de la ciudad. Fuera como fuera, no pensaba dejar que aquello mermara su propósito. En cuanto pasaran unos días, su enfado disminuiría, como le había dicho Catherine, solo era el miedo al compromiso, tenía que ser eso y por lo que actuaba así.

Se despertó algo tarde, pero lo suficientemente temprano si tenía en cuenta que tardó demasiado en dormirse. Se vistió apropiadamente y bajó al comedor. Realmente no sabía cómo actuar al no ser aquella su casa y más aún, teniendo en cuenta la ausencia de su esposo que quizás habría vuelto mientras ella dormía.

—Buenos días mi señora, ¿Por qué no me avisó para que la ayudara a vestirse? —exclamó el ama de llaves.

—No lo vi necesario —confirmó Julia sincera, puesto que se había puesto uno de los vestidos sencillos que eran para estar por casa.

—Pediré entonces que le sirvan el desayuno —anunció la doncella.

—¿Ha regresado mi esposo? —preguntó Julia.

Era tan extraño llamar a al señor Hayden esposo en voz alta...

—No mi señora, el señor Hayden no ha regresado desde anoche. —El tono de voz del ama de llaves denotaba cierto nerviosismo, como si sintiera cierta pena por ella. Y no era de extrañar, él había dejado bien claro lo que pensaba de aquel matrimonio a los sirvientes de la casa marchándose en su noche de bodas; la había dejado completamente en ridículo ante ellos.

Ni tan siquiera había dado el primer sorbo a su té cuando anunciaron que la duquesa de Sylverston solicitaba verla.

—¿Emily? —exclamó Julia dejando la servilleta sobre la mesa y fue corriendo hacia la entrada. ¿Le habría ocurrido algo a Catherine?, Tal vez ya estuviera de parto, pero no podía ser... ¡Era muy pronto aún!

—¡Catherine! —gritó al verla de pronto también allí.

—¿Estás bien? —preguntó Emily adelantándose impidiendo que Catherine contestara.

—¿Quién?, ¿Yo? —preguntó Julia sin entender nada.

—No lo sabe —gimió Catherine en voz baja hacia Emily.

—¿Qué ocurre?, ¿Le ha pasado algo a mi madre?, ¿Se trata de mi hermano Robert? —exclamó sin obtener respuesta—. ¿Es el señor Hayden?, ¿Le ha ocurrido algo? —siguió preguntando, pero seguían sin responder.

—Julia no sé cómo... —comenzó a balbucear Emily.

—Pero ¡Qué ocurre! —gritó al ver sus caras de preocupación.

Sabía que debía ser algo grave si Catherine había ido hasta allí y entonces vio aparecer a David con el rostro algo sombrío... fuera lo que fuera, tenía que ver con su esposo.

—¿Está vivo? —exclamó pensando que había sufrido un accidente.

—Para tu desgracia si —bramó Catherine.

Julia se llevó una mano al pecho por el alivio, por un momento creía que él... que él...

—Anoche se exhibió por todos los lugares públicos de Londres con una renombrada bailarina exótica —gimió Emily casi susurrante.

—¿Qué? —exclamó Julia abriendo los ojos de par en par no pudiendo procesar aquella información.

—Todo Londres no habla de otra cosa Julia, de que tu esposo prefirió a esa

cortesana de piel oscura antes que a su propia esposa en su noche de bodas — concluyó Catherine—. Tienes que marcharte, debes irte hasta que haya otro escándalo que silencie la noticia que se extiende como la pólvora, aunque ningún escándalo sea jamás sea de tal magnitud.

Julia sintió que el aire no llegaba a sus pulmones. No podía respirar, lo intentaba, pero simplemente no podía... y en un momento dado la oscuridad la atrapó, solo escuchaba a lo lejos los gritos de Emily y Catherine llamándola.

El olor a sales devolvió a Julia a la realidad. Abrió los ojos lentamente mientras la claridad del día hacía que el rostro de Emily dejara de ser borroso.

—¿Julia?, ¿Me escuchas? —exclamó Emily cuya voz sonaba para Julia lejana y preocupada.

—Si... si... —confirmó Julia mientras se incorporaba del sillón donde se encontraba. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero no le importaba.

—¿Te sientes bien? Te has desmayado —intervino la voz de *lord* Clayton.

—Y cómo no iba a desmayarse con una noticia así —aclaró Catherine airada. Julia la miró y estaba sentada en una postura extraña debido al abultado embarazo.

—Pediré que preparen tu equipaje. —Mencionó en ese momento Emily incorporándose—. Te vendrás de momento a mi casa, después puedes decidir a donde ir cuando...

—No —susurró Julia interrumpiendo el discurso de su amiga.

Salir corriendo era lo que probablemente el señor Hayden querría que hiciera. Huir... escapar tan lejos de él para dejarle el camino libre y hacer lo que quisiera. Además, ¿No le había dicho que haría de su vida un infierno? Eso era precisamente lo que Richard Hayden, su *esposo*, estaba haciendo. Acababa de convertir su vida social en un auténtico infierno, pero no pensaba

desaparecer como una estúpida esposa repudiada a la que su esposo no había tocado en su noche de bodas. No era ninguna cobarde y mucho menos le daría la satisfacción de sentir que había ganado la partida.

No, definitivamente no le daría ese gusto al señor Hayden, prefería tragarse su propia dignidad.

—¿No? —repitió Emily.

—No voy a irme —repitió dando voz a sus pensamientos—. No voy a huir, no voy a darle lo que él quiere...no me marcharé de ésta casa.

—Sabes que lo que el señor Hayden acaba de hacer os ha condenado a ambos, ¿verdad? —habló Catherine—. No recibirás invitaciones, ni estarás en las listas de sociedad y probablemente cuando pises un pie fuera de ésta casa, todos te mirarán con desprecio y hablarán... Julia, no te mereces eso —añadió.

—Tal vez no me lo merezca, pero es mi realidad lo quiera o no. No voy a darles el gusto de hacer lo que todos esperan, que huya lejos de la ciudad hasta que lo olviden —aclaró decidida.

—¿Estás completamente segura? —preguntó Emily mientras le cogía una mano dulcemente.

—Si, muy segura —confirmó—. Se que os preocupáis por mí, pero me gustaría estar a solas, por favor.

Necesitaba procesar lo que su esposo acababa de hacerle, no solo a ella, también a sí mismo exponiéndose de aquel modo. El dolor tras saber que había realizado aquello solo para perjudicarla era demasiado grande, tanto, que no sabía cuánto tiempo podría aguantar más la compostura sin que las lágrimas finalmente se derramasen.

Catherine se fue primero acompañada por su esposo que la ayudaba a montar en el carruaje para regresar a su hogar.

—Hablaré con él —dijo el duque de Lennox antes de marcharse, pero Julia fue incapaz de decirle nada, hasta el propio *lord* Clayton era consciente que su amigo se había extralimitado con creces.

—Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti, Julia. Tenlo siempre presente —dijo Emily después de que los duques de Lennox se marcharan y permanecieran a solas unos minutos.

—Lo sé, Emily... pero necesito hacer esto por mí misma. Sé que si huyo no

me lo perdonaré y me reprocharé haber sido una cobarde —atajó.

—A veces eres demasiado obstinada mi querida amiga, pero no serías tu si no lo fueras —dijo Emily antes de abrazarla y se marchó inmediatamente.

El apetito de Julia se había esfumado, ni tan siquiera sabía si el señor Hayden sería capaz de volver a casa, y si lo hacía ¿Con qué cara pensaba mirarla?, ¿Sabría que ella ya se había enterado del escándalo que había formado? Debía ser un idiota si creería que tal hazaña no llegaría a sus oídos en pocas horas... una noticia así corría como la pólvora, es más, probablemente habría salido en los periódicos si habían cogido la noticia a tiempo, de lo contrario, no se salvaría de estar en los de mañana.

Richard abrió los ojos lentamente, el dolor de cabeza era descomunal y entonces recordó las dos botellas de brandy que se había bebido él solo la noche anterior para hacer lo que tenía planeado...

Giró su cuerpo dolorido, ¿Por qué demonios le dolían absolutamente todos sus músculos? Gimió ante el dolor al intentar incorporarse en aquella cama de sábanas blancas y vio el cuerpo desnudo de la mujer que tenía al lado boca abajo. Su tez era oscura y entonces se acordó de la bailarina con la que pretendía dejarse caer por el teatro para que todos le vieran.

Se incorporó de la cama para vestirse, desconocía que hora sería, si era demasiado tarde o no, aunque eso nunca le había importado. Dejó unos billetes sobre el lecho donde seguía aquella bailarina exótica, de algún modo le atraía la forma que tenían de seducir mediante el baile aquellas mujeres que venían de países lejanos, más incluso que el propio placer que podían proporcionar en el lecho. Después de años de placer carnal, buscaba algo más en una mujer que la propia satisfacción, buscaba el erotismo y la seducción que le proporcionaban, por eso eran sus favoritas.

Salió de aquel burdel en el que se alquilaban habitaciones y tomó un carruaje para volver a su propia casa. En ese momento fue consciente de que su esposa estaría allí, de algún modo no sabía cómo tratarla cuando llegara, aunque ella no se hubiera enterado de nada aún y quizá tardara días en enterarse por los rumores que llegarían a sus oídos cuando saliera de casa o cuando tomara conciencia de que no recibía tantas invitaciones a los eventos sociales. La había condenado socialmente, era consciente de ello y aunque a su debido momento había pensado lo satisfecho que se sentiría consigo mismo tras castigarla de aquel modo, en aquellos momentos no estaba tan

seguro de ello.

—Ella se lo buscó —murmuró para sí mismo—. Le advertí que cancelara el matrimonio y no quiso hacerlo...

Sabía de sobra que solo eran justificaciones para lo que acababa de hacer pero, de todos modos, ¿Qué le importaba a él? Sólo era su esposa porque un sacerdote lo había determinado así, nada más.

El señor Robert Benedict llamó con vehemencia a la casa donde hacía tan solo unas horas se había trasladado a vivir su hermana tras casarse con el señor Hayden.

—¿Donde está ese desgraciado! —exclamó nada más abrirse la puerta.

Julia cerró los ojos al escuchar la voz de su hermano prorrumpiendo en el que ahora era su hogar.

—¿Qué haces aquí? —Se encaró Julia ante su hermano.

—¿Qué hago aquí?, ¿Me lo preguntas?, ¡Donde está ese mal nacido porque juro que pienso matarle con mis propias manos! —exclamó en voz alta Robert como si pretendiera que toda la casa le escuchara.

—No está aquí y te aseguro que no vas a hacer nada al respecto —aclaró Julia.

—¿Es qué piensas permitir que te deshonre de esa forma? —preguntó alterado Robert.

—No, Robert. Tú lo has permitido —le recriminó—. Te pedí que anularas la boda, te rogué que lo hicieras y te negaste. Ahora asume las consecuencias por ello.

—Pero... —Robert se había quedado sin palabras, ¿Cómo iba a saber él que Hayden haría algo así? Aunque lo debió haber supuesto conociéndole cómo le conocía.

—Me prometiste que no te entrometerías en mi vida una vez contrajera matrimonio, así que no lo harás —recordó Julia a su hermano.

Lo que Julia menos necesitaba en aquellos momentos es que su esposo creyera que le importaba lo suficiente como para ir con reclamos a través de su hermano. No, iba a demostrarle que le importaba un cuerno lo que hiciera, aunque estuviera muy lejos de la realidad.

—Sé lo que te prometí, pero no puedes pedirme que lo deje estar, ¡Toda la

ciudad piensa que una fulana es mejor opción que mi propia hermana!

Julia cerró los ojos ante el dolor que provocaban aquellas palabras.

—Lo harás —insistió—. Tal como me prometiste.

Robert apretó los puños con fuerza conteniendo su ira.

—Está bien —confirmó Robert a pesar de no estar en absoluto de acuerdo con Julia—. Pero quiero que recurras a mi si te hace daño, si no te sientes segura en esta casa o si necesitas mi ayuda.

Ahí estaba el Robert protector, su hermano mayor... el que siempre velaba por ella.

—Lo haré —afirmó.

Aunque esperaba no tener que hacerlo nunca. El señor Hayden había dejado claro cómo sería aquel matrimonio, así que, si él pensaba hacer su vida, ella también haría la suya.

Richard hizo su aparición un poco más tarde de que Robert se marchara, Julia estaba en el saloncito haciendo como que leía un libro cuando le escuchó llegar y hablar con el ama de llaves.

—Buenos días —saludó Richard al entrar en casa y ver a la que se había convertido en la señora Hayden leyendo apaciblemente un libro.

En ese momento Julia alzó la mirada apartando la vista de la lectura, de la cuál desde luego, era incapaz de seducirla porque su mente no dejaba de darle vueltas al mismo tema, quería saber porqué una bailarina exótica extranjera, necesitaba saber que veía de atractivo el señor Hayden en ellas.

—Buenos días —contestó Julia observándole un segundo y volvió la al libro al comprobar su aspecto desaliñado.

No le pasó desapercibido sus ropajes desarreglados, como si se hubiera vestido rápidamente y desde luego arrugadas, como si hubieran estado tiradas por el suelo. Saber que había pasado su noche de bodas revolcándose con una cualquiera solo hizo que se le revolvieran las entrañas. ¿Tan repulsiva era para que prefiriera a una fulana en lugar de a ella?, ¿O sólo se trataba de un castigo?

La indiferencia de la señora Hayden solo hizo confirmar a Richard que su ella era completamente ajena a lo que había sucedido y cuando la vio allí sentada, con aquel rostro angelical, sintió un nudo en la garganta. Deseó por un

instante que no se enterase, pero después se obligó a sí mismo a que le diera absolutamente igual si lo hacía o no. Después de todo ella le había tendido una trampa para casarse, era merecedora de aquello le ocurriera.

Dos días fueron suficientes para que Julia se diera cuenta de que en aquella casa no había control alguno sobre las tareas, ni orden en las comidas, ni absolutamente nada establecido.

Cómo su esposo campaba completamente a sus anchas sin sentido alguno de la responsabilidad, el orden, o simplemente costumbres horarias. Julia estableció al servicio unas pautas que buenamente su esposo podía acatar o no si así lo decidía, pero no pensaba seguir esperando a que el señor Hayden viniera para el almuerzo, cuando podía ser que simplemente que decidiera almorzar en el club o en casa de algún amigo, por lo que dio órdenes al servicio sobre la hora a la que se serviría el desayuno, almuerzo y cena cada día independientemente de si estaba o no el señor en casa.

Si en algo había salido favorecida de la infidelidad de su esposo en su noche de bodas, es que el servicio de su propia casa parecía tenerle más empatía a ella que a su propio señor al que llevaban sirviendo probablemente años. De hecho, incluso pudo notar como Margaret, su ama de llaves casi veneraba cada decisión que tomaba, en cualquier otra situación habría jurado que la pobre mujer necesitaba recibir órdenes, en lugar de tener que tomar decisiones propias.

Julia se encontraba tomando la sopa caliente como primer plato, justo a la hora a la que había solicitado el día anterior que establecieran los almuerzos, cuando el señor Hayden entró por la puerta sin saludar por lo que ella siguió tomando la sopa caliente de carne sin prestarle atención, a pesar de que se encontraba sola en el comedor.

—¿Se puede saber porqué han servido el almuerzo sin esperar a que el señor de la casa llegase? —exclamó Richard de forma autoritaria.

Richard nunca llegaba antes de la una de la tarde, ese día había sido una excepción y le extrañó ver almorzando a su esposa completamente a solas. Tampoco es que habría esperado que lo hiciera siempre, porque solo había compartido con ella una comida desde que se habían casado y había resultado algo incómodo ya que no tenían nada de lo que hablar.

—A partir de ahora el almuerzo se servirá a las doce y media, esté o no el señor de la casa —aclaró Julia sin mirarle.

—¿Y eso quién lo decide? —contestó con altivez.

—Yo —afirmó Julia—. Soy la señora de esta casa y decido esas cuestiones.

—No te he dado permiso para tomar decisiones que no le conciernen, señora —respondió molesto.

—Si el señor de ésta casa piensa hacer y deshacer a su antojo, ni siquiera avisa cuando viene o no para almorzar, cenar o pasar la noche fuera de casa aludiendo que es asunto suyo, ahora no pretenda que los demás pensemos bailar a su son, porque ni usted es el sol para que todos giremos a su alrededor, ni yo pienso concederle semejante placer, le guste o no. —Acto seguido se llevó otra cucharada de sopa.

Richard la observó boquiabierto sin saber que responder. Jamás hubiera creído que ella le respondería con tal descaro. Todo en él, le hacía querer gritar que se debía a él porque era su esposa, pero se negaba a decírselo, ¡No admitiría que era su esposa en voz alta jamás!

—Señor. —La voz de Margaret les distrajo a ambos—. ¿Desea que le sirva el almuerzo?

—No, Margaret. El señor se iba. —Se adelantó a decir Julia dejando a al señor Hayden algo anonadado.

Aunque Julia trataba de estar lo más calmada posible, como si aquello fuera lo más normal, realmente estaba casi temblando. Por primera vez se estaba enfrentando a él, le estaba demostrando que ella iba a tener su lugar, aunque él siguiera con su vida.

—Si, señora —contestó Margaret mientras dejaba el pan recién horneado y volvía a salir del comedor.

—¡Que sea la última vez que contestas al servicio en mi lugar! —rugió Richard enfurecido.

—Si no le importa, me gustaría almorzar tranquila. —Fue toda la respuesta que Julia le dio.

Richard dio un golpe fuerte sobre la mesa provocando que el sonido de los platos revotaran sobre ésta y salió de allí hecho una furia.

¡No se lo podía creer!, ¡Esa mujer le había echado de su propia casa!, ¡Y su propio servicio acataba sus órdenes! Ver para creer...

Pensaba ir a visitar a su amigo David esa tarde, pero quizá fuera más

oportuno visitarle en aquel preciso instante para mendigar una buena comida casera. No le apetecía comer en el club algo frío y grasiento, puesto que casi había saboreado el sabor de aquel pan recién hecho con tan solo olerlo que habían servido en la propia mesa de su casa y que había provocado que sus tripas refulgieran dándose cuenta del hambre voraz que tenía.

Cuando llegó a la casa de los duques de Lennox, estos se encontraban almorzando. Fue ahora consciente en aquel preciso instante de que no era desconsiderada la hora que su esposa había determinado para el almuerzo, solo que él llevaba tanto tiempo sin seguir las normas establecidas que casi lo había olvidado. Quizá las únicas veces que había comido a una hora decente era cuando lo hacía en casa de David y porque casualmente había coincidido en que había visitado a su amigo.

Pensó que tal vez David le invitaría a unirse a pesar de que el almuerzo había comenzado.

—Richard, ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? —exclamó David cuando salió a recibirle cuando fue informado de la presencia de Richard en su casa.

Richard pensó que en parte tenía razón, era la primera vez que les interrumpía por llegar a esa hora. Siempre lo hacía más temprano o más tarde ahora que recapacitaba.

—Pensé que querías hablar conmigo —contestó como excusa. Intuía las razones de David para hablar con él y por eso no le había visitado con anterioridad.

—Si, pero ahora estamos almorzando y no puedo hablar en privado. Nos vemos más tarde en el club —concluyó David.

—¿En el club? —preguntó sorprendido Richard.

—Richard, después de lo que le has hecho a tu esposa, no esperes ser bien recibido en esta casa por parte de la mía. Si no te han prohibido la entrada es por la amistad que nos une, pero a partir de ahora, no eres bien recibido en la mansión Lennox.

—¿Qué? —exclamó atónito.

—Mejor márchate, nos vemos en un par de horas en el club —insistió.

Richard no pudo decir nada, su amigo directamente le invitó a marcharse y no pudo hacer otra cosa que aceptarlo.

¡Qué demonios!, ¿Su amigo le prohibía la entrada en su casa porque su esposa así lo decretaba?

¡Al infierno todas las malditas mujeres!

La comida del club era insípida, por algo no le gustaba comer en ese lugar a menos que fuera absolutamente necesario o tuviera una resaca tan descomunal que ni tan siquiera su apetito fuera exquisito para saborear la comida, pero ese no era el caso, estaba allí porque no había otro lugar al que poder ir.

Aún no daba crédito a que su propio amigo le hubiera prohibido la entrada a su casa, ni de que su mujer le hubiera echado prácticamente de la suya... ¿Acaso el mundo se estaba volviendo loco?

Aquel cordero asado estaba frío y sin sabor, sin contar con que no estaba hecho al punto y eso añadido a la falta de compañía, hacía que aquella comida fuera completamente insatisfactoria.

Había terminado de comer pronto, principalmente porque su hambre al probar aquel plato casi había desaparecido y prefería entumecer sus músculos con coñac, cuando David apareció en el club. Le observó buscándole con la mirada hasta que le encontró y se acercó a él, su ceño era fruncido, sin llegar a emitir ninguna expresión al verle y eso no podía significar nada bueno, aunque tampoco era necesariamente malo.

—David —dijo sin entusiasmo.

Saber que su amigo acataba las órdenes de su esposa sin imponerse a ésta le hacía pensar que en esa casa quien mandaba era su esposa y no él.

—Richard, ¿En qué demonios estabas pensando para hacer lo que hiciste? —
Fue toda la respuesta de David.

—No creo que fuera para tanto. —Era consciente de que quizás y solo quizás, no había calculado las consecuencias de sus actos, pero en aquel momento pensar sobre las repercusiones que tendría su fechoría era lo último que hizo.

—¿Qué no era para tanto? —exclamó—. No sólo has denigrado tu apellido al exponerte de esa forma que incluso tu propio tío puede que sea capaz de desheredarte si llegara a enterarse, quizás tu suerte es que está en la casa familiar de campo y tal vez no lleguen hasta allí los rumores, pero la peor parte se la llevará tu esposa. No podrá poner un pie fuera de esa casa sin ser señalada con el dedo durante el resto de su vida.

—Creo que exageras, solo me paseé por la entrada del teatro con Sheila, la bailarina exótica y después pasé la noche con ella —contestó sin entrar en detalles sobre lo que hizo o no, principalmente porque ni él mismo lo recordaba.

—Richard, ¿Recuerdas exactamente lo que hiciste esa noche?

—Vagamente la verdad —confesó.

El bufido de David hizo que Richard se tensara, de algún modo intuía que lo que su amigo le iba a contar no le agradaría.

—No te paseaste por la entrada del teatro aquella noche, sino que acudiste a una actuación completa acompañado de esa bailarina exótica cómo tú dices. Además, fuiste a Almack's y cómo te prohibieron la entrada, te colaste por una de las puertas de atrás e incluso tuviste la indecencia de bailar una pieza hasta que os invitaron a marcharos por la fuerza y para terminar, por si aún parecía poco, fuiste al baile que organizaban los Melton aquella noche en su casa.

—No... —susurró Richard negándose.

—¿Te das cuenta del agravio que hiciste? No sé cómo Julia no quiso marcharse de la ciudad...

—Pero ¿Es que ella lo sabe?, ¿Sabe todo eso? —exclamó contrariado.

—Sí, ¿Crees que algo así se podía esconder? Se enteró en la misma mañana antes de que regresaras a casa.

Saber que Julia era consciente, saber que todo había sido mucho peor de lo que creía...le dio dolor de cabeza. Él jamás se arrepentía de sus actos, nunca

se retractaba, tampoco lo haría ahora porque todo había sido por su culpa, pero era consciente de que se había extralimitado, aunque jamás lo reconociera.

—¡Joder! —exclamó dando un golpe en la silla ante su impotencia.

—Richard, lo que has hecho no se arregla con una disculpa, ni aunque te claven como a cristo en un crucifijo en mitad de la plaza para expiar tu culpa te librarías. Lo que has hecho jamás será olvidado por la alta sociedad.

—La culpa es de ella. Le dije que anulara este maldito matrimonio y no lo hizo —se excusó.

—Hasta donde yo sé. Tú la besaste —le recriminó David.

—¡Porque ella me lo pidió!, ¿No te das cuenta de que todo fue una maldita trampa para engatusarme y hacer precisamente esto?, ¡Qué no me quedara más remedio que casarme! —rugió Richard.

—¿No la seguiste tú sin que ella lo pidiera? —preguntó David alzando una ceja.

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclamó contrariado.

—¡Mira que eres obstinado! Tienes tanta culpa como tu esposa de que os descubrieran en aquella velada, solo que tú le has echado toda la culpa a ella para no asumir la parte que te corresponde.

—Tu esposa te ha absorbido el cerebro —declaró Richard—. Estás del lado de ella y por eso la defiendes.

—No pienso discutir con alguien que no atiende a razones. Tú solo has cavado tu propia tumba Richard, a partir de ahora vas a encontrar todas las puertas cerradas, así que tú sabrás si te conviene o no conservar las pocas amistades que te quedan.

Richard no contestó, únicamente se limitó a ver como David se marchaba y sus últimas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. No era idiota, sabía que los protocolos de la sociedad eran estrictos.

Él podía hacer todo cuanto quisiera siempre que fuera de puertas para adentro, el problema es que se había expuesto demasiado, mucho más que demasiado para ser exactos. ¿Cómo era posible que Julia no se hubiera marchado? Cualquiera en su situación habría huido. Probablemente jamás la invitaran a ningún acto público a menos que quisieran que fuera el centro de las habladurías para burlarse de ella.

La había jodido a base de bien, había querido que ella escarmentara, pero no tanto... ¡Joder, joder, joder! ¿Qué diablos iba a hacer ahora para arreglar lo que no tenía solución alguna?

Unos días más tarde Julia acudió a Lynet's aquella para hablar con Emily sobre algo que llevaba tiempo dando vueltas.

—¿Estás loca? —exclamó Emily susurrante en la trastienda de la tienda de moda.

—No. De hecho, creo que es la primera vez que estoy segura de saber qué hacer —respondió Julia mientras jugueteaba con las muestras de los tejidos que Emily había colocado en una tabla de madera para enseñar a sus clientas en lugar de entrar a la trastienda y pasarse horas eligiendo entre el muestrario.

—¡Pero es una auténtica locura! —volvió a exclamar Emily—. Si alguien se entera...

—No creo que caiga más bajo aún, Emily —respondió abatida—. No he recibido invitación para ningún evento en los próximos días y dudo que la cosa cambie en las próximas semanas.

—Puedes venir con nosotros, nadie dirá nada si eres la protegida de los duques de Sylverston.

—Lo agradezco de verdad y probablemente lo haga si no quiero terminar desquiciada, pero eso no cambia lo que te acabo de mencionar —aclaró.

—Sigue pareciéndome una locura. Ésta vez Emily no alzó la voz, sino que parecía ir haciéndose a la idea que había tenido su amiga a pesar de ser una auténtica locura.

—Necesito hacerlo —insistió Julia.

—¿Por qué? No creo que ganes nada con ello, en todo caso, denigrarte aún más si cabe.

—No lo veo así, Emily —contestó Julia alzándose de su asiento, tenía la necesidad de estar en movimiento—. Tengo que saber que le atrae de ella —confesó.

—Solo es una bailarina exótica que vende sus favores. Una mujer lo suficientemente vulgar como para prestarse a lo que tu esposo hizo. Porque hasta una cortesana sabe dónde están sus límites y ella parecía no saberlo.

Julia pensó que en eso debía darle la razón a Emily. Hasta la más vulgar

cortesana sabía el lugar que le correspondía. Ninguna se prestaría a dejarse ver entre la nobleza inglesa. Sabían dónde estaba su lugar, tras las cortinas de un burdel o una fiesta privada donde jamás se mezclarían con las damas de la alta sociedad. Las normas eran claras, así como las damas sabían que no podían hacer nada en contra de lo que las cortesanas significaban, siendo conscientes de que la gran mayoría de caballeros usaban sus servicios y ellas debían mirar hacia otro lado, incluido su esposo para su desgracia.

—Aun así, quiero verla —alegó firme.

Había tomado una determinación y no iba a cambiar de idea. Necesitaba ver con sus propios ojos a la mujer con la que su esposo había preferido pasar su noche de bodas y exhibir ante toda la ciudad como predilección a ella, a su propia esposa.

—Sabes que no puedo acompañarte, aunque quisiera hacerlo —habló Emily—. Henry me mataría si me descubre haciendo algo así.

—Jamás te pediría que me acompañaras a un lugar así —contestó de pronto Julia—. Además, esto es algo que sólo me concierne a mí, pero necesitaba contárselo a alguien...

—Necesitabas que alguien supiera donde te vas a meter por si de pronto desapareces. —concluyó Emily poniendo palabras a los pensamientos de Julia.

Julia no tenía idea alguna de cómo era el lugar donde se iba a adentrar, solo había descubierto los sitios que frecuentaba esa bailarina exótica y ella se camuflaría aquella noche para adentrarse en uno de ellos de incógnita.

No se consideraba una persona miedosa, jamás lo había sido, pero estaría más tranquila si su amiga Emily sabía lo que pretendía hacer, por lo que le contó donde pensaba ir por si algo le sucedía algo o muy a su pesar la descubrían.

—Enviaré a mi cochero a las once en punto a tu casa —habló Emily antes de que Julia se marchara—. Si viene sin respuesta, daré la voz de alarma.

—Está bien, te prometo que las once habré vuelto a casa —confirmó Julia.

Era tiempo más que suficiente para realizar sus planes, solo necesitaba verla con sus propios ojos, quería verla *bailar*.

Para su sorpresa el señor Hayden estaba en casa cuando volvió de hablar con Emily, algo extraño teniendo en cuenta que ningún día solía estar a esa hora desde que le echó prácticamente de casa durante aquel almuerzo hacía varios

días, es más, había esperado por su parte una reprimenda después de aquello, algo que le diera motivos de enzarzarse en una discusión y pudieran al menos recriminarse el uno al otro los hechos, pero nada de aquello había sucedido porque él básicamente la evitaba como se evita la peste. Desconocía si se quedaría a almorzar o no, pero cuando entró al comedor vio que habían colocado dos servicios en la mesa y eso significaba que sí se quedaría a comer con ella. Justo en ese instante escuchó las pisadas que sin duda debían ser de él acercarse y pasar por su lado.

—Buenas tardes —dijo Richard en un tono serio.

—Buenas...tardes —contestó Julia algo extrañada de que la saludara con lo ausente y silencioso que había estado los últimos días desde que le echó de casa.

—¿Podemos almorzar? —preguntó Richard mientras le señalaba el asiento que ella solía utilizar.

Julia asintió aún más extrañada y tomó el asiento que le correspondía.

¿Era su imaginación o el señor Hayden estaba siendo civilizado?

Margaret comenzó a servir el primer plato en cuanto ambos se encontraron sentados a la mesa.

—¿Hoy no se encontraba demasiado ocupado para permitirse el lujo de almorzar en casa? —preguntó Julia mientras acomodaba su servilleta en su regazo.

Sabía de sobra que su esposo no mantenía ninguna ocupación que no fuera la de su propio placer, por lo que se denotaba la ironía de sus palabras.

—¿Debo acaso dar explicaciones de cuando vendré a almorzar en mi propia casa? —contestó repitiendo el mismo gesto.

—Por supuesto que no —añadió airada—. Pero tal vez me gustaría saberlo para poder ausentarme —afirmó—, ambos sabemos que ha estado evitando mi presencia todo este tiempo porque no soporta mi compañía, por lo que sería beneficioso para ambos si coincidimos lo menos posible. No es que me resulte precisamente placentera su compañía.

Julia no pensaba hacerle creer que sería una esposa mártir que soportaría los desaires de su marido. Por más que le doliera, iba a hacerle creer a Richard Hayden que le importaba un cuerno lo que él hiciera.

¿Cómo podía decir que la evitaba porque no soportaba su compañía? En el

fondo no debería extrañarle puesto que era lo que había estado haciendo desde que se casó con ella y de algún modo aquello le debía contentar, o eso se suponía. Había conseguido hacerle creer que no la soportaba mientras solo trataba de evitarla porque temía que le recriminara lo que le había hecho.

Si, él. Richard Hayden temía las represalias de una mujer, de su mujer para ser exactos. Sólo porque se había dado cuenta de la magnitud de la gravedad de sus hechos, unos hechos de los que su esposa no podría escapar y que, de algún modo, no se sentía satisfecho consigo mismo por ello.

—A partir de ahora, vendré a almorzar siempre a casa —contestó Richard firmemente.

—¿Siempre? —exclamó anonadada.

—Si —afirmó sin mirarla.

Lo cierto es que estaba harto de no comer decentemente durante días. Deseaba fervientemente una buena comida caliente así que cuando le sirvieron el consomé, su boca se hizo agua.

—Está bien —sentenció Julia antes de llevarse la primera cucharada a la boca.

Habían guardado silencio durante el resto del almuerzo, pero a Julia no le pasó desapercibido que él evitaba mirarla y no sabía exactamente porqué lo hacía.

Richard apreció el olor a lavanda que desprendía su esposa y que era notable a la distancia que se encontraban, empezó a ser un olor familiar que podía reconocer cuando estaba cerca de ella, como si le transmitiera tranquilidad. Ni tan siquiera sabía porqué pensaba en esas cosas, se debería limitar a comer y evitarla, pero allí estaba, pensando en aquel sutil olor que de algún modo le hacía querer anhelarla.

Julia salió de casa mucho antes de la hora que tenía pensada en un principio, pero tampoco había contado con que el señor Hayden estuviera por allí y si salía más tarde podría parecer sospechoso. Mencionó que iría a tomar el té a casa de los duques de Sylverston tal y como tenía pensado mencionar en cualquier caso y tomó un carruaje de alquiler al no disponer de carruaje propio desde que se había casado.

En cierta manera le había venido bien para su propósito que el señor Hayden ni tan siquiera hubiera pensado en la comodidad de ella, lo más lógico es que hubiera adquirido un carruaje para su esposa, pero era evidente que su esposo pensaba cumplir su palabra cuando mencionó que nunca la consideraría de esa forma.

Era la primera vez que Julia se cambiaba de ropajes dentro de un carruaje. Había cogido la vestimenta propiamente masculina de su hermano Robert, sin que éste se diera cuenta, aunque él era mucho más alto que ella, había arreglado las costuras de los bajos para que no lo pareciera que le estaba grande a escondidas y de esa forma, podría pasar desapercibida envuelta en la capa.

Se había informado el día anterior que la famosa bailarina exótica actuaría esa noche en un burdel conocido de la ciudad. Había contratado a un chico de calle para que recabara esa información pagándole un buen precio. Se colocó

la capa en cuanto bajó del carruaje para ocultar su rostro y tomó entonces otro carruaje de alquiler para perder su rastro a mitad de camino dando vueltas por los alrededores mientras se acercaba la hora en la que aquella bailarina actuaba. Había anochecido cuando entró en el burdel camuflada entre la sombra que le proporcionaba la capucha de la capa y se ocultó tras una columna del fondo para pasar desapercibida, para su suerte, había más hombres que llevaban aquella capa para tratar de ocultar su identidad a los demás, eso le daba cierto margen de ocultarse sin que pudieran decirle nada.

El sonido de un instrumento desconocido captó la atención de Julia, se fijó entonces en un hombre que daba golpes sobre unos barriles pequeños o algo similar. Era tan diferente a lo que conocía que quedó completamente enamorada del sonido.

La cortina que había sobre una pequeña plataforma fue apartada y escuchó el vitoreo de los caballeros allí presentes al tiempo que la joven mujer que estaba subida en aquella tarima se movía de una forma provocativa con una vestimenta extraña y muy atrevida.

Julia jamás estuvo preparada para lo que vería, se había imaginado infinidad de cosas; un baile vulgar, una mujer extremadamente hermosa a pesar de su piel oscura o quizá una combinación de ambas, pero lo cierto es que ninguno de esos pensamientos era lo que vislumbraban sus ojos. Aquella mujer no era excepcionalmente hermosa, aunque poseía rasgos exóticos y peculiares, pero desde luego distaba mucho de la imagen que había pensado que tendría, pero lo que más le sorprendía era aquel movimiento sensual de su cuerpo al ritmo de aquel extraño sonido que producían esos tambores.

La bailarina llevaba un vestido de color verde que consistía en una falda larga que ocultaba sus piernas y rozaba el suelo, aunque al moverse parecía abrirse ligeramente mostrando algo de su bronceada piel, llevaba una especie de gasa para ocultar parcialmente su vientre, pero lo suficientemente transparente para poder apreciar su piel perfectamente y el movimiento que hacía de su cintura. Cubría su pecho con una especie de camisa ajustada del mismo color de la falda y una tela se entrelazaba entre sus hombros y brazos para ocultar parcialmente la piel. No sabía ni cómo definirlo al no haber visto jamás una prenda similar. Además, de la cintura de la falda colgaban unas medallas pequeñas que hacían sonido entre sí, algo parecido a las monedas o similar ya que debido a la distancia a la que se encontraba no era del todo apreciable.

No supo cuánto tiempo duró aquella exhibición, pero sí que se había

abstraído totalmente del lugar porque fue presa de toda su atención. En el momento en el que la bailarina saludaba agradeciendo a su público, a Julia no le pasó desapercibido que hizo un movimiento en cierta dirección, como si le estuviera haciendo una especial mención a alguno de los caballeros. Instintivamente siguió esa mirada y su corazón se contrajo al encontrar a su propio esposo allí sentado, ¡Él estaba allí!

—¿Qué le traigo señor? —Una mano rodeó la cintura de Julia mientras ella dio un pequeño respingo al no esperarlo—. Lo siento, no era mi intención asustarlo. Parecía muy abstraído durante la actuación, ¿Qué desea tomar? —preguntó una de las taberneras del local.

—No, nada —comenzó a decir tratando de marcharse. Tenía que irse de allí, su esposo no podía verla a pesar de que estuviera oculta bajo la capa.

—Espera... —respondió la mujer cuyo atuendo inapropiado le decía a Julia que además de servir, también sería una de las que ofrecería sus servicios a los allí presentes.

Miró hacia donde estaba el señor Hayden y vio que éste se levantaba y se dirigía hacia donde ella se encontraba.

—No puedo yo... —comenzó a decir Julia.

—¡Eres una mujer! —exclamó en voz baja la mujer.

—Cshh —siseó Julia alterada para que aquella mujer no la delatara.

—¡Martha!

La llamada de atención distrajo momentáneamente a la tabernera que se giró para ver quien la llamaba.

Julia se dio un paso atrás, de ningún modo deseaba que él se acercara a ella lo suficiente o que estableciera conversación alguna. Así que aprovechando la situación comenzó a apartarse lentamente sin que se percataran de ello hasta que se coló por una de las puertas internas que usaba el personal del local. Tal vez así pudiera encontrar otra salida, una que diera a la parte de atrás o algo similar, pero solo se encontró con una escalera.

Recorrió varios pasillos antes de escuchar las voces lejanas y trató de huir de ellas. Cuando por fin divisó otra escalera que llevaría de nuevo a la planta inferior para salir, la bailarina exótica que había visto actuar minutos antes salió de una de las estancias, no se había cambiado de ropajes aún, ni tan siquiera trataba de cubrirse y esa facilidad para exhibirse sin ningún pudor le

resultaba fascinante.

—¿Es usted quien ha solicitado mis servicios? —exclamó sin entusiasmo alguno aquella mujer de piel bronceada.

Unos pasos se escucharon, como si alguien se acercara y Julia pensó que iban a descubrir que no debía estar allí en aquel momento o peor aún, quizá se dieran cuenta de quién era ella realmente y al traste su plan de pasar desapercibida.

—Si —afirmó con la voz más grave que pudo obtener.

—Sígame entonces —mencionó la bailarina mientras se daba la vuelta y se adentraba justo en la misma estancia de la que había salido instantes antes.

Julia la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—¿Desea un baile privado? —preguntó sin un atisbo de emoción.

Se podía apreciar por su acento que aquella mujer no habría nacido en Inglaterra, aunque probablemente llevara bastantes años viviendo allí.

—Si —repitió Julia.

Aquella mujer le indicó donde sentarse sobre unos cojines que había acomodados en el suelo. No sabía si bailarían en silencio, pero la sorprendió cuando un sonido agudo procedente de algo en sus dedos hizo que prestara atención.

El baile sensual comenzó de nuevo y ahora Julia sí podía apreciar de cerca sus movimientos. El erotismo con el que al bailar aquella mujer envolvía cada uno de sus movimientos hizo que en aquel momento deseara fervientemente aquello, anhelaba poder transmitir justamente lo mismo bailando de esa forma.

Y tras un impulso se quitó la capucha revelando completamente su rostro.

—¡No grite! —exclamó Julia al ver la conmoción de aquella bailarina.

—No pensaba gritar —contestó pausadamente—. Solo estoy realmente sorprendida de verla aquí señora Hayden —afirmó revelando de esta forma que conocía su identidad.

—¿Sabe quién soy? —preguntó contrariada Julia.

No entendía como aquella mujer podría conocer su identidad cuando ella no se mezclaba con ese tipo de gente.

—Después de lo ocurrido, ¿Cree que no lo sabría? —exclamó como si fuera evidente.

—Tiene razón, toda la ciudad sabe quién soy a raíz de lo que hizo mi marido —atajó Julia con cierto pesar.

—¿Qué hace aquí?, ¿Sabe el peligro al que se expone acudiendo a un lugar como éste? —exclamó la bailarina.

—Sólo quería verla bailar —contestó sincera—. Sentía curiosidad.

—¿Sólo eso?, ¿Curiosidad?, ¿Ningún deseo de matarme? —preguntó conmovida.

—Usted no tiene la culpa de que mi marido hiciera lo que ambas sabemos que hizo. Él solo la utilizó para su finalidad, si no hubiera sido usted, habría terminado siendo otra —afirmó Julia sin ningún rencor.

—Me sorprende que una dama pueda pensar así, menos aún después del daño que le he causado. Usted parece diferente —afirmó estudiándola detenidamente la bailarina.

—Soy diferente —afirmó Julia—. De hecho, quiero que me enseñe a bailar así.

—¿Cómo dice? —exclamó de pronto abriendo los ojos de par en par aquella mujer de piel bronceada.

—Ahora que la he visto bailar, deseo aprender a moverme como usted lo hace. Le pagaré por ello si es necesario —respondió Julia.

—Pero ¡No puede!, ¡Usted es una dama! —exclamó contrariada.

—Nadie lo sabrá —insistió Julia.

—¿Sería capaz de confiar en mí?, ¿Tendría la suficiente capacidad de creer que no lo contaría? —exclamó la bailarina.

—¿Me da alguna razón para que no deba hacerlo? Usted es una mujer acostumbrada a no revelar la identidad de sus clientes y como dije, no la culpa de lo sucedido, el único culpable de lo sucedido fue mi esposo.

—Sigue pareciéndome insólito que una dama de sus costumbres desee aprender este tipo de danza —afirmó—. Es lo que denominarían... vulgar y poco inapropiado —concluyó la bailarina.

—Yo no soy como el resto de las damas, le dije que era diferente —atajó Julia—. Dígame un precio, el que sea. Se lo pagaré.

—¿Está realmente segura? —insistió aquella mujer.

—Completamente —afirmó sin duda alguna Julia.

—Está bien, si es lo que desea, le enseñaré —concluyó finalmente—. Nunca estuve de acuerdo con lo que el señor Hayden hizo aquella noche a pesar de su insistencia, pero me fue imposible detenerle.

—No deseo hablar de mi esposo —dijo Julia tratando de detenerla—. Sobra decir que él jamás puede enterarse, menos aún que estuve aquí esta noche.

—Como usted ha dicho me debo a mis clientes y ahora usted es uno de ellos señora Hayden.

Julia aún no podía creerse que aquella mujer hubiera accedido a enseñarla bailar de aquella forma, pero había logrado convencerla y lo cierto es que le entusiasmaba la idea de poder aprender a moverse de esa manera tan sensual. Cualquiera podría haber pensado que estaba completamente loca, es más, era cierto que con toda probabilidad sus amigas creerían que había perdido completamente el juicio si llegaban a enterarse, pero desde el instante en que vio los movimientos de aquella bailarina exótica, pudo palpar esa sensualidad que transmitía aquella mujer y de la cuál no le extrañaba que pudiera volver loco a cualquier hombre, incluido su marido.

No deseaba aprender a bailar para conquistar a su esposo, ni mucho menos seducirle. Deseaba algo de aquella sensualidad, necesitaba poder sentirla en sí misma para sentirse deseada por una vez en su vida. Tendría que encontrar un lugar adecuado para sus furtivos encuentros con la bailarina, de ningún modo podría ir de nuevo a ese burdel donde había estado a punto de que su esposo la descubriera, aunque si no hubiera sido por el acercamiento del señor Hayden a ella, no habría tenido aquel encuentro a solas con Sheila, que así era como se llamaba la bailarina y no estaría en la tesitura que ahora se encontraba para su propio beneficio.

Volvió de nuevo a cambiar de coche de alquiler para llegar a casa y justo cuando este la dejó en la puerta, llegó el cochero de la duquesa de Sylverston para preguntar por ella. Afortunadamente ella misma pudo recoger el mensaje que le enviaba su amiga como excusa, lo abrió rápidamente leyendo la breve nota. El cochero tenía la orden de esperar una respuesta por su parte.

—Dígale a la duquesa que estaré encantada de asistir —respondió ante la citación de Emily.

Tan solo se trataba de un formalismo para no levantar sospechas, pero de ese modo, su amiga se aseguraba de que ella estaba de regreso sana y salva en casa.

A pesar de ser tarde, pidió que le preparasen un baño. Necesitaba quitarse el olor a perfume barato y alcohol que se había impregnado en su piel procedente de aquel antro. Esa vez no se preguntó a sí misma donde estaría su esposo, porque sabía a ciencia cierta donde se encontraba, aunque no podía evitar pensar el destino final que tendría en el lugar donde se hallaba.

¿Contrataría los servicios de Sheila? No quería pensar en ello, pero era impensable no hacerlo. Se imaginaba a la mujer de piel bronceada entre los brazos de él y su angustia crecía inevitablemente.

Tenía asimilado el carácter de su esposo, sabía que él frecuentaba ese tipo de mujeres y aun así su corazón había decidido amarlo... pero eso era antes de saber que se convertiría en su esposa, quizá lo que más le dolía era tener la seguridad de que su esposo jamás la vería con otros ojos que no fueran los de resentimiento y malestar.

La lavanda era su olor favorito, además de conseguir relajarse con el perfume de las flores secas que éstas desprendían, era tan agradable que por esa razón lo utilizaba para sus baños. Vertió las flores sobre el agua caliente en la bañera que el personal había preparado y se sumergió una vez que se despojó de las ropas que llevaba puestas. Se sintió relajada; entre el cansancio acumulado y la tensión que había tenido en todo momento pensando que la descubrirían, no fue consciente de lo rígidos que estaban sus músculos hasta ese momento. Había despedido al servicio puesto que no necesitaría ayuda para secarse y ponerse el camisón de dormir tras el largo baño, así que decidió leer uno de sus libros mientras tanto, adentrándose así en aquel mundo ajeno e imaginario... hasta que sus párpados comenzaron a pesar tanto que finalmente se quedó dormida mientras respiraba el aroma a lavanda de las flores secas que pululaban por el agua cubriendo parcialmente su cuerpo.

Richard había acudido para ver la actuación de Sheila como era habitual. Esperaba que el baile sensual que protagonizaba aquella bailarina le hiciera olvidar las sensaciones que le había transmitido su esposa. No deseaba sentirla, es más, se negaba a hacerlo por lo tanto decretó que no había nada como un vaso de coñac rodeado de mujeres que alegraran su vista dispuestas a satisfacerlo para olvidarse de ese sutil aroma dulce y embriagador de

lavanda que tanto le embriagaba. Pero por extraño que pareciera, había apreciado por primera vez en su vida, el aroma rancio que desprendían aquellas cortesanas. Distaba de ser sutil, mucho menos embriagador... más bien parecía que pretendiera camuflar la falta de higiene y vulgaridad de aquellas mujeres.

Nunca se había parado a pensar en ello antes, quizá porque jamás había tenido una dama cercana con quien poder compararlo, o tal vez porque no se había sentido atraído anteriormente por el simple olor que desprendía una mujer. Fuera cual fuera la razón, lo cierto es que aquella noche ninguna de las presentes había conseguido llamar su atención y por primera vez, regresó a casa sin haber disfrutado del placer carnal que siempre obtenía tras visitar un burdel.

Era completamente insólito, al menos eso se decía a si mismo mientras subía las escaleras hacia su recámara. Había vuelto relativamente pronto a casa para lo que venía siendo habitual en él, más aún si tenía en cuenta que casi siempre llegaba después del amanecer, pese a ello, todos estaban acostados por eso le sorprendió ver la luz que se filtraba bajo la puerta de la habitación de su esposa.

¿Qué hacía ella despierta a esas horas? Era tarde para que no estuviera durmiendo y aquello le extrañó, ¿Qué podría estar haciendo?

Se acercó hasta su puerta y todo estaba absolutamente silencioso, pese a sentir una gran curiosidad iba a retirarse a su dormitorio sin darle mayor importancia cuando escuchó un golpe seco, pero de nuevo el silencio embriagó el lugar, ¿Le ocurriría algo a su esposa? No sabía si debía simplemente marcharse o comprobar que ella estaba bien, pero algo en él le empujaba a que abriera la puerta, aunque se arrepintiera más tarde de ello. Abrió la puerta delicadamente sin hacer ruido, si Julia dormía, simplemente volvería a cerrarla. No se había planteado como sería verla dormir apaciguadamente, despojada de aquellos recogidos y con su cabello castaño esparcido por la almohada. Se preparó mentalmente para ver la escena de ella sobre la cama arropada, pero lo que sus ojos vieron le provocó un ataque cardiaco directo al corazón, su garganta se secó hasta no quedar ni rastro alguno de saliva y su pulso se aceleró completamente...

Ella estaba dormida, sí. Pero tenía ante él una visión de la propia Venus en aquella bañera llena de agua con flores secas que flotaban sobre ella que

tapaban parcialmente su desnudez. Su cabello caía suelto por sus hombros ligeramente húmedo, Julia parecía un ser etéreo, una ninfa de los bosques, una diosa que le enardecía de deseo sin ser consciente siquiera de ello. No podía apartar la vista de ella, simplemente se había quedado allí, impertérrito contemplando a su esposa.

—Mi esposa —susurró.

Fue consciente del olor a lavanda por toda la habitación y que las flores en el agua eran precisamente de esa planta que empezaba a nublar sus sentidos. Inexplicablemente sintió ganas de acariciarla, como si de antemano fuera consciente de que la piel de su esposa sería tan suave como la más pura seda. Deseaba sacarla de aquella bañera, contemplar detenidamente su desnudez y extasiarse por completo de ella y con ella al mismo tiempo.

¡Maldita sea! En aquellos momentos se sintió oprimido por su propio juicio mental. Deseaba a su esposa con ferocidad, pero se recriminaba a sí mismo por hacerlo. Por su culpa habían contraído matrimonio, ella le había tendido una trampa para convertirse en duquesa algún día, solo era una interesada en ascender en el escalafón social. Aunque en aquel momento mientras la contemplaba, empezaba a importarle bien poco si era una interesada o no, todas las damas lo eran sin excepción alguna. Él deseaba lo que sus ojos veían, lo anhelaba con fiereza y su propio cuerpo se lo demandaba a gritos.

Era mejor salir de allí, antes de que perdiera completamente la razón y su deseo le ganara la batalla a su raciocinio de forma que terminara cometiendo una locura como la de hacer realidad sus deseos.

El leve movimiento de ella en el agua activo su sentido común para huir de aquella habitación. No podía verle allí, de lo contrario tendría que dar demasiadas explicaciones que sinceramente no sabía cómo darlas porque ni

él mismo entendía porqué había entrado para empezar, si lo hizo conmovido por la curiosidad o la preocupación que había sentido.

Julia entreabrió los ojos y un quejido profirió de su garganta cuando intentó moverse y se dio cuenta del dolor de cuello que tenía. Se había quedado dormida mientras tomaba el baño. Si era sincera consigo misma no era la primera vez que le ocurría, pero normalmente su doncella la avisaba porque estaba pendiente de ella, ¿Cuánto tiempo hacía que se había dormido? Divisó la vela que había sobre el aparador y contemplo que estaba casi consumida y cuando se metió en aquella bañera estaba por encima de la mitad, al parecer se había pasado varias horas en el agua, de hecho, su piel estaba algo reblandecida debido a ello.

Salió de la bañera y se secó cuidadosamente acercándose a las brasas que Margaret le había llevado junto al baño para calentarse, aunque de éstas apenas emanaba calor alguno a esas alturas.

Su cabello estaba mojado, no podría acostarse así o terminaría por coger un resfriado, así que, tras colocarse el camisón y su bata de dormir, bajó las escaleras hasta el salón principal donde aún permanecían las ascuas del fuego que había estado ardiendo toda la tarde para caldear la casa. Se acercó decidida y comenzó a frotar su cabello frente al calor que este le proporcionaba a pesar de estar apagado. Removió las brasas para que éstas produjeran más ardor y se inclinó hacia abajo para que el cabello no hiciera contacto con su piel mientras seguía secándolo. De un solo movimiento lo giró hacia atrás con fuerza y escuchó el quejido de alguien por respuesta.

—¡Ah! —gritó Julia dando un salto al asustarse y enfrentarse a la silueta entre la oscuridad de la habitación—. Lo siento, me he asustado—mencionó al ver que se trataba de su esposo el señor Hayden, aunque su corazón seguía acelerado.

—¿Esperaba que se tratara de un ladrón? —gimió Richard.

Richard la había visto entrar, parecía un ángel vestida de blanco y se mantuvo en silencio al darse cuenta de que ella no se había percatado de su presencia para observarla mejor. Había bajado a servirse una copa de brandy, puesto que la necesitaba para conciliar el sueño después de la imagen que se había grabado en su memoria a fuego sobre su esposa en aquella bañera, iba a tardar en olvidarla, de hecho, comenzaba a pensar que jamás la olvidaría.

—No esperaba nada—confesó sincera—. Pero ahora que lo dice, usted parece un ladrón ahí escondido sin mencionar palabra alguna a pesar de que ha debido de escucharme entrar.

—En todo caso la debería acusar yo, puesto que la vi entrar sigilosamente como si tratase de esconder algo —respondió provocándola.

—Trataba de no despertar al personal de la casa que debe estar descansando —contestó altiva.

—¿Y qué hace aquí a estas horas? —preguntó Richard.

—Yo... bueno...—comenzó a decir Julia. No quería parecer tonta si confesaba que se había quedado dormida mientras se daba un baño—. Tenía frío y vine a calentarme.

—¿No le pusieron brasas en su habitación? —preguntó Richard.

En la suya siempre las ponían y le extrañaba que con lo bien que se llevaba con el personal no lo hicieran.

—Si, pero ya están consumidas, por eso bajé —afirmó Julia mientras se seguía frotando el cabello.

Aquella era la conversación más larga que estaban manteniendo, además de la más absurda si había que reconocerlo.

—Vaya a su habitación, yo mismo le llevaré unas nuevas —contestó Richard autoritario.

La sorpresa de su ofrecimiento hizo que Julia permaneciera muda momentáneamente, ¿Estaba el señor Hayden siendo amable o eran imaginaciones suyas? Asintió antes de marcharse y subió las escaleras de nuevo a su habitación, donde cogió un paño seco para seguir quitando la humedad a su cabello.

Richard entró con el cuenco de hierro que portaba las brasas calientes minutos más tarde, ella estaba de pie al otro extremo de la puerta y le indicó donde dejarlas. Si ella supiera que hacía unos instantes había estado allí mismo contemplándola desnuda en la bañera... Todo seguía exactamente igual que cuando abandonó esa habitación, salvo porque ahora ella estaba vestida con aquel camisón que para su desgracia no era translúcido, pero daba lo mismo, él había visto lo que aquellas ropas escondían y por mucho que su esposa lo ocultara su imaginación volaba fugazmente.

—Gracias —mencionó Julia una vez que las dejó en el suelo y se incorporaba.

—No... —Richard la miró y se quedó sin habla, estaba tan cerca de ella, con el cabello suelto a un lado del hombro, observándolo fijamente con esos ojos brillantes de color bronce y aquellos labios tan prometedores. Recordó su beso, ese beso nada casto que se habían dado y que muy a su pesar debía confesar que le había gustado, deseaba besarla... lo deseaba ahora.

Julia observó al señor Hayden pensando que éste se marcharía una vez dejara el cuenco en el suelo, pero en lugar de eso, se quedó con la mirada fija en ella y se le heló la sangre, ¿Por qué debía ser tan endemoniadamente apuesto? Esos ojos verdes la hacían sentir su carne débil, blanda y desde luego; febril, porque su cuerpo le deseaba, aunque su mente no quisiera hacerlo. ¡Él la había engañado y desprestigiado ante toda la sociedad! Ahora era prácticamente una paria, alguien que no era deseado en ningún círculo social y desde luego jamás invitado a un evento de relevancia. Él había destruido su vida y su futuro con sus actos.

Richard no pudo evitarlo e inconscientemente sus labios fueron a buscar los suyos solo que no contó con que ella se apartara y mirase hacia otro lado, interrumpiendo así su contacto.

—Buenas noches señor Hayden—dijo Julia sin volver su mirada.

Acababa de dejar muy claro que le rechazaba.

Aunque el señor Hayden se había marchado de su habitación, sus rodillas aún temblaban. No se terminaba de creer que hubiera intentado besarla después de lo que le había hecho y más aún, llegar a altas horas de la noche porque había estado en un burdel, ¿Pretendía besarla después de haber pasado la noche con una fulana? Ni hablar. Tenía un mínimo de dignidad y además, había sido él quien dejó claro que aquello no sería jamás un matrimonio. Aunque fuera consciente de que no le resultaba indiferente a su propio marido le colmase, puesto que si él había intentado besarla era porque se sentía atraído hacia ella, acababa de delatarse, solo que lo había hecho demasiado tarde.

Después de lo que su esposo había provocado con sus actos en la noche de bodas, Julia no se había parado a pensar sobre su futuro, sino más bien, intentar no lamentarse sobre lo ocurrido en el presente, pero ahora empezaba

a ser consciente de la repercusión que sus actos habían tenido y a plantearse seriamente sobre cómo actuar ante ello. No sabía que rumbo tomar, pero se negaba a ser la esposa complaciente de un hombre que no la deseaba como tal, que la había rechazado públicamente y desprestigiado moralmente. Iba a negarse a sí misma el deseo que sentía hacia él, frenaría sus sentimientos y si era necesario, se lo arrancaría de su propio corazón, pero no permitiría que él jugara con ella o simplemente la usara a su propio antojo. Tal vez habría sido más sensato alejarse de allí como mencionó su amiga Emily, pero eso habría supuesto que él venciera. No, si permanecía en esa casa solo era por dejarle ver que, en aquella batalla, la vencedora sería ella.

Richard se contuvo para no dar un portazo cuando entró en su recámara. ¡Le había rechazado!, ¡A él! Intentó besarla y ella simplemente giró la cara negándose a ello... No sabía realmente que le enfurecía más, si el hecho de que ella le rechazara o que él no se hubiera podido controlar a sí mismo.

—¡Maldita sea! —gimió en voz baja mientras comenzaba a desabotonarse la camisa y el pañuelo que parecían ahogarle por momentos.

La deseaba con tal fervor que ni él mismo se reconocía, nunca había deseado a una mujer que no pudiera tener... jamás le había ocurrido, y ese sentimiento de desear poseerla cuando al mismo tiempo no podía hacerlo era desconcertante, aunque si lo analizaba detenidamente sí que tenía derecho a poseerla; ella era su esposa, suya y de nadie más.

Nadie podría ver con malos ojos que exigiera sus derechos maritales, ni tan siquiera su propia esposa, pero se había jurado a sí mismo no tocarla, ¡Ella era una manipuladora!, ¡Por su culpa estaban casados! Aquél debate moral entre su razón y su deseo iba a acabar consigo mismo.

A la mañana siguiente Julia se fue temprano a casa de Emily, necesitaba evitar a toda costa a su esposo, aún no estaba segura si el intento de besarla de la noche anterior había sido fruto de una excepción o por el contrario volvería a hacerlo de nuevo, así que le pediría a su amiga el pequeño favor de que le permitiera pasar allí todo el día.

—¡Que temprano has llegado! —mencionó Emily nada más ver aparecer a Julia—. Siéntate con nosotros.

Los Sylverston aún se encontraba desayunando cuando ella llegó, aceptó la invitación de Emily y dejó que le sirvieran el té caliente que agradecía enormemente dado el frío que hacía aquella mañana.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo observando la complicidad de la pareja. Se podía apreciar cómo se amaban sólo con observarles.

—Por supuesto que no, las niñas aún duermen así que solemos alargar este momento de la mañana todo lo que nos sea posible —contestó Emily sonriente guiñando un ojo a su marido.

—Me temo que yo si debo marcharme —anunció Henry levantándose y acercándose a su esposa para robarle un beso—. Los asuntos de estado me reclaman —añadió antes de despedirse dejándolas completamente solas.

—Y bien, ahora dime, ¿Qué tal fue? —preguntó curiosa Emily.

—La vi —susurró.

—Eso ya lo imaginaba —contestó intrigada.

—Fue bastante extraño y al mismo tiempo cautivador. Además, el señor Hayden estaba allí —confesó algo abstraída.

—¡No puede ser!, ¿Te vio? —Emily se llevó una mano a la boca asombrada.

—No, no... yo iba vestida de hombre y además oculté mi rostro, pero eso me permitió poder hablar con la bailarina —contestó sin pudor.

—¿Cómo? —exclamó Emily—. ¿Te atreviste a hablar con ella?

—Sí, y debo decir que me reconoció. Sabía perfectamente quién era —afirmó Julia.

—¡Dios mío!, ¡Se lo contará a tu esposo! —gimió Emily consternada.

—No lo hará, me prometió que no lo haría —confirmó Julia.

—¿Y te vas a fiar de la palabra de una mujer que se vende así misma? —preguntó aturdida—. Estarías loca si la creyeras.

—La creo, tengo motivos para hacerlo —se sinceró.

—¿Cuáles?, ¿Qué razón puedes tener para creer en la palabra de una mujer que fue cómplice de tu desdicha? —exclamó Emily aturdida.

—Ella no tiene la culpa —atajó Julia—. Jamás la culpé porque de no ser ella habría sido otra en su lugar, solo se limitó a cumplir con los servicios que él contrató.

—Está bien —contestó Emily algo más serena—. En ese punto te doy la razón, toda la culpa la tiene él, pero aun así, ¿Cómo vas a fiarte?

—Porque la contraté. Ahora soy también su cliente —contestó con una vaga

sonrisa.

—Pero ¿De qué estás hablando Julia?, ¿Cómo que la contrataste?, ¿Para qué?

—Es evidente —confesó sincerándose porque en realidad, iba a necesitar que su amiga le hiciera un favor—. Me enseñará a bailar.

—No... —susurró Emily sin habla.

—Tu no la has visto Emily, su danza es... indescriptible —afirmó con un tono de ensoñación evocando sus recuerdos.

—Pero ¿Es que te has vuelto completamente loca?, ¿Qué van a pensar si te descubren?, ¡Y encima con la mujer que ha supuesto tu ruina!

—Nadie tiene porqué enterarse —contestó Julia tranquila.

—¿Y cómo pretendes ocultarlo si vas a ese burdel? Puede que anoche tuvieras suerte, pero te aseguro que en algún momento alguien te verá y supondrá tu fin, más aún de lo que de por sí es ahora —afirmó Emily.

—No iré a ningún burdel Emily.

—¿No?, ¿Y dónde pretendes que te enseñe?, ¿En tu casa? —ironizó Emily.

—En realidad más bien venía a pedirte un pequeño favor...

—¡Ay no! —exclamó haciéndose aire con la palma de la mano como si estuviera sulfurada.

—Necesito un lugar en el que ensayar Emily y en el que si me ven entrar no puedan malinterpretarlo de ninguna forma. Había pensado que quizás... tal vez podrías.... —comenzó a sugerir Julia.

—No voy a permitir que esa mujer se pasee por Lynet's por más aprecio que te tenga Julia —afirmó tajante.

—No hablaba de Lynet's, sino de la casa que *lord* Barnes tenía a las afueras de la ciudad en Penthouse y que ahora imagino le pertenecerá a Linette —afirmó Julia.

—¿Cómo sabes que esa casita era de William? —preguntó Emily contrariada.

—Porque perteneció a mis bisabuelos y fue mi padre quien se la vendió al suyo —confirmo Julia.

—¡Vaya!, lo desconocía completamente —contestó Emily asombrada.

—Fue hace mucho tiempo, yo no había nacido siquiera, pero mi padre lo mencionó un día que pasábamos por allí y siempre he sentido curiosidad por

ver cómo sería —dijo Julia.

—No lo sé Julia... ¿Estás segura de esto? —preguntó dubitativa.

—Si no lo estuviera, no te lo pediría —afirmó.

—Está bien, puedes contar con la casita de Penthouse, pero prométeme que tendrás cuidado para que no te descubran —contestó Emily con una mirada severa.

—¡Te lo prometo! —exclamó Julia mientras se lanzaba sobre Emily para abrazarla—. Eres la mejor.

—Espero estar ayudándote y no ser partícipe de tu destierro social al fin del mundo —argumentó Emily recibiendo aquel abrazo de su amiga.

Julia ya tenía un lugar donde ensayar, es más, tenía un sitio donde refugiarse siempre que lo necesitara y no solo para compartir los encuentros que pudiera tener a escondidas con la Sheila. Aquella casita en Penthouse le daría su pequeña libertad.

Richard era consciente que, de algún modo su esposa le evitaba. Comenzó la ausencia al día siguiente de que intentara besarla desapareciendo durante todo el día, al parecer había decidido pasar el día en casa de los duques de Sylverston, posteriormente comenzó a pasar algunas mañanas fuera de casa y en más de una ocasión también se ausentaba durante el almuerzo que se prolongaba hasta tarde.

No quería reconocerlo, pero era consciente de que le fastidiaba porque sentía que lo hacía solo para no verle, para tratar de evitar su compañía... ¿Tendría ella miedo de que él volviera a intentar besarla?, ¿Por qué? Si precisamente fue ella quien le pidió en su día que le besara.

Fueran cuales fueran las razones, se justificó así mismo que le daba igual que su esposa se ausentara, aunque en el fondo le molestase. Sería peor tenerla siempre en casa e incluso llegando a reprocharle sus actos, algo que, a decir verdad, no había hecho por más insólito que pareciera.

Desde luego ella no era como pensó en un principio, desconocía como debía ser una esposa, pero podía asegurar que todo lo que había esperado de ella no se había cumplido. No hubo reproches, ni exigencias, tampoco reclamos... realmente no hubo nada. Era como si ella se hubiera apartado a un lado y le hubiera dejado hacer su vida sin involucrarse en ello como él conocía perfectamente que hacían las esposas de sus amigos.

Julia llevaba una semana ensayando a escondidas con la bailarina Sheila. Lo hacían durante la mañana, para levantar menos sospechas y que no entorpeciera en el trabajo de ésta. Los primeros días había estado con los nervios a flor de piel, primero por la incertidumbre de lo desconocido, segundo por el hecho de ser descubierta y tercero por no saber si podría ser capaz de aprender ni tan siquiera un movimiento de aquella sensual danza.

Para su sorpresa, la paciencia con la que Sheila le enseñaba los movimientos la entusiasmó. Le costaba perder la rigidez a la que años de sometimiento y aprendizaje para caminar erguida como una señorita correcta le habían inculcado, descubriendo así que su elasticidad era casi nula, pero Sheila insistía en que todo estaba en su mente y allí, ella era completamente liberal.

—No, cierra los ojos —terció la bailarina de nuevo.

Llevaban dos horas aquella mañana sin descanso, mientras Julia se encontraba frente a un espejo apoyado en la pared. Sheila la contemplaba justo al lado del espejo sentada en una pequeña butaca sin apartar su vista de ella.

Julia obedeció y escuchó el movimiento de los pasos de la bailarina acercarse hasta ella.

—Olvídate de todas esas normas absurdas que te han inculcado, en la danza solo estas tú. Únicamente tú eres la dueña de cada movimiento, eres tú quien domina tu cuerpo y le dicta que debe hacer... libéralo de las ataduras a la que está sometido —susurró a su oído.

Aquello provocó cierto nerviosismo en Julia.

—Lo intento —contestó con calma.

—Estás rígida —contestó directamente Sheila mientras apoyaba sus manos en las caderas de Julia—. Los movimientos son siempre suaves y aterciopelados —siguió susurrando—. Deben salir de forma natural desde dentro... como si fueran etéreos, sublimes y deben incitar el deseo que provoca su movimiento.

Sheila le había contado el primer día que esa danza se enseñaba en su país con el único objetivo de complacer al esposo, de ahí que los movimientos estuvieran cargados de aquella sensualidad y cuyo objetivo fuera el de incitar a un hombre.

—Inspira profundamente y reserva el aire aquí —tocó su piel sobre la tela—.

La respiración es tan importante como el movimiento y debe acompañarla en todo momento, de lo contrario la fluidez no será la misma.

La voz de aquella mujer era tan melodiosa que Julia con los ojos cerrados y siguiendo los movimientos que indicaban las manos de ella se deshizo de aquella rigidez que oprimía su cuerpo.

—Bien... así —dijo Sheila alejándose de ella—. Eso es —volvió a confirmar—, tenemos mucho trabajo por delante, pero al menos has entendido la base y puede que incluso llegues a ser una buena bailarina.

—¿De verdad? —preguntó intrigada.

—De verdad lo creo —confirmó—. Tienes algo fundamental a tu favor.

—¿El qué? —preguntó cuando vio que no pensaba decírselo.

—Eres demasiado persistente y no haces esto por él como pensé en un principio, sino por ti misma —confirmó mientras se colocaba su abrigo para marcharse—. Lo que me lleva a pensar que necesitas descubrir y liberar una parte de ti oculta que está reprimida y cuando lo hagas, vas a llevarte una grata sorpresa —contestó sonriente mientras sin esperar respuesta se marchó.

Julia no pudo preguntar qué clase de sorpresa iba a llevarse porque no le dio opción a hacerlo, pero si era sincera consigo misma esa mujer había visto más en ella que sus propias amigas en las que más confiaba. Sheila tenía razón, necesitaba liberarse a sí misma de su opresión.

Fue directamente a Lynet's para evitar volver a casa, Emily le había mencionado que pasaría el día allí puesto que tenía que supervisar los últimos retoques de una nueva colección. Cuando llegó vio a su amiga algo nerviosa y contrariada, tanto, que ni tan siquiera la vio llegar.

—Buenas tardes Janet —saludó Julia a la encargada con la que tenía un trato amigable—. ¿Qué le ocurre a la duquesa? —preguntó antes de acercarse.

—Buenas tardes señora Hayden —contestó algo inquieta Janet—. Mañana es la presentación de la nueva colección aprovechando el baile en palacio y la baronesa de Hallbury no entra en el vestido, al parecer estaba embarazada cuando le tomaron las medidas hace unos meses y era consciente de ello, ahora no hay tela de donde sacar para el vestido.

—¡Julia! —exclamó en ese momento Emily consiguiendo que se sobresaltara que veía como se aproximaba hacia ella.

—Janet ya me ha contado la situación, ¿Qué harás? —preguntó a su amiga.

—No lo sé, es tarde para volver a realizar un nuevo vestido, tendré que encontrar a una dama que pueda llevarlo en su lugar y que posea la misma figura esbelta, pero sinceramente no se... —respondió Emily y se detuvo en el momento en el que se quedó observando a Julia.

Julia apreció como Emily la miraba de arriba abajo estudiándola y sonreía.

—No... —susurró Julia.

—¡Pero solo tendré que ajustar un poco más la cintura y será perfecto! —exclamó Emily.

—Sabes que no estoy invitada —contestó como excusa.

—Eso es lo de menos, vendrás como nuestra protegida. Además, me lo debes —exigió.

Julia sabía que no podría rechazarlo, solo esperaba estar preparada mentalmente para el ahogamiento social al que sería sometida cuando todos la vieran en aquella fiesta. Si sobrevivía a los comentarios pertinentes de los que estaba segura harían con malicia más de una dama, podría darse por satisfecha.

—No sé cómo no había pensado en ti antes —dijo Emily mientras terminaba de supervisar los últimos retoques del vestido que luciría esa noche Julia.

La prenda era de color ocre cuyos hilos en tonalidades ámbar hacían resaltar aún más el color y esplendor del conjunto.

—¿Tal vez porque puede que aporte una mala imagen a tu casa de modas? —contestó Julia.

Aún no se había hecho a la idea de que acudiría a palacio en unas horas, ni tan siquiera se lo había mencionado al señor Hayden, apenas se hablaban o más bien había que añadir que ella lo evitaba siempre que podía.

—Tu decidiste quedarte en la ciudad cuando te ofrecimos la posibilidad de marcharte, ahora no vengas con excusas —recriminó Emily recordando el momento—. Además, estarás con nosotros y no debes hacer caso de lo que puedan decir de ti esas cotillas sin vida propia, tu disfruta de la velada y del baile que ésta ofrece.

—Gracias —contestó Julia fingiendo una sonrisa.

—¿El señor Hayden vendrá? —preguntó Emily con tacto.

Su amiga sabía que apenas tenía trato con él, por lo que realmente ella se había dado cuenta de que tanto Catherine como la propia Emily, evitaban

preguntarle directamente sobre su esposo o algo concerniente a su matrimonio.

—Ni tan siquiera le mencioné que asistiría —contestó firme—. Quizá le deje una nota, o más bien lo mencione al servicio por si le da por preguntar dónde estoy. Aunque lo más probable es que llegue tarde, ebrio y lo suficientemente inconsciente como para percatarse de mi ausencia.

—Julia... —comenzó a decir Emily con calma—. ¿El señor Hayden y tú no...? —quiso preguntar, pero le daba vergüenza hacerlo—. ¿Ya sabes?, en vuestra noche de bodas... él... tu...

—No —contestó sabiendo perfectamente a lo que se refería—. Sigo siendo tan virgen como cuando me casé —confirmó Julia.

Emily suspiró y la miró fijamente a los ojos.

—¿Has pensado en la posibilidad de anular el matrimonio Julia? Aunque te sometás a un nuevo escándalo, eso podría darte una oportunidad lejos de él. Sé que el corazón no manda en la razón, pero ahora eres desdichada y corrígeme si me equivoco, no creo que tu esposo cambie. Sería engañarte a ti misma si piensas lo contrario, pero tal vez puedas encontrar la felicidad lejos de él, en los brazos de otro caballero —dijo con voz suave.

Las palabras de Emily eran sinceras y en el fondo Julia sabía que su amiga quería lo mejor para ella. Ni tan siquiera había sido consciente de la posibilidad de anular el matrimonio tras someterse a un examen médico en el que pudiera alegar que no había sido consumado. ¿Estaba dispuesta a hacerlo?, ¿Denunciar a su esposo por su incompetencia en el lecho marital? Todos llegarían a la misma conclusión que ahora mismo, que su marido prefería los favores de una fulana a los de su ella; su propia esposa.

No cambiaría su situación, solamente sería constatar un hecho verídico.

—Yo... no me había planteado esa posibilidad —confesó.

—No estoy diciendo que debas hacerlo Julia, pero sí que seas consciente de que puedes optar por esa opción. Contarás con mi apoyo y estoy segura de que Catherine e incluso Susan también lo harán si decidieras hacerlo —constató Emily.

—Gracias Emily, eres una gran amiga, pero debo pensarlo —contestó pensando en que podría opinar el señor Hayden al respecto, ¿Le daría igual?,

¿Se alegraría? No obstante, él saldría mal parado también si decidiera hacerlo puesto que su hombría se vería afectada al no haber consumado su propio matrimonio, pero tal vez su esposo fuera capaz de soportar aquello con tal de ser libre de nuevo.

Aun así, tenía que meditarlo demasiado bien, por una parte, su esposo la había decepcionado. Aunque reconocía que esperaba por su parte cierto castigo debido a sus amenazas nunca se le habría ocurrido que la denigraría tanto como lo había hecho. Tampoco había esperado que dejara de un día para otro sus aventuras con otras mujeres de los bajos fondos a pesar de haber podido albergar la esperanza en lo más profundo de su ser, quizás era eso lo que sentía ahora mismo... decepción acompañada de una profunda desilusión.

Había perdido la ilusión de enamorarlo que tuvo días antes de la celebración de su boda, esa convicción de luchar por su matrimonio, esa devoción con la que pensaba entregarse a él para demostrarle quién era la mujer con la que se había casado. Ya no lo deseaba y se daba cuenta de ello ahora, cuando el dolor por la falta del señor Hayden había dado paso a una tremenda calma de la que no lograba saber que rumbo debía tomar en su vida.

No deseaba ser una buena esposa, ni mucho menos una buena amante para él, ¿Contestaba eso a la pregunta de Emily para optar por anular su matrimonio? Tenía la posibilidad de hacerlo, su virginidad estaba intacta y aquello lo podría corroborar un médico, pero ¿Qué haría después?, ¿Dónde se suponía que iría?, ¿Qué debía hacer con su vida? Si daba ese paso tendría que tener respuestas para todas esas preguntas.

Decidió no dejar ninguna nota, después de todo él no estaba en casa y probablemente llegaría bien entrada la madrugada cuando ella hubiera regresado. Aun así, dejó dicho al servicio que acudiría al baile que se daba en palacio aquella noche por si él regresaba antes de tiempo por alguna causa desconocida.

Llegaron en el carruaje de los duques de Sylverston a palacio, a Julia no le pasó desapercibido como el duque miraba embelesado a su esposa, ¿Encontraría ella alguna vez un caballero que la mirase así? Se había pasado años soñando con que ese hombre fuera el señor Hayden, anhelando que aquellos ojos verdes la miraran con pasión, con lujuria, con veneración... y era doloroso saber que pese a ser ahora su esposo, ese momento jamás llegaría.

Lord Sylverston ayudó a las damas a bajar del carruaje y se adentraron en Palacio con paso firme, tras ser anunciados, el caos se apoderó de Julia cuando todas las damas del salón se volvieron hacia ellos en cuanto su nombre fue nombrado en voz alta.

—No debí venir—gimió en un susurró para que solo Emily la escuchara.

—Calma —contestó Emily—. Estás con nosotros y en nuestra presencia, no se atreverán a decir nada, tú no te separes de mí y todo estará bien.

Fue muy fácil durante la primera hora, pero Julia era consciente de que no podía ser la sombra de su amiga y en un momento dado se vio arrastrada hacia un círculo de damas de la alta sociedad cuyo rango más bajo era el de condesa y donde ella parecía no encajar en absoluto.

—Es sorprendente que haya tenido el descaro de venir a palacio, ¡Qué desfachatez! —escuchó decir de la que reconoció como la voz de Grettell Whitman. Aquella dama impertinente había intentado ser su amiga para llamar la atención de su hermano Robert y desde el momento en el que ella le dejó claro que no deseaba su amistad, la había odiado.

—No sé cómo la duquesa se atrevió a traerla, es indignante —terció otra voz que no reconoció, pero sería alguna de las amigas de la señorita Whitman.

No iba a llorar, se había prometido a sí misma no hacerlo, ella era fuerte, decidida, capaz y podría afrontar todo aquello, ¡Pero que la quemaran en el infierno si no sentía rabia!, ¿Por qué tenía ella que afrontar los desaires de su esposo?, ¿Qué culpa tenía? No había hecho nada... ¡Nada!

Estaba a punto de marcharse de allí, no lo soportaba ni un minuto más. Sabía que nadie se acercaría a ella, ni la invitarían a bailar y mucho menos a conversar, tal vez debiera hacer tiempo en el carruaje o fingir que se encontraba mal para volver a casa, pero se iría de allí en ese preciso instante.

No había dado ni dos pasos cuando la llamaron.

—¿Señorita Benedict?

Esa voz... ese acento... ¡No podía ser cierto!

Volvió la vista y allí estaba aquel caballero que le pareció tan apuesto cuando le conoció meses atrás gracias a Catherine.

—*Lord Guicciardini*, ¿Qué hace usted aquí?

—Si se refiere a la razón que me ha traído hasta esta ciudad, le diré que es debido a un cambio de aires—respondió Gabrielle sin perder la sonrisa mientras miraba fijamente aquellos ojos de color bronce.

—¿Un cambio de aires? Cualquiera diría huye de algo si le profesa tanto amor a su tierra como me consta que hace, *lord Guicciardini* —contestó perspicaz Julia.

—Tal vez no se lo niegue, señorita Benedict —respondió sincerándose.

—Me temo que ahora soy la señora Hayden, *lord Guicciardini* —corrigió Julia.

—Mi más sincera enhorabuena entonces para el señor Hayden, imagino que estará en esta sala y probablemente tendrá la vista fija en usted, tratándose de una dama tan hermosa —concluyó Gabrielle.

—Lo dudo. Mi esposo no acudió al baile, de hecho, evita cuanto puede estos actos sociales —respondió Julia con cierto pesar.

—Lamento escuchar eso entonces, señora Hayden. —En ese momento *lord Guicciardini* realizó una inclinación hacia Julia—. ¿Tendría el honor de concederme la siguiente pieza?

¿Qué?, ¿Le estaba pidiendo bailar?, ¿Es que quería suicidarse socialmente?

—Sinceramente, no creo que sea conveniente que baile con usted, lo digo por su propio bien *lord Guicciardini* —alegó Julia en voz baja.

—Nunca había recibido una excusa tan extraña para negarme un baile, reconozco que me siento rechazado —contestó alzando una ceja.

—No se trata de una excusa *lord Guicciardini*, sino más bien de su suicidio social si lo hace, aunque tal vez por ser extranjero y no conocer lo ocurrido, se lo perdonen —afirmó Julia.

—¿Cómo dice? —preguntó Gabrielle intrigado.

—No creo que deba contarle esto, pero en estos momentos no soy un miembro muy apreciado de la sociedad, ¿No se ha dado cuenta de cómo nos observan? —exclamó Julia tratando de no mirar a su alrededor para ver cómo la gente les miraba de reojo.

En ese momento Julia apreció la sonrisa de *lord Guicciardini* que ni tan siquiera intentó desviar la mirada de ella a su alrededor para comprobar que

era cierto.

—Siempre adoré los escándalos sociales —reiteró—. Así que, si no le importa, bailemos.

Julia no se negó una segunda vez. Con una declaración así ¿Cómo hacerlo? Lo cierto es que gracias a ese caballero de origen Florentino, su velada fue no solo placentera, sino la más divertida hasta el momento de todas cuántas había tenido en su vida.

Richard llegó a casa más temprano de lo normal, esperaba poder cenar con su esposa aquella noche, si era sincero había tratado de evitarla todo cuanto había podido a pesar de que ella le había puesto fácil dicha tarea. Aún no estaba seguro de poder controlarse teniendo en cuenta que era incapaz de olvidar esa imagen de su esposa en la bañera como una revelación.

—¿Desea que le sirva la cena en el comedor, señor? —mencionó Margaret en cuanto Richard dejó su gabardina, el sombrero y los guantes en la entrada.

—Si Margaret —contestó entrando en el comedor y le sorprendió no ver la mesa preparada teniendo en cuenta la hora que era—. ¿Dónde está la señora? —preguntó esperando que Margaret le contestara que habría decidido cenar en su habitación.

—La señora acudió a un baile en palacio, mi señor —contestó sin darle la mayor importancia el ama de llaves.

¿Qué?, ¿Cómo que a un baile?, ¿Y qué le importaba a él? Se dijo enseguida, pero lo sabía muy bien; le importaba... le fastidiaba que ella se estuviera divirtiendo cuando él era incapaz de lograrlo últimamente, ni tan siquiera Sheila con sus bailes era capaz de satisfacerlo, aunque lo intentaba, todas aquellas mujeres le parecían demasiado poco en comparación con *ella*. Estaba allí porque deseaba estar con su esposa, con Julia y en cambio se había ido, ni siquiera le había pedido permiso para asistir a ese dichoso baile en palacio.

Por un momento pensó él mismo en ir hasta palacio y sacar a rastras de allí a su esposa, demostrarle quien era él. Pero ¿Quién era él? Se preguntó en ese instante.

No quería una esposa, nunca la quiso y no iba a quererla ahora. ¡Que hiciera lo que le viniera en gana! Aunque sabía que una cosa era decir aquello y otra bien distinta sentirlo. Por mucho que se lo negara a sí mismo, Julia le gustaba

pese a no querer admitirlo.

Julia sonreía mientras entraba en casa, gracias a *lord* Guicciardini la velada había sido más que agradable, podría definirla como divertida. Hacía tanto tiempo que no se lo pasaba tan bien... casi le había hecho olvidarse de sus propias desdichas, es más, él había insistido tanto en verla al día siguiente para dar un paseo por Hyde Park que le fue imposible negarse.

—¿Lo has pasado bien, querida? —exclamó Richard nada más verla entrar. En su tono podía denotarse cierta ironía oculta.

Su voz asustó a Julia, puesto que no le había podido reconocer al estar oculto en la oscuridad a pesar de que la que la luz rojiza de la chimenea iluminaba parcialmente el salón. Apreció su rostro parcialmente en la oscuridad y atenuado sutilmente por aquellos reflejos anaranjados, todo su cuerpo tembló al conectar con aquellos ojos verdes que brillaban de una forma espléndida y tuvo que cerrar los ojos para no ser presa de sus propios delirios.

—Muy bien, gracias —contestó en el tono más neutro que le fue posible.

—Me alegro, porque será la última vez que acudas a un evento sin mi permiso —concluyó Richard.

A pesar del tono formal en el que lo había mencionado, su fulgor por dentro solo deseaba cruzar rápidamente los pasos que le separaban y estrecharla

entre sus brazos, pero su razón ganaba la batalla al impulso de su cuerpo, al menos momentáneamente.

—¿Cómo? —exclamó Julia. Su voz era aguda, al mismo tiempo que recriminatoria.

—Me has oído. No asistirás a ningún evento sin mi permiso —reiteró.

—¿Y desde cuando le importa lo que haga o deje de hacer? —contestó altiva y cruzándose de brazos.

Richard no se esperó aquella respuesta, es más, la altivez de ella solo hacía imaginársela con el rubor en sus mejillas enmarcando su rostro y la imagen de Julia desnuda en aquella bañera como una diosa invadió de nuevo sus pensamientos. Al menos era un alivio que se encontrara vestida en ese instante, aunque ahora que se fijaba a pesar de la tenue luz, estaba increíblemente preciosa.

—Desde que acudes sola a un acontecimiento estando casada —atajó.

Richard sabía que realmente no tenía motivos para recriminárselo, sus argumentos eran pobres a pesar de tener derecho sobre ella y sin lugar a duda que ella se debía a él y por lo tanto obedecerle.

—Mire señor Hayden, escúcheme con atención porque se lo diré solo una vez —Comenzó a decir Julia arrastrando las palabras conforme se paseaba y se acercaba más hacia donde él permanecía sentado. Su rostro era altivo, después de aquella noche y quizás gracias a *lord* Guicciardini, su autoestima había resurgido como el ave fénix y no se pensaba dejar amedrentar por aquel patán por muy enamorada que estuviera—. Haré y desharé cuanto me plazca, como bien dijo usted y recalco para que quedara constancia, yo no soy su esposa y no me consideraría como tal, así que ahora no pienso serlo para lo que a usted le convenga, ¿He sido lo suficientemente clara?

Si en ese momento a Richard le tiran un cubo helado, hubiera sido la misma expresión que mantenía en su rostro perplejo y fascinado al mismo tiempo, ¿De dónde demonios había salido aquella mujer altiva y descarada?, ¿Esa había sido realmente ella?, Siempre vio a la señorita Benedict como una joven alegre y divertida, pero sin duda jamás habría pensado que podría tener tal ímpetu y derrochar tanta seguridad en sí misma. ¡Por todos los Demonios si la deseaba incluso más ahora!

—Ya veo que sí. Buenas noches señor Hayden —añadió Julia justo cuando se

daba media vuelta igual de altiva emprendiendo camino hacia su habitación. Estaba cansada de tanto bailar y deseaba con todas sus fuerzas quitarse aquellos zapatos que le habían provocado rozaduras. Además, no pensaba admitirlo, pero su cuerpo aún temblaba por aquel enfrentamiento con el señor Hayden, aunque parecía haberle quedado bien claro que ella no pensaba ser una sombra que podría tratar a su antojo. No, ella iba a ser dueña y señora de su vida.

Justo cuando iba a abandonar el salón notó una mano ceñirse a su brazo impidiendo que pudiera avanzar. Se giró esperando una amenaza, algún tipo de frase que produjera el miedo en su cuerpo como lo hizo justo antes de casarse o el mismo día de su boda.

—No. No te considero mi esposa —susurró Richard.

Jamás lo admitiría ante ella, sería como deshonar su propio juicio mental. Observó aquellos ojos bronce que brillaban con la tenue luz y no lo resistió un instante más, acortó la distancia que le separaba y apresó sus labios con tal ímpetu que ni el mismo entendía su propio descontrol ante ella.

Julia se vio apresada por aquellos labios tan inesperadamente que no supo reaccionar, se quedó bloqueada hasta que apreció la tenacidad con la que él intentaba hacerse hueco con su lengua demandando profundizar aquel beso que su cuerpo traicionero comenzó a responder sin ser consciente de ello.

Notó como la estrechaba entre sus brazos acercándola a él y en ese momento el olor a perfume barato que tan bien conocía por Sheila y porque había estado en aquel burdel la invadió. De un solo movimiento le golpeó el pecho provocando que la soltara y al parecer lo hizo con la suficiente fuerza porque se separó de ella con el golpe.

«Plaff»

Antes de que Richard pudiera siquiera reaccionar de porqué se había visto arrancado de aquel succulento manjar, la bofetada que le había propinado Julia en la mejilla hizo que fuera consciente de la realidad.

—Me das asco Richard Hayden. —Ni tan siquiera le llamó señor, no lo merecía—. Vuelve con tus sucias rameras a las que debiste dejar no hace mucho, puesto que aún hueles a ellas —añadió arrastrando las palabras y sin siquiera esperar una respuesta, subió las escaleras apresuradamente y se encerró en su habitación con llave. Lo que menos necesitaba era que él viniera tras ella y entrara en su habitación o peor aún, que reclamara sus

derechos maritales.

Realmente no sabía que le dolía más, si saber que él la deseaba, pero que primero había buscado el favor de una ramera antes que ella para satisfacerse lo que la hacía ser manjar de segundo plato, o que hubiera reiterado que no la consideraba su esposa. Fuese como fuese dolían ambas cosas, pero como que se llamaba Julia y que era una Benedict que no lloraría más por ese hombre.

¡Maldición! Se dijo Richard una vez que ella se había escapado de sus brazos para huir al refugio de su habitación.

Aquella mujer iba a hacerle perder su cordura, quizá ya había comenzado a perderla. Le había rechazado porque creía que había estado con alguna fulana cuando no era así, pero su olor de delataba. ¡Maldita sea! Gimió mientras estampaba haciendo añicos la copa de coñac que había estado degustando en su larga espera.

Se dejó caer apoyando los brazos sobre la balda de madera que revestía la parte superior de la chimenea y posaba la mirada pérdida en el fuego... ¡Que el diablo se la llevara! A ella y a su temperamento repentino. No la quería, él era feliz con su vida antes de que ella le tendiera aquella trampa para amarrarlo a ese condenado matrimonio infernal. Apretó sus puños enfadado, pero ¿Por qué estaba realmente enfadado? Lo sabía, sabía que todo aquel resentimiento solo era porque la deseaba y no la podía tener así como así.

Tenía que hacer algo, no sabía qué, pero debía hacer algo. Fue consciente de que hasta que no hiciera suya a su propia esposa, no saciaría aquellas ansias incontrolables que de pronto sentía por ella y una vez la tuviera en su lecho, por fin podría pasar página y volver a su condenada vida de libertino como hasta ahora.

Aquella mañana lucía un sol espléndido a pesar del frío. Julia estaba envuelta en su chaquetilla de pelo de ciervo sobre su abrigo de lana para darle un mayor lujo a la simpleza de éste.

—Tengo la sensación de que está en otra parte, señora Hayden —dijo sin perder la sonrisa Gabrielle.

La noche anterior en la que Julia había accedido a pasear con *lord* Guicciardini por Hyde Park, no pensó que después ocurriría lo que precisamente ocurrió al llegar a casa. Le había parecido un mal gesto enviar una nota aquella mañana para disculparse, además pensó que aquello la distraería, aunque desde luego no estaba siendo así.

—¿Cómo?, ¿Perdone? —exclamó Julia siendo consciente de que sus pensamientos estaban en otra parte, en otro lugar recóndito de su mente, justo en la noche anterior y en los labios del señor Hayden. Apenas había podido dormir por la opresión en su pecho, la sensación ahogada de querer y no poder y finalmente había llegado a una conclusión... una que por muy dolorosa que fuera, comenzaba a tomar forma y cada vez se hacía más factible.

Richard no iba a cambiar, jamás lo haría y ella no podría ser feliz al lado de un hombre que nunca la consideraría su esposa y que no posaría sus ojos únicamente sobre ella porque jamás se conformaría con una sola mujer.

—¿Es posible que mi dominio sobre su lengua no sea del todo correcto y por eso la aburra señora Hayden? —preguntó captando la atención de Julia.

—¡Oh no!, ¡Por supuesto que no! Solo estaba distraída. Además, su acento resulta encantador —contestó rápidamente.

—Entonces, ¿Le preocupa algo? —preguntó delicadamente a *lord* Guicciardini.

—Tal vez no sea preocupación, pero no me parece oportuno agobiarle contándole mis problemas —confesó con una sonrisa.

—¿Qué le parecería si hacemos un trato señora Hayden? —exclamó con semblante serio.

—¿Un trato? —respondió Julia frunciendo el ceño.

—Si —afirmó *lord* Guicciardini —. Yo le contaré de qué estoy huyendo, si usted me relata que le preocupa, ¿Qué le parece?

Julia observó que los ojos verdes de aquel hombre estaban fijos en los suyos, eran hermosos; sin duda lo eran, pero jamás se parecerían al verde que ella tan bien conocía y anhelaba.

—Yo... —comenzó a decir Julia.

—Se trata de confianza mutua —añadió Gabrielle antes de que ella contestara.

—Aceptaré con una única condición —respondió mordaz.

Lo cierto es que tal vez una visión desde otro punto de vista que no fuera el de sus amigas le pudiera despejar las dudas y si era sincera consigo misma, jamás tendría una oportunidad de confesarle aun caballero lo que sucedía

para que pudiera darle su percepción

—Soy todo oídos —afirmó esperando su respuesta.

—Comenzará usted por revelar su confesión. —Si iba a confiarle sus pensamientos a *lord* Guicciardini, necesitaba al menos saber qué asunto peliagudo le había traído hasta Londres huyendo de su amado ducado de Florencia.

—Está bien —resopló—. Le garantizo que será la primera dama y también la única persona a la que voy a confesar esto. —A pesar de parecer seguro, se evidenciaba su contrariedad, como si estuviera nervioso.

Julia observó cómo se ajustaba el pañuelo de su camisa y el chaqué en un acto de nerviosismo.

—Le prometo que no le juzgaré —dijo Julia para darle ánimo a que revelara su confesión. En realidad, no sabía cómo había llegado hasta ese punto con *lord* Guicciardini, apenas se conocían a pesar de que lo habían pasado muy bien y de hecho su compañía era más que grata.

—Jamás he estado enamorado. No realmente. —Comenzó a confesar *lord* Guicciardini—. Siempre me han atraído las mujeres hermosas, estuvieran casadas o no —dijo con una leve sonrisa de complicidad—. Lo sabrá por su propia amiga la duquesa de Lennox.

—Me consta *lord* Guicciardini —contestó Julia mordiéndose levemente el labio para evitar sonreír.

Sabía por Catherine que aquel hombre era un auténtico mujeriego, podría ser incluso parecido a Richard, tal vez por eso se estaba atreviendo a confiar en él. Quizá podría darle una respuesta sobre la actitud de su esposo.

—Si, creo que nunca lo he ocultado, al contrario, me he vanagloriado en ello y jamás me ha importado que me vieran del brazo de una dama hermosa, como por ejemplo de usted. —En ese momento la miró fijamente sonriendo.

—¿A dónde quiere llegar *lord* Guicciardini? Porque no me parece que esos sean motivos suficientes para huir —concluyó Julia.

—Creo que me he enamorado —confesó Gabrielle desviando la mirada.

—¿Y eso es horrible? Quiero decir, ¿Tan malo es encontrar el amor en una bella joven? —añadió extrañada.

¿Pero qué tenían los hombres en contra del amor y de enamorarse? Como le

contestara algo referente a la pérdida de la libertad, sería capaz de darle un guantazo similar al que le propino a su esposo anoche.

—No es bella. No lo es en absoluto —respondió tajante.

—¿Qué? —exclamó Julia.

Había esperado tanto otro tipo de respuesta, que hasta su mano estaba preparada para abofetearlo, pero se quedó sin habla tras su confesión.

—Que ella no es bella, ni hermosa, ni tan siquiera tiene algo que pueda vanagloriarse para presumir de ella, salvo por un temperamento enérgico que consigue desquiciarme.

—Por su descripción no parece que la ame precisamente —contestó Julia con cierta ironía.

—Cierto. Tal vez porque yo mismo deteste mencionarlo, es más, usted es a la primera persona a la que se lo he confesado. Admito que, lo que siento por esa dama jamás lo he sentido por ninguna otra, es sorprendente y a la misma vez aterrador.

—¿Y qué importa si no es bella? Sería un necio si dejara a un lado sus sentimientos solo por lo que puedan opinar los demás.

—Es... complicado —confesó abstraído.

—Sólo si usted lo complica —respondió Julia tenaz.

—Ahora es su turno señora Hayden, confieso que tengo cierta curiosidad por saber que la mantiene constantemente abstraída.

—Está bien, ¿No le han llegado los rumores sobre sucesos ocurridos en mi noche de bodas? —preguntó para saber el punto exacto de partida.

—No, ¿Es que ha ocurrido algo que se deba saber en su noche de bodas? —preguntó confuso.

—¡Oh sí! —exclamó—. Que mi esposo paseó a una bailarina exótica por toda la ciudad —comenzó relatando los hechos.

—Lo lamento —contestó Gabrielle—. Ahora entiendo todo y déjeme decirle que es usted valiente por quedarse en esta ciudad y afrontar un hecho así, más aún teniendo en cuenta que su reputación se ha visto completamente expuesta y anulada. Confieso que, en estos momentos, retaría a su esposo a un duelo por mancillarla con tal descaro, aunque imagino que eso no cambiaría el hecho de que su honor siga afectado.

—Tiene razón, no cambiaría nada. Es por eso que voy a anular mi matrimonio —confesó completamente convencida.

Lo había decidido la pasada noche, por más dolor que implicara el hecho de alejarse de su lado, lo haría. En su determinación estaba segura de que su propia familia quizás no la ayudaría o más bien debería decir “su madre”. Aunque Robert la obligó a casarse, es cierto que le prometió no intervenir en sus propias decisiones respecto a su matrimonio y aquello era una decisión que había tomado ella misma.

Desde que Emily colocó la idea en sus pensamientos no había cesado en repetirse los inconvenientes y las consecuencias si llevaba a cabo la anulación. Ella no saldría beneficiada con aquello y lo sabía, es más, debería desaparecer de la ciudad cuando lo hiciera porque si ahora mismo su nombre no constaba en ninguna lista debido a ser una persona indeseada, después de aquello directamente sería el destierro total y absoluto hasta la posterioridad.

Había pensado en desaparecer igualmente sin dar explicaciones. Alejarse de allí y comenzar una nueva vida a pesar de que sus amistades, su familia y todo cuanto conocía se encontrara en Londres... pero no deseaba seguir atada a él y que pudiera seguir reprochándosele en algún momento. No. Necesitaba empezar de nuevo y quizá ser feliz, o al menos que uno de los dos, lo fuese.

Agradeció que el propio *lord* Guicciardini le ofreciera su residencia de verano en el ducado de Florencia si estaba decidida a irse. No pudo evitar sonreír al recordar la confesión de aquél hombre tan apuesto, tan libertino, tan

mujeriego... y arduamente enamorado de una joven poco agraciada según él, pero cuyo temperamento había conseguido cautivarle de tal forma que ni él mismo entendía.

¿Por qué Richard era el único hombre incapaz de amar? Tal vez no fuera el único, solo que ella había anhelado tanto que lo hiciera, que no hallaba consuelo consigo misma. Por eso necesitaba alejarse de allí, la distancia conseguiría hacer que lo olvidase, arrancarlo de su corazón y por fin, comenzar a vivir.

—¿Estás realmente segura? —preguntó Emily cuando confesó sus planes.

—Sí, lo he pensado detenidamente y sé que aquí no seré feliz junto a él. Me dará tristeza no estar cerca de ti, de tus pequeñas... de Catherine, de mi querida Susan o de mi familia, pero...

—Tienes que pensar en ti —intervino Emily terminando su frase.

—Sí, debo hacerlo. De lo contrario sé que el resentimiento y la amargura consumirán mi alma —concluyó Julia.

—No diré que me alegre Julia. No será fácil, pero quizás encuentres de esa forma la felicidad que mereces y sabes que puedes alojarte en alguna de nuestras propiedades si lo necesitas, tanto tiempo como sea necesario; inclusive si es el resto de tu vida —afirmó Emily.

No tendría vida suficiente para agradecer la bondad de su amiga.

—Primero tendré que buscar un médico con la suficiente discreción que esté dispuesto a ayudarme y después, vendrá todo lo demás —suspiró Julia.

—El médico de la familia de los Sylverston es muy discreto; estoy segura de que podrá realizarte el informe y si verifica que el matrimonio no ha sido consumado; la anulación será rápida —respondió Emily.

Julia se dejó caer en el sillón desplomándose casi abatida.

—No me estoy equivocando, ¿Verdad? —Dudó por un instante.

—Solo tú tienes la respuesta Julia, desafortunadamente eres tú quien debe tomar la decisión —contestó Emily sentándose junto a ella.

Richard había ido temprano a la fábrica de Carruajes Grafton para ver a su amigo David, aunque quizá no estuviera allí debido al estado avanzado de gestación de su esposa, la misma que le había vetado la entrada en casa de su amigo y por lo tanto si no se encontraba allí, no podría visitar su hogar para

encontrarle. Tuvo suerte cuando preguntó por el duque de Lennox, al parecer estaba reunido, pero se quedó a esperarle.

—¿Richard? —exclamó David al ver entrar en su despacho a su viejo amigo —. Mis ojos no dan crédito, ¿Tú, despierto a estas horas? —añadió entre risas.

—Que no te visite en horas tempranas no significa que no madrugue nunca. —Mintió.

Realmente su amigo era consciente de que siempre se acostaba demasiado tarde como para estar cuerdo en horas decentes de la mañana.

—Quizás la vida de casado haya servido para algo después de todo — determinó David.

La respuesta de Richard fue un gruñido. En realidad, estaba allí precisamente por eso; su matrimonio.

—¿No hay quejas sobre tu matrimonio?, ¿Debo pensar que empiezas a aceptar que tener una esposa no es tan grave? —preguntó David ante el silencio de su amigo.

—No te equivoques —contestó rápidamente—. Sigue sin agradarme tener esposa y no voy a discutir las razones por las que se produjeron aquella encerrona... pero sí que estoy aquí precisamente por eso, por *mi* esposa — contestó haciendo énfasis en la palabra “mi”.

—¿Has dicho *tu* esposa? —preguntó David en el mismo tono de énfasis.

—Si —respondió como si la propia aceptación se atragantara en su garganta.

—Está bien, soy todo oídos, ¿Qué ocurre? —preguntó David intrigado.

—¿Qué se supone que debo hacer para que ella me acepte de buen agrado en su cama? —confesó directamente.

Richard jamás había tenido que “conquistar” a una mujer. Siempre había pagado sus servicios o directamente se había entregado de buen agrado a él. Con Julia no era así, jamás sería así y estaba demasiado perdido por primera vez en su vida.

—¿Es que la has tomado de mal agrado Richard? —preguntó David preocupado.

—No. Jamás la he tocado —admitió y vio cómo su amigo se relajaba.

—Richard, tu esposa no es como las rameras a las que estas acostumbrado o

las mujeres fáciles con las que siempre te has rodeado —contestó David en tono serio.

—Lo sé —admitió Richard rápidamente como si sus pensamientos se hubieran tomado voz propia evocando aquella imagen de ella como una diosa cuando la descubrió dormida en su habitación, era incomparable a la cortesana más deseada de toda la ciudad. No, desde luego que Julia no podía asemejarse, era como intentar comparar el día con la noche.

—Una dama quiere seguridad, respeto, honorabilidad, sentirse protegida...

—Comenzó a recitar David—. Todo aquello de cuanto huyes Richard.

—No creo que sea tan complicado fingir un poco de eso —determinó Richard.

—¿Fingir? —exclamó David conmocionado.

—Por supuesto. Aunque admita que deseo a mi esposa, no significa que quiera estar solo con ella —confesó—. Quiero que ella venga de buen agrado a mi lecho, nada más.

—Después de lo que hiciste Richard, déjame dudar... es más, por lo que Catherine me ha contado del carácter de tu esposa, lo tienes bastante difícil. Ya podrías hincarte de rodillas suplicándole perdón y regalarle rosas cada día, que aun así no lo tendrías nada fácil —contestó David.

—¿Pedir perdón y regalar rosas? —preguntó retóricamente.

Quizá esa sería una buena forma de empezar...

Richard habría llevado rosas rojas, pero sería demasiada insinuación para sus pretensiones, en cambio optó por llevar unas rosas de color rosado claro. Caminaba pensando en su discurso, ¿Cómo se pedía perdón sin llegar a decirlo explícitamente? Cruzó por Hyde Park, él no solía prestar atención a las parejas que paseaban a esas horas por la ciudad, siempre le había parecido una pérdida de tiempo pasear del brazo de una dama por el simple hecho de su compañía o mantener una conversación aburrida e insignificante a horas tempranas. Ahora se preguntaba si a su esposa le podría gustar tal hecho, probablemente sí, en cuanto alzó la vista obtuvo su respuesta al contemplar a su propia esposa, del brazo de otro caballero.

Se abstuvo de ir hasta ella para arrancarla del brazo de aquel caballero con el que paseaba y se escondió rápidamente para que no pudiera verle, aunque a juzgar por la forma en la que hablaba con aquel hombre desde la distancia a

la que se encontraba podría decir que para ella no existía otra distracción que no fuera la del caballero.

¿Quién era? Tuvo que fijar su vista un poco más para reconocerlo y se maldijo a sí mismo cuando lo hizo porque supo perfectamente de quién se trataba. El maldito de Guicciardini. Sabía quién era por David, al igual que también conocía las intenciones que ese hombre tendría con respecto a su esposa.

¿Serían amantes?, ¿Por eso ella acudió al baile en palacio? Conocía de sobre el parentesco de *lord* Guicciardini con la familia real y sin duda, la pasada noche estaría en aquel baile.

Una furia incontrolable se apoderó de él. Era una sensación nueva, extraña y de lo más inexplicable... lo supo instantáneamente; eran celos. Unos malditos celos que no sabía porqué razón los sentía.

Julia decidió visitar a Catherine aquella misma tarde después de almorzar en casa de los duques de Sylverston. Necesitaba contarle sus planes, en el fondo de su alma sabía que necesitaría el apoyo de sus amigas para lo que planeaba hacer.

—¡No!, ¡Debes haber perdido el juicio completamente! —exclamó Catherine en cuanto confesó sus planes.

—Ya lo he decidido Catherine —afirmó Julia—. No pienso dar marcha atrás y Emily me apoya. Solo deseo que tú también lo hagas, no te pido nada más —añadió con esperanza.

—Sabes que te apoyaré, aunque no comparta tu decisión. Confieso que fui la primera en detestar a tu esposo cuando hizo lo que hizo, pero con esto que piensas hacer, tu saldrás igualmente perjudicada. Tendrás que irte lejos Julia... muy lejos de aquí —respondió Catherine.

—Lo sé, pero seré libre Catherine. No tendré que soportar más su sucio olor a perfume de burdel cada noche cuando regrese a casa. —suspiró Julia.

—¡Ay dios! —gimió Catherine—. Lo siento tanto por ti...

—Tú no debes sentirlo Catherine, en todo caso lo siento yo —afirmó con pesar—. Por creer que sería diferente, por tener la esperanza de que cambiaría, por ser la ingenua que fui al pensar que él, ilusamente me amaría.

—Estabas enamorada, no puedes culparte de tener esperanza. Cualquiera

mujer en tu lugar habría hecho lo mismo —respondió Catherine y Julia no lo rebatió.

Volvió a media tarde de regreso a casa. Aunque por más que quisiera llamarlo hogar no lo consideraba así. Desde que salió por la mañana a pasear con *lord* Guicciardini aún no había regresado y lo cierto es que le apetecía enormemente tomar un baño, relajarse y dormir para tratar de calmar sus incesantes pensamientos sobre su futuro inquietante.

No esperó que Richard se encontrara en casa tan temprano, menos aún que se quedara a cenar o al menos es lo que parecía por la mesa preparada para dos comensales.

—Buenas tardes querida —pronunció Richard.

A pesar de que se había pasado maldiciendo medio día hasta que ella llegase preguntándose donde demonios estaría, se había autoconvencido de que no le importaba, por más que sabía que solo fuese una mentira hacia sí mismo.

—Buenas tardes —respondió Julia a secas.

—¿Cenamos? —preguntó cordial—. Te estaba esperando —añadió.

—Si, por supuesto. —Aunque Julia iba a negarse, pretendió aparentar normalidad. No dejaría que él la acobardase o que pensara que huía de él por ser incapaz de soportarle.

—¿Dónde has pasado el día? —preguntó Richard a su esposa.

Julia le miró contrariada. Era la primera vez que él se interesaba por ella o donde había estado, aunque no le estaba exigiendo nada como la noche anterior, sino que se lo preguntaba como tema de conversación.

—He visitado a algunas amistades —dijo sin darle importancia.

—¿La duquesa de Lennox, quizá? —insistió Richard. Podría saber si habría estado con ella.

—Si, pasé la tarde junto a ella —contestó sin entender aquel repentino afán de Richard de querer saber dónde había estado.

—Bien... bien —contestó contrariado.

La cena transcurrió en silencio y cuando Julia hizo amago de levantarse para marcharse a tomar su merecido baño, Richard la retuvo cogiéndole su mano.

—Lamento lo que hice —declaró sin especificar exactamente que era lo que realmente lamentaba.

Julia se quedó atónita, casi sin habla, ¿Estaba pidiendo perdón?, ¿Él?, ¿Richard Hayden?

—¿Qué es lo que lamenta exactamente? —preguntó directamente.

—Todo —confesó Richard.

Más valía pedir perdón por todo ya que había empezado a hacerlo.

—Está bien —contestó haciendo amago de marcharse, pero él no la dejó hacerlo.

—No volverá a suceder —insistió Richard en un último intento.

Julia iba a preguntar que sería exactamente lo que no sucedería, pero en cambio asintió y se marchó a su habitación. Huía de él porque estaba segura de que los latidos de su corazón podrían apreciarse debido a su pulso acelerado. Entró rápidamente en su recámara y cerró la puerta dejándose caer en ella y respirando profundamente para calmar su respiración agitada.

Richard le había pedido perdón, pero lo que era aún más insólito era que le había confesado que no volvería a suceder, ¿Qué no volvería a suceder exactamente?, ¿Exponerse con una ramera en lugares públicos?, ¿Visitar un burdel?, ¿Qué?

Se moría por saberlo, pero al mismo tiempo se negaba a sí misma hacerlo puesto que sería admitir el deseo por creerle y si lo hacía, estaría de nuevo completamente perdida.

El olor a rosas la embriagó y se fijó en las preciosas rosas que había sobre su tocador, ¿Qué hacían esas rosas allí?

En ese momento alguien llamó a la puerta y dio un respingo asustada.

—Señora, traigo el agua para la tina —escuchó Julia decir a su ama de llaves y criada.

Abrió la puerta enseguida y en pocos minutos su bañera estaba lista para hundirse en un baño humeante de agua caliente.

—¿De quién son las rosas Margaret? —preguntó a la criada.

—Las trajo el señor para usted, mi señora —admitió recogiendo los últimos cubos mientras dejaba otros de agua caliente para añadir conforme el agua se fuera enfriando.

—¿El señor?, ¿Para mí? —repitió consternada.

—Si mi señora —insistió Margaret—. Pidió que las colocara en su habitación expresamente.

Julia asintió y la doncella se marchó. Mientras se desnudaba no dejaba de pensar porqué Richard habría traído aquellas rosas para ella, ¿Y porqué no se las había dado él mismo?

Dudo un instante en si estaría haciendo bien o no pidiendo la anulación de su matrimonio, ¿Y si él realmente se arrepentía? Pero una cosa era arrepentirse de sus actos y otra que aceptara que ella fuera su esposa. Hacía tan solo una noche que había vuelto a recordarle que jamás la consideraría como tal y dudaba que hubiera cambiado de parecer en unas horas.

En los días siguientes las mejoras de las clases de baile que Julia daba habían dados pasos casi agigantados. Según Sheila, se debía a que había perdido el prejuicio para realizar aquellos sensuales movimientos con su cuerpo y se estaba encontrando a sí misma.

—Si sigue aprendiendo así de rápido señora Hayden, empezaré a pensar que desea robar mi fama de bailarina exótica en la ciudad —dijo Sheila con un tono de voz divertido.

—Agradezco tu halago Sheila, pero ni en mis mejores sueños sería una tercera parte de lo buena que eres tú —contestó Julia igualmente risueña. Había llegado a tener la confianza suficiente para tutear a la bailarina.

—No es solo un halago, Julia. Sorprendentemente aprendes rápido, mucho más rápido que yo misma cuando comencaron mis enseñanzas. Si practicaras más horas, los resultados serían sorprendentes —añadió convencida.

—Gracias, aunque realmente con lo que me has enseñado me siento más que satisfecha... jamás llegué a creer que conseguiría siquiera mover un poco mis rígidas posaderas —contestó sin evitar reír a carcajadas.

Cuando salió de aquella casa esperando un tiempo prudencial después de que Sheila se hubiera marchado, no pudo evitar sonreír durante gran parte del camino. Necesitaba refrescarse puesto que en aquella ocasión había sudado más de lo normal y cuando se disponía a coger un coche de alquiler quien menos esperaba la interrumpió antes de poder hacerlo.

—¿Vas a coger un carruaje de alquiler sola? —preguntó la voz de Richard en un tono serio y casi se podría decir que de enfado.

—¿Algún inconveniente? —contestó sin volver la vista hacia su esposo. No

hacía falta girarse para saber que era él. Podría reconocer esa voz en cualquier parte.

—¿Qué haces en esta parte alejada de la ciudad? —exclamó aturdido de encontrarla allí.

Richard sabía que por allí no había ningún interés para su esposa, además se acababa de dar cuenta que ella parecía contrariada y estaba alterada, como si se hubiera estado ejercitando. Así lo atestiguaban sus pómulos sonrosados y el leve sudor de su frente. Era como si... ¡No!, ¡No podía ser!

—Tenía asuntos que hacer por aquí. Ahora me disponía para regresar a casa —contestó Julia haciendo amago de marcharse, pero él la detuvo.

—No. No vas a ninguna parte sola —dijo taciturno.

—¿Ahora va a preocuparse por eso?, ¿Después de varias semanas de matrimonio le preocupa lo que me pueda ocurrir? —preguntó con cierta ironía en sus palabras.

—Mi carruaje está dos calles más abajo. Vamos. No cojeras ese coche tu sola —insistió apretando la mano en torno a su brazo para asegurarse de que la acompañaba mientras emprendía camino junto a ella.

No podía ser... por más que intentaba convencer a su mente de que no era así, tenía las pruebas ante sus ojos. Julia debía tener un amante dado el estado en el que la había encontrado y aún más, estando tan alejada de la ciudad. Si se trataba del maldito de Guicciardini, lo mataría con sus propias manos. ¡Esa mujer lo estaba volviendo loco!, ¡Él no podía estar celoso!, ¡Jamás lo había estado en su vida!

Richard no dejaba de poner en orden sus pensamientos. ¿Qué demonios haría con ella? No tenía idea alguna de cómo se trataba a una esposa. Menos aun cuando no quería considerarla su esposa. Y para colmo tenía un amante. Apretó los puños clavándose las pocas uñas en su carne mientras la observaba mirar por la ventana del carruaje, como si tratara de evitarle probablemente porque si lo hacía podría descubrirse a sí misma con su engaño.

¿Por qué le molestaba? En su momento no pensó que ella podría buscarse a alguien con quien saciar sus instintos. Aunque no lo hizo porque no se le ocurrió pensar que pudiera tenerlos y al parecer los tenía. No sabía que le sentaba peor; que ella no lo eligiera a él o que era un cornudo.

—Quiero saber qué estabas haciendo exactamente en esa parte de la ciudad —volvió a exigir autoritario—. Te recuerdo que te debes a mí y si es mi deseo, me darás las debidas explicaciones.

Julia miraba por la ventanilla del carruaje todo el tiempo. La situación era chocante. Richard casi la descubre saliendo de aquella casa que le había prestado temporalmente Emily para sus ensayos y de hacerlo, ¿Qué excusa podría alegar que fuera convincente?

—Tu silencio solo demuestra que escondes algo, ¿Tal vez un amante? —preguntó directamente y en ese momento ella le miró fijamente.

—¿Amante? —rio con desgana—. ¿Y qué si así fuera? —exigió—. Dudo que te importara, ¿No?

Richard la agarró del brazo para atraerla hacia él. Estaban sentados uno frente al otro, pero al hacerlo sus rodillas chocaron contra las de ella y su boca quedó demasiado cerca de la suya obnubilando su poco juicio ante su presencia.

—¿Reconoces que lo tienes? —exigió cerca de sus labios.

Julia estaba perdida entre su olor y aquella cercanía. Tiempo atrás habría deseado tanto aquel acercamiento que de haberse producido casi se desmayaría, en cambio ahora, prefería que no lo hiciera. Era débil ante él, su carne era demasiado vulnerable en su presencia.

—Piensa lo que quieras. No admitiré ni negaré tal acusación contra mi —respondió firme.

Dudaba que a él le importara, pero al menos que se martirizase en el intento de averiguarlo. Pensó que la soltaría o tal vez la reprendería con otra falsa acusación, pero lo que menos esperaba es que la agarrara de la cintura con tanta fuerza que antes de darse cuenta estaba sentada sobre su regazo y al instante siguiente la boca de él demandaba la participación de la suya con tal voracidad que notaba la ausencia de oxígeno.

El aroma masculino de Richard embriagó a Julia con tal magnitud que todas sus defensas cayeron y en ese momento él la apretó aún más, aferrándola con intensidad. Un gemido escapó de sus labios y de pronto sintió como la lengua de él se abría paso para jugar con la suya propia. Aquello era ambrosía para sus sentidos y deseaba más de aquella sensación que anulaba sus

sentidos.

Notaba las manos de Richard recorriendo su cintura de forma ascendente; rozando sobre la tela de su vestido su abdomen... su pecho... su garganta. En el momento en el que su boca abandonó la suya para comenzar una ristra de besos hacia su garganta, se arqueó instintivamente para facilitarle el acceso, como si de forma natural se tratara.

Cuando sintió los hábiles dedos de su esposo intentando aflojar su corsé para liberar sus pechos, fue consciente de lo que estaba sucediendo en aquel carruaje, de lo que le estaba permitiendo que Richard le hiciera.

—No... —susurró.

Richard estaba tan sumamente abstraído obteniendo el néctar de aquella mujer que se sentía completamente ajeno al lugar donde se encontraban. Era incapaz de ver más allá de la suave piel de Julia. Del increíble sabor de sus labios. De ese olor a lavanda que le volvía increíblemente loco sin saber exactamente porqué razón lo hacía.

—¡No! —gritó Julia esta vez con fuerza mientras le daba un empujón.

En ese instante Richard la miró contrariado, pero en ese momento el carruaje paró y ella salió corriendo como si huyera del mismísimo demonio. Había escuchado sus gemidos; ella le deseaba, podía notarlo y la próxima vez que la besara sería suya. ¡Iba a quitarse aquella infernal obsesión con su esposa de una maldita vez!

No la siguió. En su lugar se fue al club. Necesitaba tomarse una copa y quizás distraerse con los problemas de otra persona antes que entrar en aquella casa de la que no estaba seguro de controlarse para no saltar sobre ella y tomarla de una maldita vez. ¿Qué tenía ella para hacerlo sentir de aquel modo? Sabía que solo se debía a esa imagen de ella desnuda en la bañera. Solo era eso, un simple encaprichamiento que saciar, pero como todos ellos; terminaría cansándose una vez lo obtuviera.

Se sentó en una de las mesas del club algo apartada, no había reconocido a nadie al entrar por lo que casi prefería beber solo momentáneamente. Los asientos de aquellas mesas apartadas eran circulares con una pequeña mesa central. Entre ellos se alzaba un separador de madera para dar cierto carácter de privacidad a cada asiento. No estaba concurrido, probablemente se debiera a la hora puesto que era bastante temprano para que el club fuera frecuentado.

—*Lord Sylverston* —escuchó Richard.

No reconoció la voz que pronunció el nombre del duque, pero no le dio importancia.

—Lamento el retraso Doctor Legrad. Agradezco que aceptara concertar aquí el encuentro tratándose de un tema tan sumamente delicado —contestó *lord Sylverston*.

En ese momento Richard prestó atención. No era una persona chismosa, pero ¿A quién no le intrigaban los temas peliagudos?

—Me sorprendió que no me dijera sobre que trataría la cuestión en su carta excelencia, admito que estoy intrigado —contestó el doctor.

—Entenderá porqué le cité aquí cuando le planteé la situación. Doy por hecho que tendré su palabra de confidencialidad como médico y tratándose de un tema tan delicado, este asunto quedará entre usted y yo —atajó Henry.

—Por supuesto su excelencia. Sabe que jamás diría una palabra referente a usted o a su familia —respondió el doctor Legrad.

—No se trata de mi o de mi familia en este caso doctor Legrad, sino más bien de una querida amiga de mi esposa que necesita su ayuda —afirmó Henry.

—¿Mi ayuda?, ¿Debo suponer que se encuentra enferma? —preguntó el señor Legrad

—No está enferma. —Hubo una prolongada pausa por parte de Henry—. Desea anular su matrimonio y necesita como bien sabe, un médico de confianza que realice el examen que certifique que su enlace no fue consumado.

Richard frunció el ceño. ¿Desde cuándo *lord Sylverston* se dedicaba a ese tipo de tejemanejes?, ¿Quién sería la dama que desearía anular su compromiso sabiendo lo que ello implicaba?

—¿Entiende su querida amiga las consecuencias de su acusación? —preguntó el doctor bastante interesado.

—Si. Las conoce perfectamente y está decidida —afirmó Henry.

—Le seré franco *lord Sylverston*. Sabe que respeto a su familia y que siempre ha podido contar con mis servicios y los de mi padre antes de mí, pero si debo poner mi nombre y prestigio ante la acusación, debo saber quién

es la dama en cuestión —contestó el doctor seriamente.

—Lo entiendo. Será su nombre el que esté en juego ante la validez del documento, pero contará con mi apoyo en todo momento y la señora Hayden se lo agradecerá —afirmó Henry revelando así el nombre de la dama a su interlocutor.

En ese momento a Richard se le olvidó respirar. En su cabeza solo se repetía “señora Hayden” una y otra vez con la voz de *lord* Sylverston. ¿Para qué iba a querer anular su matrimonio si precisamente le había tendido una trampa para convertirse en duquesa? No tenía sentido... a menos que... ¡Guicciardini!, ¡Quería ser libre para largarse con el maldito florentino!

«Eso habrá que verlo querida esposa» susurró para sus adentros mientras apuraba de un solo trago la copa y se marchaba echando humo del club por el lado contrario al que se encontraban el Doctor Legrad y *lord* Sylverston, para no ser descubierto.

—Cálmate. —Se decía Julia una y otra vez mientras daba vueltas por su habitación—. Solo ha sido un beso, solo eso —repitió en voz baja.

Pero qué beso... tuvo que admitir. Casi había olvidado por un momento todo, dejando a un lado los desplantes de Richard y sus humillaciones públicas. ¿Por qué tenía que amar a ese hombre?, ¿Por qué su corazón no pudo elegir a otro? Le deseaba, su cuerpo traicionaba su corazón y estaba segura de que él se había dado cuenta.

Aún no se creía que él creyera que tenía un amante, ¿Ella? Dudaba que aquello le importara a Richard, tal vez lo único que le molestase de creer que ella pudiera tener un amante era que alguien más lo supiera. ¿De dónde habría podido sacar esa idea? No creía que fuera por encontrarse alejada de la ciudad, fuera como fuese, no le daría explicaciones al igual que él no se las daba a ella, pero tenía que admitir que en los últimos días había notado a Richard diferente, no sabía si solo era su imaginación, pero el hecho de lamentar sus actos, las rosas y la escena de celos protagonizada la otra noche y quizás incluso la que vivió hacía unos instantes podrían ser razón para indicar que en el fondo, no le era tan indiferente a su esposo.

¿Podría existir una posibilidad?, ¿Podría olvidar todo lo que él le había hecho si cambiaba? Tal vez... tal vez se estaba precipitando con la anulación, aunque jamás fuera feliz junto a Richard, su corazón le decía que nunca

amaría ni sería feliz con otro hombre que no fuera él.

Aquella noche no se atrevió a salir de su habitación, es más, pidió que le sirvieran la cena en ella alegando encontrarse con un fuerte dolor de cabeza, pero solo se debía a que su pulso se aceleraba con la sola idea de volver a ver a Richard. Su cuerpo anhelaba que la besara de nuevo y al mismo tiempo se lamentaba por de serlo.

Se acostó temprano, aunque tardó en conciliar el sueño debido a la encrucijada en la que se encontraba. No quería tomar una decisión de la que arrepentirse durante el resto de su vida, ¿Y si tras la anulación se arrepentía? No quería perder la más mínima esperanza de estar junto a Richard si él le demostraba que sí estaba arrepentido. Tal vez pudiera hacer algo, aunque en el fondo tardara en perdonar y olvidar lo que le hizo aún le quería... le amaba y reconocerlo solo le hacía tener esa esperanza que siempre se había guardado en su interior.

Richard cenó solo y en silencio. No le extrañó que su esposa no compartiera la mesa con ella y cuando Margaret le comunicó que Julia sufría una fuerte jaqueca asintió, más no la creyó. Ella no deseaba verle, ¿Quizá temiera que volviera a abalanzarse sobre ella?, ¿Tal vez temiera ser presa de sus deseos? Julia le deseaba y esa noche iba a ser consciente de hasta cuánto lo hacía.

Esperó pacientemente en el salón observando el fuego hasta que toda la casa se mantuvo en completo silencio. No permitiría que ella anulara el matrimonio, aunque con ello le diera la libertad que tanto ansiaba. Le importaba un comino las razones de porque no quería que ella se marchara, tal vez solo fuera el deseo de venganza —sí, miéntete a ti mismo—, pero no permitiría que se fuera con *lord* Guicciardini. No permitiría que fuera de otro, ella era suya y de nadie más.

Tomó el último sorbo de su copa y la dejó sobre la licorera, mientras subía los escalones fue aflojándose la camisa y quitándose el pañuelo que oprimía su garganta. Con cuidado de no hacer ruido se deslizó en la habitación de su esposa, estaba completamente a oscuras, con una leve luz de luna que se podía filtrar a través de la cortina, la justa para no tropezar con los muebles de la habitación.

Observó el pequeño bulto de la cama embelesado, ella dormía plácidamente cual ninfa de los bosques. Mientras se deleitaba en sus labios semiabiertos y su rostro inmaculado se desvistió completamente para posteriormente

deslizarse entre las sábanas junto a ella con tacto, sin despertarla.

Julia sentía un calor que la rodeaba, era tan placentero que solo quería pegarse aún más a esa fuente de calor y lo hizo. De pronto sintió como una mano acariciaba su muslo interior y subía ascendentemente, ella anhelaba que lo hiciera y de su garganta nació un gemido en lugar de una súplica. En el momento en que aquellos dedos cálidos tocaron el centro de su ser, su boca fue presa del calor de un beso exigente que inevitablemente respondió con vehemencia.

Parecía un sueño tan real... era como vivir uno de sus libros.

Rodeó el cuello para atraer más aquellos labios y devorarlos exigentemente, quería más de aquello, mucho más. Las sensaciones que aquella mano que masajeaba en círculo su parte más íntima le hacía desearlo y de pronto notó como masajeaban uno de sus pechos, gimió de puro placer. ¡Dioses!, ¡Eso solo podía ocurrirle en un sueño!

Richard no se había esperado que ella le respondiera tan fieramente, estaba enloquecido ante su respuesta, él había pensado que le costaría trabajo excitarla para que no se negara a recibirle, pero le sorprendió lo húmeda y preparada que de por sí estaba... ¡Hasta en eso aquella mujer era diferente! Su ninfa de los bosques le tenía completamente abducido. No podía esperar más, por primera vez en su vida se sentía vulnerable ante una mujer y necesitaba poseerla tan ansiosa mente que, si no lo hacía la agonía le mataría.

Julia notó la presión y aun así se arqueó más hacia aquel hombre de sus sueños mientras la poseía, pero en el instante en el que lo hizo el dolor la poseyó de tal forma que abrió los ojos inmediatamente siendo consciente del momento, de la realidad, de que estaba en los brazos de Richard que la miraba con tal ardor y deseo en sus ojos que la abrumó consiguiendo que aquel pinchazo que había atravesado su cuerpo se disipara.

Sin dejar de observarla él comenzó un movimiento lento que provocó que ella abriera aún más los ojos expectante, ¿Qué era esa sensación? Tal vez debería haberse enfadado, debería haberlo apartado, debería haberse enfurecido, pero lo único que pudo hacer fue dejarse arrastrar por su instinto y elevarse para apresar los labios de Richard que, tras hacerlo se hundió más en ella mientras gruñía de placer y ella gemía por respuesta.

Sus embestidas se fueron convirtiendo cada vez más raudas y con cada una de ellas Julia creía que rozaba el paraíso, aquello era como estar en el cielo,

como tantas veces pensó que sería y se estaba haciendo realidad precisamente con él, con el único hombre que había amado en su vida. Allí no había espacio para el pasado, no existía lugar para todo el daño causado; aquello debía ser el principio y ella estaba más que dispuesta a perdonarlo todo... y cuando notó como sus manos agarraban sus nalgas y se hundió profundamente en ella, simplemente se desvaneció y gritó del puro placer que aquello le proporcionó.

—¿Creíste que te permitiría anular el matrimonio? —ironizó Richard mientras aún seguía sobre ella—. ¿Creíste que te permitiría que me convirtieras en el hazmerreír de toda la ciudad?

La rigidez que inundó el cuerpo de Julia ante aquellas palabras fue evidente porque sintió como él se separaba de ella.

—Te advertí que haría de tu vida un infierno y solo acabo de empezar— siguió hablando Richard sin esperar respuesta—. Después de todo, no ha estado mal, pero nada comparable a una noche de placer que proporciona una ramera que sabe bien lo que hace.

Julia fue incapaz de decir nada. Toda su ilusión, su esperanza, su más que evidente amor, Richard acababa de aplastarlo, pisotearlo y aniquilarlo haciendo que se evaporara la magia que les había envuelto hacía tan solo unos instantes, o al menos a ella, porque era evidente que para él no había sido así.

Observó como Richard se vistió de nuevo y salió de la habitación sin volver la vista atrás. Solo en ese momento fue consciente de las lágrimas que se derramaban por sus mejillas. Se había aprovechado de ella mientras dormía y aunque luego fue consciente, se entregó a él porque pensó que algo había cambiado en su esposo, pero no podía estar más lejos de la realidad, no sabía cómo él se había enterado, pero solo la había poseído para quitarle la única posibilidad que tenía de alejarse de él y rehacer su vida.

La odiaba, Richard la odiaba y se lo acababa de demostrar plenamente. En aquel momento solo deseó desaparecer, quería irse muy lejos para nunca volver... y así, en el silencio de la madrugada, escapó sin más equipaje que su propio dolor en lo más profundo de su alma.

Julia no había querido molestar a nadie, así que se había ido a la casa que Emily le había ofrecido para sus ensayos con Sheila. Era el único lugar en el que sabía que podría estar a solas sin que la atosigaran a preguntas sobre lo

sucedido dado que era consciente del rostro enrojecido por las lágrimas que tendría y las cuales no paraban de brotar de sus ojos por más que se empeñara en no hacerlo.

Había sido una imbécil, una completa idiota por creer que él había cambiado. ¿En qué mundo Richard iba a desearla?, ¿A quererla? Eso jamás ocurriría por más que doliera en su alma, porque ella si le amaba. Pero ya no, había fragmentado tanto su corazón que ahora lo único que sentía era haberse entregado a él, aunque hubiera sido la experiencia más placentera de su existencia.

El dolor había conseguido anular casi por completo sus sentimientos hacia él y al tercer día de permanecer allí encerrada su rabia y frustración habían dado paso a la venganza. Apenas había dormido durante aquellos tres largos días que a pesar de no haber probado bocado alguno y de permanecer únicamente tirada en aquella cama, en su mente solo se había formado una sola idea: iba a conseguir esa anulación, aunque le costara sudor, esfuerzo y sangre, iba a conseguir que el propio Richard anulara voluntariamente su matrimonio.

—¿Julia?, ¿Julia?

Era la voz de Emily la que buscaba con desesperación.

No hizo falta que se levantara de la cama puesto que la duquesa de Sylverston entró atropelladamente.

—¡Dios mío Julia! —exclamó al verla tirada allí con los labios secos de no haber bebido apenas agua en aquellos tres días.

—Lo conseguiré... —gimió Julia casi sin voz—. Lo conseguiré... —repitió antes de perder la conciencia.

Richard no dejaba de dar vueltas por el salón. Se había marchado. Julia se había marchado y aunque no quisiera reconocerlo, se sentía culpable porque era consciente de que lo había hecho por él.

No pensó que aquellas palabras pudieran afectarle, pero necesitaba alejarla de él porque jamás había sentido lo que sintió cuando la hizo suya. De hecho, aún se negaba a admitirlo, preferiría pegarse un tiro antes que ser el títere en manos de su propia esposa. No. Él no estaba hecho para el matrimonio, su propio padre se lo había repetido una y otra vez desde la infancia, él era un Hayden y los Hayden jamás aman a una sola mujer, sino que son de todas ellas. Por eso jamás se planteó tomar una esposa, no le deseaba a ninguna

mujer las lágrimas que tuvo que soportar su madre durante el matrimonio. No, no lo permitiría, pero ¿Acaso no lo estaba haciendo ya con Julia?

Era distinto. Su madre se casó porque así se lo impusieron, en cambio Julia le había tendido una trampa para llevarlo hasta el altar con engaños y artimañas, aunque en lo más profundo de su conciencia comenzaba a dudarle. Aun así, no iba a dejar que ella anulara el matrimonio exponiéndole a él públicamente y dejando su honría a la altura del betún. Él, que precisamente gozaba de más mujeres y tenía la mayor fama de libertino de toda la ciudad. Ni hablar.

Pero ¿A dónde diablos habría ido? No había acudido a la casa de los duques de Lennox, tampoco a la de los duques de Sylverston, ni siquiera a su propia casa familiar, ¿Dónde se había metido aquella maldita mujer?

Deseaba no estar preocupado, de verdad que lo deseaba, pero su conciencia no le dejaba estar tranquilo y aquella misma tarde había puesto en alerta a las amigas de su esposa que habían puesto el grito en el cielo al no revelar antes la desaparición de Julia, es más, tuvo que soportar las amenazas de *lady Emily* mientras lo hacía.

Ni ese día, ni los siguientes obtuvo noticia alguna de ella. Habían pasado casi dos semanas desde que ella se había marchado ¿Y si se había ido con *lord Guicciardini*?, ¿Y si se había fugado con él?

La rabia que sintió volvió a regar sus venas, que se apaciguó al saber que el florentino aún se encontraba en palacio alojándose como invitado y su esposa no se encontraba allí. No podía volver a su casa, algo en él había cambiado y la culpabilidad le carcomía. Empezaba a preocuparle, ¿Qué sucedería si no la volvía a ver? Por primera vez en su vida sentía un leve vacío que necesitaba llenar y aunque estaba seguro de que no lo conseguiría acudiendo al burdel donde Sheila solía actuar... aun así fue, esa opción era mejor que volver a aquella solitaria casa que ahora solo le recordaba a Julia.

Por petición expresa de Julia; ni Emily, ni Catherine habían dicho palabra alguna sobre ella, ni donde ésta se encontraba. Hacía días que ya estaba recuperada y aunque sus amigas no habían conseguido que contara lo que había ocurrido, se podía detectar por su expresión y más que evidente dolor que debió ser algo grave, quizá por esa razón habían decidido por una vez, dejar el asunto entre ellas y ni tan siquiera revelar a sus respectivos esposos la localización de dónde se encontraba.

—Agradezco que vengas a visitarme Catherine, pero en tu estado no quiero

que te expongas a un sobreesfuerzo. No lo hagas por mí, te prometo que estaré bien —dijo Julia con su tono de voz apagado, el mismo que llevaba días teniendo desde que permanecía en aquella casita a las afueras de la ciudad.

—Me preocupas Julia y no puedo quedarme tranquila en casa sabiendo que estas aquí tan sola, sin siquiera la compañía de una doncella.

—Es mejor así, cuanta menos gente lo sepa, mejor —afirmó.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Emily puesto que en sus visitas siempre acompañaba a Catherine.

—Hasta que por fin sea libre —reveló Julia.

—¿Libre? —exclamó Catherine.

Julia sopesó hasta cuanto revelar a sus amigas... en todo el tiempo que llevaba allí, pensó como Richard podría haberse enterado de sus intenciones sobre la anulación del matrimonio. Solo había tres personas que lo sabían; Emily, Catherine y *lord* Guicciardini. Confiaba en sus amigas, quizá no tanto en sus respectivos esposos, más bien en el duque de Lennox en concreto, y dudaba que *lord* Guicciardini fuera a contárselo precisamente a Richard después de confesarle a ella su secreto. No pensaba revelar a nadie su venganza, no pensaba decirle a sus mejores amigas cuáles serían sus intenciones. En aquella ocasión no le dejaría escapatoria alguna a Richard... es más, él mismo caería en su propia trampa.

—Si, hasta que sea libre me ocultaré aquí y mientras eso sucede, necesito que ni tan siquiera vuestros maridos lo sepan. Dentro de dos días Emily recibirá una carta en la que dirá que decidí retirarme a la tranquilidad de la casa de campo de la residencia familiar de los Benedict. Mi madre no irá porque odia el campo, mi hermano tiene demasiados deberes en la ciudad y en el caso de que decida ir, podré alegar alguna excusa y en cuanto a mi esposo será un alivio que me haya marchado.

—¿Estás segura de que no te buscará? —preguntó Emily.

—Completamente —refutó Julia segura de sus palabras.

Porque justo en esos dos días, el cebo estaría expuesto y dudaba que Richard se resistiera a abandonar la ciudad.

Richard se encontraba sentado en una de las mesas del burdel que solía frecuentar para ver bailar a Sheila. Aquella bailarina solía apaciguar su apatía, pero ni en ese momento estaba seguro de que lo hiciera. Aún no se podía desprender de aquella sensación de culpabilidad que le embriagaba y necesitaba la ingesta de alcohol, sumada a la distracción para olvidarla.

Por primera vez, ni el espectáculo de la exótica bailarina le atrajo. Como era habitual, la joven de piel morena se acercó hasta él cuando finalizó su actuación como normalmente hacía con una de sus sonrisas radiantes. Probablemente esperaba saber si había concertado un espectáculo privado, pero de nada le serviría en su estado.

—Hace tiempo que no solicitas uno de mis bailes privados —dejó caer la exótica mujer.

—Tal vez porque estoy esperando a ver algo nuevo —contestó apático. Lo cierto es que estaba cansado de lo mismo, prefería ser franco. Probablemente la novedad de Sheila se había pasado, como solía ser habitual con cada nuevo tesoro que encontraba.

—¿Enserio?, Podría ofrecerte algo nuevo, pero tal vez sea demasiado exigente para alguien como tú —aseguró la bailarina.

Su respuesta atrajo la atención de Richard enseguida.

—¿Cómo de exigente? —preguntó interesado.

Necesitaba algo que le hiciera evadirse, que le hiciera olvidar por completo a Julia de una maldita vez.

—Muy exigente —susurró Sheila provocativa.

—¿Contigo? —preguntó Richard frunciendo el ceño.

—No. Se trata de mercancía nueva pero tu podrías ser el primero, sé de buena tinta que llegará en dos días a la ciudad —Dejó caer mientras miraba a su alrededor para parecer más creíble.

—¿De qué se trata? —empezaba a estar interesado y eso de por sí, era una buena señal.

—Tendrás que descubrirlo, eso sí. Las normas son estrictas —aseguró Sheila.

—¿Normas? —gimió contrariado.

—Solo se te permite ver... hasta que ella decida lo contrario —afirmó.

Por un segundo Richard pareció perder el interés, pero de pronto supuso que no perdía nada con intentarlo.

—Está bien —contestó al fin—. Quiero ser el primero en ver ese espectáculo.

Julia sopesaba una y otra vez lo que haría justamente esa misma noche. Si había algo que le había sobrado desde que se marchó de casa, era tiempo. Las horas eran tan largas y el sueño tan escaso que había trazado perfectamente cuales serían los siguientes pasos a dar respecto a su futuro.

Tenía algo muy claro; lo quisiera Richard o no, él iba a concederle la anulación, aunque ella saliera igualmente perjudicada en el proceso, pero no le importaba. Iba a conseguirlo, e iba a hacerlo de un modo que ni él mismo fuera consciente de ello cuando lo hiciera.

—Si no te sientes segura lo cancelamos —habló Sheila.

Sheila llevaba días acudiendo bajo la petición expresa de Julia porque necesitaba ensayar y aprender mucho más rápido de lo que había estado haciendo en las últimas semanas.

—No voy a cancelar nada. Él ha aceptado, ¿no? —pregunté.

—Si, sabe cuáles son las condiciones. No puede tocarte, solo puede observar —refutó la bailarina.

—Muy bien —asintió Julia complacida.

Tal vez Richard creyera que obtendría un gran espectáculo, pero si algo sabía ella después de leer tantos libros, es que lo que un hombre más desea no es solo obtener el placer de una mujer, sino el misterio que la envuelve hasta que lo logra. Quizá su plan aún tuviera ciertas lagunas, pero como que una vez se llamó Julia Benedict que pensaba pisotear el orgullo de Richard así fuera lo último que hiciera en esa vida.

En una pequeña casa de dudosa reputación alquilada por Sheila, Julia actuaría por primera vez, cuyo único público sería su esposo. Reconoció que los nervios inexistentes durante aquellos días la embriagaron repentinamente durante el instante previo en el que su maestra de baile comunicaba que ya estaba todo preparado.

Había acudido hasta aquella casa previamente vestida con el disfraz de velos cuyas medallas chocaban al caminar produciendo así el sonido que la delataba. Se había colocado uno de esos pañuelos sobre su rostro para ocultar de esta forma su identidad, bien sujeto para que no se soltara, porque lo que menos necesitaba era que Richard la descubriera precisamente ahora. Tenía que aparentar que no era la primera vez que hacía aquello, así que, aferrándose a su odio, se armó de valor para salir al pequeño salón donde debía encontrarse su esposo en cuanto escuchó el sonido del instrumento que tocaba un hombre contratado por Sheila.

Al principio se concentró en la danza, estaba segura de que si le miraba el rostro se enfurecería de rabia contenida, pero después fue consciente de que, si no le miraba, sino advertía lo que deseaba en él, no conseguiría su propósito y en cuanto alzó la vista pudo ver como Richard la observaba, aunque parecía estar en cierta forma alejado de allí, como si sus pensamientos le transportaran a otro lugar y realmente no la estuviera observando bailar.

Aunque Richard observaba a la joven bailarina que lo hacía bastante bien, no terminaba de encontrar el encanto o la fascinación que se suponía debería sentir ante algo nuevo. Ciertamente se sorprendió que la tez de su piel fuera tan blanquecina. Sin saber porqué se había esperado a alguien como Sheila, aunque la respuesta ante aquello fue positiva. Hubo un momento en el que se alejó de allí, sin poder evitar volver a recordar ese momento que había compartido junto a Julia cuando la hizo suya, el ardor que había experimentado junto a ella. Iba a levantarse, a marcharse de allí y dejar de perder el tiempo en lugar ir a buscarla a aquella casa de campo en la que supuestamente se había escondido cuando divisó los ojos de color bronce de

aquella joven bailarina mirándole fijamente.

En ese momento el mundo se detuvo, la música procedente de aquella habitación permaneció ajena y la conexión que mantuvo con aquella joven le conmovió. Tal vez fuera porque aquellos ojos le recordaban a su esposa lo que hizo que se interesara en el espectáculo que aquella joven le ofrecía.

Julia fue acercándose hasta él lentamente mientras sus movimientos eran cada vez más sensuales y provocadores tal como Sheila le había enseñado. Provocativamente le alzó uno de sus pies revelando la piel de toda su pierna ante él, que no dejaba de observarla fijamente. Tenía su atención, justo lo que deseaba. En el momento en el que una de sus manos casi rozó su rostro notó como repentinamente él la apresaba del brazo acercándola hasta él, dejando sus bocas casi unidas sino fuera por la tela que cubría su rostro.

Gritó ante el repentino contacto creyendo que había sido descubierta antes de golpearle fuertemente el pecho y salir huyendo.

—¡No! —gritó Richard intentando incorporarse—. ¡Espera! —gimió a pesar de que ya era tarde y la joven había huido.

Olía a lavanda... como ella. ¡Dios!, ¿Se estaba volviendo realmente loco? Fuese como fuese deseaba volver a ver a aquella joven bailarina de nuevo. Tal vez no pudiera tener a Julia, pero sí podría tener a alguien que le recordaría a ella.

La había descubierto, pensó Julia. Seguro que sabía que era ella, ¿Por qué sino iba a tomarse esa libertad de atraerla de aquella forma y con tal descaro?, ¡Casi la había besado! Incluso pudo notar su aliento y rozar sus labios a través del fino velo que cubría su rostro y que pese a no transparentarse en absoluto la había reconocido. La miró con tanta intensidad que todos sus músculos se tensaron y no pudo sino salir huyendo lejos de él.

Había salido con tanta premura que ni tan siquiera avisó a Sheila de que se marchaba, es más, solo cogió la capa que la cubría y se montó en el carruaje de alquiler que la esperaba para llevarla de nuevo a casa, o más bien, a la casa que Emily le había prestado en Penthouse.

Por suerte, Richard desconocía aquel lugar y no podría encontrarla, de lo contrario, no quería ni pensar en su reacción al enfrentarla y reclamarle exponerse de aquella forma frente a él. No podría soportar más humillaciones por su parte, ¡Había superado el límite!

Los golpes en la puerta sonaron dos horas después de que sus nervios habían dado paso a la calma por tener un nuevo plan que seguir. Había pensado en marcharse a Florencia y aceptar la proposición *lord* Guicciardini, incluso tenía planificado como conseguir un pasaje sin levantar sospechas, una vez lejos de tierras inglesas, comenzaría una nueva vida con un nuevo nombre y simplemente se olvidaría de todo y de todos por más que le doliera abandonar a sus amigas.

Se acercó a la puerta con paso suave y sigiloso para que nadie pudiera escucharla, ¿Podría ser Richard?, ¡Dios mío que no lo sea!, suplicó en lo más profundo de su ser.

—¡Soy Sheila! —escuchó Julia tras la puerta y volvió a respirar con cierto nerviosismo.

—Tenías razón —gimió Julia nada más abrir—. Fue una mala idea, no estaba preparada. Seguro que sabe que soy yo —bufó con pesaren cuanto dejó que la mujer de piel bronceada se adentrara en aquella pequeña casa.

Probablemente ella le contaría lo que ya sospechaba, que él se había dado cuenta de quién era realmente la “nueva bailarina”.

—No le has revelado que estoy aquí, ¿Verdad?, ¿Crees que te habrá seguido? —preguntó Julia mientras se escondía tras la puerta y la cerraba rápidamente. Aunque las cortinas de las ventanas estaban echadas, se aseguró tocándolas de que seguían permaneciendo así.

—¿Cómo le iba a contar tal cosa? —preguntó extrañada Sheila—. Vine porque saliste tan apresuradamente que no supe que ocurrió —confirmó la joven.

—Pero ¿No hablaste con él cuando me marché? —preguntó Julia confusa.

—Si, aunque en realidad lo hice porque él me buscó para solicitarme otra actuación privada, de hecho, parecía muy interesado y quería que fuera mañana mismo — contestó sonriente Sheila.

—¿Cómo? —exclamó Julia atónita. ¿Sería una estratagema de Richard para volver a verla y entonces enfrentarse a ella?

—Al parecer le gustaste. De hecho, le vi mucho más interesado que de costumbre, ¿Qué hiciste? —preguntó ahora con cierto interés.

—No hice nada, es más, pensé que había descubierto que era yo porque me cogió del brazo para acercarme a él y por eso salí huyendo sin despedirme —

confesó sincera y con cierta incomodidad.

—Ahora entiendo porqué pidió disculpas por no cumplir las normas. Me advirtió que no volvería a suceder. Supongo que debió creer que huiste por eso —afirmó Sheila.

—¿De verdad crees que no supo que era yo? —preguntó de nuevo Julia.

Si se paraba a pensarlo detenidamente, ¿Qué interés podría tener Richard en verla bailar a ella sabiendo que era su esposa? Eso no sería humillante, lo que de verdad denigrante sería echárselo en cara por haberla descubierto.

—Por el interés que parecía tener en verte de nuevo, me atrevería a decir que no —sugirió Sheila—. De lo contrario no hubiera parecido tan... fascinado —admitió la bailarina.

No, sin duda Richard no debió saber que era ella ahora que lo pensaba, solo tenía al descubierto los ojos y estos estaban maquillados. Era imposible que la hubiera descubierto, es más, ¿En qué mundo su esposo iba a creer que ella bailaría para seducirlo después de lo ocurrido? Era completamente impensable.

—¿Fascinado? —preguntó Julia cuándo reaccionó a la respuesta.

—Lamento tener que admitir que lo conozco bastante —se sinceró—. Y es de los que suelen tardar días en volver a solicitar un espectáculo en privado con la misma mujer, así que debió ver algo en ti que le atrajo, incluso me atrevería a decir que demasiado —afirmó Sheila.

—Si esperas que me sienta halagada, no lo estoy. Eso solo implica que voy por buen camino, nada más —admitió Julia ahora renegada.

Sabía que Richard era un bastardo de mala sangre que frecuentaba los burdeles y a las mujeres de dudosa reputación. Pero de saberlo a confirmarlo había un trecho, aunque no entendía porque aún le molestaba... tal vez porque la fascinación que su esposo sentía era hacia una ramera y no hacia sí misma. Pero ¿No era esa la intención desde el principio? Debería estar contenta por el resultado y no maldiciéndose por ello.

Richard decidió no ir aquella noche a ninguna parte, como las noches anteriores sabía perfectamente que no encontraría ni diversión, ni distracción y mucho menos entusiasmo. Aunque al menos había conseguido algo aquel día; una mujer que quizá le serviría momentáneamente para sacarse a Julia de la cabeza, aunque por sí misma le recordara a ella con aquellos ojos y ese

perfume a lavanda que desprendía y que tanto le atraía.

Desconocía si muchas mujeres utilizaban esa fragancia, él solo la había conocido por su esposa y únicamente la identificaba con ella, es más, ahora que lo pensaba jamás se había percatado de como olían las mujeres más allá de lo que no resultara repulsivo. Tal vez se debiera porque nunca había visto a una mujer como otra cosa que la de satisfacer sus instintos y ahora... ahora ella lo había cambiado todo.

¿En qué mundo iba él a creer que preferiría conformarse con observar a una ramera bailar solo por el hecho de recordarle a ella? Tal vez la joven se asustara pensando que le haría daño por su forma impulsiva de capturar su brazo, pero solo quiso aspirar su aroma y deleitarse mientras lo hacía. Aunque no entendía bien porqué ella se había asustado, quizás era nueva, pero dudaba que fuera virgen, ese tipo de mujeres no duraban mucho tiempo manteniendo su virtud intacta, algo que a él desde luego le traía sin cuidado. Aun así, podría incluso hasta ser paciente con la muchacha, probablemente porque no tenía opción. Era eso, o montar en su caballo y emprender e rumbo hasta aquella casa de campo familiar de los Benedict en la que se había refugiado su esposa. Eso sería lo último que haría, tenía demasiado orgullo para hacerlo.

Jamás iría con el rabo entre las piernas para admitir que sentía algo por Julia, que indudablemente, ardía en deseos de volver a poseerla muy a su pesar, menos aún admitir que lo que había dicho tras hacerla suya era tan falso como su intento de creer que la olvidaría en unos días, ¡Esa maldita esposa suya le había embrujado! No solo le había engañado y tendido una trampa para convertirse en la futura duquesa de Sheraton, sino que cuando vio que probablemente podría obtener más rango y título social con el florentino, pensó que anular su matrimonio sería lo conveniente para ser libre junto al extranjero. Sin duda debía ser eso, no podía tener otra explicación que no fuera aquello, era una interesada, todas las mujeres lo eran tal y como su padre siempre le había dicho desde que tenía memoria. Incluso su propia madre lo fue puesto que ya se casó estando embarazada. Según su propio padre, había intentado cazar a su tío Thomas por ser el futuro duque de Sheraton y al no lograrlo, se metió bajo las sábanas del hermano menor para cazar un marido de buena familia y posición.

Si... desde luego que todas las mujeres eran unas interesadas, solo que al menos las rameras lo admitían de frente y no por la espalda.

Julia no iba a bailar de nuevo tan pronto para él. Si tanto interés tenía que esperase, tal vez así lo deseara con más fervor. Aunque en realidad lo que ella necesitaba es mentalizarse, esclarecer su estrategia y, sobre todo tener siempre presente su objetivo final.

Llevaba días sin comer nada caliente, solamente los platillos fríos que la criada de Emily le traía cada mañana, además de fruta, pan y queso con los que lo complementaba y lo cierto es que se moría de ganas por un buen caldo calentito. Aquella mañana Catherine fue a visitarla a pesar de la enorme barriga con la que apenas podía moverse debido al poco tiempo que le quedaba para dar a luz.

—¡No te tendrías que haber venido Catherine! —la reprendió Julia por su atrevimiento.

Ya le había advertido que no se dejara caer por allí, pero intuía que la preocupación de su amiga era superior a su condición física.

—Me preocupas Julia —dijo Catherine mientras se sentaba en una de las butacas antiguas para relajar su espalda—. Y aproveché que David estaría fuera todo el día para que no pudiera recriminarme que hubiera salido de casa.

—No tienes que preocuparte por mí, te advertí que estaría bien —insistió a su amiga.

—Pero no nos has contado porqué estás aquí escondida y dios sabe qué habría pasado si Emily no hubiera sospechado que algo raro ocurría cuando llevabas días sin pasar por Lynet's, ¡Casi te mueres Julia! —gritó enfurecida.

—No puedo decirlo Catherine, Richard se enteró de algo que solo Emily y tú sabíais e intuio que fue tu esposo quien se lo reveló —afirmó Julia con pesar.

—¿Qué?, ¿Mi David? —replicó extrañada.

—No te culpo Catherine, entiendo que la confianza que tienes con tu marido te haga revelar ciertos asuntos, por eso no puedo revelarte nada, solo espero que no le hayas mencionado que me encuentro aquí tal como te pedí —contestó igualmente con cierto pesar por no poder revelar a su amiga sus planes.

—No le he contado a David nada sobre ti precisamente porque el señor Hayden es su amigo y puedo comprender su dilema a la hora de querer contárselo, tal como yo lo haría al revés por ser tu amiga. ¿De qué se supone que se ha enterado tu esposo?, ¿Tan grave es? Acaso...

—Si —afirmó Julia adelantándose—. Supo mis intenciones de anular el matrimonio y tomó las medidas necesarias para que no pudiera llevarlo a cabo —anunció con los ojos vidriosos recordando aquella escena tan trágica y bochornosa para ella, aunque trágico solo había sido el final puesto que hasta llegar ese momento incluso a su pesar, lo disfrutó enormemente.

—No me digas que... —dijo Catherine sobresaltada poniendo el grito en el cielo.

—No —susurró Julia—. No me forzó, de hecho, yo se lo permití, ilusa de mí que pensé que sus intenciones serían buenas, pero nada más lejos de la realidad. Me advirtió que jamás permitiría que le dejase en vergüenza con una acusación así y después me comparó con una de sus rameritas —añadió escupiendo sus palabras.

—¡Ay dios mío Julia! —gimió Catherine intentando incorporarse para abrazar a su amiga—. Y yo que creía que no era buena idea que anularas el compromiso, pero es que ahora... ¡Ahora mismo deseo patearle y enviarle al mismísimo infierno!, ¡De verdad que no entiendo como David puede tener a ese mequetrefe por amigo!, ¡No lo entiendo!

—Pero tú le revelaste a tu esposo que yo planeaba anular el matrimonio, ¿No? —preguntó Julia a pesar de saber que había tenido que ser el duque de

Lennox quien lo revelara.

—No —contestó secamente—. Te puedo asegurar que no se lo dije. No sé de qué otra forma pudo haberlo descubierto pero mi David no tenía constancia de tus planes, es más, ni tan siquiera se lo revelé porque, aunque confiaría mi vida a mi esposo, sé que su amistad con el señor Hayden podría jugar a su favor en este caso tratándose del interés de su amigo.

—Pero si no fue por tu esposo, ¿Cómo pudo saberlo? —exclamó Julia.

—¿Quién más lo sabía?, ¿Estás segura de que no se lo comentaste a nadie más?, ¿Sólo a Emily y a mí? —insistió Catherine.

—Si, Emily me dijo que *lord Sylverston* le pediría a su médico personal el favor de hacer el informe que podría presentar para la anulación, así que nadie más lo sabía —afirmó Julia convencida.

—¿Te podría haber escuchado algún sirviente? —preguntó Catherine.

Julia lo pensó detenidamente pero no creyó que fuera así, aunque podría existir una posibilidad.

—¿Podría tener la suficiente confianza el señor Hayden con tu servicio?, ¿Por qué cuando te lo mencioné estaba en tu casa? —preguntó Julia directamente a Catherine.

—Es imposible... —comenzó a decir Catherine, pero se calló inmediatamente por no querer implicar a su personal en vano.

—Lo cierto es que no importa, ya no importa —afirmó Julia.

—No te preguntaré como vas a hacerlo, no porque no confíes en mí, sino porque quizás no deba saberlo. Sólo prométeme que tendrás cuidado, no deseo que termines aún más dañada que ahora —dijo Catherine mientras le cogía de la mano y la miraba fijamente a los ojos.

—En realidad voy a necesitar tu ayuda Catherine —añadió Julia—. Necesito que me enseñes todo lo que aprendiste con tu tía.

—¿Para qué? —exclamó atónita—. Mejor no pregunto para qué... —añadió inmediatamente.

—Exacto, mejor no preguntes —contestó Julia con una sonrisa.

—Pues será un poco difícil con semejante tamaño en mi vientre, pero haré lo que pueda —respondió antes de comenzar a reír.

—¿Estás segura de que no son dos o quizá tres? —preguntó Julia con talante

serio observándole el tamaño de la panza.

—Lo cierto es que el médico nos ha dicho que existe la posibilidad de que sean dos debido al tamaño —aseguró Catherine mientras trataba de incorporarse—. Y yo lo único que deseo es que se pasen estas últimas semanas para poder moverme con facilidad —sonrió—. Bien, aprovechando que estoy aquí, será mejor que empecemos que después con el bebe o los bebés no creo que tenga demasiado tiempo de hacerlo.

A pesar de que Julia había leído infinidad de libros con cierto matiz indecente o quizá debiera decir demasiado indecente. No pudo evitar volverse roja como la grana cuando Catherine comenzó a decirle como debía moverse en el lecho. No pensaba ser la amante de su propio esposo, ni mucho menos permitirle tocarla, no era su idea, pero tenía que saber cómo seducirlo si quería lograr su objetivo.

—¿Te sientes preparada para enfrentarte de nuevo a él? —preguntó Sheila una vez había terminado con el ensayo del día.

Había estado evitando el encuentro unos días más, quizás porque necesitaba la seguridad suficiente para hacerlo sin anteponer sus sentimientos, esos que siempre la habían acompañado durante tantos años, por delante de la prioridad que ahora se imponía a sí misma.

La vez anterior no había sido capaz de soportarlo y salió huyendo, en parte porque creyó que él la había reconocido. Ahora sabía que no era así y jugaba con esa ventaja de saber que estaba interesado en esa bailarina desconocida por alguna razón o tal vez no tan desconocida teniendo en cuenta los gustos de Richard, pero que pensaba aprovechar. La insistencia con la que Sheila le decía que deseaba verla de nuevo, le hacían pensar que su marido ansiaba una sustituta para su mentora, ¿Tal vez se había cansado de la tez morena de Sheila y deseaba algo nuevo?

Fuera como fuese, tenía que aprovecharse de la situación, pero debía de ir con cuidado, despacio y sobre todo, tenía que hacer que su esposo la deseara como a ninguna otra mujer. Solo así podría conseguirlo, solo así tendría la posibilidad de su ansiada libertad y darle donde más le dolía a Richard, en su propio orgullo.

—Sí, reconozco que la vez pasada me precipité, quizá no esperaba que él fuera a reaccionar de aquel modo y me asusté —reconoció Julia mientras descansaba un momento y bebía un vaso de agua que se acababa de servir de

la jarra de barro.

—Las condiciones son las mismas, hasta que tú decidas cambiarlas, Julia — advirtió Sheila.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que se canse de observar sin poder tocar? —pregunté.

Sabía que Richard no tendría la paciencia suficiente como para enloquecerse solo mirando bailar a una mujer, más aún si tenía en cuenta que ella no era tan buena bailarina como lo era su mentora que además ofrecía sus favores, pero contaba con dos factores sorpresa por los cuales podría ser un aliciente más; que Catherine le había enseñado numerosos trucos de seducción y que ella no ofrecía sus servicios a cualquiera, era muy selectiva, algo que él conocía de antemano porque así se lo había dejado claro Sheila.

—Creo que eso dependerá del entusiasmo que tenga —comentó arrastrando las palabras Sheila—. Verás... si rozas demasiado el límite, perderá el interés y pondrá sus ojos en una nueva presa o por el contrario enloquecerá y hará cualquier cosa que le pidas que haga.

Y a ese punto quería llegar precisamente, donde Richard con tal de tenerla, estuviese dispuesto a aceptar cualquier cosa que le pidiera.

—He visto hombres hacer locuras por poder pasar una noche con una mujer... —confesó Sheila.

—¿Locuras?, ¿Cómo cuáles? —preguntó Julia queriendo saber más.

—Cómo perder toda su fortuna o llegar incluso a contraer matrimonio con ella —sonrió vagamente.

—¿De verdad? —exclamó con entusiasmo.

Lo cierto es que sus teorías estaban mayoritariamente basadas en libros, porque... ¿Qué iba a saber ella de hombres fuera de sus novelas? Pero si ahora Sheila se lo confirmaba, su seguridad se hacía cada vez más fuerte. Había tenido la convicción de que Richard solo encontraba deseable a una mujer que vendía de alguna forma sus servicios, tal vez fuera por su largo historial de amoríos con ese tipo de mujeres lo que le había llevado a creer tal convicción. Tenía la certeza de que ésta clase de mujeres eran las únicas capaces de capturar su atención y atraerle por lo que representaban, por tanto, entendía que solo una mujer que vendía su cuerpo sería la única por la que él podría llegar a perder la cabeza y estaba dispuesta a todo con tal de lograrlo.

—No sabes lo que puede llegar a hacer un hombre cuando de verdad desea algo —contestó Sheila y comenzó a reír contagiando a Julia al mismo tiempo.

—Empiezo a hacerme una idea —respondió Julia con malicia—. Te agradezco que hagas esto por mí, Sheila.

—No me des las gracias, ya te advertí que en realidad te debía un favor y te deseo la mejor de las suertes... —dijo Sheila en un tono amable dejando atrás las risas.

—Pero no crees que lo consiga —afirmó Julia.

A pesar de que Julia le había revelado a Sheila parcialmente sus intenciones pese a que no hiciera falta revelarlo todo para que ésta fuera consciente de lo que pretendía conseguir con aquello, por alguna extraña razón apoyaba su decisión de anular el matrimonio. Quizá fuera el hecho de ser una mujer libre y ver que en cambio ella estaba oprimida en un matrimonio que le había llevado más desgracias que virtudes o tal vez porque era consciente del destierro social al que Richard la había sometido siendo partícipe sin desearlo, fuera como fuese... allí estaba aquella mujer de piel bronceada ayudándola a lograr su propósito y en el fondo, debía agradecersele porque sin su ayuda, no podría tener ni aquella mínima posibilidad de escapar de él.

—No he dicho eso —contestó rápidamente—. Solo quiero que tengas presente que quizá debas implicarte mucho más de lo que crees y aún así, no sé si él sería capaz de estar dispuesto a ello por tenerte.

—Creo que si juego bien mis cartas lo hará —contestó Julia firmemente.

Porque llegado el momento Julia le daría el golpe de gracia, solo esperaba que llegara ese momento.

Richard estaba ansioso. Demasiado para ser exactos, porque había estado soñando con oler de nuevo esa fragancia desde el último contacto que tuvo con Julia, incluso se había atrevido a entrar en la habitación de su esposa ahora vacía para tratar de recordar ese olor, solo que para su desgracia habían cambiado las sábanas y ventilado la habitación de tal manera que no había rastro alguno de fragancia a lavanda por ninguna parte.

Por eso anhelaba ver de nuevo a esa joven bailarina, le importaba un comino que bailara bien o mal, eso era lo de menos; él solo quería deleitarse en su olor e imaginar que era Julia por unos instantes por muy breves que éstos fueran. Muy a su pesar tenía que admitir que echaba de menos no ver a Julia

y esperaba cada noche sentado en la butaca del salón mientras observaba el fuego de la chimenea crepitar a que ella regresara, dando así por finalizado su retiro en la casa de campo. Si ella volvía quizá pudiera tener algún tipo de excusa para... ¿Para qué exactamente? Le había dejado tan claro que solo la había tomado por represalias hacia lo que ella pretendía hacer que ninguna excusa sería válida. Estaba tan enfurecido cuando escuchó a *lord Sylverston* confirmando que ella iba a solicitar la anulación del matrimonio que su juicio se esfumó por completo, quería que demostrarle quien mandaba sobre ella, quien dominaba la situación, pero en cambio estaba siendo él dominado y manipulado por ella que ni tan siquiera estaba allí para hacerlo.

En la batalla interior que mantenía consigo mismo en su cerebro, Julia la estaba ganando con creces. La deseaba... esa imagen de ella desnuda en su cama, el ardor con el que la hizo suya que no dejaba de repetirse una y otra vez de nuevo cada noche en sus recuerdos sin conseguir que se esfumara. Definitivamente estaba volviéndose loco y probablemente terminaría en un sanatorio por haber perdido el juicio completamente, ¡No podía estar enamorándose de su mujer!, ¡Simplemente no podía! Aquello no podía ser amor, solo debía ser obsesión.

Aquella noche Julia sería de nuevo una bailarina, pero en aquella ocasión dejaría a un lado a la parte de ella que todos conocían, para concentrarse en un único propósito; captar la atención de Richard.

Quizá el primer contacto fue fortuito, en parte por la novedad y en otra gran parte por la curiosidad de su esposo, pero esa noche se determinaba la decisión de que él quisiera seguir jugando hasta lograr quemarse, por lo que a pesar de dejar claros sus límites debería incitarle y muy a su pesar, tenía que admitir que aquellos ojos verdes la tentarían hasta llegar a su límite, solo que en esta ocasión su resentimiento era aún más fuerte que lo que él le hacía sentir.

—Todo está listo Julia —escuchó como decía Sheila que la estaba ayudando a prepararse y lo cierto es que se había convertido prácticamente en una amiga y confidente por las horas que habían pasado juntas.

—Estoy preparada —anunció cogiendo su bolsa y saliendo por la puerta de aquella casita con aquel abrigo de capucha que ocultaba su rostro a pesar de que ya llevaba puesto ese velo que ocultaba sus rasgos dejando a la vista únicamente sus ojos.

Nadie podía saber que allí vivía ninguna de las dos mujeres en las que se había convertido; ni la bailarina que representaba, ni la señora Hayden.

—Necesitas un nombre —dijo Sheila de pronto mientras estaban en el

carruaje—. Lo preguntará.

—¿Qué nombre debe tener una bailarina? —preguntó Julia en voz alta, aunque en realidad lo pensaba en su cabeza, porque ni tan siquiera se le había ocurrido que debía tener un nombre al que se refirieran los demás cuando hablaran para referirse a ella.

—No tiene que ser tu nombre real, puede ser uno artístico, así que puedes elegir algo exótico que te guste, tal vez una flor, una piedra preciosa...

—Ágata de fuego —exclamó Julia casi por inercia.

Era la gema preciosa con la que su padre siempre la comparaba, decía que el reflejo que tenía esa piedra era igual que el destello de sus ojos.

—De acuerdo —sonrió Sheila—. Ágata de fuego, espero que ésta noche hagas justicia a tu nombre.

El salón estaba preparado con los pocos muebles despejados salvo por el sillón en el que permanecería el espectador. La chimenea prendía crepitante aportando calidez al ambiente además de una suave y tenue luz que acompañado por el resto de velas que estaban situadas en el suelo alrededor colocadas estratégicamente en forma de círculo harían que su cuerpo levemente cubierto por aquellos ropajes de fina seda casi transparente brillara en todo su esplendor.

—Ofrécele un buen espectáculo y estará comiendo de tu mano —susurró Sheila una vez que volvió para advertirla de que Richard ya había llegado y estaba esperando pacientemente.

—Lo haré —respondió firme para convencerse más a mi misma que a Sheila.

De fondo se escuchaba el ruido que Sheila hacía con aquel timbal como así lo llamaba para acompañar el ruido de las decoraciones del vestido que de por sí hacían con el movimiento. No observó directamente a Richard cuando entró, sabía que si lo hacía la pondría aún más nerviosa, así que se concentró en el baile, pero sobre todo en que sutilmente se pudiera apreciar la piel de sus desnudas piernas y brazos conforme se movía.

Lentamente fue acercándose de lado, dándole parcialmente la espalda y cuando estaba a tan solo unas pulgadas estiró los brazos acariciando levemente el rostro de Richard con la yema de sus dedos. Solo en ese instante se permitió mirarle fijamente y notó el brillo intenso en su mirada, tan penetrante que la hizo arder. En el momento en que bajó sus dedos observó

como Richard cerraba los ojos y se ajustaba al roce de sus dedos girando la cabeza, era como si la buscara, la deseara, pero no mencionó nada, ni intentó tocarla como la otra vez, solo se limitaba a degustar lo que ella le ofrecía.

Siguió el recorrido alrededor de aquel sillón bordeándolo y cuando terminó aquel círculo se sentó en uno de los laterales arqueándose hacia atrás al ritmo de la música y quedando su espalda en el regazo de Richard, proporcionándole así una vista más que apreciada de sus generosas cualidades femeninas.

Richard apretó fuertemente las manos para evitar tocar a aquella mujer que lo tentaba hasta la saciedad, pero no podía hacerlo muy a su pesar, era una de las normas fijadas para el espectáculo. Solo aquella bailarina tenía el privilegio de cambiarlas y incumplía las normas tocándola estaba seguro de que huiría de nuevo como hizo anteriormente. No podía permitírselo, ver a esa Ágata de fuego que así había dicho Sheila que se hacía llamar, era como ver a Julia, ¡Hasta olía de la misma forma! Si se lo decía las veces suficientes pensaría que de verdad era ella. Además, con esa bailarina se podría desfogar como estaba seguro que no lo podría hacer con su propia esposa.

—¿Cuánto? —preguntó Richard sin poder evitarlo.

Necesitaba un precio, el que fuera, pero un precio para meterla en su lecho de una vez.

Julia notó la tirantez de su voz, como si estuviera casi desesperado por algo. Se levantó de su regazo y le dio la espalda. No podía hablar, ¿Y si él se daba cuenta de que era ella por el tono de su voz?

—Dime cuál es tu precio por dejarme entrar en tu cama —insistió Richard.

—No podrías pagarlo —contestó Julia con una voz mucho más grave que la suya, pero no pudo evitar responder a su pregunta y al hacerlo esperar a ver su reacción.

—Dime cuánto. Pagaré lo que sea —respondió Richard con aparente desesperación.

—Cuando estés preparado, te diré cuál es el precio —anunció antes de marcharse de nuevo lejos de él.

¿Cuándo estuviera preparado?, ¡Maldita sea!, ¡Estaba más que preparado!, ¡Estaba dispuesto a pagar una fortuna por tenerla, aunque fuera una sola noche e imaginarse que era Julia!

Julia había actuado para Richard en tres ocasiones más, tres veces en las que él le había vuelto a insistir que fijara un precio y las mismas tres respuestas que ella le había dado diciendo que aún no estaba preparado, aunque en su lugar, sí había permitido que la tocara parcialmente para darle un aliciente.

Lo más curioso de todo es que ella había creído que en algún momento le pediría que se descubriera por la curiosidad de ver su rostro, incluso tenía la excusa oportuna para cuando eso ocurriera alegando que éste se encontraba desfigurado tras sufrir quemaduras y por tanto no lo podría mostrar. Cualquier excusa sería válida para no revelar su identidad y delatarse ante él. La cuestión es que para su sorpresa, Richard no parecía en absoluto interesado en ver su rostro, ni tan siquiera se lo había sugerido o intentado descubrirla. Resultaba insólito que no quisiera ver el rostro de la mujer con la que tan ardientemente parecía desear meter en su lecho, ella no lo comprendía y probablemente jamás lo hiciera por más que trataba de entender su razonamiento, pero sin lugar a duda aquello en el fondo la beneficiaba para su propósito.

—Se lo ruego... dígame cuál es su precio —dijo Richard denotando la desesperación en el tono de su voz.

Era su quinto encuentro con aquella bailarina llamada Ágata de fuego y se estaba volviendo loco. Cada vez que la tenía cerca, rozaba su piel y aspiraba su aroma imaginándose a Julia allí mismo, bailando para él, seduciéndolo y era un inmenso fervor el que recorría su cuerpo de tan solo pensarlo. Hacía que su deseo creciera con tanta ansia y ahínco que le costaba mantener su propio autocontrol con aquella joven bailarina de piel blanquecina y suave como el terciopelo.

No deseaba que aquella mujer se descubriera el rostro para no perder la magia, esa magia que le hacía creer que ella era su esposa, que era Julia, aunque en el fondo sabía perfectamente que solo era un engaño a su conciencia, pero resultaba más fácil mentirse que aceptar la realidad.

Había insistido una y otra vez que la deseaba en su lecho sin pensar en cuanto dinero o fortuna costara. Su necesidad se anteponía a su razón y no le importaba en absoluto derrochar media fortuna por tenerla, por saborear aquella carne que tanto le recordaba a Julia sin tener que rebajarse a buscarla y pedirle perdón.

—No puede permitírselo —contestó Julia con aquella voz grave que incluso

había ensayado desde la primera vez que le contestó. Llevar el velo ayudaba a que su voz fuera distinta y eso le daba cierta seguridad.

—Poseo una pequeña fortuna y pronto tendré una herencia cuantiosa, dígame su precio y con gusto lo pagaré —atajó Richard dispuesto a todo.

—Mi precio no consiste solo en el dinero, señor Hayden —respondió Julia sin mirarle, puesto que se había dado la vuelta y se paseaba alejándose de aquella butaca en la que Richard permanecía sentado y desde la que observaba atentamente la función.

—¡Entonces dígame de una vez lo que desea! —exigió Richard desesperado.

—Jamás consentiré ser la amante de un caballero casado —contestó Julia en el tono más tranquilo y seguro que pudo.

—Pero ¡Qué clase de estupidez es esa! —gritó Richard incorporándose e irguiéndose en toda la plenitud de su altura.

Julia le observó detenidamente. Resultaba imponente, al menos eso debía reconocerlo.

—Le dije que no podría permitírsele y no quiso escucharme —dijo Julia sin responder directamente a sus palabras—. Usted está casado señor Hayden, por lo tanto, jamás me tendrá en su lecho —añadió antes de marcharse sin esperar a que él contestara.

Richard le dio una patada a la butaca justo cuando ella se marchó. Sabía que seguirla era inútil porque no conseguiría nada; ni la haría cambiar de opinión, tampoco quería parecer que estaba tan desesperado, ¿Qué clase de ramera exigía una petición así para sus clientes?, ¡Que le condenaran! No podía tener ni a su esposa, ni a la amante que supuestamente vendía sus favores por culpa de la anterior por más irónica que pareciera la situación. Los astros se habían confabulado contra él para castigarlo. Sí, definitivamente debía ser eso.

Dos días más tarde Julia estaba algo nerviosa porque temía que le hubiera confesado demasiado pronto su precio, pero no lo podía alargar más tiempo, solo temía que no volviera a pedir otra actuación porque si no lo hacía es que evidentemente habría perdido todo el interés en la joven bailarina.

Necesitaba que Richard mostrara cuan interesado estaba en ella para darle el golpe final de gracia, ese que haría que la liberase de las ataduras del matrimonio y fuera una mujer completamente independiente para hacer lo que quisiera.

Había redactado una carta para Catherine, puesto que al fin su amiga había entrado en razón y tomado conciencia de que no podría arriesgarse a salir de casa en su estado. Aquella misma mañana, la doncella personal de Catherine se había acercado con una cesta de fruta acompañada de una carta de su amiga y aprovechó el regreso de la doncella para entregársela. Esa carta era demasiado importante, en ella Catherine jugaría un papel fundamental en el que, si todo salía bien, haría que Richard enfureciera hasta límites insospechados.

Richard estaba parcialmente fatigado, tan solo faltaba una hora más a caballo para llegar a aquella dichosa casa de campo de la familia Benedict.

¿Por qué los Benedict tenían que tener una casa tan alejada de la ciudad? No le pareció extraño que solo la utilizaran en verano teniendo en cuenta el largo viaje. Él odiaba el campo y por esa razón llevaba años sin visitar a su tío, el duque de Sheraton que vivía retirado en su enorme villa palaciega en mitad de la nada y sin ningún burdel cercano.

Debería haber asistido antes a aquella casa para buscarla y no perder el tiempo tratando de olvidarla, creyendo que otra la sustituiría. Ni siquiera sabía que excusa le daría cuando la viera, quizá simplemente diría que su familia la echaba de menos y le habían obligado a traerla de vuelta a la ciudad. ¿A quién quería engañar? Eso sonaría completamente absurdo e insustancial, ya podría ocurrírsele una mejor excusa porque en breve llegaría y algo tendría que decirle a su esposa para que no se resultara evidente su desesperación por verla y tenerla de nuevo a su lado.

Le había embrujado. Sí. Definitivamente esa mujer de cabellos oscuros, de ojos bronce, con aquella lengua mordaz y ese peculiar olor a lavanda le tenía hechizado.

Se apeó del carruaje cuando llegó al fin a la dichosa casa de campo de la familia de su esposa y un sirviente salió a su encuentro algo extraño. A Richard le pareció normal puesto que no avisó de su llegada y sin duda, no esperaban recibir visitas.

—Buenas tardes caballero, ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó amablemente el que supuso sería mayordomo del lugar.

—Vengo a ver a mi esposa, la señora Hayden —contestó Richard con aparente normalidad.

—¿Cómo dice? —exclamó extraño el sirviente.

—La señora Hayden —repitió Richard—. Imagino que son conscientes de que la señorita Benedict se casó —añadió. Aunque sería una estupidez pensar que el servicio no estaría al tanto del reciente matrimonio de la hija de sus señores.

—¿La señorita Benedict se ha casado?, ¡Enhorabuena! —Exclamó alegre y sonriente el mayordomo—. La familia no se deja caer por la mansión desde este verano pasado e imagino que no lo hará hasta dentro de varios meses.

—Gracias —respondió Richard por cortesía—, ¿Dónde está entonces mi esposa? —preguntó contrariado.

—¿La señorita Benedict? Es decir, la señora Hayden ahora —preguntó.

—Así es, ¿Dónde está la señora Hayden? —preguntó de nuevo.

—No lo sé señor. Como le dije la familia no ha estado aquí desde este verano pasado —afirmó el sirviente.

—¿Mi esposa no ha estado aquí en este último mes y medio? —gritó Richard sin poder evitarlo.

—No señor, ¿Se suponía que debía estar aquí?, ¿Le habrá pasado algo? —preguntó preocupado por su señora.

—¡Por el amor de Dios espero que no! —exclamó Richard llevándose las manos a la cabeza.

Si le había pasado algo a Julia, si había sido asaltada en los caminos... ¡Iba sola!, ¡Ni tan siquiera tenía compañía porque no le dio una doncella, al igual que tampoco adquirió un carruaje para ella!

Ni en todos sus años de vida se había sentido tan culpable como lo estaba en ese momento. Nunca. Jamás. Y ahora se sentía el ser más ruin y despreciable, porque si algo le había ocurrido... admitía que había sido por su culpa, por su íntegra y entera culpa.

El regreso a Londres fue casi eterno para Richard. Fue parando durante el camino para preguntar en los pueblos cercanos por si se había escuchado algo acerca de un asalto a un carruaje en las últimas semanas, pero se encontró con una negativa en cada uno de los sitios en los que preguntó. Estaba desesperado, era como si Julia se hubiera esfumado y nadie sabía nada sobre ella. A nadie le constaba que se hubiera producido ningún altercado, ¿Y si había sido secuestrada para dios sabe qué razones?, ¿O violada?, ¿O asesinada?

¡Dios! Era incapaz de no pensar en las atrocidades de las que podía haber sido víctima. Con toda probabilidad habría viajado sola y para su desgracia en algún coche de alquiler de dudosa reputación.

¡*Lady Catherine!* Gimió Richard en sus adentros. Quizá la duquesa de Lennox le había prestado un carruaje a Julia, tal vez ella podría saber algo más, una sola pista que le ayudara a encontrarla.

Con esas fuerzas renovadas y sin apenas aliento puesto que no había descansado desde que emprendió su viaje hacia aquella casa de campo donde se suponía que debía estar alojada su esposa, desmontó de su caballo una vez que llegó hasta la mansión de los duques de Lennox entregándole la correa de la montura al empleado que se encontraba cuidando de los carruajes.

—No tardaré —le advirtió al joven mientras subía los escasos escalones hasta

la puerta y éste asentía.

No pensaba entretenerse mucho tiempo, tendría que organizar una partida de búsqueda y probablemente avisar a Robert Benedict de la desaparición de su hermana para que le ayudara a encontrarla.

¡Por Jesucristo que esté bien! Se dijo justo antes de aporrear la puerta con intensidad debido a la ansiedad que lo había consumido por completo desde que supo que ella estaba desaparecida. Aquel sentimiento le ahogaba hasta el punto de sentir que se estaba muriendo lentamente y al mismo tiempo se decía lo increíblemente estúpido que había sido. Más aún, le decía lo infinitamente cobarde que era por no asumir antes que la quería a su lado.

—Señor Hayden —mencionó el mayordomo al abrirle la puerta—. Sabe que usted no puede...

—Dígale al duque de Lennox que se trata de un asunto altamente delicado —contestó rápidamente.

Sabía que tenía la entrada vetada, precisamente por ser un cretino con su esposa.

—¿Richard? —exclamó David en cuánto escuchó la voz de su amigo en la puerta.

—¡David!, ¡Solo será un momento y me iré! —gimió adelantándose esquivando al mayordomo que parecía intentar prohibirle la entrada sin mucho éxito.

—Sabes lo que opina al respecto la duquesa de Lennox —contestó David refiriéndose a su esposa—. No desea que te reciba aquí.

—¡Se trata precisamente de Julia! —gritó alterado.

—Alfred, déjelo pasar —contestó David con el ceño fruncido—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz baja, probablemente para que nadie les escuchara.

—Ha desaparecido —mencionó Richard abatido—. No está. Ni tan siquiera llegó a la casa de campo familiar... durante todo este tiempo jamás se me ocurrió pensar que ella pudiera estar corriendo peligro, no me preocupé en ofrecerle una doncella, ni tan siquiera un carruaje propio, ¡Soy un completo cretino David! —gritó desesperado.

—Pero ¿Cómo se te ocurre dejarla así de desprotegida? —recriminó David a pesar del sentimiento de culpa de su amigo—. ¿En qué demonios pensabas?

—exclamó.

Richard escuchó a su amigo y se sintió aún más culpable. Por más que había deseado vengarse de ella por obligarlo a casarse, no tenía justificación para su comportamiento. Menos aun cuando la tomó y la hizo suya únicamente cegado por los celos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Catherine que probablemente habría escuchado las voces y decidido salir para ver qué ocurría.

—Querida, será mejor que subas a descansar —contestó David atento con su esposa.

—No —dijo ella—. ¿Qué ocurre? —preguntó mirando hacia el señor Hayden que tenía signos evidentes de fatiga y cansancio.

Catherine no sabía lo que estaba ocurriendo, pero probablemente debía ser algo grave por el rostro del señor Hayden. No creía que se tratara de Julia... pues, aunque hacía dos días que no tenía noticias suyas por la última carta que recibió de ella, Emily la visitaba frecuentemente y la mantenía informada.

—Julia ha desaparecido —intervino Richard arrastrando la voz.

—¿Cómo que ha desaparecido? —fingió Catherine con cierta consternación.

—No está en la casa de campo como mencionaba la carta que le envió a la duquesa de Sylverston. Ni tan siquiera llegó a su destino, algo debió ocurrirle en el camino —contestó abatido.

—¿Y entonces desde donde escribió esa carta? —preguntó Catherine en un tono de interés que nada dejaba entrever su preocupación.

Richard en ese momento abrió los ojos enormemente.

—Mintió —susurró Richard convenciéndose de ello.

Habían pasado días desde que Julia se había marchado cuando la duquesa de Sylverston mencionó haber recibido esa carta.

—Podría ser —contestó Catherine sin un atisbo de preocupación.

—¡Donde está! —gritó entonces Richard furioso—. ¡Donde demonios se ha metido esa condenada mujer! —añadió ahora enfadado.

Si había mentido debía ser por que ocultaba algo, y le enardecía la sangre lo que en aquellos momentos estaba imaginándose sobre ella.

—¿Ahora le interesa saberlo? —Inquirió Catherine—. ¿Un mes y medio después de que se marchara? —le reclamó—. Mejor lo hubiera pensado antes de tratarla como lo hizo señor Hayden.

—¡Exijo saber dónde está mi esposa! —Richard se acercó más aún a la duquesa de Lennox—. Dígame ahora mismo donde está o...

—¿O qué Hayden? —preguntó David metiéndose entre ambos y encarándose a Richard que en ese momento lo miró y no supo exactamente qué hacer.

Había perdido los estribos, los había perdido completamente porque era incapaz de controlar la situación, se escapaba completamente de sus manos y no poder dominarlo le desquiciaba.

—¿Está con él verdad? —exclamó—. ¡Está con el condenado de Guicciardini! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

—Lo ha dicho usted, no yo —contestó Catherine firmemente.

Aquello le confirmó lo que de por sí esperaba y se había imaginado en el momento que supo que ella no había sido asaltada en los caminos. Se había fugado con él... era su amante. Muy probablemente no huyó al principio junto al florentino para no levantar sospechas, ¡Qué estúpido por su parte no haberlo vigilado días después!, ¡De esa forma habría obtenido las evidentes pruebas que necesitaba para confirmarlo! Aunque ya no necesitaba prueba alguna, la propia amiga de su esposa lo había confirmado.

Ni tan siquiera tuvo la fuerza suficiente para añadir algo más. No dijo nada, ni se despidió de los duques, sino que salió de aquella casa deshecho, sintiéndose peor que un despojo. Era un cornudo; su esposa le había abandonado para entregarse a los brazos de otro.

—Catherine, ¿Es eso cierto? —preguntó David una vez Richard se había marchado y ambos se habían quedado sumidos en un completo silencio.

—Mejor pregúntamelo en otro momento David, porque acabo de romper aguas —contestó nerviosa.

—¿Qué? —exclamó alterado—. ¡Pero faltaban aún dos semanas para que te pusieras de parto! —gritó aterrado—. Cómo te pase algo por culpa de Hayden lo mato, juro que lo mato —añadió ante la sorprendente sonrisa nerviosa de su esposa.

Richard no se lo podía creer. Definitivamente eso no podía ser real. Tras marcharse de casa de David, se informó de que efectivamente, *lord*

Guicciardini había abandonado Londres hacía semanas y no le quedaba el menor atisbo de duda, de que lo hizo junto a su esposa.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras estrellaba su copa en la chimenea que hacía horas que observaba en silencio mientras acababa con las existencias de alcohol que tenía en la licorera.

Dolía... dolía saber que le había cambiado por otro y que probablemente yaciera entre los brazos de ese florentino en aquellos momentos, en las manos de ese maldito perro extranjero. Tal vez fuera mejor no pensarlo, de lo contrario se martirizaría aún más. Definitivamente ella solo se movía por interés, ¿Qué otra razón tendría para haberse ido? A pesar de entregarse a él como lo hizo aquella noche justo antes de marcharse, habría podido jurar que incluso disfrutó estar entre sus brazos y en la que desde luego no opuso resistencia alguna para entregarse a él, ¿Fueron sus palabras las culpables de que ella se fugara con *lord* Guicciardini?, ¿Tal vez la hirió hasta tal punto que por eso tomó la decisión de fugarse con él?

No podía ser, ella ya tendría previsto irse, de lo contrario para qué querría la anulación si no era para ser la amante de bastardo. No pensaba quedarse allí sentado lamentándose por su desdicha. Ni mucho menos pensaba ir a buscarla para reclamarle haberse fugado con otro. Debía haber seguido su instinto desde el primer momento cuando pensó que se fugó con él, creer que aquella carta que *lady* Emily había recibido solo era una patraña para conseguir tiempo hasta su marcha sin levantar sospechas. Bien, ella lo había decidido con sus actos. Probablemente cuando el maldito de Guicciardini se cansara de ella, la devolviera de regreso a Londres, volvería de nuevo con el rabo entre las piernas creyendo que él la aceptaría sin más, como si nada hubiera pasado, pero se llevaría una enorme sorpresa cuando lo hiciera.

¿No deseaba su esposa la anulación? Pues la obtendría. Cuando Julia volviera sin un solo penique con el rechazo de su familia y el de la sociedad, se encontraría sin dinero y sin un esposo que la protegiera. Veríamos quien de los dos habría ganado, tal vez incluso considerara la posibilidad de hacerla su amante si obviaba el hecho de que había estado con otro. Al menos ganaba algo de todo aquello, tendría mientras tanto a la bailarina. Ágata de fuego calentaría su cama hasta que Julia volviera y sería una perfecta sustituta de su esposa.

Habían pasado varios días desde que Julia había tenido su último encuentro con Richard. Definitivamente empezaba a asumir que no volvería a citarla,

que habría perdido su interés cuando le confesó que no sería su amante estando casado e indudablemente debió encontrar otra distracción que le mantuviera ocupado.

«Era demasiado pronto» se recriminó Julia a sí misma castigándose por su imprudencia. Por su culpa había echado sus planes a perder y la única oportunidad de ser libre.

Había tenido la esperanza de que a pesar de sus condiciones él la hubiera citado igualmente para verla bailar, pero la decepción vino al tercer día cuando Sheila le confirmó que no tenía noticias del señor Hayden y que de hecho, había abandonado la ciudad según algunos rumores de varias personas que le habían visto partir a caballo.

Lo había estropeado todo. Tantos ensayos minuciosos, tantos quebraderos de cabeza y manteniéndose escondida para no ser descubierta solo para fastidiarlo en el último momento.

—¡Julia!, ¡Julia! —escuchó la misma Julia a la que sin duda era la voz de su amiga Emily que entró atropelladamente en la casa. Además, ella era la única que tenía llave y podía entrar sin llamar.

—¿Qué ocurre? —exclamó Julia saliendo a su encuentro debido a la ansiedad que se reflejaba en sus gritos y al ver su cara, denotaba la evidente consternación en su rostro.

—¡Catherine tuvo gemelos! —gritó sonriente.

En ese momento Julia exclamó un grito de felicidad y se abrazó a su amiga.

—¡Se han adelantado!, ¿Cómo está ella?, ¿Se encuentra bien?, ¿La has visto?, ¡Me muero por ir a visitarla! —gimió en última instancia.

—Tranquila —dijo Emily más calmada—. Ha sido un parto largo porque duró casi seis horas al ser primeriza y traer dos criaturas al mundo, pero ella está bien, tras descansar unas horas se encontró mucho mejor, han sido un niño y una niña... ¡Oh!, ¡Son preciosos! —exclamó con cariño.

—¡Oh!, ¡Menos mal que todos están bien! —respondió Julia llevándose una mano al pecho—. Iré a visitarla ahora mismo, después de todo ya no tiene sentido alguno que esté aquí. Es mejor que vuelva a casa y finja que he regresado de la casa de campo.

—No —dijo Emily ahora con un semblante serio.

—¿No? —preguntó Julia contrariada.

—Justo antes de recibir la noticia de que Catherine había tenido a los gemelos, llegó un comunicado para Henry en el que debía presenciarse en la cámara de lores hoy mismo.

Julia la miró de forma extraña, ¿Qué tenía eso que ver con ella?

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó preocupada por su amiga.

—Al parecer, el señor Hayden, es decir tu esposo —señaló—. Ha solicitado esta mañana a primera hora la anulación de tu matrimonio por adulterio y abandono del hogar.

—No... —susurró Julia tras escucharlo.

En esos momentos no sabía cómo sentirse, había esperado eso con tanto anhelo que ahora no sabía reaccionar.

—Era lo que querías, ¿no? —preguntó Emily—. Tal vez no en la forma que pensaste, pero al fin y al cabo serás libre a pesar de que sobre ti caiga el peso de ser una adúltera.

—Tal vez mi familia jamás me perdone, pero tienes razón —contestó—. Seré libre y no le deberé explicaciones a nadie —sentenció.

Aunque a Julia le habría gustado visitar a Catherine para conocer a sus pequeños, los cuáles desconocía sus nombres aún, era consciente de que no podría hacerlo momentáneamente. Nadie podría verla y mucho menos exponerse socialmente ahora que había conseguido lo que pretendía. Ni tan siquiera podía creérselo puesto que se había martirizado los últimos días pensando que todo había sido una absoluta pérdida de tiempo y que Richard jamás anularía el matrimonio por una simple bailarina exótica como mero capricho de ésta. La había acusado de adulterio y abandono de su hogar...

¿Tal vez? Pensó por un instante si solo eran acusaciones falsas o se habría basado en algún fundamento para acusarla de aquello.

—No... —susurró Julia en voz alta para sí misma puesto que estaba completamente sola en aquella casita—. Es imposible que haya ido hasta la casa de campo familiar para saber si estoy allí —sentenció.

Los golpes en la puerta sacaron de su ensoñación a Julia. Probablemente se tratara de la doncella de Emily que venía a traerle las viandas como hacía cada día sobre esas horas, pero para su sorpresa cuando abrió la puerta era Sheila la que venía a visitarla a pesar de no haber acordado ningún ensayo de baile.

—Hoy no teníamos ensayo —dijo extrañada nada más verla.

—No estoy aquí por eso, sino porque ha solicitado verte esta noche y no

desea hacerlo donde siempre, sino que él mismo ha dado la dirección donde tendrá lugar el encuentro —afirmó Sheila.

No hacía falta preguntar de quien hablaba porque era más que obvio. ¿Sabría Sheila algo sobre la anulación del matrimonio?

—Te ha comentado algo más? —preguntó Julia sin entrar en detalles.

—No, solo eso —contestó la bailarina—. Aunque desea que acudas completamente sola, es decir, sin ningún acompañante incluyéndome a mí —añadió Sheila.

—¿Sin ti? —exclamó Julia consternada—. ¿Y quién tocara mientras bailo? —preguntó extrañada.

—Tengo la sensación de que su principal interés no es precisamente el baile esta noche, lo que me lleva a pensar en que debe tener una propuesta sobre la mesa de la que está completamente seguro que aceptarás —aseguró Sheila.

—Lo cierto es que la tiene —confesó Julia revelando así parte de la información que le había traído Emily.

—¿La tiene? —preguntó ahora confundida Sheila.

—Al parecer ha solicitado la anulación esta misma mañana —aclaró.

—Entonces ya está —afirmó Sheila—. Lo has conseguido. No hace falta que acudas puesto que eres libre para marcharte lejos de aquí y no mirar nunca más hacia atrás.

—Tengo que ir —aseguró Julia—. Debo ir.

—¿Para qué?, Te expondrás sin motivo alguno, ¿Es que pretendes decirle quién eres? —exclamó intrigada.

—Por supuesto que no. Jamás debe saber que Ágata de fuego era yo, pero tengo que saber cuáles son las razones por las que ha anulado el matrimonio. Necesito saber si lo hizo únicamente cegado por el deseo que de poseer a Ágata o es que realmente me detesta a mí, a su esposa. Me ha acusado de adulterio y abandono del hogar, aunque ya no me importe que mi reputación quede mancillada puesto que no era bien recibida en ningún lugar por su actuación en la noche de bodas, quiero saber hasta qué punto me odia para acusarme falsamente de algo así.

Necesitaba saber cuán indiferente era para Richard. Aunque debería darle no importarle y marcharse de allí inmediatamente, tenía la necesidad de saberlo

y esa noche, encontraría las respuestas a sus preguntas.

—¿Es que quieres martirizarte a ti misma? —exclamó Sheila—. No voy a tratar de convencerte de lo contrario Julia, estoy muy lejos de hacerlo, pero que ocurrirá cuando compruebes que él desea a Ágata y no a ti, su esposa.

—Que siempre tendré la certeza de que hice lo correcto —confirmó segura de sus palabras—. Cuando pasen los años y extrañe la ciudad en la que nací, me vio crecer y convertirme en una dama, no me arrepentiré de la decisión que tomé puesto que fue la correcta a pesar de abandonar a mi familia y sobre todo, mis buenas amigas —añadió Julia con pesar.

—Está bien, supongo que en cierta forma te comprendo y creo que necesitas saberlo para calmar tu inseguridad —afirmó Sheila.

—Gracias por todo Sheila. Lo cierto es que no lo habría podido lograr sin ti —aseguró Julia.

—Imagino que esto es una despedida —contestó Sheila apenada.

—Sí —afirmó Julia—. Pase lo que pase esta noche, me iré al amanecer muy lejos de aquí.

—¿Dónde irás? —preguntó Sheila en parte preocupada.

—Prefiero no contárselo a nadie. Cuando pase un tiempo prudencial y me adapte a la que será mi nueva vida, quizás decida informar de mi paradero —contestó prudentemente.

Había pensado en pedirle alguna propiedad a Emily como pequeño favor durante un tiempo, pero bastante había hecho involucrándose al prestarle aquella casita. Por eso, con el poco dinero que tenía, se iría a Florencia. Aceptaría la propuesta que le hizo *lord* Guicciardini y durante un tiempo pondría tierra de por medio para tratar de olvidarse de todo.

Julia llegó horas más tarde a la dirección que Sheila le había facilitado completamente sola. Se trataba de una casa bien acomodada en una zona relativamente buena de la ciudad, el lugar idóneo donde los caballeros mantenían alojadas a sus amantes. ¿Se trataría de eso?, ¿Serían esas las intenciones de Richard para Ágata de fuego? Pronto lo descubriría.

Se apeó del carruaje de alquiler y se acercó envuelta en aquella capa que ocultaba su vestimenta a la puerta. Reconoció al sirviente que le abrió, se trataba de uno de los que servían en casa de Richard habitualmente y tras indicarle que el señor la esperaba en el salón, se marchó en cuanto ella dio

un paso al frente. ¿Estaría completamente a solas con Richard en aquella casa o habría alguien más del servicio para su disposición?

Dio unos pasos desde el hall de entrada hasta que las puertas abiertas a su derecha dejaban ver un salón bastante grande que probablemente ocuparía casi toda la planta baja. Allí, junto a la chimenea, en una butaca de estampados florales en tonos verdes y dorados se encontraba Richard que en aquellos momentos parecía tener la mirada fija en el fuego pensativo. A Julia no le pasó desapercibido la copa que pudo apreciar en su mano derecha casi vacía, probablemente llevaba tiempo bebiendo mientras la esperaba.

—Debe preguntarse porque la he hecho venir hasta aquí esta noche Ágata de fuego —dijo Richard sin desviar la mirada.

Julia notó por su tono de voz que estaba serio, aunque aparentaba una calma y serenidad que por algún motivo la aterraban. Su cuerpo tembló, como si por un instante presintiera que él sabía quién era ella realmente, pero eso era imposible, ¿no?

—Imagino que desea que baile para usted —contestó Julia tratando de ocultar que su voz temblaba.

—No... —gimió—. No solo deseo que bailes para mí.

En ese momento se giró y Julia pudo apreciar sus ojos verdes ahora oscurecidos. En su semblante se podía apreciar que sus facciones estaban fatigadas, además de que no había ni un solo atisbo de alegría en su mirada, esa chispa que siempre había visto en él simplemente se había desvanecido.

—A partir de hoy será mi amante —afirmó Richard sin ninguna emoción en su tono de voz.

—Ya le advertí que no... —comenzó a responder Julia.

—Anulé mi matrimonio, ahora no podrá negarse a complacerme puesto que he dejado de ser un hombre casado —contestó Richard interrumpiendo a la joven bailarina—. Los documentos están sobre la mesa por si no me cree, puede leerlos por sí misma, si es que sabe leer, claro.

Julia no necesitaba leerlos porque sabía que era cierto, la propia Emily se lo había confirmado.

—Le creo —contestó Julia sin moverse del lugar donde se encontraba a tan solo unos pasos de distancia de él.

—Entonces baile para mi... —dijo Richard acercándose a ella y con una

mano agarró su cintura para atraerla hacia su propio cuerpo y poder aspirar el aroma que emanaba aquella joven mujer, rozando su nariz sobre el tejido del disfraz que vestía ella—. Esta noche necesito olvidar... necesito que me hagas olvidar —añadió en un tono de voz más íntimo.

Julia sintió como los brazos de él la rodeaban atrayéndola hacia su cuerpo, notando el calor que desprendía y embriagándola por todo lo que él representaba. Tenía que marcharse de allí, quedarse solo suponía un peligro para su integridad y para sí misma. Debía poner una excusa e irse para siempre sin mirar la vista atrás.

—Me gusta tu olor —siseó Richard mientras seguía aspirando su aroma al mismo tiempo que ascendía con sus manos bordeando su cuerpo, tocando su piel a través de la fina tela que cubría su abdomen el cual se transparentaba y subiendo hasta llegar al velo donde comenzó lentamente a subirlo.

—¡No! —gimió de pronto Julia.

—No deseo ver tu rostro, —Se excusó Richard—. Soy el primer interesado en no querer hacerlo.

La confusión le invadió a Julia, ¿Por qué no le interesaba?

—Solo deseo besarte —susurró de nuevo Richard.

«Besarla» pensó Julia. Un último beso antes de irse y desaparecer para siempre. Solo sería un beso de despedida, uno que atesorar en sus recuerdos, un último beso del hombre que a pesar de todo amaba, pero que jamás la haría feliz. Con ese pensamiento arrancó el pañuelo del cuello de Richard y mientras él la observaba detenidamente y lo dobló.

—Deberá perder entonces uno de sus sentidos esta noche para poder hacerlo —dijo Julia mirándole fijamente.

Por alguna razón a Richard le pareció más que oportuna aquella idea, solo por la simpleza de que sin verla se podría imaginar de mejor forma que era ella, que era Julia.

Se sentó para facilitarle la tarea y sintió como le anudaba fuertemente el pañuelo en los ojos sin poder ver absolutamente nada. Justo en el momento que sintió que apartaba las manos la cogió de la cintura de tal forma que la sentó en su regazo e instintivamente estiró del velo que llevaba suavemente hasta que este cedió y se acercó lo suficiente a ella como para que sus alientos se entremezclaran.

Julia rozó los labios de Richard y acto seguido él los devoró con ansiedad contenida. Como si estuviera saboreando un manjar cuando llevaba días sin probar bocado alguno. Era tanta la desesperación que notó en sus labios que solo pudo jadear al sentirlo y con ello apreció las manos de él bajando por su cintura mientras se introducían entre las aperturas de su falda para tocar su piel sin delicadeza alguna. Se podía palpar su ansia cuando la atraía hacia él

—Voy a tomarte aquí y ahora... no lo soporto más —jadeó Richard en el momento en el que la alzaba para acomodarla en su cintura y que fuera ella quien lo montara desde esa posición.

—Antes necesito saber algo —susurró Julia en un momento de lucidez—. Quiero saber si anulaste tu matrimonio solo para convertirme en tu amante —preguntó cerca de sus labios—. No deseo esa carga sobre mis hombros —insistió Julia.

—No —contestó Richard sin rodeos—. Solo quiero que seas mi amante porque precisamente me recuerdas a ella —afirmó—. Tu olor... el tacto de tu piel y hasta tus ojos son similares —confesó—. Así que únicamente te deseo por tu ferviente parecido al de mi esposa, a la misma que no puedo tener —susurró.

En ese momento a Julia se le derrumbaron las pocas defensas que quedaban. Ese muro inquebrantable que se estaba tambaleando cayó por su propio peso en el momento en el que Richard acababa de confesarle que si quería estar con “Ágata de fuego” solo era porque le recordaba a ella ¡A su esposa!

En aquel momento notó como las manos de Richard se perdían hacia el centro de su feminidad y le provocaron un pequeño grito de conmoción al no esperarlo.

—Ven aquí —jadeó Richard provocándola para que volviera a besarle.

Julia perdió la poca voluntad que le quedaba ante aquel ruego y se entregó a él, fue desabotonando la camisa de Richard mientras acariciaba su pecho sin dejar de devorar aquellos labios que parecían no querer despegarse en ningún momento de los suyos. Cuando llegó al cierre de su pantalón las manos de él salieron a su encuentro para ayudarla a deshacerse de la prenda y en cuanto lo hizo, la protuberancia de su entrepierna resurgió en todo su esplendor tal como pudo comprobar al rozarla con sus manos.

Ante la desesperación de Richard de tomarla, de hacerla por fin suya recordando la escena en la que de verdad había yacido junto a Julia, se

adentró en aquella joven de un solo movimiento guiándola a horcajadas sobre él y ambos jadearon ante dicho encuentro.

Julia tardó en adaptarse a acogerlo, aunque la sensación de molestia duró un instante, recordó los movimientos que había practicado con Catherine y comenzó a imitarlos poniéndolos en práctica. Sintió las manos de Richard ayudándola para guiarla y provocando que el ritmo de sus caderas fuera aún más audaz tratando de alcanzar su liberación.

Richard fue delineando con sus dedos la piel de la joven desde su vientre hasta a su pecho, donde la aferró con fuerza como si con ello pretendiera expresar de algún modo la pasión que en esos momentos les consumía a ambos.

En el preciso momento en el que Richard la apretó con fuerza y gimió de placer, Julia sintió como unas olas de calor la conducían al abismo, notando una especie de líquido recorrerla de arriba abajo que la transportaba sin duda alguna al paraíso dejándose arrastrar hacia el cuerpo de él en el que se dejó caer abatida.

Cuando fue consciente de la realidad, escucho la respiración agitada de Richard que permanecía aún con la venda puesta. Por un segundo se le pasó la idea de quitársela, de revelar que era ella... que no tendría por qué buscar una sustituta que le recordara a su esposa porque tenía a la auténtica en carne y hueso allí mismo, pero se olvidaba de algo; ya no era su esposa.

¿Si la deseaba porque había anulado entonces su matrimonio?, ¿Tal vez fuera porque era lo que ella deseaba?, ¿Se habría dado cuenta de que ella intentó anularlo y lo había hecho solo por satisfacerla? Pero la había dejado en mal lugar. No, eso no tendría sentido porque entonces habría ido a por ella y habría tratado de recuperarla de algún modo, pedirle perdón o... ¿Y si Catherine había dejado entrever lo que le mencionó que hiciera en aquella carta?

Julia observó a Richard en ese momento, como él llevaba sus manos a la venda que le cubría los ojos y ella tapó rápidamente su rostro con el velo.

—Debo irme... —dijo Julia de pronto alzándose.

Necesitaba hablar con Catherine para averiguar por qué Richard había decidido anular su matrimonio realmente si la deseaba a ella.

—Te deseo en exclusividad —contestó Richard frunciendo el ceño.

—¿En exclusividad? —preguntó Julia contrariada.

—Sí —afirmó Richard—. Al menos hasta que ella regrese —confesó.

—¿Hasta que ella regrese? —preguntó sin entender nada ahora.

—Cuando regrese la que hasta ahora ha sido mi esposa, dejaré de necesitar tus servicios —contestó sincero—. No te preocupes, recibirás una buena compensación económica cuando eso ocurra, pero mientras tanto permanecerás en esta casa y estarás siempre disponible cuando lo requiera.

—No es que me importe, pero ¿Qué tiene que influir tu anterior esposa para que deje de ser tu amante si anulaste el matrimonio? —preguntó Julia intrigada.

—Porque la convertiré en mi amante —afirmó rotundamente—, tendré a la verdadera y dejaré de imaginarme que tú eres ella —añadió con una ligera sonrisa.

En ese momento Julia agradeció llevar un velo para ocultar casi todo su rostro o de lo contrario habría notado la palidez del mismo. ¿Richard había anulado su matrimonio acusándola de adulterio solo para que a su regreso pudiera convertirla en su amante en lugar de su mujer y humillarla más aún?, ¡No podía ser más vil y más rastrero! Y pensar que... ¡Al infierno con él!

—Como desees entonces, pero esta noche tengo otros compromisos que no puedo eludir —contestó Julia secamente.

Maldito el momento en el que no lo hizo antes. Se había entregado a él como una ilusa, creyendo que no todo estaba perdido en su relación con Richard. Nada más lejos de la realidad, él había encontrado una forma de atormentarla y de vengarse de ella incluso sin ser su esposa.

—Está bien, pero a partir de mañana yo seré tu único cliente —contestó Richard.

—Por supuesto —dijo Julia antes de salir literalmente huyendo de aquella casa y con las lágrimas al límite de brotar de sus ojos.

Cuando Julia llegó a la casita en la que había estado viviendo las últimas semanas, sus ojos estaban hinchados por el llanto que no había podido evitar derramar en el carruaje de regreso y aunque se sorprendió al ver a Emily allí, fue inevitable echarse a llorar aún más fuerte si cabe mientras se abrazaba a su amiga que ante la incomprensión de verla vestida con aquellos trapos y semejante llanto solo trató de consolarla sin hacer preguntas.

Tras revelarle entre hipos y sollozos todo lo que había estado haciendo aquellas semanas para conseguir la anulación. Emily trató de escucharla sin juzgar sus actos, algo que Julia agradeció.

—Si aún le amabas a pesar de todo lo que te hizo, no debiste acudir Julia —dijo Emily tras escucharla—. Descubrir que prefiere a “otra” en lugar de a ti ha debido de ser muy duro —añadió pensando que a eso se debían las lágrimas de su amiga.

—No prefiere a otra —contestó Julia cuándo al fin las lágrimas habían cesado—. Es más, incluso reveló que solo estaba con la bailarina que fingía ser solo porque le recordaba a mí, a la verdadera Julia; a su esposa.

—¿Qué? —exclamó Emily asombrada.

—Confesó que sus únicos motivos de convertir a Ágata de fuego en su amante solo eran por el parecido y similitudes que encontraba con su esposa. Por eso no deseaba que revelara mi rostro y prefería mantener la

incertidumbre —afirmó Julia.

—Si eso es así, ¿Por qué anulo el matrimonio? —preguntó Emily contrariada.

—Probablemente porque me odia. Su intención es convertirme en su amante cuando regrese a Londres, puesto que habiendo sido repudiada por mi esposo y sin un lugar donde acudir, no tendría más remedio que aceptar la propuesta de ser su amante —constató Julia segura de que esos eran los planes de Richard para ella.

—¡Será cretino! —bufó Emily alzándose indignada.

—En estos momentos me siento una estúpida, una completa y miserable tonta por haber creído que podría existir una ínfima posibilidad antes de entregarme de nuevo a él —confesó abochornada—. Pero se acabó Emily, a primera hora cogeré el primer barco que zarpe hacia Francia y me iré al ducado de Florencia. *Lord* Guicciardini me ofreció su ayuda si lo necesitaba y pienso aceptarlo de buen grado —añadió a pesar de que no quería revelar a nadie su paradero, pero estaba tan cegada por el dolor que ni tan siquiera fue consciente cuando mencionó.

—No puedes irte a Florencia, menos aún si es para alojarte en casa de *lord* Guicciardini —contestó Emily nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó Julia frunciendo el ceño.

—Tu hermano se ha enterado de la acusación y va a enfrentarse a Richard —afirmó Emily mientras se frotaba las manos—. Sabe que no puede hacer nada en contra de la nulidad del matrimonio, pero piensa limpiar tu nombre porque no cree que hayas cometido adulterio, dice que te conoce lo suficiente para saber que no harías algo así. En cambio, Richard sí que estaría dispuesto a acusarte para deshacerse del matrimonio. Si te encuentran alojada en casa de otro caballero, estarás confirmando sus acusaciones falsas —aclaró Emily.

—Le supliqué a Robert en su día que no permitiera que este matrimonio abocado al fracaso se celebrara y no me escuchó —susurró Julia—. No tengo a donde ir Emily. No voy a quedarme en Londres, no lo puedo soportar un día más.

—Tranquila —dijo apresuradamente Emily—. No te quedarás en Londres, es más, irás a un lugar que te encantará —añadió sonriente y aunque Julia intentó imitarla, solo consiguió un vago intento.

Richard estaba en el club esperando a David. Le había citado aquella tarde y

suponía que pretendía contarle algo, a esas alturas, toda la ciudad debería estar informada de que volvía a ser un hombre soltero y esta vez, seguiría así durante el resto de sus días.

Tomó un sorbo de su copa degustándola lentamente. No es que estuviera satisfecho de su soltería muy a su pesar, habría preferido mantenerla como suya; de su única propiedad, pero no pensaba darle el gusto de que hiciera y deshiciera lo que quisiera a su antojo, que le tuviera por un cornudo y después, cuando el imbécil de *lord* Guicciardini la desechara o cuando él heredase el ducado de Sheraton tras la muerte de su tío Thomas, ella regresara como si no hubiera ocurrido nada. No, desde luego que no. Aceptaba que ella le obsesionaba, le volvía loco hasta límites que ni él mismo entendía, pero no iba a dejar que lo manipulara como había hecho para enredarlo en el matrimonio.

En el momento en el que estaba tragando un sorbo del licor, un golpe en su mandíbula le hizo girar el rostro de forma que tanto el líquido como el vaso que lo contenía salieran volando hasta estrellarse contra el suelo rompiéndose en mil pedazos. No lo vio venir, ni tan siquiera fue del todo consciente hasta que escuchó la voz que le gritaba.

—¡Mal nacido hijo de perra! —gritó en pleno salón Robert—. ¡Acusarla de adulterio!, ¡A ella!, ¡A mi hermana!, ¡Cuando precisamente tú te has paseado por toda la ciudad con una fulana del brazo en su noche de bodas! —siguió gritando—. ¡Cuando ella misma ni tan siquiera te lo reprochó!, ¡Cuando aguantó todos los insultos por tu miserable acción!, ¡Y ahora encima la acusas falsamente de adulterio y de fugarse con otro! —exclamó cogiéndole del cuello de la camisa mientras por los ojos desbordaba furia.

—¡No la acusé falsamente! —gritó Richard—. Fui yo mismo a buscarla donde ella dijo que estaba, ¡Y ni siquiera hizo el amago de ir hasta allí para obtener una coartada! —exclamó—. ¡Toda una vil mentira para ocultar su fuga con ese extranjero! —confesó arrastrando las palabras.

—No te creo —siseó Robert—. No te creo ni una sola palabra Hayden. Ella sería incapaz de hacer algo así, pero en cambio tú... tú ni tan siquiera tendrías escrúpulos en acusarla de semejante barbarie para tu propio beneficio.

—Si no me crees, ve tu mismo a buscarla, estará en el ducado de Florencia y probablemente en la cama de ese florentino —contestó seguro de sus palabras.

—Ten por seguro que iré —contestó Robert con la mirada fija en los ojos de Richard—. Aunque solo lamento el día en que la obligué a casarse con semejante bastardo. Debí escucharla cuando se negó a casarse contigo, hasta ella supo ver la clase de hombre que eras mejor que yo. Jamás me lo perdonaré, pero al menos limpiaré su nombre y el de mi familia de un bastardo como tú —añadió arrastrando sus palabras con dolor y mirándole con repulsión.

—¿La obligaste a casarse conmigo? —exclamó Richard contrariado.

—Si —contestó sin dudar—. Y de haber castigado a alguien, debía ser a mi Hayden. No a ella—añadió—. Prepara tus armas, porque cuando regrese del ducado de Florencia y compruebe que no son ciertas tus acusaciones, tu y yo tendremos un duelo pendiente —afirmó justo antes de darse media vuelta y marcharse dejando a Richard aparentemente silencioso.

«No puede ser... no es posible» Se decía Richard una y otra vez.

Todos sus actos estaban justificados porque ella le había enredado para casarse, solo porque era una interesada que querría convertirse en duquesa, que probablemente al saber que se quedaría solterona ideó cazar un esposo y que... ¿A quién demonios pretendía engañar? Fue él quien la siguió hasta aquella terraza exterior. Fue él quien no se negó a besarla cuando se lo pidió. Fue él quien se arrastró por la pasión que sintió en aquel beso y fue él quien no se negó a casarse cuando Richard se lo ordenó en aquel despacho después de que le hubieran descubierto.

Julia era inocente, al menos en ese sentido lo era y todos los actos que había cometido para vengarse de ella, para dañarla públicamente no tenían perdón alguno. Aunque eso no la libraba de cometer adulterio, algo de lo que sí era culpable. Al menos en eso sí tenía razón y de alguna forma, saberlo calmaba su culpabilidad.

Julia debía reconocer que aquella casa en la playa propiedad del duque de Sylverston era preciosa. Cuando Emily le habló sobre las preciosas vistas, la suave brisa constante y el perfumado olor a sal, supo que lo hacía para que cambiara de opinión con respecto a viajar al ducado de Florencia y lo cierto es que lo consiguió. Es más, teniendo en cuenta que desconocía completamente el idioma florentino y que debía viajar sin compañía, era mejor opción visitar la magnífica propiedad de los duques al norte de Inglaterra que fugarse del país para aventurarse a lo desconocido.

Habían pasado dos semanas desde que se marchó de Londres y no dejaba de pensar en todo lo sucedido, ¿Qué excusa le habría dado Sheila a Richard para su desaparición? De todos modos, ya no importaba, puesto que jamás volvería y probablemente nunca volviera a saber nada de él. Aunque ahora su vida se encontraba en un periodo de transición en el que no sabía qué hacer o a donde ir después de pasar un tiempo indeterminado allí, ni tan siquiera era buena en algo como lo eran sus amigas; Emily era la mejor diseñando vestidos e incluso haciéndolos ella misma y Catherine era magnífica llevando la contabilidad de cualquier negocio, en cambio ella no destacaba en nada, ni tan siquiera en los breves relatos que escribía para amenizar su tiempo le iban a dar lo suficiente para mantenerse. Tal vez terminara en un burdel de mala muerte bailando como lo hacía Sheila, mejor eso que ser la amante de ese mal nacido que había sido su marido y que tanto la odiaba.

—¿Es que hoy tampoco piensa comer señora? —exclamó la señora Harmony. Julia observó a la mujer que la observaba con semblante preocupado. Había perdido el apetito completamente, es más, hasta le sentaba mal la comida hasta el punto de tener náuseas y suponía que era por la preocupación que representaba su futuro. No quería ser una carga para Emily el resto de su vida por más que su amiga pudiera afrontar sus gastos, ni tampoco deseaba volver bajo el techo de su familia a la que había deshonrado con su apellido; era mejor para ellos que desapareciera. Ahora se daba cuenta de que había obtenido su ansiada libertad, estaba lejos de Richard, pero... ¿A qué precio?, ¿Qué debía hacer ahora?, ¿Qué se supone que podría hacer sin no tenía ni un solo penique?

—No tengo apetito señora Harmony —contestó algo apenada.

—Sé que igual me meto donde no me llaman, pero una mujer tan bonita, sola y tan lejos de su ciudad solo puede significar que ha sufrido mal de amores —mencionó la mujer captando su atención.

—¿Mal de amores? —contestó Julia irónicamente—. Ojalá fuera solo eso señora Harmony. Si tan solo fuera eso...

—Al menos coma algo, me quedaré más tranquila —insistió la mujer.

—Quizá más tarde, esta mañana me levanté con el estómago revuelto y creo que si pruebo un bocado terminaré vomitando todo —afirmó Julia sincera.

—Lleva varios días así señora, cualquiera diría que está usted... —dijo la señora Harmony dejando entrever lo que pensaba—. ¿No estará usted en

cinta y por eso anda como alma en pena? —preguntó finalmente sin rodeos.

—¿Qué? —exclamó Julia—. ¡Por supuesto que no! —bufó de pronto y en ese momento palideció.

No podía estarlo, ¿verdad? Era imposible... quizá no tan imposible, pero ¡Por dios, no!, ¡Te lo ruego señor! Exclamó en sus adentros, ¡No puedo tener un hijo ahora! Ni tan siquiera puedo saber que haré con mi futuro como para tener que preocuparme por el de una criatura inocente.

«Definitivamente no puedo esperar un hijo de Richard», se repetía una y otra vez por la simple y llana razón de que no podía permitírselo en aquellas circunstancias.

Los días comenzaron a pasar de forma lenta para Julia y sus nauseas matutinas terminaron convirtiéndose en vómitos cada mañana. Tuvo que hacerse a la idea de que era más que probable que estuviera embarazada de Richard y sus sospechas crecían cada día con más fuerza debido al retraso en su periodo por más que se intentara engañar a sí misma. En el instante que se sentó sobre la cama pasándose un paño frío por el rostro para aliviar su malestar, se tocó instintivamente el vientre y un sentimiento afloró en ella. Esa criatura no tenía la culpa de nada, es más, solo podría ser una bendición a su vida, aunque no viniera en el mejor momento y desde luego, en las mejores condiciones; puesto que no tendría un padre, pero ella le daría todo el amor por ambos.

—Tú no te preocupes —susurró al aire—. Todo va a estar bien pequeño.

Y así sería, aunque no tuviera ni idea de cómo, pero de algún modo se aseguraría de que a su pequeño no le faltara nada.

Los golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¿Si? —preguntó Julia esperando escuchar la voz de la señora Harmony.

La puerta se abrió y en efecto apareció ella.

—Hay un hombre que pregunta por usted, señora —dijo con cautela la mujer.

—¿Un hombre? —exclamó Julia aterrada—. ¿Ha mencionado su nombre?, ¿Qué aspecto tenía? —preguntó temiendo lo peor porque nadie salvo Emily conocía de su paradero.

—Dice que es un tal William Archivald y viene en nombre del duque de Sheraton —contestó la señora Harmony tratando de recordar una a una las palabras.

—¿El duque de Sheraton?, ¡Oh dios mío! —gimió Julia—. ¿Ha venido solo?
—preguntó para asegurarse.

—Si señora —afirmó—. Ha llegado en caballo y se aprecia que ha estado cabalgando durante días por el barro en sus botas.

—Está bien —contestó—. Dígale que bajaré enseguida —añadió Julia algo más calmada sabiendo que no era Richard quién estaba abajo esperándola.

El duque de Sheraton, ¿Vendría ese tal Archivald en nombre del tío de Richard o del propio Richard porque su pariente más cercano había muerto? Aun así no entendía como habrían podido dar con su paradero, salvo que Emily por alguna razón de peso lo hubiera debido revelar. No le gustaba la idea, pero no le quedaba más opciones que enfrentarse a su visita para averiguarlo.

Cuando bajó la escalera divisó al hombre que lucía con aspecto cansado y efectivamente, por el barro de sus botas se podía apreciar que había estado viajando durante bastante tiempo. Las lluvias de los últimos días probablemente habrían hecho los caminos más angostos y eso hacía el viaje más pesado.

—Buenos días señor —saludó Julia cuando llegó al salón.

—Buenos días, ¿Es usted la señorita Benedict? —preguntó seriamente.

—Eso dependerá de quien pregunte por ella —contestó Julia evadiendo la pregunta.

—¿Cómo dice? —contestó el hombre algo contrariado por la evasiva respuesta.

—La señora Harmony dice que usted viene de parte del duque de Sheraton —mencionó Julia.

—Así es. El duque desea conocerla y me envía expresamente para escoltarla hasta la mansión de Norwest de los Hayden donde reside actualmente.

—¿Su excelencia desea conocerme? —gimió Julia.

—Sí. Hace exactamente veintitrés días que me envió en su búsqueda señorita Benedict y debo asegurarle que no ha sido fácil dar con usted.

—¿Veintitrés días?, pero ¿Cómo me ha encontrado?

—Soy bueno en mi trabajo —contestó sonriente—. Supongo que por tal

motivo me contrató el duque de Sheraton.

—¿Y qué pasará si no voy?, ¿Qué ocurre si decido no ir? —preguntó Julia precavida.

—No la obligaré, pero antes de negarse, debo entregarle esto por petición expresa de su excelencia —contestó el señor Archivald entregándole un sobre sellado del ducado de Sheraton.

Julia abrió lentamente la carta bajo la mirada escrutadora de aquel hombre que aguardaba la espera y leyó el contenido.

Querida señorita Benedict,

He sido informado de su infortunio en relación con mi sobrino, el señor Hayden, respecto a la anulación de su matrimonio.

Es por tanto mi expreso deseo de conocerla y ofertarle una propuesta que creo será conveniente para usted.

Atentamente.

T. Hayden, duque de Sheraton.

¿Una propuesta? Pensó Julia mientras releía de nuevo la breve carta hasta en tres ocasiones puesto que no descifraba más allá de su expreso deseo en conocerla, pero no sabía si aquella propuesta sería para favorecerla o, todo lo contrario. Desconocía el carácter de su excelencia, lo poco que sabía era por su hermano ya que Richard no tenía una buena relación con su tío, es más, ni tan siquiera lo mencionó en alguna ocasión o le había escuchado hablar de él salvo para mencionar su herencia. Así que lo único que conocía del duque de Sheraton era que no había tenido hijos y que, a su muerte, su sobrino sería quien heredaría el ducado que ostentaba su nombre.

—Iré con usted —determinó Julia asegurándose que no tenía nada que perder por escuchar cuál sería esa propuesta que quería ofrecerle.

Peor de lo que ya estaba no podía ser, ¿verdad? Al menos por su hijo y por el futuro del mismo si es que se confirmaban sus más que evidentes sospechas, debía intentarlo.

—¿Cuándo desea partir? —preguntó el señor Archivald.

—Lo mejor será no hacer esperar al duque —contestó Julia rápidamente—. Podemos partir inmediatamente.

—Por supuesto —respondió sonriente.

El trayecto hasta la mansión de campo en Norwest de la familia Hayden duró aproximadamente dos días debido al barro de los caminos. Durante todo ese tiempo Julia no cesó en imaginar cómo sería el duque de Sheraton y que sería lo que querría de ella para hacerle ir hasta su propia casa y ofrecerle una propuesta.

Cuando comenzó a divisar los jardines de la propiedad, se sorprendió ver la magnitud y belleza de los mismos, así como cuando el señor Archivald que viajaba junto al carruaje de alquiler desde su propio caballo, se colocó a su altura para avisarla de que ya se podía visualizar la mansión en todo su esplendor.

«Es una casa enorme» pensó nada más verla desde aquella distancia. Era de un tamaño colosal, erguida por aquellas enormes columnas de mármol blanco que causaban una esplendorosa impresión y todos aquellos detalles en las molduras, terrazas y ventanales que se podían apreciar desde aquella distancia, estaba tan impresionada que su aliento se cortó al visualizarla.

Desconocía cuan inmensa podía llegar a ser la fortuna del duque de Sheraton, pero a juzgar por aquella propiedad, imaginaba que debía ser cuantiosa, lo suficientemente alta como para poder mantener un lugar así.

Uno de los sirvientes salió a recibirles y subieron la escalinata hasta la puerta principal dándoles la bienvenida. Julia vio asombrada los techos altos

abovedados con molduras, todo era inmenso... grandioso... majestuoso. Les hicieron pasar a un gran salón mientras esperaban a su excelencia que en breves instantes vendría para recibirles.

Julia encontró un retrato enorme que se erguía sobre la chimenea de aquel salón, era un hombre joven de facciones serias, con porte elegante y que sin duda... tenía los mismos ojos verdes que Richard, aunque desde luego no era él, pero no cabía duda de que eran familiares por sus rasgos similares.

—Es una tradición familiar —escuchó de pronto Julia la voz masculina grave a su espalda y se giró rápidamente.

El hombre se apoyaba sobre un bastón para caminar y a pesar de su edad, podía apreciarse al mismo hombre del retrato que colgaba sobre la chimenea en él. Sin duda alguna, debía de tratarse del duque de Sheraton.

—¿Cómo dice? —preguntó Julia desconcertada.

—Parecía interesada en el retrato —señaló el cuadro—. Se trata de una tradición familiar que el retrato del actual duque de Sheraton siempre esté sobre esa pared de la casa.

—Excelencia —dijo de pronto el señor Archivald.

—Imagino que es ella —respondió dirigiéndose solo a él.

—Así es, excelencia. Me ha costado encontrarla, pero le prometí que la traería —confirmó Archivald.

—Gracias por tu trabajo Archivald. Puedes dejarme a solas con la señorita Benedict, después hablaremos en mi despacho—confirmó el duque de Sheraton.

—Por supuesto, excelencia —contestó antes de marcharse y dejarles a solas.

—Imagino que debe estar preguntándose porqué la he hecho venir hasta aquí —dijo directamente sin rodeos.

—Confieso que si —contestó Julia sincera—. Usted es familiar de mi esp... el señor Hayden —se corrigió rápidamente—, y no puedo entender su deseo de conocerme precisamente ahora.

—Tiene razón —confesó el duque—. Debí haber mostrado mi interés en conocerla previamente a pesar de que mi sobrino no me invitara a su enlace, puesto que como habrá observado mi relación es completamente nula, muy a mi pesar.

—¿Cómo supo que su sobrino anuló el matrimonio? Si lo sabe también le habrán comunicado cuales fueron sus acusaciones —susurró Julia.

—Siempre he seguido cada uno de los pasos de mi sobrino, señorita Benedict —confesó el duque mientras se dirigía a uno de los sillones y la invitaba a sentarse—. Esta historia es lo suficientemente larga como contársela apresuradamente, así que será mejor que se siente y comience desde el principio, puesto que presiento que usted debe conocerla.

Julia guardó silencio y asintió intrigada.

—Hace unos cuantos años, cuando aún era un joven sin las ideas lo suficientemente claras, conocí a una dama de la que debo reconocer que me enamoré perdidamente —comenzó relatando el duque—. Lo suficiente como para no volver a sentir lo mismo por ninguna otra dama el resto de mi vida. Por aquella época yo estaba finalizando mis estudios en Eton, formándome para ser el futuro duque de Sheraton y asumo parte de la culpa, porque pasé demasiado tiempo sin volver a casa. Cuando finalicé mis estudios y volví de nuevo, pensaba proponer matrimonio a dicha dama en cuestión, pero me enfurecí y entré en cólera cuando descubrí que no solamente no podría hacerlo, sino que ella había contraído matrimonio con mi propio hermano.

—¿Usted estaba enamorado de la madre de Richard? —exclamó Julia atónita.

—Así es, señorita Benedict. Ella fue la única mujer que amé en toda mi vida —afirmó el duque.

—¡Oh dios mío! —exclamó—. ¿Ella no le amaba lo suficiente para esperar su regreso?, ¿Tal vez no tenía constancia de sus sentimientos? —preguntó atreviéndose pese a no tener la confianza suficiente.

—Me amaba —confesó su excelencia llevándose una mano a su frente como si sufriera dolor de cabeza—. Pero estaba embarazada de mi hijo—confesó—. Y debía contraer matrimonio antes de que pudieran darse cuenta y ser una deshonra para la familia, por lo que cuando mi hermano mostró interés en ella tal y como hacía con todo lo que yo poseía, no tuvo más remedio que salvar su reputación y aceptar casarse con él cuando no pudo contactar conmigo para comunicármelo.

—¡El señor Hayden es su hijo! —exclamó Julia atónita.

—Así es —confirmó su excelencia el duque de Sheraton.

—¿Él lo sabe? —preguntó Julia—. ¿Sabe que usted es su verdadero padre?

—Por supuesto que no —aseguró el duque—. Su madre y yo acordamos no revelarle la verdad, pero como hijo mío que es, decidí no tener ningún heredero para que el ducado que le correspondería por derecho legítimo, realmente le pertenezca.

—Usted se ha sacrificado no casándose, ni teniendo hijos solo para que él herede el título, para que su único y verdadero hijo lo suceda —dijo Julia más para sí misma que para confirmar sus sospechas.

—Si —contestó el duque con pesar—. Aunque siento vergüenza por los actos que mi propio hijo ha generado, sobre todo a usted señorita Benedict.

—Usted no es culpable de...

—Lo soy —la cortó en su respuesta—. En cierta forma siento que lo soy porque no evité que mi hermano hiciera lo que hizo con mi hijo y cuando quise darme cuenta fue demasiado tarde.

—No le entiendo —replicó Julia.

—Mi hermano se enteró de que Richard no era su hijo —contestó en un tono que evidenciaba pesar en sus palabras—. Publicar que su único hijo era en realidad un bastardo no resultaba beneficioso para nadie, ni tan siquiera para él mismo. Por tanto, decidió que su venganza sería fomentar el odio en él hacia sus verdaderos padres, es decir, hacia mi querida Amanda y hacia mí, algo que, a pesar de todos mis vanos intentos por tratar impedirlo, consiguió lograrlo —dijo haciendo una pausa—. Desde pequeño le creó la idea de que todas las mujeres eran interesadas, incluida su propia madre que se había embarazado para cazar un marido, de esta forma trató de justificar sus incesantes aventuras que no se dignó en esconder y le inculcó a Richard unos valores impropios de un caballero de su posición. A pesar de mi poder y mi estatus social, no podía hacer nada porque él era legítimamente su hijo pese a que llevara mi sangre. Tuve que resignarme a ver cómo era manipulado y corrompido, estando cada vez más alejado de su madre y de mí. Cuando murieron en aquel accidente, me dispuse a tratar de enmendar los errores que mi hermano había creado en mi propio hijo, pero ya era tarde... demasiado tarde para hacerlo cambiar de opinión Desde entonces solo me limito a vigilar sus pasos, de alguna forma me consuela saber que está bien a pesar de que no lleva la vida que yo desearía que tuviera, sé que no puede ser feliz así. Por eso cuando me dieron la noticia de que se había casado, me alegré infinitamente a pesar de saber la razón de la ceremonia. Creí que tal vez al

lado de una señorita respetable como lo era usted, él cambiaría, se daría cuenta de todos esos ideales falsos creados por mi hermano que tanto han arraigado en él desde pequeño y a pesar del daño que le causó en su noche de bodas, reconozco que no perdí la fe en creer que usted lo cambiaría porque de algún modo creo que le ama o al menos... le amaba.

—Parece que está muy bien informado a pesar de vivir lejos de la ciudad, su excelencia —confirmó Julia no negando nada.

—El señor Archivald es muy bueno en su trabajo, diría que el mejor. Aunque le perdió la pista de un día para otro y no supo donde se estuvo escondiendo durante algún tiempo. Puede llegar a ser un tanto escurridiza en algunas ocasiones señorita Benedict —contestó con cierta sonrisa cómplice.

—Siempre lo fui desde pequeña —confirmó Julia cómplice.

—Creo que le debo una disculpa en nombre de mi hijo —dijo el duque mirándola a los ojos—. De algún modo me siento responsable de sus actos y tal vez incluso culpable por no tratar de avisarla o apoyarla cuando debí hacerlo.

—Usted no debe disculparse excelencia —aseguró Julia—. No puede hacerse responsable de los actos de su hijo aunque se sienta culpable, es más, compadezco que la vida haya sido injusta con usted y con la madre de su hijo por no ofrecerles el destino que se merecían, pero eso no justifica los actos del señor Hayden, él podría haberse negado al matrimonio y no lo hizo, prefirió acusarme injustamente, torturarme ante la sociedad y desprestigiarme por puro placer. Aunque usted culpe a su hermano de fomentar esas creencias, no justifican sus atroces actos. No tuvo ningún pudor en hacer lo que hizo sin pensar en las consecuencias y a pesar de que incluso llegué a plantearme perdonarle, sé que jamás podría ser feliz con alguien que no siente un ápice de empatía hacia mí y que solo anhela mi desdicha. Tal vez por eso, a pesar de que la más perjudicada sea yo en esta situación, me alegro de que haya anulado el matrimonio.

—Admiro sus palabras —contestó el duque—. Siendo sincero, lamento que mi hijo la haya perdido por ser un completo estúpido, pero pienso reponer su falta. Al menos, espero que me permita hacerlo.

—No le entiendo —contestó Julia alzando una ceja confundida, ¿Cómo pensaba reponer su falta?, ¿Tal vez con una compensación económica?

—Solo puedo ofrecerle una cosa que restaure su posición y buen nombre

señorita Benedict —dijo en un tono tan formal y serio que no dejaba lugar a duda—. Una proposición que estoy seguro necesitará pensar por las consecuencias que pueda traerte, pero es lo mínimo que podría hacer para compensarla por todo lo que ha debido pasar.

—No entiendo que puede ofrecerme, le aseguro que ni toda la fortuna de...

—Le ofrezco matrimonio señorita Benedict —dijo de pronto dejándola estupefacta—. Le propongo ser la duquesa de Sheraton como debía serlo en un futuro cuando yo no existiese.

—No... —susurró Julia.

—Es su decisión, no pienso obligarla, ni por supuesto condicionarla a que acepte—advirtió el duque—. Mi proposición es oficial y usted puede aceptarla o declinarla cuando lo desee puesto que no tendrá fecha de caducidad, al menos... hasta mi muerte.

—Es usted un hombre honorable excelencia —confesó Julia pensando que Richard habría sido muy diferente de haberlo tenido como ejemplo a seguir. El duque era su verdadero padre y no se parecía en nada a él, salvo en aquellos ojos verdes y su aspecto a pesar de la diferencia de edad—. Pero no puedo aceptarlo, de hacerlo estaría desfavoreciendo sus deseos.

—¿Cómo dice? —preguntó el duque sin entender su respuesta.

—Usted mismo confesó que no se había vuelto a casar para no tener descendencia porque deseaba que su hijo heredara el ducado. Si me caso con usted estaré incumpliendo sus deseos puesto que yo estoy gestando en mi vientre a su nieto —aseguró Julia dejando al duque perplejo.

—Esto cambia la perspectiva de las cosas —contestó llevándose una mano al mentón pensativo—. Voy a ser abuelo —afirmó levantándose con algo de esfuerzo y apoyándose en su bastón.

—Así es —confirmó Julia a pesar de no haberlo corroborado con ningún médico la afirmación de su estado, pero tenía la seguridad plena de que lo estaba, solo sería mentirse a sí misma no creerlo.

—Que dios me perdone, pero no dejaré que mi nieto nazca fuera de esta familia —aseguró el duque—. Antes de saber esto le ofrecía una propuesta, ahora se lo ruego señorita Benedict —añadió mirándola fijamente—. Le ruego por ese vástago que lleva en su vientre que honre a mi familia y sea la nueva duquesa de Sheraton. Le prometo que aquí la trataran como usted

merece, como realmente mereció que la trataran desde el principio.

—Yo... —susurró Julia sin saber que contestar.

—No solo debe decidir por usted querida, sino por el futuro del ser que lleva en su vientre —dijo el duque interrumpiéndola.

Julia sabía que su excelencia tenía razón, al igual que sabía que no tendría más alternativa que la de aceptar aquella propuesta para asegurar el bienestar de su hijo.

Richard se encontraba saboreando una copa de coñac en el burdel donde bailaba Sheila, el mismo al que acudía cada noche desde hacía más de tres semanas. Exactamente el tiempo desde que anuló su matrimonio y desde que, para su mala suerte, la que iba a convertirse en su amante desapareció dejándole con esa sensación de vacío que de alguna forma pensó que llenaría o al menos, parte de ella por la ausencia de Julia.

Desde entonces se pasaba por allí cada noche para preguntarle a Sheila si sabía cuándo regresaría Ágata de fuego, puesto que, según la bailarina, se encontraba cuidando a unos familiares enfermos... empezaba a no creer en aquella excusa, sobre todo porque dudaba que alguien en su situación pudiera permitirse el lujo de no trabajar durante tanto tiempo. Por más que insistía, Sheila no le daba el paradero de la muchacha y él no tenía ningún otro medio de contacto para localizar a la joven que no fuera a través de ella.

¡Maldita fuera su mala suerte! Gimió para sus adentros. La espera estaba siendo una tortura porque para su desgracia, ninguna de las mozas que intentaban provocarle con sus encantos le atraía. No tenían los ojos de ese peculiar bronce, ni esa mirada chispeante, ni esa tersa piel, ni ese olor a lavanda...

En los días venideros probablemente regresaría Benedict desde el ducado

Florenxia, puesto que solo en ir y volver ya tardaría aproximadamente cuatro semanas, no sabía si el tiempo que pasara allí le demoraría. No obstante, no le preocupaba en absoluto porque estaba completamente seguro de que encontraría a su hermana allí, junto al bastardo de Guicciardini y muy probablemente en su propio lecho.

Ni tan siquiera quería pensar en esa escena porque le enardecía la sangre y se ponía aún peor de lo que de por sí estaba. Aunque se negara a sí mismo el hecho de creer que no le importaba, en realidad lo hacía, y mucho. De hecho, en más de una ocasión se había arrepentido de haber anulado su matrimonio, de no hacerlo podría incluso haberla arrastrado de nuevo con él, tener la posesión de ella, aunque solo fuera de su cuerpo y quitarse esa maldita sensación de ahogo que sufría desde que se marchó.

¿En qué estaba pensando cuando lo hizo? Lo sabía perfectamente, quería arruinarla, vengarse, hacerle pagar por serle infiel, pero no estaba disfrutando en absoluto de esa venganza, sino que estaba incluso aún más mortificado que al principio. Seguía siendo un cornudo y encima no la tenía, al menos no hasta que él se cansara de ella y tuviera que volver cabizbaja para poder ser suya de nuevo.

—¿Dónde demonios te metes? —rugió una voz a su lado que sobre salía entre la música y el ruido del burdel.

—¿David?, ¿Se puede saber qué haces tú aquí? —preguntó confundido.

Había estado bebiendo bastante, pero no hasta el punto de perder la cordura aún. De hecho, llevaba tiempo sin beber hasta ese punto, tal vez se estaba volviendo aburrido como su amigo.

—¡Llevo buscándote dos días!, ¡No apareces por el club y tampoco te encuentro en tu casa! —le gritó.

Era cierto, se había instalado en la casa que había alquilado para alojar a su amante manteniendo la esperanza de que ella volviera en cualquier momento.

—Ya me has encontrado, ¿Qué es eso tan urgente que tienes que contarme? —preguntó sin interés—. Te pediré una copa mientras...

—El duque de Sheraton se ha casado —contestó David sin siquiera sentarse o fingir interés en hacerlo.

—¿Qué? —exclamó Richard atónito.

—Que tu tío se ha casado con una joven dama —repitió David sin mencionar

quién era la dama en cuestión.

—¿Para qué iba a casarse a estas alturas? —preguntó extrañado sin llegar a creérselo—. ¿Quién es ella?

—Lo desconozco, salvo porque ahora ostenta el título de la duquesa de Sheraton, pero conociendo el poco contacto que mantienes con tu tío, supondría que no te habría dado a conocer la noticia, ni invitado a sus nupcias.

—No. No puede ser... —susurró de pronto alzándose y colocándose la capa.

—¿Dónde vas? —preguntó David.

—¿Dónde voy a ir? A la mansión de Norwest de los Hayden, pienso averiguar quién es esa dama y que intenciones tiene mi tío para haberse casado a estas alturas cuando no lo ha hecho con anterioridad.

—Richard, dudo que puedas hacer algo al respecto —mencionó David con pesar.

—Pienso hacer que anule ese matrimonio, tenlo por seguro —afirmó sin un deje de duda.

Hizo el camino a caballo para llegar antes, de hecho, solo paró una vez para cambiar de caballo al tenerlo fatigado y así poder llegar poco después del amanecer. No se lo podía creer, ¿Por qué razón se iba a casar su tío a esas alturas de su vida?, ¿Con casi sesenta años? Dudaba que fuera por tener un heredero, aunque todo podía ser posible, ¿Tal vez se había enterado de que él mismo anuló su matrimonio y por eso habría decidido casarse él? No le importaba, pero a como diera lugar se aseguraría de anular ese matrimonio como fuera, así tuviera que seducir a la dama para demostrarle a su tío que era una adúltera, pero no iba a renunciar al ducado de Sheraton o a su herencia. De ninguna manera pensaba compartir la casa con una viuda cuando su tío falleciera... probablemente no tendría que preocuparse, si se trataba de una dama joven, la habrían vendido sus padres solo por convertir a su hija en duquesa y era más que seguro que la dama no amaría a su tío.

Su vestimenta no era la más adecuada para presentarse ante su tío después de estar años sin verlo, puesto que las salpicaduras de barro del camino le cubrían hasta la mitad de su abrigo, pero no pensaba esperar más tiempo.

—Señor —mencionó el sirviente que salió a recibirlo.

—Soy el sobrino del duque de Sheraton, el señor Hayden y deseo hablar con

mi tío ahora mismo —mencionó bruscamente.

—Su excelencia se encuentra desayunando en este momento. Le acompañaré para que pueda asearse y el duque podrá recibirle en su despacho.

—¡No! —rugió Richard—. Lléveme inmediatamente con su excelencia.

—Como desee —contestó el mayordomo que se limitó a darse la vuelta y Richard le siguió.

—Excelencia —mencionó el mayordomo tras pasar las puertas del comedor donde se encontraba desayunando el duque—. Su sobrino el señor Hayden solicita verle de inmediato.

—¿Mi sobrino?, ¿Está aquí? —preguntó sorprendido.

—Sí —contestó el propio Richard entrando y divisando a su tío a la cabecera de aquella gran mesa mientras sostenía el periódico en sus manos—. Estoy aquí —añadió en un tono seco que no indicaba ningún tipo de emoción.

—Vaya... has crecido desde la última vez que te vi —mencionó el duque—. Ahora eres todo un hombre.

—Han pasado más de diez años —contestó secamente.

En ese momento las puertas que había detrás del duque se abrieron y Richard se quedó sin habla.

—Julia —susurró al verla.

Julia se quedó parada al verlo allí, ¿Qué demonios hacía él allí?, ¿Se había enterado?, ¿Tan pronto? No podía ser...

—Excelencia —mencionó el sirviente mientras le apartaba la silla que había junto al duque para que se sentara.

—Querido sobrino, déjame presentarte a mi esposa, la duquesa de Sheraton —mencionó el duque—. Aunque tengo entendido que ya os conocéis, ¿cierto? —preguntó a su sobrino que permanecía en la puerta estático y sin creerse lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Qué clase de broma es esta! —bramó Richard adentrándose en el comedor mientras se acercaba a los comensales—. ¡Porque desde luego debe ser una maldita broma! —rugió enfurecido.

No podía ser real, ¡Julia no se podía haber casado con su propio tío!

—No sé a qué te refieres querido sobrino —contestó el duque en tono

calmado—. Te invitaría a sentarte con nosotros, pero debes estar fatigado del largo viaje y por tu atuendo no creo que sea conveniente que te sientes a la mesa de mi esposa —añadió—. Peter, acompaña al señor Hayden a su recámara.

—No pienso ir a ninguna parte hasta saber qué está ocurriendo aquí —terció Richard dando un golpe en la mesa mirando fijamente a Julia que provocó que esta cerrara los ojos y mirase hacia otro lado que no fuera él.

—Irás —respondió el duque—. Es una orden.

—¿Ahora me da órdenes? Creo que hace tiempo que le dejé claro que no estoy bajo sus...

—Estás en mi casa y harás lo que te ordeno o puedes marcharte inmediatamente.

Richard gruñó apretando los dientes intentando mantener su autocontrol. Por más que le fastidiara el viejo tenía razón y si quería respuestas iba a tener que acatar sus órdenes por ahora.

Salió atropelladamente de allí, aunque por sus leves refunfuños se podía intuir que estaba más que furioso.

—Thomas... —susurró Julia al duque una vez que Richard se había marchado y cerraron la puerta del comedor—. Creo que es mejor que me vaya. ¿Has visto su rostro al verme aquí? No sé cómo se ha podido enterar tan pronto, pero no quiero enfrentarme a él... dudo que sea capaz de soportar sus reproches —afirmó Julia siendo consciente de las barbaridades de las que Richard la acusaría.

—Tú eres ahora la duquesa de Sheraton y por más que se enfurezca no va a cambiar ese hecho. Es hora de que aprenda que sus actos albergan consecuencias y de qué su comportamiento distaba mucho de ser el adecuado. Aunque me duela en el alma por ser mi hijo, no toleraré que os haga daño a ti o a mi nieto —confirmó acariciando el dorso de la mano de Julia comprensivo.

—Gracias Thomas —susurró Julia con los ojos vidriosos.

Julia subió las escaleras de forma silenciosa hasta su recámara. La habitación de la duquesa de Sheraton cuya última ocupante fue la mismísima abuela de Richard, de quien aún conservaba parte de sus joyas en su antiguo tocador.

Thomas, que así es como le había pedido el duque que le llamara desde que

se habían casado apresuradamente dado que ya poseía en sus manos una licencia especial de matrimonio incluso antes de que ella misma llegara a la mansión de los Hayden, la había tratado con tanta amabilidad desde el mismo momento en el que atravesó las puertas de aquella casa, que comenzaba a sentirse verdaderamente en un hogar. A pesar de saber que su posición solo era de título, puesto que solo había hecho aquello pensando únicamente en el futuro de su pequeño y después muy en el fondo, por el de ella misma junto a su familia.

Haberse casado con el actual duque de Sheraton le devolvería el estatus y la posición de los que Richard la había arrancado. Ahora era una duquesa y solo por el título que ostentaba, las puertas hacia la sociedad londinense se abrirían solas si decidía volver a la ciudad, sin tener en cuenta su pasado, por muy ruin, cruel y despiadada que así hubieran sido con ella, ahora su fortuna y posición priorizaban ante los actos de su primer marido en el pasado.

Aunque volver a Londres sería lo último que haría en aquellos instantes. Inexplicablemente se sentía vulnerable, tal vez solo se debiera a su estado, o quizá a que aún no asumía su nuevo estatus social en el que se había tenido que ver arrastrada en parte por su propia culpa, por haberse entregado a Richard creyendo que existía una última posibilidad entre ellos, aferrándose a una esperanza que jamás tendría lugar, pero de la que al menos saldría algo bueno. Su hijo sería lo único honorable que obtendría de él, puesto que la decepción había aniquilado cualquier rastro de amor que una vez pudo haber sentido.

Richard no podía dejar de maldecir mientras se daba aquel baño en el que se había visto obligado a tomar. De buen agrado en otro momento lo habría gozado con gran placer, pero en aquellos instantes solo tenía la necesidad de matar a alguien, de ahogarlo entre sus propias manos por no darle la información que precisaba. En lo más hondo de sí mismo presentía que era real, que Julia era ahora la esposa de su tío, pero ¿Cómo podía haber ocurrido semejante barbaridad? Era insólito, inconcebible, ¿Se suponía que ella debía estar en el ducado de Florencia con *lord* Guicciardini!

Salvo que ella se hubiera enterado de la anulación y habría acudido a su tío con falsas acusaciones y calumnias para convertirse en la duquesa de Sheraton como deseó desde un principio. Aquello solo le daba la razón de que Julia se habría casado con él por el ducado, aunque eso no coincidiera con que Robert la hubiera obligado a casarse.

Desconocía cuál era la verdad, pero pensaba averiguarla de un modo u otro. Necesitaba saber quién era realmente esa mujer que había tenido como esposa, para aprovecharse de un anciano solo por ostentar el título de duquesa.

Bajó las escaleras aseado y vestido con ropas que no eran suyas, pero sí de su talla que probablemente habrían pertenecido a su tío. Inexplicablemente tenía su altura, a pesar de que su padre había sido mucho más bajo que él, en cambio, siempre había notado que su apariencia era más similar a la del tío Thomas, incluso hasta sus ojos eran del mismo color verde tan característico en los Hayden.

—Su excelencia le espera señor Hayden —mencionó el mismo sirviente que momentos antes le había acompañado desde el comedor hasta su recámara asignada.

Richard entró en aquel salón que llevaba tantos años sin pisar, donde el retrato del actual duque de Sheraton se erguía sobre aquella gran pared y el cual siempre soñó verse algún día cuando se convirtiera en el actual duque, más aún cuando conforme fue pasando el tiempo vio que su sueño se haría realidad algún día al ser el descendiente directo de su tío Thomas. Jamás entendió porqué no decidió casarse, ni tener hijos como le obligaba su título a hacer, según le confesó su propio padre, carecía de hombría... de ahí que no pudiera tener un heredero. Algo que durante años le persiguió por creer que, si era cierto, él sería el sucesor al ducado y hasta la fecha así había sido y así seguiría siendo.

—Quiero que me diga ahora mismo que hace ella aquí —bramó en cuanto se acercó al sillón donde permanecía su excelencia divisando el fuego de la chimenea prendido.

—Está donde le corresponde —respondió el duque seriamente—. Este es su lugar, su casa y su hogar.

—¿Es qué no sabe que era mi esposa? —gritó como si con eso dijera todo.

—Estoy al corriente si es lo que te preocupa, es más, yo mismo solicité su mano e insistí en que aceptara mi propuesta.

—Está usted loco —gimió Richard—. ¡Es que no ve que solo se ha casado por su título! —bramó.

—¿Es eso lo que te molesta querido sobrino?, ¿Qué una joven hermosa como

evidentemente lo es ella, solo desee casarse con este vejestorio por su título?

—Ni siquiera le molesta —contestó Richard con rabia observando la pasividad de su tío.

—No —contestó secamente—. No me molesta en absoluto.

—¡Le engañará!, ¡Incluso fingirá que está embarazada solo para quedarse con el ducado!

—Así que tu preocupación es no heredar el título —contestó su excelencia arrastrando las palabras—. Por eso estás aquí.

—Yo... —comenzó a decir Richard—. ¡Eso no tiene nada que ver ahora! —bramó—. ¡Ella es una adúltera!, ¡Se fugó al ducado de Florencia con su amante! —gritó.

—Tu acusación es muy grave Richard, más aún teniendo en cuenta la falsedad de la misma puesto que ella ha permanecido aquí todo el tiempo que estuvo alejada de Londres —confirmó seriamente el duque para dar credibilidad a sus palabras. Estaba mintiendo, pero eso su sobrino lo desconocía.

—No... ella se fue con él, ¡La duquesa de... —pero no pudo terminar la frase porque en realidad, la duquesa de Lennox no le dijo que se había fugado con *lord* Guicciardini sino que simplemente le aseguró que lo había dicho él y no ella... ¡Dios! Pensó llevándose las manos a la cabeza, ¡Había anulado su matrimonio acusándola de adulterio cuando ella jamás se fugó con otro!—. ¿Por qué? —exclamó.

—Creo que sabes la respuesta, Richard —confesó el duque—. Tú la obligaste a que huyera de tu lado.

—No... —susurró Richard admitiendo que por mucho que no quisiera reconocerlo, él la había alejado de su lado. La había humillado públicamente, destruido su reputación y todo por unas convicciones que ahora empezaban a tambalearse y desmoronarse como castillos de arena.

—Ella es ahora mi esposa —afirmó tajante el duque—. Por lo tanto, está bajo mi protección y la del ducado, donde no podrás volver acercarte a ella.

—Eso está por verse —contestó Richard con rabia.

No aceptaba que no fuera suya, simplemente no lo aceptaba.

—Es tarde para ti, querido sobrino. Tuviste tu oportunidad y la

desperdiciaste, ahora ella tendrá el lugar que le corresponde, como duquesa.

—¡No! —rugió sin poder controlarlo—. Ella tenía que ser mía, debía ser mía —susurró en voz alta, aunque lo decía para sí mismo.

Ella tenía que ser suya, ese era su plan, su intención desde un principio; tener a Julia como su amante, pero ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido al anular su matrimonio, ¡Ella podría seguir siendo suya si no lo hubiera hecho!, ¡Maldita sea!

—Es mejor que te marches de esta casa Richard. No quiero que tu presencia afecte a mi esposa en su estado —aseguró Thomas.

En ese momento Richard levantó la vista hacia su tío que mantenía el semblante serio y por su mente se cruzó la imagen de Julia yaciendo en aquella cama cuando la hizo suya. En ese instante ni tan siquiera dijo nada, sino que salió corriendo de aquel salón en una dirección exacta.

—¡Detenedle!

Richard escuchó el grito su tío mientras él corría con más premura subiendo los escalones de tres en tres hacia su destino, hacia ella.

Julia se encontraba en el viejo escritorio de la antigua duquesa de Sheraton que seguía haciendo muy bien su utilidad. En él había encontrado papel, una vieja pluma y le habían surtido de tinta para poder escribir a su familia y amistades. Aún no se había atrevido a contarle a su propia familia las buenas nuevas, pero viendo que no pensaba salir de sus estancias hasta asegurarse de que Richard abandonaba aquella casa y volviera a sentirse segura, quizás era un buen momento para informarles.

Apenas iba por el cuarto párrafo cuando su puerta se abrió provocando un golpe al chocar contra la pared de la habitación y se pudieron apreciar voces lejanas. En ese instante Julia se volvió rápidamente para ver lo que ocurría y vio a Richard cerrando la puerta con llave para que nadie entrara.

—¡Salga inmediatamente de mi habitación! —gritó Julia incorporándose del asiento.

—¿Es mío? —Fue toda la contestación de Richard.

Julia le miró confundida, frunciendo el ceño extrañada, ¿A qué demonios se refería? Si era suyo, ¿qué?

—¿Soy el padre? —preguntó Richard directamente.

Richard observó su vientre, no parecía abultado, pero apenas habían pasado tres meses desde que... ¡Dios! Parecía que había pasado una eternidad. Notó su característico color a lavanda y se embriagó en él, la observó detenidamente allí de pie, mirándole fijamente enmudecida, era preciosa, estaba absolutamente preciosa con aquel vestido de color salmón que hacía que su piel se viera más suave y apetecible.

—Már... márchate —pudo decir al fin Julia con la voz entrecortada.

—No me iré hasta saberlo —le aseguró Richard.

En ese instante Julia notó como él se acercaba a ella, pero no retrocedió. No lo haría más, estaba cansada de huir, de sus reproches, de sus venganzas. Estaba cansada de él.

—Saberlo no cambiará nada —contestó Julia alzando el mentón para enfrentarlo.

—Lo cambia todo —contestó.

—No —dijo sin ningún tipo de emoción—. Tu ya no tienes ningún poder sobre mí, ya no te pertenezco. No soy tuya... de hecho nunca lo fui. Me dejaste claro desde el principio que jamás me considerarías tu esposa, pues bien, ya no lo soy. Ahora márchate.

—¡No me marcharé hasta saberlo! —rugió Richard.

—¡Es tu hijo! —gritó Julia con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió—. ¿Por qué no viniste a...

—¡Me humillaste!, ¡Me deshonraste!, ¡Me comparaste con una fulana!, ¡Me juraste que jamás me tratarías como tu esposa!, ¡Me acusaste de adulterio!, ¡Me insultaste de todas las formas posibles en las que se le puede insultar a una mujer!, ¿En qué mundo creíste Richard Hayden que me rebajaría aún más después de tanta humillación? —gritó Julia enfurecida. Estaba llena de rabia, de ira... no sabía si era por su estado o porque Richard había colmado su paciencia, pero no se pensaba dejar humillar más y menos aún, sufrir ahora sus reproches.

Richard la observó con enmudecido, sintiendo como cada uno de sus reproches ahondaba en lo más profundo de él, apreciando la culpa en ellos, notando como las injusticias que había cometido hacia ella le estallaban en su propia cara.

—Creía que...

—¡Creías! —gritó Julia—. ¡Tú siempre crees todo! —siguió diciendo sin control—. No quiero tus lamentos, ni tus excusas... ya no los necesito, quizá los quise en otro momento de mi vida, pero tú te encargaste de que ya no los desee. Vete, márchate... ya tienes lo que querías, eres libre, mi hijo tendrá el apellido que le corresponde; tu apellido, así que sigue con tu vida y déjame en paz.

—Julia...

—Ya la ha escuchado señor Hayden —se escuchó una voz tras ellos que Julia apreció rápidamente como la del señor Archivald.

—Haz que salga de mis aposentos Archivald —rugió Julia y el hombre se acercó a Richard, pero antes de que pudiera siquiera tocarle éste dio media vuelta y se marchó.

Ya está, pensó Julia. Todo había terminado.

Hacía tres días del suceso que, con toda probabilidad, marcaría el resto de su vida, los mismos tres días que Richard llevaba encerrado en su casa sin salir. Se había aventurado hacia la casa de su tío, el duque de Sheraton pensando que tendría que lidiar con una jovencuela de vulnerable carácter para descubrir que la nueva duquesa no era ni más ni menos que la mujer que le volvía completamente loco y que por más que lo había intentado, le había resultado imposible sacarla de su cabeza. Aunque eso no era lo peor, sino el hecho de saber que iba a ser padre, ¡Padre! Y ni tan siquiera podría proclamarlo, no tenía ningún derecho sobre ese hijo que Julia llevaba en su vientre porque él mismo lo había alejado de su lado anulando su matrimonio.

—¡Imbécil! —se maldijo a sí mismo.

—Soy un completo bastardo, un maldito egoísta... —susurró apretando su puño en señal de rabia.

Asumía su culpa, porque era toda suya y ahora debía pagar las consecuencias de sus actos, de acusarla injustamente de todo lo que precisamente ella le había echado en cara antes de que partiera.

Verla así, en ese estado de rencor hacia él, le había hecho comprender que no le gustaba, no deseaba su odio y en cambio era lo único que obtendría de ella porque era lo que había provocado con sus actos de venganza. ¿No fue él quien le advirtió desde el principio que se arrepentiría de casarse?, ¿Qué se

aseguraría de hacer su vida un infierno? Por ironía de la vida ahora era él, quien estaba viviendo ese infierno porque la quería a su lado, deseaba que estuviera junto a él y sabía perfectamente que jamás la tendría.

Escuchó que llamaban a la puerta. No esperaba visitas, es más, tampoco las deseaba. No quería ver a nadie y por ilógico que pareciera, lo que menos le apetecía era ir a un burdel para olvidarse de ella. No. El dolor que sentía en su pecho era lo único que conservaba de Julia y era a lo que se aferraría para recordarla, para tener una parte de ella.

—Mi señor, preguntan por usted —informo Margaret en la penumbra del salón únicamente iluminado por el fuego de la chimenea.

Había pedido que mantuvieran las cortinas echadas, no deseaba luz, solo quería oscuridad, la misma negrura que él había creado en su interior.

—No estoy esperando a nadie —rugió.

No le apetecía ver a nadie en ese momento y probablemente en los próximos meses venideros.

—Se trata del señor Benedict mi señor —insistió el ama de llaves.

—Está bien —contestó sabiendo a lo que venía Robert—. Dígale que pase.

Richard ni siquiera hizo ademán de levantarse, sino que observó como Robert galantemente entraba en el salón con su sombrero en la mano. Estaba serio, con el ceño fruncido y su semblante contrariado.

—Imagino que has regresado de tu viaje. —Se adelantó a decir Richard con la mirada algo cabizbaja.

—Así es —confirmó—. Y como bien advertí, mi hermana no se fugó con *lord* Guicciardini como la acusasteis, es más, traigo una carta del mismísimo duque de afirmando mis palabras.

—Está bien —contestó Richard sin añadir que ya sabía dónde había estado Julia todo ese tiempo y que no había sido precisamente en el ducado de Florencia como él había supuesto—. Supongo que querrás que el duelo tenga lugar al amanecer —añadió.

No pondría excusas, ni pediría disculpas, asumía su culpa y aunque fuera tarde, lo haría como un caballero debe hacerlo.

—A las seis en punto —respondió Robert sin un ápice de sentimiento en sus palabras—. En los terrenos de *Great Russell*. Más te vale asistir, Hayden.

—Allí estaré —confirmó Richard sin apartar la mirada del fuego—. El duque de Lennox será mi padrino.

—No hay nada más que añadir pues —contestó Robert haciendo un deje a modo de saludo que Richard ni se molestó en ver y salió de aquella casa.

Por primera vez en su vida no le importaba morir, no le importaba en absoluto, porque si no la tenía a ella, la vida carecía de sentido. No existía aliciente, sabía perfectamente que lo que él había hecho era imperdonable, ¿En qué mundo él podría compensarla de todo el daño que había provocado? Tal vez fuera mejor así. Si no podía estar a su lado, al menos moriría y su honor sería vengado.

Envió una nota urgente a la casa de su amigo David, advirtiéndole que necesitaba un favor por su parte. Quizá el último, pensó. Y a pesar de que le había citado a las seis de la mañana en el lugar donde se realizaría el duelo, su fiel amigo no tardó en presentarse instantes después de recibir aquella nota en su propia casa.

—¡Estás loco!

Richard escuchó la voz de su amigo interrumpiendo en la calma y el silencio que albergaba aquel salón. Ni tan siquiera había sido anunciado por Margaret, sino que se había colado literalmente en cuanto le abrió la puerta el ama de llaves.

—Buenas noches David —dijo Richard calmadamente no haciendo caso a la acusación.

—¡Sé perfectamente lo que va a pasar en este lugar y más aún a esta hora!, ¿Con quién se supone que te vas a batir en duelo? —exclamó.

—Benedict —contestó arrastrando las palabras que hasta le dolían por lo que en su día detestó ese apellido al tener que casarse con Julia y que ahora le dolerían aún más por no haber sabido valorar lo que tenía.

—¿Robert? —gimió David.

—Desea vengar el honor de su hermana y no seré yo quien se lo impida.

—¡Maldito seas Richard! —exclamó David—. ¿Cuándo vas a aprender que tus actos tienen consecuencias?

—Créeme. Lo estoy aprendiendo —contestó apenado—. Aunque demasiado tarde para mi desgracia.

David lo miró confundido, ¿Es que se había perdido algo?

—¿No vas a decir que lo que hiciste era justificado? —gimió David esperándose que Richard jamás confesaría estar equivocado. Era demasiado orgulloso para ceder, para aceptar su culpa.

—Ella es inocente y yo debo asumir las consecuencias —afirmó.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó David ahora asombrado.

—Porque todo este tiempo estuvo en casa de mi tío —contestó seriamente—. Y ahora es la nueva duquesa de Sheraton —añadió a su confesión.

—¿Julia es la esposa de tu tío? —exclamó atónito.

—Si... —susurró Richard porque aceptarlo dolía.

—¡Dios santo! —gritó David.

—Y está esperando un hijo mío —confesó Richard con amargura levantándose y colocándose frente a la chimenea donde David podía apreciar su perfil—. La obligué a que tuviera que casarse con él, ¿No lo entiendes? —gimió con evidente culpabilidad—. La eché a la calle, la humillé sin importarme en absoluto lo que le ocurriera y ella estaba esperando a mi hijo, ¡Mi hijo! —gritó.

—Richard... —susurró David acercándose a él—. ¿Ella te importa de verdad? —preguntó en un tono de voz preocupado.

—La quiero, ¡Por dios que la quiero con toda mi alma! —rugió—. Y me tuve que dar cuenta cuando supe que jamás volvería a ser mía.

—¡Pues haz que se anule ese matrimonio y reclama lo que es tuyo!, ¡Reclama a tu hijo! —exclamó David—. Admitiré que obraste mal. Yo mismo te lo advertí Richard, pero todos tenemos derecho a una oportunidad y más aún si ella está esperando un hijo... tu hijo.

—No David —confesó Richard—. Es tarde para mí.

—¿Es que piensas dejar matarte? —preguntó confundido.

—Tal vez sea mejor así. Nunca la tendré, jamás me perdonará lo que le hice, ¿Para qué seguir viviendo sabiendo que no podré estar cerca de ella? —preguntó con amargura.

—¡No es esta la solución Richard! —gritó David—. Eso es rendirse, ¡Lucha por ella!

—No David —contestó apático—. Si tú hubieras visto lo que yo vi en sus ojos, el reproche, el resentimiento, el odio hacia mí, comprenderías que no hay lucha en una batalla perdida.

—No puedes pretender que me quede de brazos cruzados mientras veo como dejas que te maten —replicó con sentimiento—. Además, me parece absurda la celebración del duelo puesto que tu tío ha solucionado la deshonra de la dama.

—No dirás nada —contestó severamente Richard—. Júrame que no dirás nada hasta que el duelo no termine.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Benedict necesita vengar el deshonor de su familia y yo también necesito que lo haga para quitarme parte de esta culpa. Así que solo te pido que si hablas, lo hagas cuando se haya terminado.

—Querrás decir cuando no tenga solución alguna porque te dejes matar a manos de Benedict —decretó David.

—Es mi decisión. Solo a mí me corresponde hacerlo —afirmó Richard seguro de sus palabras.

—¿Aunque sea una decisión errada? —replicó.

—Aun así —sentenció Richard.

—No creo que gane nada persuadiéndote —confesó David—. Al menos permíteme llevar a un médico.

Richard asintió e instantes después el duque de Lennox se marchó dejándole sumido en sus pensamientos. Desconocía lo que ocurriría al día siguiente, tal vez todo terminara para él y por inconsciente que pareciera, lo aceptaba. Mejor una muerte digna tratando de devolver de algún modo el honor a la mujer que amaba, que vivir durante el resto de sus días con ese remordimiento en su conciencia.

Con esa idea, se dirigió hacia su escritorio. Llevaba años sin escribir una carta, es más, ni tan siquiera recordaba cuándo fue la última puesto que jamás había querido asumir responsabilidades y su correspondencia se limitaba a breves notas de aviso hacia sus amigos, pero en aquel momento quería escribir una carta, tal vez una despedida, una confesión... un adiós.

Y con aquel pensamiento y un futuro incierto, se atrevió a decir todo lo que jamás pensó que podría hacer si la tuviera en aquellos momentos delante de

él. A confesar sus miedos, su pesar y su orgullo.

Eran las seis en punto. Apenas estaba amaneciendo y él no había dormido absolutamente nada. No quería desperdiciar ni un solo segundo que no fuera recordando el bello rostro de Julia, quería que ella fuera lo último que sus pensamientos vieran. Si pudiera dar marcha atrás, si pudiera volver a hacer todo de nuevo... si tuviera otra oportunidad, pero no la tendría. Lamentablemente ya era tarde para él, aunque no para ella que podría ser feliz lejos de él y junto a otro hombre.

—Quiero que le des esto a la duquesa de Sheraton si no sobrevivo al duelo — dijo Richard entregándole la carta que había escrito esa misma noche a David con cuidado.

—¿No puedo persuadirte para que desistas? —insistió David de nuevo.

—No —contestó serio—. Está decidido.

En ese momento llegaron dos caballos y Richard pudo apreciar tanto la figura de Benedict como la del duque de Sylverston que traía un semblante serio y taciturno.

—Buenos días caballeros, excelencia —anunció Henry.

—Será mejor que comencemos —anunció Richard que quería acabar con aquello de una vez.

—Las armas —contestó Robert mirando a Henry que colocó un estuche de plata sobre la palma de su mano y lo abrió, apreciándose dos preciosas pistolas cargadas exactamente iguales.

—El señor Hayden elegirá primero —dijo Henry mirando al aludido.

Richard observó el estuche y cogió una de las armas sin prestar gran atención. No le importaba en absoluto cuál de ellas le tocara, puesto que no pensaba disparar.

—Contarán treinta pasos y después se dan media vuelta —añadió Henry cerrando el estuche cuando Robert cogió la otra pistola.

Tanto Richard como Robert se colocaron de espaldas. La tensión podía respirarse y un silencio atroz invadía el lugar solo acallado por el sonido de algunos pájaros que poblaban los árboles más cercanos.

—¡Uno! —gritó Henry mientras ambos oponentes daban una zancada alejándose el uno del otro—. ¡Dos! —prosiguió contando pausadamente—.

¡Treinta! —gritó a su pesar y en ese entonces se pudo observar que Robert se daba rápidamente la vuelta algo que Richard hizo después y de pronto se escuchó un disparo que rompió la barrera del sonido provocando que se escuchara atrozmente e instantes después Richard caía al suelo.

—¡Richard! —gritó David corriendo hacia él—. ¡Richard! —insistió David viendo que su amigo se encontraba desvanecido en el suelo por lo que le abrió la capa en busca de una herida que no encontró.

—Tiene pulso —verificó el médico que se encontraba a su lado.

—¡Despierta! —gritó entonces David palmeándole la cara.

—Me duele el brazo —gimió.

Richard notó como le cortaban la ropa, estaba algo desorientado por el golpe que se había dado en la cabeza al caer tras recibir el disparo.

—Le ha dado en el hombro —dijo el médico—. Tiene orificio de salida, pero debe ir inmediatamente a mi consulta para ver si no se ha quedado ningún perdigón dentro.

—Por supuesto —atajó David—. ¡Vamos! —le gritó a Richard estirando de él e hizo de apoyo caminando hacia donde se encontraban sus caballos y donde también permanecían Robert junto a Henry que hasta el momento no se habían marchado a pesar de poder hacerlo.

—¿Por qué no te has defendido? —exclamó Robert cuando llegaron a su altura—. ¿Por qué? —volvió a gritar.

—Déjalo estar Robert —habló Henry serio sin dejar de observar a Hayden que por su expresión se denotaba el dolor que debía estar sintiendo con cada

paso.

—¡Quiero saberlo! —gritó—. ¡Quiero saber por qué después de acusar a mi hermana injustamente aceptó este duelo y ni tan siquiera osó defenderse!

—Me equivoqué —gimió Richard.

—¿Sabes dónde está ella? —preguntó Robert.

—Si... —susurró—. Es la duquesa de Sheraton.

—¡Eso es imposible!, ¡Tu anulaste el matrimonio y de no hacerlo no habrías tenido porqué venir! —exclamó Robert confundido.

—No soy el duque de Sheraton y jamás lo seré —confirmó Richard.

—¿Quieres decir que ella...

—Se casó con mi tío.

—¡Oh dios mío! —exclamó Robert llevándose las manos a la cabeza.

—Eso restaura el honor de tu hermana, Robert —confirmó Richard.

—Si ya sabías eso, ¿Por qué no me lo dijiste?, ¡Podrías haber evitado esto! —gritó.

—Porque me lo merecía... merezco morir por lo que le hice a tu hermana —contestó seriamente dejando a todos en silencio sin saber qué decir.

Julia había establecido una rutina diaria para hacer su estancia en aquella casa más amena. Cada mañana se levantaba a tomar el desayuno junto Thomas, su esposo a pesar de no considerarlo así y por su parte, el duque tampoco la trataba realmente como a una esposa, sino más bien como a una hija. Era bueno con ella, amable y quizás demasiado considerado puesto que al descubrir su pasión por la lectura había hecho que actualizaran la biblioteca y le trajeran todos los ejemplares de sus escritores favoritos. Había llegado un punto en el que casi no se atrevía a hablar, puesto que el duque se tomaba tan enserio sus palabras que temía que, si decía lo que le apasionaba el chocolate, le trajeran cantidades industriales de éste. Después del desayuno daba un paseo por los jardines y pasaba gran parte de la mañana leyendo al aire libre si el tiempo lo permitía. Las tardes las dedicaba a pintar o escribir sus relatos inacabados. Recientemente había enviado cartas a sus amigas para contarles las buenas nuevas, tanto su boda con el duque de Sheraton como su reciente descubrimiento de que sería madre. El médico había confirmado sus más que evidentes sospechas y en su vientre crecía la semilla viviente de Richard.

Richard... por más que quería evitar pensar en él, era imposible. Sabía que con el tiempo terminaría olvidándole por completo, tal vez todo estaba demasiado reciente para hacerlo y por eso aún podía notar el dolor en su pecho, ese dolor de un corazón destrozado.

—Mi *lady* —escuchó Julia a su espalda y se giró para ver a la doncella que la llamaba.

—¿Sí? —respondió inmediatamente. Probablemente fuera a preguntarle algo relacionado con el menú del día.

—Un caballero pregunta por usted —contestó la doncella.

—¿Un caballero? —gimió confundida—. Nadie la buscaría allí a menos que se tratara de alguna de sus amigas si es que habrían recibido su correspondencia, pero era demasiado pronto y en todo caso, las mencionaría a ellas y no a un caballero.

—¿Ha mencionado su nombre? —preguntó intrigada.

—Si mi *lady* —contestó algo sonrojada la sirvienta—. Dice ser el señor Benedict.

—¡Robert! —exclamó de pronto Julia mientras salía con premura de sus aposentos y se dirigió hacia la escalera donde desde la gran altura divisó el gran porte e inconfundible cabello castaño de su hermano mayor—. ¡Robert! —volvió a gritar llamando su atención y se remangó el vestido mientras bajaba las escaleras con rapidez hasta llegar a sus brazos donde se sintió protegida de nuevo, ¡Oh dios!, ¡Cuánto había necesitado ese abrazo de su hermano!

—Pequeña... —susurró Robert—. Siento todo esto, de verdad que lo siento con todo mi ser —gimió—. Ha sido mi culpa. Todo esto ha sido por mi culpa, yo te obligué a pesar de que me lo advertiste.

—No Robert —susurró Julia en respuesta—. Tú solo cumplías con tu deber como mi tutor, ni siquiera yo pensé que sería capaz de hacer lo que hizo.

—Eso no me hace sentir mejor... —terció.

—Por favor Robert —gimió Julia rozándole la mejilla—. Ahora soy la duquesa de Sheraton y te aseguro que el duque me recuerda en parte a padre, es tan bueno conmigo que compensa todo lo que su hij...quiero decir sobrino me ha hecho.

—¡Pero te tuviste que casar con él para arreglar lo que ese canalla te hizo! —

gritó no pareciendo haber entendido la confusión de Julia.

—En realidad lo hice para que mi hijo fuera reconocido —confesó Julia.

—¿Tu hijo? —escupió Robert—. ¿Tu hijo? —gritó más alto—. ¡Debí matar de verdad a ese mal nacido y no herirle en el hombro como hice!

—¿Herirle? —preguntó Julia.

—Si... me enfrenté a duelo con él —contestó como si fuera lo más habitual del mundo.

—¿Un duelo? —exclamó Julia—. ¡Oh dios mío!, ¿Por qué hiciste eso?

—¡Porque ese canalla te acusó de algo que no hiciste! —gritó enfurecido—. ¿Esperabas que me quedara sentado de brazos cruzados?, ¡Incluso fui al ducado de Florencia donde él aseguraba que estarías!

—¿Al ducado de Florencia?, ¿Por qué debería estar allí? —preguntó intrigada.

Era cierto que había pensado en irse allí en un principio, pero eso Richard no podría saberlo, era imposible que lo supiera.

—Hayden aseguró que tu amante era el forastero, *lord* Guicciardini, pero después reconoció su error cuando volví para enfrentarme de su falsa acusación contra ti, fue él mismo quien propuso llevar a cabo el duelo para saldar tu honor. De hecho, ni tan siquiera se atrevió a decir que eras la esposa de su tío hasta que el combate terminó.

—¡Te podía haber matado! —gritó Julia propinándole un golpe en el hombro.

—Ni siquiera se defendió —susurró observando a su hermana.

—¿No lo hizo?, ¿Es que quería morir? —preguntó llevándose una mano a su vientre sin saber porque razón lo hacía.

—Aseguró que era lo que se merecía por el daño que te había causado.

—Un poco tarde para arrepentirse —contestó Julia tratando de creerse sus mismas palabras y no revelar que en cierta forma, conseguían pellizcarle el corazón.

—De todas formas, no volverá a molestarte —dijo Robert con cierto tacto.

—¿Te advirtió que no lo haría? —preguntó contrariada consigo misma.

—No —contestó serio—. Pero dudo que en la marina real británica tenga mucho tiempo libre.

—¿La marina real? —exclamó Julia consternada.

—Sí —afirmó Robert—. Admito que me sorprendió cuando recibí su nota asegurándome que se marcharía lejos de la ciudad. Creo que fue una forma de decirme que desaparecería de nuestras vidas.

En ese momento Julia no supo que responder, era como si su lengua se hubiera quedado dormida y apenas pudiera balbucear palabra alguna. De todas las situaciones en las que había imaginado a Richard, jamás se le ocurrió pensar que él se alistaría en el ejército. Se iría... se marcharía lejos de allí para siempre.

¿No era eso lo que deseaba?, ¿Lo que había querido con todas sus fuerzas? Se preguntó a sí misma. Sí. Lo era, pero eso no cambiaba el hecho de que en el fondo fuera incapaz de no sentir un ahogo incompresible en su pecho. Solo que no se dejaría arrastrar por esa sensación de nuevo. Si era el camino que él había elegido, mejor para ella y mejor para su hijo.

—Es mejor así —afirmó Julia observando a su hermano que parecía estudiar sus movimientos y aparentando normalidad—. Ven —dijo de pronto—, quiero que conozcas al duque de Sheraton.

—Querrás decir a tu esposo —aclaró Robert.

—Sí, aunque nunca me dirija a él de ese modo —contestó con una vaga sonrisa.

Tal como había imaginado Julia, su hermano quedó bastante satisfecho con el trato del duque hacia ella. Tal vez siguiera sintiendo esa culpa de la que había suplicado su perdón momentos antes, pero nadie podía cambiar el pasado, ni tan siquiera ella previó que las cosas sucederían de aquella forma y que Richard estaría dispuesto a llegar tan lejos. Quizá su destino había sido siempre ser la duquesa de Sheraton, solo que jamás pensó que lo sería de la mano del propio padre de Hayden y que la angustia que sentía hacía tan solo unas semanas por su futuro y el de su pequeño, se solventaría de aquella forma tan fortuita para todos. Al menos para todos los presentes menos para Richard.

—Querida —habló el duque durante la cena mientras conversaba con Robert que había aceptado quedarse unos días en la mansión familiar de los Hayden.

—¿Sí? —habló Julia cuando fue consciente de que la reclamaban. Su mente no podía dejar de imaginarse a Richard en uniforme. Richard combatiendo.

Richard luchando... Richard muerto en combate.

—Le preguntaba a tu hermano si cree conveniente que invitemos a la señora Benedict —aclaró.

—¿A madre? —exclamó aturdida mirando a Robert que en ese momento se encogió ligeramente de hombros.

—Tarde o temprano ha de enterarse de las buenas nuevas —anunció Robert—. Quizá le venga bien una buena noticia después de tantos disgustos.

—Entonces no se hable más —aclaró el duque—. Mañana mismo pediré a uno de mis lacayos que vaya hasta la ciudad con una invitación.

—En realidad se encuentra en Bath tomando sales —aclaró Robert—. Tras la noticia de la anulación del matrimonio comenzó a sentirse mal y decidí que lo mejor era enviarla lejos de Londres.

—Muy conveniente —contestó tranquilo su excelencia—. Entonces enviaremos la invitación directamente a Bath.

—¿Crees que madre me perdonará algún día? —preguntó Julia sabiendo el discurso que debería soportar cuando cruzara aquellas puertas.

Ella no era una mujer que se dejara amedrentar, pero lo cierto es que temía la reacción de su madre hasta el punto de que ni tan siquiera sabía cómo no la había repudiado.

—A pesar de lo que crees, madre sabe que no fue tu culpa —aclaró Robert—. Aunque jamás lo admita y te culpe de los errores de tu matrimonio, ella fue la primera en defenderte cuando Sylverston vino a darnos de la noticia.

—¿En serio? —gritó Julia asombrada.

—Deberías haberla visto —respondió Robert—. Yo mismo tuve mis dudas porque incluso llegué a pensar que dado el comportamiento de Hayden, sería una acción de rebeldía por tu parte, pero cuando madre comenzó a decir que su hija jamás osaría a hacer algo así, todas mis dudas se despejaron.

—Tal vez cambie de opinión cuando sus amigas comiencen con sus habladurías sobre mí y más aún cuando descubran que tendré un hijo pronto —susurró Julia.

—No te debes preocupar por eso ahora. Además, nadie en la ciudad supo de la anulación. Nosotros lo supimos por Henry puesto que, al ser el presidente de la cámara de lores, debía estar presente en representación de la cámara,

pero en realidad no se hará público hasta varias semanas después de que el juez lo inscriba en acta.

—Creo que definitivamente no volveré a pisar Londres jamás —confesó Julia no queriendo formar parte de las miradas, burlas y comentarios malintencionados como ya le había ocurrido cuando lo hizo por última vez.

—Jamás osarían decirte nada ahora que eres duquesa —intervino su excelencia que hasta ahora había permanecido en silencio—. Es más, con toda probabilidad fingirán que no ocurrió nada, pero en tu estado... te recomendaría permanecer aquí alejada del bullicio y la concurrencia de la ciudad.

—Gracias Thomas —sonrió Julia en agradecimiento—. Lo cierto es que me gusta estar aquí y es mi deseo que mi hijo nazca en esta casa, en el lugar que le corresponde.

Richard se había deshecho de casi todas sus pertenencias. Las pocas de valor las había vendido, incluso su propia casa la había rentado para no tener una excusa a la hora de volver. Se iría. Se había prometido a sí mismo que se marcharía si salía con vida de aquel duelo y así lo haría. Se había alistado en la marina real para asegurarse de que apenas pisaría suelo londinense. Pasaría largas estadias en alta mar y si era necesario, lucharía en combate y afrontaría la muerte dignamente. Lo que fuera para no estar allí porque de lo contrario era consciente de que la buscaría, rogaría por un perdón que jamás llegaría y se lamentaría de su existencia hasta su propia consumición.

—El ama de llaves me ha confirmado que partirás esta misma tarde. Ni tan siquiera tienes el hombro curado, ¿No crees que te estás precipitando? —aseguró David que había ido a visitar a su amigo para tratar de persuadirlo de su siguiente locura.

—El médico dijo que no sería un problema si no dejo que se infecte y cambio adecuadamente el vendaje —contestó Richard—. Además, el navío de la guardia marina zarpa esta misma tarde y no se sabe cuándo será el próximo. No tengo nada que hacer aquí —afirmó muy seguro de sus palabras.

—Si es por dinero yo puedo ofrecerte un trabajo en la fábrica. —Habló David—. O prestártelo para abrir tu propio negocio —insistió.

—Ambos sabemos que no soy un hombre de negocios —confirmó Richard cogiendo la bolsa y cargándola al hombro que no tenía dañado. A pesar de eso un gesto de dolor se evidenció en su cara, aún le dolía hacer cualquier

ligero movimiento, pero al menos el dolor le haría sentirse vivo—. Y además ambos también sabemos que si me alisté en la marina real es por alejarme de aquí, no podría quedarme y ver como ella sigue su vida lejos de la mía.

—¿Volverás? —preguntó David aturdido por no saber exactamente qué decir. Quizás aquel momento no era solo una despedida momentánea, sino un “hasta siempre” de los que jamás volverían a verse.

—No lo sé —confesó—. Tal vez no... —se sinceró.

No creía que volviera, no cuando no había razón alguna para volver teniendo en cuenta que lo único que deseaba jamás sería para él.

Julia jugueteaba con los pies descalzos en el borde de aquel pequeño arroyo. Vivir alejada de la ciudad tenía sus partes buenas. No existía el bullicio de la gente y en cambio se podía respirar la tranquilidad y el aire puro que acompañaba el lugar. Podía cerrar los ojos y sentir el canto de los pájaros, la suave brisa en su rostro o el olor de la hierba fresca que la rodeaba.

Como cada tarde, pasaba al menos dos horas junto a aquel arroyo mientras dejaba su imaginación vagar, escribiendo todo aquello que se le ocurriera. Todo había comenzado como una distracción para evitar pensar en él de nuevo y con los días y meses había ido tomando forma hasta el punto de que estaba terminando de escribir su primera novela al fin y no aquellos relatos incompletos que siempre dejaba a medias, pero debía reconocer que cada palabra escrita en aquella historia era una forma para desahogarse de ese sentimiento aferrado que mantenía su alma en vilo.

¿Por qué no podía simplemente desaparecer de sus pensamientos?, ¿De su corazón?, ¿De cada parte de su ser? A pesar de no haber tenido noticia alguna desde que Robert le dijo que se alistó en la marina real y posteriormente Thomas lo confirmó alegando que había partido de Londres, una parte de ella que siempre la acompañaba y la tenía presente cada día desde que se levantaba hasta que se acostaba, le hacía recordarlo.

Su enorme y abultado vientre ahora de casi ocho meses le hacía rememorar el rostro de Richard cada uno de sus días y ni tan siquiera era incapaz de no sentir preocupación por él a pesar de todo el daño que le había causado, de humillarla y demostrarle de mil maneras que la detestaba, que la odiaba y que jamás la había querido.

Quería odiarlo, deseaba detestarlo y por alguna razón no podía hacerlo por más que quisiera. Tal vez fuera su embarazo el culpable de sentir aquella nostalgia constantemente. La misma que cada noche hacía abrazarse a su almohada y derramar esas lágrimas por él y por la vida que pudo haber tenido a su lado si hubiera sido de otro modo.

Era una ilusa, una completa y absoluta ingenua por añorar algo que de sobra fue consciente que nunca tendría. Ella siempre había perseguido sus deseos, sus sueños... y con Richard todo salió al revés. Si jamás le hubiera pedido aquel beso ahora estaría casada con alguien a quien detestaba, pero probablemente no tendría el corazón destrozado. Únicamente añoraría un amor que jamás tuvo, pero desconocería como era realmente el hombre al que había amado sin llegar a decepcionarla.

Aunque algo bueno sí que le había dado a pesar de todo. Iba a obtener algo de Richard, algo único que jamás le podría arrebatar y por insólito que pareciera, cada vez que acariciaba su vientre deseaba que se pareciera a él, lo deseaba con tanto ahínco que podía hasta soñar con sus ojos verdes, los mismos ojos que veía en Thomas cada día. Probablemente se debía a eso, a Thomas. De algún modo ella quería compensar con su hijo todo el cariño que le fue privado con Richard, deseaba que, de alguna forma, el duque se deshiciera de esa espina que aún permanecía clavada por la culpabilidad y sobre todo, por no poder llamar a su hijo como le correspondía, viviendo con la conciencia de que éste le detestaba.

—Mi *lady*

Julia escuchó la voz tras ella y se giró levemente para reconocer a su doncella.

—¿Ya es la hora? —preguntó extrañada fijándose en el sol que aún permanecía demasiado alto para ser la hora de la cena, pero habían sido tantas ocasiones en las que había perdido la noción del tiempo que no lo dudaba.

—No mi *lady*, son los duques de Lennox, ya han llegado —contestó sonriente.

—¡Oh! —exclamó Julia—. ¡Qué ganas tengo de conocer a los pequeños! —gritó levantándose sin demorar más de lo necesario a pesar de que ya no poseía la agilidad que tenía hacía tan solo unos meses con su abultado vientre. Al menos no iba a tener gemelos, eso seguro, porque no gozaba de tanta anchura como en su día la tenía Catherine.

Julia entró en el gran salón divisó a Catherine sentada con uno de los pequeños en brazos y la estampa la conmovió. Dentro de solo unas semanas ella se vería exactamente igual y en cierta forma le daba pavor enfrentarse sola a esa situación. Vio a David junto a ella y como observaba a su esposa acariciar a su pequeño. Jamás tendría aquello y saberlo le dolía en el alma, pero en cambio fingió una sonrisa porque se alegraba de que su amiga sí lo tuviera.

—¡Por fin voy a conocer a estos hermosos pequeños! —exclamó sonriente acercándose a ella y viendo al pequeñín sonriente, le acarició levemente la mejilla y sonrió aún más—¿Dónde está la más hermosa de las criaturas? —preguntó entonces, pero solo tuvo que alzar la vista para ver a la doncella sonreír mientras sostenía a la pequeña en brazos y se acercó a ella. Podía distinguirse por los bordados azul y rosa quien era quien.

—Lamento no haber podido venir antes Julia. —Comenzó a excusarse Catherine—, pero David no podía ausentarse de la fábrica y no me atreví a venir sola siendo un viaje tan largo.

—Tranquila —se adelantó Julia—. Es comprensible, yo tampoco habría venido en tu lugar y en mi estado tampoco me atrevía a viajar.

—Ahora que la temporada ha terminado, todo está mucho más tranquilo en la ciudad —intervino David permaneciendo de pie junto a su esposa.

—¿Cómo se llaman? —preguntó deleitándose en la hermosa pequeña que permanecía completamente dormida.

—Darren y Amelia —contestó sonriente Catherine.

—La llamaste como ella... —gimió Julia sorprendida.

—Quiero que sea tan fuerte y tan valiente como su tía —respondió Catherine con cierto brillo en los ojos que le causó nostalgia a Julia

—¿Y qué tal está todo?, ¿Cómo está Susan?, ¿Está muy nerviosa por la proximidad de su boda? —preguntó para cambiar de conversación porque no deseaba formar un reguero de lágrimas, más aún por la facilidad que tenía

últimamente para que éstas salieran. Además, hacía tiempo que no tenía noticias de su amiga que se casaría en pocas semanas y ni tan siquiera sabría si podría asistir a la ceremonia debido a su embarazo.

—Sí. Lo cierto es que su madre no la deja sola ni a sol, ni a sombra, es como si creyera que Susan pudiera fugarse o algo similar —contestó Catherine airada—. Cuando vino a visitarme para conocer a los gemelos quise hablar un momento a solas con ella y me resultó imposible por más que insistí en que quería enseñarle unos tapices como excusa, su madre se pegó a nosotras como y no hubo forma alguna de conseguirlo —suspiró Catherine.

—Tal vez tenga motivos para sospechar que podría hacerlo —contestó Julia—. Susan me confesó que no amaba al duque de Buccleuch y aunque no me contó las razones, es lógico pensar que la están obligando a ese matrimonio puesto que ella prefería permanecer como una solterona, antes que casarse con un hombre al que no amaba.

—Pero el duque es un hombre apuesto —terció Catherine ante la mirada asombrada de su esposo—. Tranquilo mi amor, tú eres mucho más apuesto que el duque de Buccleuch. A lo que me refiero es que podría haber sido mucho peor dado que comenzaba a ser una solterona después de más de tres temporadas sin éxito.

—Ha rechazado numerosas propuestas de matrimonio, por lo que no se podría considerar como un fracaso —contestó Julia.

—Lo que cuenta es que sigue soltera Julia. A pesar de que la aprecie por ser mi amiga, la triste realidad es otra —respondió Catherine.

—Lo sé... —susurró—. Sé muy bien cuál es la realidad y lo que implica la sociedad —añadió siendo consciente de su situación.

—¡Perdóname! —gimió entregando a su pequeño que se había quedado dormido a David, mientras veía que la pequeña seguía en brazos de la doncella y se acercaba a Julia—. Mi visita debía aportarte felicidad y distracción, no recuerdos que probablemente no desees recordar.

—Estoy bien Catherine, de verdad —mintió—. Ha pasado bastante tiempo y ya lo he superado. Tengo a mi hijo y eso es lo único que importa —añadió acariciándose el vientre y notó la caricia de su amiga en su mano.

—Verás que te aportará una dicha tan enorme, que ni siquiera sabrás que podrías llegar a amar tanto —dijo Catherine en voz baja.

Julia sonrió e iba a añadir unas palabras de agradecimiento cuando fueron interrumpidos.

—Mi *lady*. Disculpe la intromisión, pero hay un mensajero urgente que desea entregarle una carta a su excelencia —anunció el mayordomo.

—¿Un mensajero urgente?, ¿Te ha mencionado de parte de quién viene? —preguntó extrañada Julia.

—No mi *lady*, no ha sido necesario —anunció el mayordomo—. Lleva uniforme de la armada real.

¡Richard! Gimió Julia en sus adentros y se levantó en cuanto vio al esposo de Catherine apresurarse hacia la entrada. Cuando al hall divisó al hombre debidamente uniformado aguardando.

—Señor, mi *lady* —saludó el hombre uniformado—. Traigo órdenes de entregar un mensaje urgente para el duque de Sheraton y su familia.

—El duque no se encuentra en este momento, pero yo soy su esposa, la duquesa de Sheraton —afirmó Julia con cierto temblor en su voz.

—Lo lamento, mi *lady* —dijo entonces entregando la nota.

Julia no entendió a qué se refería así que rompió el sello que mantenía cerrada la carta y devoró ávidamente las palabras:

La guardia marina inglesa, lamenta tener que informarle de que el Teniente Hayden ha sido declarado muerto en combate. Su familia recibirá los honores por los que...

No pudo seguir leyendo, su visión se volvió borrosa, el aire no llegaba a sus pulmones y de pronto todo daba vueltas a su alrededor.

—No ha muerto... —susurró Julia—. No ha podido morir...—insistió mientras se llevaba una mano a su vientre—. ¡Aaaaahhhhhhhh! —gritó entonces de dolor, pero no por el dolor que sentía su pecho que también era fuerte, sino de un dolor real atravesaba su cuerpo.

—¡Dios mío Julia! —exclamó Catherine al ver la sangre que había traspasado las capas de su vestido—. ¡Deprisa David!, ¡Trae a un médico! —gritó a todo pulmón mientras cogía a Julia por la cintura que permanecía acongojada por el dolor que debía estar sufriendo.

—¡Sí!, ¡Claro!, ¡Sí!, Voy enseguida —comenzó a responder sin saber que hacer David que estaba atónito por la noticia de la muerte de su amigo y al mismo tiempo acongojado por la situación de la amiga de su esposa. Dejó al pequeño que sostenía en brazos con una de las doncellas que enseguida se prestó a cogerlo y salió velozmente de aquella casa bajo las directrices del mayordomo que le indicaba donde localizar al médico del pueblo más cercano.

—Julia escúchame —hablo Catherine calmada. Después de todo ya había asistido el parto de Emily, aunque por la sangre intuía que aquello no iba a ser muy fácil para su desgracia.

—No ha muerto... no ha muerto... no ha podido morir —decía una y otra vez Julia.

—¡Julia tu bebe viene de camino! —gritó Catherine para que reaccionara.

—Mi bebé... ¡Es muy pronto aún! —exclamó y seguidamente se volvió a torcer de dolor mientras gritaba de nuevo y Catherine trataba de sostenerla para que no se desplomara en el suelo.

—¡Ayúdenme! —gritó Catherine no pudiendo sostenerla ella sola y enseguida dos de los sirvientes llegaron hasta ella sujetando a la duquesa de Sheraton—. Hay que llevarla arriba, a su habitación. ¡Preparen paños limpios y agua hervida! —gritó—. Esto no va a ser nada fácil —añadió en un susurro. Solo esperaba que David no se demorase mucho en llegar con el médico porque los partos prematuros, no eran nunca un buen presagio.

—Mi *lady*, la duquesa está perdiendo mucha sangre... —susurró una de las doncellas en voz baja a Catherine.

—Lo sé, debe tener ya al bebé o ninguno de los dos tendrá posibilidades de vivir —terció Catherine preocupada. No hacía falta ser médico para ver la cantidad de sangre que su amiga estaba perdiendo y que algo andaba mal.

—Probablemente el bebé ya nazca muerto mi *lady*. No podemos esperar a que llegue el médico —añadió la mujer preocupada.

—Está bien —contestó Catherine asustada. No se podía permitir que Julia muriera y tener la culpa a sus espaldas de poder haberlo evitado si hubiese actuado antes—. Escúchame Julia —dijo acercándose a su amiga—. Tienes que empujar, aunque te duela muchísimo, debes hacerlo ¿Lo comprendes?

—Si —afirmó Julia empapada de sudor y Catherine detecto que comenzaba a

tener fiebre cuando palpó su frente.

—¡Vamos!, ¡Empuja! —la apremió.

—¡Aaahhhhhhhh! —gritó con todas sus fuerzas aferrándose al cabecero de madera de la cama en la que estaba tumbada.

—¡Con más fuerza! —volvió a decir Catherine.

—¡No puedo! —sollozó—. ¡No puedo hacerlo!

—¡Puedes!, ¡Y lo harás! —le gritó Catherine decidida—. Eres la mujer más terca que conozco y no pienso dejar que te mueres, ¿Me oyes?, ¡Tu hijo te necesita!, ¡Así que empuja!

Julia apretó los dientes, se incorporó y volvió a gritar de nuevo al mismo tiempo que sentía un dolor perforándola mientras la abrasaba.

—¡Eso es!, ¡Sí! —gritó Catherine—. ¡Otro más y todo habrá terminado Julia! —insistió.

—No puedo más... —susurró ahora sin fuerzas.

—Hazlo por él Julia... tu hijo debe vivir por él... —dijo acariciándole la mejilla.

Richard... su hijo era de Richard y debía vivir para continuar su linaje. Con la imagen del único hombre que había amado en su vida, aunó las pocas fuerzas que le quedaban y empujó hasta que la última gota de aliento que le quedaba la expulsó en ese instante, después todo fue negro y se abandonó a aquella oscuridad.

Richard abrió los ojos lentamente, los párpados le pesaban y la claridad que se filtraba le hacía no poder ver nítidamente lo que sucedía a alrededor. Tardó largos minutos en poder acostumbrarse a la luz del lugar, notaba todo su cuerpo dolorido y al mismo tiempo adormecido.

Escuchó unas voces lejanas, ¿Dónde estaba?, ¿Qué ocurría? No reconocía en absoluto el lugar y menos aún había estado allí con anterioridad. Rememoró entonces la batalla, al igual que recordaba haber caído al agua cuando le hirieron en la pierna y pensó que no sobreviviría, sus últimos pensamientos fueron para rememorar la imagen de aquel rostro inmaculado de ojos bronce que estaba grabado a fuego en su alma.

—¡Teniente Hayden! —escuchó de pronto una voz acompañada de unos pasos y divisó a un oficial que se acercaba—. ¡Veo que al fin ha despertado!

—¿Dónde estoy? —preguntó llevándose una mano a la cabeza para tratar de paliar el dolor que sentía.

—A salvo —contestó el oficial—. Uno de los barcos mercantes le rescató del agua y le trajo hasta esta isla, su herida se infectó, ha estado varias semanas inconsciente y delirando. Afortunadamente para usted, la gente de aquí es bastante hospitalaria y le prestaron ayuda. Hace tan solo unos días que nos

comunicaron de su existencia mi teniente, pensábamos que había muerto.

—Yo también lo pensé —susurró Richard.

—¿Dónde está el comandante Hook? —preguntó Richard una vez que se había habituado a la luz que comenzaba a dejar de cegarle.

—Murió junto al resto de marines mi teniente —confirmó el oficial.

Richard contrajo el ceño, debía haberlo imaginado cuando sus fuerzas menguaban a cada instante durante el combate. Es más, él mismo no sabía cómo había sobrevivido cuando su último recuerdo fue caer al agua y sentir el golpe.

—¿Hubo supervivientes? —se atrevió a preguntar.

—Apenas veinte que tengamos constancia. Entre ellos un suboficial mayor y usted —contestó el oficial.

¡Dios santo!, ¡Eran más de doscientos los marines que había en su barco!

—¿Quién está al mando del ataque? Necesito hablar con un superior, no hay tiempo que perder. —confirmó Richard intentando levantarse.

—Tengo órdenes de acompañarlo en cuanto se sintiera dispuesto mi teniente.

—Estoy más que dispuesto —verificó Richard incorporándose lentamente para no tambalearse después de llevar tantos días postrado en aquel camastro. Por suerte para él, el capitán Hertford no le hizo esperar, sino que le recibió inmediatamente.

—Capitán —habló Richard cuadrándose en su saludo en cuanto entró en aquel improvisado despacho.

—Teniente, descanse —contestó el capitán Hertford respondiendo a su saludo y sentándose en una silla tras aquella mesa que hacía las funciones de escritorio.

El lugar en el que se habían instalado parecía unas ruinas abandonadas, desde allí dirigían la operación que se les habían encomendado mientras recolectaban víveres.

—Es usted el oficial de rango más alto que ha sobrevivido a su navío teniente Hayden —comenzó a hablar el capitán mientras apartaba una documentación como si buscara algo—. Y el que queda entre nosotros exceptuándome a mí, por supuesto —añadió con pesar.

—Estoy a sus órdenes capitán —terció Richard.

—Necesito que vuelva a Inglaterra teniente y que lleve un informe detallado de lo que realmente está sucediendo aquí.

—¿Inglaterra? —preguntó Richard estupefacto—. ¿No sería mejor tenerme aquí al frente de sus tropas capitán?

No deseaba volver... no porque sabía lo que eso implicaría. Querría verla, una última vez, aunque fuera.

—Es una orden teniente —rebató Hertford—. Aquí tiene la misiva, partirá en tres días. Esté preparado.

—Sí capitán —mencionó Richard cuadrándose de nuevo y saliendo de aquel improvisado despacho.

Iba a volver a Inglaterra después de estar casi ocho meses fuera. Había contado cada uno de los días a pesar de desear no hacerlo y por sus cálculos, su hijo habría nacido y ni siquiera sabía cómo se llamaba. Sintió pesar, ¿Cómo sería una criatura que llevaba su misma sangre?, ¿Tendría el color de ojos de su madre? Daría lo que fuera por poder ver a Julia de nuevo, por no tener que imaginarse cómo sería la imagen con su hijo en brazos, sino poder hacerlo con sus propios ojos.

Julia despertó intentando estirar sus músculos entumecidos y sintió como le dolía todo el cuerpo.

—Ha despertado.

Escuchó el susurro y giró su rostro para ver las tres figuras sonrientes que se acercaban hasta sentarse a su alrededor.

—Buenos días dormilona —dijo Susan sonriente.

—¿Me he muerto? —pronunció Julia con voz pesada.

Emily fue la primera en echarse a reír de las tres.

—No —pronunció Catherine—. Pero me diste un susto —añadió.

—Yo pensé que me había llevado la peor parte con el parto de Linette, pero al parecer tú me has ganado querida —dijo Emily mientras sonreía con cierta nostalgia y acariciaba su rostro para apartarle el cabello.

—¿Qué ha pasado?, ¿Me desmayé? —preguntó Julia recordando imágenes durante el parto y el dolor punzante que la atravesaba al mismo tiempo que notaba como las fuerzas la abandonaban.

—Perdiste mucha sangre. Según el médico sufriste un desgarro y estuviste a punto de morir por la pérdida de sangre tan abundante. Nos has dado un buen susto querida —volvió a decir Catherine que era la que había sufrido en carnes propias toda la angustia hasta que Susan y Emily llegaron tras enviarles una misiva urgente.

—¿Y mi hijo?... ¿Él no... —No se atrevía a preguntarlo.

Era consciente que en los partos prematuros pocos niños sobrevivían, si Catherine le confirmaba que su hijo había muerto, su vida se habría acabado.

—Tranquila —contestó Catherine sonriente y le cogió la mano—. El pequeño se encuentra sano y fuerte, sobre todo para ser un bebe prematuro.

—¡Oh dios!, ¿Es un niño? —gimió entre lágrimas—. ¡Quiero verlo!, ¡Quiero ver a mi pequeño! —dijo ahora tratando de incorporarse y haciendo caso omiso al dolor que sentía en cada poro de su piel.

Le daba igual cuánto dolor tuviera que soportar si con ello veía a ese ser que había llevado dentro de ella ocho meses, que había soñado con que fuera tan parecido a su padre como fuera posible y sobre todo, que había rezado cada día para que tuviera sus mismos ojos.

—Yo misma lo traeré —se adelantó a decir Emily mientras la veía marcharse de la habitación.

—El médico temía que enfermaras debido a tu debilidad y siendo un bebé prematuro no estimó conveniente que estuviera cerca, así que una nodriza ha estado alimentándolo estos días —dijo Catherine para explicar la situación.

—¿Días? —exclamó Julia.

—Has estado inconsciente durante siete días Julia —confirmó Catherine.

—¿Tanto tiempo? —susurró anonadada.

—Emily y yo llegamos hace tres días en cuanto Catherine nos avisó de la situación grave en la que te encontrabas.

—Debí estar realmente mal si tu madre te dejó venir —contestó Julia.

—En realidad ni siquiera se lo pregunté. Dejé una nota diciendo que me marchaba con los duques de Sylverston inmediatamente hacia aquí porque estabas muy grave y no me importó lo que opinara —dijo con una sonrisa cómplice.

—¡Puedo confirmar que Henry me ha propuesto secuestrar a este pequeñín!

—exclamó Emily nada más entrar en la habitación mientras se reía—. Dice que un niño no puede ser tan hermoso —añadió mientras caminaba hacia la cama para depositar al pequeño que estaba algo inquieto entre los brazos de su madre por primera vez.

—¿De verdad es él? —preguntó Julia con los ojos llorosos de la emoción que estaba sintiendo en ese momento.

—Creo que, con esos inconfundibles ojos verdes, no hay duda alguna de que es tu hijo —respondió Emily sonriente.

Pero Julia ya no estaba en esa habitación... sino que estaba perdida en las esmeraldas de color verde de su pequeño bebe y en la sensación que sentía tan increíblemente inexplicable.

—Richard —susurró en un tono de voz tan bajo, que si no fuera porque todas estaban en silencio no la habrían escuchado.

Tanto Catherine como Susan y Emily permanecieron en silencio, porque eran conscientes de que él había muerto y que precisamente la noticia había desatado su parto prematuro.

—Querida... —comenzó a decir Emily con tacto.

—Se llamará Richard como su padre —terció Julia que seguía en su propio mundo, a años luz de allí.

—Es un nombre precioso —contestó Emily irrumpiendo el silencio que las rodeaba a todas y miró con inquietud a Catherine.

—¡Si!, ¡Por supuesto! —añadió rápidamente Catherine haciéndole un gesto en complicidad.

Era evidente que no sabían qué decir, teniendo en cuenta el fallecimiento tan reciente del teniente Hayden y de lo que este hecho había afectado a Julia como para precipitar su alumbramiento de aquella forma. Era como si temieran mencionarlo por su propio bienestar.

—¿Cómo se encuentra Thomas? —preguntó Julia saliendo de su ensoñación por un instante y pensando en cómo se debería sentir el duque tras conocer la noticia del fallecimiento de Richard.

Debía reconocer para sí misma que si no estaba derramando una lagrima en ese momento era únicamente porque la felicidad de tener a su hijo en brazos igualaba su sensación de nostalgia por conocer su pérdida, pero era imposible

no sentir esa opresión en el pecho, esa angustia de saber que jamás volvería a verlo, aunque fuera una única vez... de decirle demasiadas cosas a pesar de saber que eso no cambiaría los hechos, ni le harían cambiar a él. Se había marchado para siempre y ni tan siquiera supo cuánto le había amado, que aún le amaba.

—Estaba muy preocupado por ti y por bebé —contestó Susan con calma—. Ha estado muy pendiente de tu evolución y no había día que no se pasara a visitarte.

—Me gustaría verle —contestó Julia—. Debe haber sido un golpe para él la muerte de...

No pudo terminar de decirlo porque ni ella misma deseaba asimilarlo aún.

—Iré a avisarle de que has despertado y deseas verlo —habló Catherine levantándose y saliendo de la habitación.

—¿Crees que podrías llegar a amar al duque de Sheraton algún día, Julia? —preguntó con voz ida Susan.

—Aprecio al duque, pero solo le amaría como a un padre. En realidad, es la función que desempeña desde que me casé con él —aclaró Julia a su amiga—. Solo me propuso matrimonio para reconocer a mi hijo.

—Lo sé —afirmó Susan—. Catherine y Emily me lo contaron cuando llegué aquí. Al principio casi no podía creerlo, pero en realidad le concedo el honor a ese hombre por salvar tu reputación y la de tu hijo que no tiene la culpa de que su padre... —Susan guardó silencio por no querer ahondar más aún en la herida.

—Que su padre ya no esté no cambia lo que hizo, pero no modifica el hecho de que lo amase con todo mi corazón a pesar del sufrimiento que me causó por juzgarme antes de intentar conocerme —contestó con una templanza que ni ella misma era capaz de saber que la tenía—. Mi hijo es lo único que me quedará de él.

—¿Le has perdonado? —preguntó Emily con tacto.

—No lo sé... —confesó acariciando las mejillas de su pequeño que se había quedado dormido y respiraba con tanta calma que su propia paz se la transmitía conseguía transmitírsela a ella misma—. Siento dolor por lo que me hizo, pero también lo siento al saber que no volverá. Es... confuso.

—*Lady Emily*, su esposo me envía para decirle que requiere de su presencia. Una de sus hijas está demasiado inquieta —anunció una de las doncellas entrando en la habitación que mantenía la puerta abierta.

—Enseguida voy —contestó Emily levantándose—. Eso es una forma sutil de decir que Catherine está pataleando en el suelo y llorando por algo de lo que se ha debido encaprichar —añadió con una sonrisa divertida mientras apretaba la mano de Julia y se marchaba.

—¿Te preocupa tu enlace con el duque de Bucleauch? —preguntó Julia en cuanto Emily salió por la puerta.

—No puedo negarlo. Me conoces demasiado para saber que no deseo ese matrimonio porque no amo al duque —afirmó Susan.

—Te conozco lo suficiente como para saber que preferirías quedarte siendo una solterona rodeada de gatos y cuya única ocupación sea el jardín, antes que casarte con un hombre por el que no sientes absolutamente nada.

—Negarme a una treintena de peticiones dice mucho de mí —contestó con ironía.

—¿Por qué te casas con él Susan? Sobre él pesan dos esposas que murieron precisamente alumbrando a un hijo suyo, razón por la que desea contraer matrimonio de nuevo.

—¿Crees que no lo sé?, Soy consciente de que el duque solo me quiere como su yegua de cría y realmente no sé qué me da más miedo, si ser madre o saber que solo me quiere para eso —sollozó

—¿Entonces por qué no te has negado a ese matrimonio? —insistió Julia.

—Me negué —confirmó—. ¿Crees que no iba a negarme después de rechazar tantas peticiones? Pero mi padre ya lo había aceptado antes de decírmelo siquiera. Había aceptado su propuesta sin siquiera consultármelo.

—No puede ser. Tu padre siempre ha respetado tu decisión —dijo asombrada.

—Todo esto es por culpa de mi madre —contestó—. Le ha llenado la cabeza de ideas sobre mi futuro siendo una solterona, que estaré sola al ser hija única y que entonces que será de mí. Le ha metido una sarta de mentiras solo porque oyó que el duque de Buccleuch estaba buscando esposa y le habían llegado rumores de que pensaba solicitar mi mano en matrimonio.

—Pero puedes hablar con tu padre. Convencerle para cancelar ese matrimonio, ¡Tú no le amas! —exclamó en voz baja para no despertar al bebé.

—Lo hice. Pero está tan convencido de que al final se lo agradeceré que no atiende a razones. Mi madre se ha obsesionado con la sola idea de que seré duquesa que no le importa si soy feliz o no. Ya he asumido que tendré que casarme y darle ese heredero que tanto desea.

—¿Y cómo es él? Tal vez te trate bien, sea bueno contigo... no todos los matrimonios por conveniencia terminan mal. Mira a Catherine y a David —dijo Julia con esperanza.

—Es el ser más frío que he conocido jamás Julia. Casi han pasado los diez meses de cortejo y ni siquiera se ha dirigido a mí para decirme más de una frase. Me evita. No habla. Ni tan siquiera me mira...

—Lo lamento Susan. Me entristece oírte decir eso —contestó con gran pesar.

—No. Soy yo quien lo lamenta por desahogarme contigo cuando precisamente eres tú quien necesita mi apoyo —dijo Susan tratando de sonreír.

Unos golpes interrumpieron la conversación y cuando Julia alzó la vista se encontró con Thomas. El cansancio se notaba en su rostro. Probablemente había envejecido diez años en esos días en los que se había debido de enfrentar a la terrible muerte de un hijo y quizás también a la de su esposa y su nieto.

—Adelante excelencia —contestó Susan mientras se alzaba—. Les dejaré a solas y me pasaré más tarde a ver como sigue la duquesa.

—Gracias Susan —contestó Julia mientras Thomas caminaba hacia ella con la ayuda de aquel bastón que nunca abandonaba.

—¿Cómo te encuentras querida? —preguntó en cierto tono de preocupación.

—Algo dolorida, pero estoy bien Thomas, gracias —sonrió Julia.

—Me alegro. Todos temimos lo peor y si soy sincero, no estaba preparado para otro golpe así —confirmó.

—¿Es cierto Thomas? —preguntó.

Solo si Thomas le confirmaba que era cierto, creería que Richard habría

muerto. Sabría que el duque movería cielo y tierra para saber qué le ocurrió a su hijo.

—Eso parece —contestó cabizbajo con los ojos vidriosos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. Quiero saber qué le paso —insistió.

—No creo que saberlo te ayude en algo querida —contestó con cierto pesar.

—Aun así —insistió Julia—. Necesito saberlo.

—Está bien —contestó sentándose en una de las butacas—. Hubo un enfrentamiento a unas millas de la costa. Apenas quedaron supervivientes y los que lo hicieron confirmaron que vieron como el teniente Hayden caía al agua después de recibir un disparo. No se supo más de él por lo que con toda probabilidad se da por muerto en combate.

Julia guardó silencio imaginándose por un momento la escena. Richard no podía morir así, simplemente no se podía dejar morir de aquella forma.

—No está muerto —contestó Julia rompiendo el silencio que se había creado y mirando a su hijo—. Es demasiado terco para morir de esa forma —afirmó.

Richard entregó la petición que traía en mano a su superior en la comandancia naval y aguardó nuevas órdenes. Para su desgracia, esas órdenes fueron dos semanas sin servicio de descanso debido a su situación y a la comunicación hacia sus familiares de su fallecimiento.

¿Habrían comunicado a todos sus amigos y conocidos que había muerto en combate? Ni tan siquiera era capaz de pensar como se podrían tomar la noticia. Tal vez incluso algunos se alegrarán de que al fin hubiera desaparecido de sus vidas para siempre. Sería de suponer que el primer lugar donde la noticia llegaría era a la casa familiar de los Hayden, por lo que suponía que Julia ya sabía de su supuesto fallecimiento.

El primer lugar al que se dirigió nada más salir, fue hacia la casa de su amigo el duque de Lennox. Teniendo en cuenta que su casa la había alquilado, tendría que alojarse en alguna pensión durante esas dos semanas puesto que la idea de acudir a la mansión de su tío era tentadora, pero no sabía si estaría preparado para soportarlo.

Llamó a la puerta y esperó. Se sentía algo extraño con el uniforme de teniente por las calles de la ciudad, de su ciudad.

—Buenos días señor —escuchó cuando el mayordomo de David abrió la puerta.

—Buenos días, ¿Se encuentra su excelencia en casa? —preguntó pensando que quizá hubiera sido mejor pasar primero por carruajes Grafton.

—Señor. Su excelencia no se encuentra en estos momentos —anunció.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó impaciente.

—Se encuentra fuera de la ciudad señor, en la casa de campo familiar. Si lo desea puedo hacerle llegar su mensaje.

—No —contestó vagamente—. Yo mismo iré.

No tenía planes de salir de la ciudad, pero teniendo en cuenta que tenía demasiados días y poco que hacer, pensó que sería una buena oportunidad hacerles una visita.

La distracción de los caminos le sirvió para pensar detenidamente que podría haber sentido Julia tras conocer la noticia de su muerte. Lo reconocía. Reconocía que en lo más profundo de su ser esperaba que ella hubiera sentido algo, porque eso indicaría que sentía más que odio hacia él, pero pensarlo no cambiaba los hechos. Ella era ahora la esposa de su tío y su hijo o hija que probablemente ya tendría vida sería el futuro heredero al ducado.

Todo habría sido muy distinto si no hubiera estado tan obcecado con la idea de que ella era la culpable de todo. Suponiendo que Julia sería una dama tan interesada como todas las demás, como incluso su propia madre tal y como había decretado tantas veces su propio padre.

Pasó la noche en una pensión cerca de la casa de campo de los duques de Lennox, pero prefirió hacerlo así para no irrumpir entrada la noche teniendo en cuenta que llegaría tarde. Después de todo, pensarían que sería un fantasma el que aparecería y no él mismo, sería mejor llegar con luz del día.

A la mañana siguiente madrugó más de lo comúnmente normal. Tantos meses en el servicio le habían cambiado su forma de vida, cuando anteriormente jamás se había preocupado por levantarse antes de media mañana, ahora lo hacía al alba y sin necesidad de que nadie le despertara.

Se adentró en la propiedad de su amigo y tras dejar su caballo en las caballerizas donde le sorprendió no encontrar a nadie, se dirigió hacia la casa. Le extrañó que tampoco nadie saliera a su encuentro teniendo en cuenta que el personal estaría pendiente por la presencia de sus señores en casa. Llamó a la puerta pensando si quizá era demasiado temprano, aunque lo desechó

teniendo en cuenta que el servicio trabajaba para poner la casa a punto desde primera hora, aunque sus señores durmieran.

—Buenos días señor —dijo el mayordomo tras abrir la puerta.

—Buenos días. Soy el teniente Hayden y me gustaría hablar con su excelencia el duque de Lennox.

—Lo lamento teniente, pero el duque no se encuentra —respondió amablemente.

—Vengo de la ciudad, donde me han informado expresamente que su excelencia hace días que vino hacia aquí —contestó serio.

—Así es teniente Hayden —confirmó el mayordomo—, pero antes de venir avisó de que haría un alto en la casa familiar del duque de Sheraton.

—¿Entonces los duques se encuentran allí? —terció Richard contrariado por los cambios de planes.

—Sí. Al parecer hubo una contrariedad y eso les hizo retrasar su partida hacia aquí —confirmó el mayordomo.

—¿Una contrariedad?, ¿A qué se refiere? —preguntó con cierta intriga y preocupación.

—Al parecer una amiga de la duquesa no se encontraba bien y por lo que uno de los sirvientes mencionó cuando vino a traer algunas pertenencias de los duques, su muerte era casi un hecho debido a la gravedad de su situación.

—¡No! —gritó Richard dando un fuerte golpe en el portón de madera debido a la noticia.

¡No podía ser Julia!, pero ¿Quién sino iba a ser?

—Disculpe, no... —comenzó a susurrar el mayordomo algo acongojado.

—¿Sabe el nombre de ella?, ¿Sabe de quién se trata? —insistió.

—Lo lamento teniente, desconozco más allá de lo que le he relatado, pero si lo desea puedo enviar a uno de los sirv...

—¡Iré yo mismo! —gritó dándose la vuelta sin despedirse.

No iba a perder el tiempo, iría él mismo a comprobar que no se trataba de Julia. ¡Por dios ella no!, ¡Llévame a mí!, ¡Haz conmigo lo que quieras!, ¡Mátame si tienes que sesgar una vida, pero déjala a ella! Se repitió Richard

mientras de un movimiento saltó sobre su caballo y lo espoléó con tanto ahínco que salió cabalgando atropelladamente como si las patas del animal caminaran sobre las brasas.

Para su suerte, la casa de su tío no quedaba muy lejos de allí, tan solo dos horas hicieron falta para llegar, aunque habían sido las dos horas más largas de su vida y eso que no le dio tregua a su caballo por lo que el animal llegó más que fatigado.

Saltó del caballo en cuanto pasó por la escalinata, importándole muy poco a dónde éste fuera después. Ya lo encontraría alguien del servicio que se ocuparía de llevar el animal a los establos, tenía demasiada premura en esos instantes para preocuparse por banalidades como aquella. La puerta permanecía abierta y en ese instante vio salir a una de las doncellas que se le quedó observándole atónita, pero Richard no dijo nada, sino que se adentró en la casa y se dirigió hacia las voces que provenían del gran salón. Incluso escuchó algunas risas, ¿Cómo podían reír cuando Julia estaba a punto de morir?

—¡Richard! —bramó una voz justo antes de que entrara y se giró para contemplar a David que le miraba pálido, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Dónde está ella?, ¿Está viva?, ¡Por dios, dime que está viva!, ¡Que ella y mi hijo están bien! —exigió sin siquiera pararse a pensar en que todos allí creían que él estaba muerto.

—¿Cómo? —exclamó David contrariado.

—¿Dónde está Julia? —volvió a exigir.

La reacción en el semblante de David pareció relajarse al percatarse de la preocupación de Richard, aunque esto no le hizo salir de su asombro al no estar contemplando a un fantasma.

—¡Ven! —exigió David rápidamente antes de que alguien más de la casa se percatara de la presencia de Richard y se desarmara cierto caos.

—¡No iré a ninguna parte hasta que no me digas si está viva! —terció Richard obcecado.

—Está viva —susurró—. Y ahora ven antes de que te vea alguien.

—¿Dónde está? —exclamó Richard ahora más relajado sabiendo que ella no

estaba muerta, aunque tal vez podría estar grave pese a no haber muerto—. ¿Cómo está?, ¿Por qué está enferma?

David cerró las puertas del despacho al que había llevado casi a rastras a su amigo. Lo cierto es que le impresionó verlo con el uniforme de oficial y más aún, vivo.

—Recibimos una noticia de tu muerte Richard —contestó con cierta calma.

—Estuve inconsciente varias semanas y me dieron por muerto, pero eso ahora no importa. Dime cómo está ella, dime que ha sucedido, ¿Mi hijo está vivo? —inquirió como si eso fuera lo único importante.

—Tuvo un parto complicado —aseguró—. Perdió mucha sangre y lo cierto es que todos pensamos que no sobreviviría, pero tanto ella como tu hijo están bien. Los dos están bien.

En ese momento Richard se dejó caer sobre la pared más cercana, como si le hubieran quitado un peso muerto de encima y pudiera respirar de nuevo.

—¿Es un niño? —preguntó con cierta emoción.

—Sí. Tienes un hijo Richard —contestó David con pesar por saber que no podría decir que era suyo, solo unos pocos lo sabrían, para la sociedad era el hijo de *lord* Thomas Hayden, duque de Sheraton—. Te felicito a pesar de las circunstancias y me alegro de que estés vivo amigo mío —añadió mientras le daba un ligero abrazo.

—Quiero verlo —dijo casi en un tono de súplica—. Quiero verlos a los dos —anunció refiriéndose tanto a la madre como al pequeño.

—No sé si sea una buena idea Richard —contestó David intentando ser suave—. Ella ahora está descansando, tuvo un parto prematuro y precipitado por la noticia de tu fallecimiento cuando recibió la notificación de tu supuesta muerte, de ahí vinieron todas las complicaciones.

—¿Casi muere por mi culpa? —Se recriminó.

Ni tan siquiera alejándose de ella podía dejar de perjudicarla.

—No fue tu culpa Richard —atenuó David siendo consciente del dolor que debía sentir su amigo—. Tu ni siquiera eras consciente y menos aún estabas aquí, nadie podía estar preparado y evidentemente a todos nos cogió por sorpresa el anuncio, aunque ella fue la más afectada.

—Necesito verla. No la molestaré, solo necesito ver su rostro y me marcharé de nuevo.

—Ve —susurró David—. Me encargaré de que nadie suba a verla en los próximos minutos. Todos están en el salón.

Richard giró el pomo de aquella puerta que tan bien conocía desde pequeño, puesto que había sido la habitación de su abuela la duquesa de Sheraton. Recordaba cuando era pequeño y entraba sin llamar encontrándose a su abuela sentada en el tocador escribiendo. Por un momento se imaginó a Julia haciendo exactamente lo mismo y la escena le conmovió. Él habría tenido eso si no hubiera sido un auténtico canalla. Ella habría sido su duquesa y esa habría sido su habitación tal como lo era ahora, la diferencia estaba en que seguiría siendo su esposa, algo que por su idiotez ya no podía reclamarla de ese modo.

La luz era suave, perfecta para poder apreciarla tal como lo hizo al observar el bulto en la cama y conforme se acercó a paso firme a la vez que pausado vio al pequeño que arropaba con su brazo cerca de ella, protegiéndolo como solo una madre podría hacer con su hijo.

El tiempo se congeló, su respiración se paró y todo dejó de existir en el instante en que contempló la escena más increíblemente hermosa que había visto en toda su vida.

Era la mujer que amaba y ese era su hijo, su sangre... la sangre de ambos. Se acercó a ella sin dejar de observar su rostro y del increíble desasosiego que sentía estando en su presencia. Había pasado tanto tiempo rememorando cada uno de los detalles de su innata belleza que ahora que la contemplaba le parecía irreal. Justo cuando llegó a su lado, se hincó de rodillas ante ella, como si de alguna forma suplicara su perdón, algo que sabía que nunca llegaría.

—No tenerte obnubila mi juicio y cuando te tuve, jamás supe apreciar lo que tenía ante mis ojos para valorarlo como debí hacerlo en su momento. Me cegué. No quise razonar. No quise ver. No quise escuchar. No quise sentir y mucho menos amar, pero me enamoré perdidamente de esos ojos chispeantes de color bronce, de ese olor a lavanda con el que me embriagabas y de esa dulzura de tu carisma, además del derroche de carácter que te personifica. Ni siquiera supe el momento o el preciso instante en que lo hice, quizás fue cuando descubrí la increíble bondad que había en ti. A pesar de todo el daño

que te causé no te marchaste, no me abandonaste, ni tan siquiera te quejaste y ni siquiera ahora sé porqué no lo hiciste. Eso me hace sentir una mayor culpa y un mayor pesar. No existirá vida alguna para pedir perdón. Sé que es tarde, el daño está causado y por más que me arrepienta de ello no podría retroceder el tiempo para recompensarte. Por eso te dejaré libre, dejaré que seas feliz aunque eso signifique que no esté a tu lado, porque aunque fuera demasiado tarde, comprendí que el egoísmo no es amor, sino todo lo contrario —susurró mientras ella dormía y acto seguido se inclinó hacia el pequeño, dando un beso en su cabecita y posteriormente acercó sus labios a los de Julia, aspirando su aroma, ese aroma embriagador a lavanda que le hacía enloquecer y le dio el beso más tierno que probablemente había dado en toda su vida.

Era una despedida, sabía que era un adiós para siempre... Salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado y se dispuso a marcharse de allí.

—¿Te vas? —escuchó Richard a su espalda cuando estaba montando en su caballo.

Le daba igual no saludar a nadie, no ratificar que no estaba muerto sino, para su desgracia, demasiado vivo. No pensaba volver, tenía claro que no lo haría.

—Tengo que irme, tengo que alejarme de ella porque no soporto estar a su lado sabiendo que lo fastidié todo —contestó con rapidez—. Solo tú y una de las sirvientas me ha visto, nadie más sabe que he estado aquí y quiero que siga siendo así.

—¿Quieres que todos crean que has muerto? —exclamó David como si creyera que su amigo estaba loco.

—Sí —afirmó Richard—. Si ella cree que he muerto, rehará su vida lejos de mí y será feliz. Tal vez cuando eso pase, podré decir que no morí.

—No tiene porqué ser así, no tienes porqué marcharte Richard. Te lo ofrecí una vez y vuelvo a hacerlo, tienes un sitio a mi lado en la fábrica, incluso te apoyaría para abrir tu propio negocio —insistió David.

—Mi sitio está en la marina. Probablemente me asciendan pronto a capitán —afirmó—. Nunca seré el duque de Sheraton, pero al menos tendré algo honorable que poner en mi lápida cuando muera de verdad.

—No estoy de acuerdo con todo esto. Ese es tu hijo Richard —insistió David

señalando la casa.

—Ese es el futuro duque de Sheraton. Y desde luego será merecedor del título mucho más de lo que lo fui yo —aclaró—. Debo irme David, me pondré en contacto pronto, solo confío en ti para informarme de todo lo que ocurra en sus vidas —alegó antes de espolear su caballo y salir a galope.

—*Lord Clayton* —escuchó David justo cuando entraba de regreso en la mansión familiar de los Hayden sin aceptar la decisión de su amigo y debatiéndose interiormente entre respetarla por la amistad que les unía o por el contrario revelar a todos que no había muerto.

—*Lord Hayden* —contestó al ver a su excelencia el duque de Sheraton que se aproximaba a él con su bastón.

—¿Ese que acaba de salir por la puerta era un fantasma de mi sobrino o realmente era mi sobrino? —preguntó alzando una ceja.

—Era su sobrino excelencia —alegó David tratando de disculparse por lo innegable.

—Venga a mi despacho inmediatamente *lord Clayton*, creo que usted y yo tenemos asuntos que tratar de suma importancia que cambiarán la vida de ese necio que tengo por hijo.

—¿Cómo dice? —exclamó atónito.

—Venga conmigo, tengo muchas cosas que contarle —contestó Thomas mientras le palmeaba el hombro a David.

Julia se despertó cuando notó como el pequeño bulto que tenía entre sus brazos se movía e instintivamente sonrió al contemplar esos preciosos ojos verdes.

—Hola mi amor —susurró acercándolo más a ella y poniéndolo en contacto con su pecho—. ¿Sabes una cosa? —siguió hablando—, he soñado con tu padre y ha sido un sueño tan real que habría jurado que estaba aquí mismo, susurrándome palabras tan hermosas que casi serían imposibles que él mismo las dijera, por eso sé que solo era un sueño —suspiró—. Al menos te tengo a ti en compensación, él me dio el regalo más grande que podía darme —siguió susurrando mientras vio como el pequeño comenzaba a succionar leche de su pezón y una pequeña lagrima se deslizaba de los ojos de su madre.

Habría dado lo que fuera porque esas palabras que rezumbaban aún en sus oídos fueran reales, quizá Richard estuviera muerto de verdad y no como en lo más profundo de su ser lo sentía, pero lo cierto es que él jamás sentiría algo por ella y ni en cien años de vida sería capaz de decir lo que acababa de soñar hacía unos instantes.

Habían pasado dos semanas desde que el médico le había permitido levantarse de la cama y comenzaba a tener una vida normal, aunque ahora esa vida se centraba principalmente en su pequeño que era en quien se había centrado para sobreponerse.

—Querida —escuchó Julia mientras se hallaba en una de sus salidas a media mañana junto al pequeño arroyo disfrutando del paisaje y mientras su hijo dormía, ella escribía dando rienda suelta a sus relatos. Emily la había animado a presentarlos bajo un nombre falso para que fueran publicados. No se consideraba tan buena, pero probarse a sí misma comenzaba a causarle cierta ilusión.

—¿Sí Thomas? —preguntó alzando la vista desde su postura.

—Lamento tener malas noticias, pero no podré acompañarte al matrimonio de la señorita Brandon. Han surgido ciertos asuntos que requieren mi asistencia inmediata, por lo que me ausentaré algunas semanas —anunció el duque apoyado sobre el bastón que siempre le acompañaba.

Julia se había fijado en que llevaba aquel bastón porque su rodilla derecha le fallaba con frecuencia. Lo notó por el leve quejido que hacía en algunas ocasiones sin que el propio duque se diese cuenta.

—¿Es algo grave? —preguntó por ser cortés.

En realidad no le importaba asistir a la boda de Susan ella sola, puesto que estaría rodeada de sus amigas y eso le serviría de distracción.

—No lo creo. No obstante he enviado una carta a los duques de Lennox, informándoles de mi partida para que viajes con ellos a la ceremonia y no debas hacerlo sola.

—Gracias Thomas —contestó con una vaga sonrisa apreciando lo atento que siempre era el duque con aquellos gestos.

—Me recuerda tanto a él... —anunció de pronto Thomas observando al pequeño que dormía.

—A mi también —contestó Julia sin ocultar cierto atisbo de emoción.

—Sé que no es asunto mío a pesar de que seas mi esposa, siempre he respetado tu posición y sabes que te aprecio como si fueras una hija para mí, pero que le hayas dado su nombre me hace creer que aún le amas, ¿Me equivoco al pensar así? —preguntó de forma tan natural que ni a la propia Julia le pareció una pregunta demasiado personal.

—Nunca dejé de amarlo realmente —confesó—. Obtuve decepción, rechazo y sobre todo desilusión, pero una no puede mandar en los dictados del corazón y a pesar de todo, no puedo odiarlo, aunque quisiera hacerlo.

—Al menos nos dejó algo digno de él —sonrió Thomas.

—Sí, así es —afirmó Julia colocando una mano en el cuerpecito del bebé que seguía durmiendo apaciblemente.

La ceremonia entre Susan y el duque de Buccleuch fue realmente preciosa. Como toda ceremonia preparada con tanto tiempo de antelación, la madre de Susan había encargado enormes ofrendas florales repartidas por toda la iglesia y el vestido de novia diseñado por la propia Emily era absolutamente precioso en un tono claro lleno de pétalos anaranjados en el mismo tono del cabello de Susan que lo llevaba recogido en un tocado sofisticado apreciándose aún más lo hermosa que era.

A pesar de no casarse por amor, Julia pudo apreciar que el duque era un caballero bastante apuesto a pesar de ser un hombre maduro y viudo en dos ocasiones. Deseó que Susan encontrara la felicidad que ella misma no encontraría y sobre todo, que fuera feliz, como lo eran Emily o Catherine a las que solo podía envidiar sanamente su suerte por tener a un esposo que se desvivía por ellas.

—¿Te encuentras bien Julia? —preguntó Emily que se encontraba junto a ella.

—Sí, si —susurró—. Es solo que el viaje ha sido largo y ahora la ceremonia, solo es algo de cansancio nada más —mintió para no preocuparla.

—Podemos marcharnos si lo deseas —intervino Catherine en ese momento —, la ceremonia ya ha terminado y el refrigerio no durará mucho más. Además, los novios se retirarán en breve hacia la mansión del duque y no me apetece quedarme a socializar con mis pequeños esperando.

—En eso estoy completamente de acuerdo —añadió Emily puesto que ninguna de las tres había llevado a sus hijos a la ceremonia como era habitual y ahora Julia comprendía en carnes propias lo que era separarse, aunque fuera unas horas de su hijo.

—Entonces despedámonos de Susan y... ¿Señor Archivald? —exclamó Julia atónita al verle acercarse a ellos, ¿Qué hace usted aquí?, ¿No debería estar con su excelencia?

—Temo que le traigo malas noticias mi *lady* —contestó apenado.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Es que le ha pasado algo a Thomas?

—Si mi *lady* —dijo con la mirada fija en el suelo—. Me temo que el duque de Sheraton ha fallecido.

—¿Está usted seguro de eso? —contradijo David—. ¿Cómo ha sido?

—Así es su excelencia. Aunque no han encontrado sus restos, dejó su capa y una carta de despedida antes de precipitarse al vacío por uno de los acantilados que hay en la colina de la residencia en la que se encontraba.

No. No podía ser... Thomas no podía haberse quitado la vida, pensó Julia con el corazón encogido. Las lágrimas silenciosas salían de sus ojos sin poder evitarlo, sabía que al duque le había afectado la noticia de la muerte de Richard, lo podía notar en su fatiga, su cansancio y su más que evidente pesadumbre de la que no se había repuesto desde entonces. Si era sincera ella también la tenía, pero en lo más profundo de su ser, prefería pensar que él seguía vivo lejos de allí, era la única forma de asimilarlo día tras día cada vez que veía a su pequeño que indudablemente le recordaba a su padre.

Era inaudito que Thomas se hubiera suicidado. Él era un hombre fuerte, sabio, inteligente, capaz y el caballero más honorable que había conocido en su vida, aparte de su padre. Alguien como él jamás se quitaría la vida, era una deshonra.

¿Tan afectado estaba por la muerte de Richard para hacer algo así? Solo esperaba encontrar respuestas en esa carta, pero si la noticia era cierta, si Thomas se había quitado la vida, iba a sentir un vacío enorme en su pecho. Le había cogido cariño al abuelo de su pequeño, gracias a él, su pequeño tendría un futuro prometedor. La había acogido en su casa otorgándole un rango y posición lo suficientemente dignos para rectificar los errores de su propio hijo, pero sentía tanta pena por todo lo que Thomas había sufrido a lo largo de su vida... primero por amor al no poder estar con la mujer que amaba, después por lealtad al no casarse o tratar de encontrar su propia felicidad para darle a su hijo el lugar que le correspondía y finalmente por honor, al no revelar a Richard que él era su verdadero padre.

—No te dejaremos sola Julia —alegó Catherine mientras la abrazaba levemente en el carruaje de vuelta a la mansión de los duques de Lennox donde se hospedaba temporalmente y en el que se encontraba su hijo al cuidado de su niñera.

—¿Cómo pudo hacer algo así Catherine? —gimió Julia e inevitablemente su

mirada fue a parar a la del esposo de su amiga que permanecía en silencio.

Lord Clayton era un caballero, él podría saber mejor que nadie el deshonor que había en arrancarse la vida para alguien de su posición que además, ni tan siquiera estaba embargado por las deudas o arruinado como solía ser dicha justificación.

—No lo sé —contestó apesadumbrada—. ¿Notaste si estaba diferente antes de marcharte?

—Seguía triste por la muerte de Richard, pero no pensé ni por un momento que pudiera hacer algo así —contestó sincera—, ¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó al imaginarse sola en aquella enorme mansión y la melancolía la invadió de pronto.

—No estarás sola —terció Catherine—. Si lo deseas puedes mudarte con nosotros una temporada, hasta que lo necesites... aunque tal vez prefieras estar con tu familia —añadió.

—No sé si la compañía de mi madre o de Robert es lo que necesito en estos momentos —contestó Julia abatida y siendo realista.

Su madre probablemente no pararía de hablar con la mera intención de darle distracción y aunque podría contar con Robert como apoyo, no podría desahogarse y revelarles sus verdaderos sentimientos a su propio hermano.

—Mi oferta seguirá en pie decidas lo que decidas —insistió Catherine mientras acariciaba su brazo para tratar de reconfortarla.

—Gracias —susurró Julia—. Aunque primero tengo que saber que ha pasado, necesito leer esa carga que dejó para entender lo que ha ocurrido.

El señor Archivald había explicado que en el reverso de la carta estaba escrito el nombre del abogado del duque, el señor Campbell. Las últimas palabras de Thomas habían sido para su abogado, Julia solo esperaba que en esa carta explicara también sus motivos para hacer aquello, además de sus voluntades.

Primero Richard, ahora Thomas... era como si todos los hombres Hayden quisieran alejarse de su vida. En cuanto llegó a la mansión de los duques de Lennox casi corrió hasta la habitación donde estaban los pequeños y se abrazó a su hijo apretándolo en su pecho, llenando ese vacío que sentía.

—No pasa nada mi amor —susurró más para sí misma que para el pequeño puesto que este no le entendía —, mamá siempre estará contigo y nunca se irá

de tu lado.

Richard se encontraba en el despacho que le habían asignado de la milicia, a pesar de haber insistido en querer marcharse con el primer barco que zarpara lejos de Inglaterra, aún seguía allí esperando órdenes nuevas.

—Teniente Clayton, tiene una misiva urgente —escuchó y levantó la vista del informe que debía rellenar.

—¿Es del capitán? —preguntó extrañado.

Extendió la mano para coger la misiva, no esperaba que le dieran la orden de marcharse tan pronto puesto que la había solicitado hacía escasos días.

—No mi teniente, es personal —comunicó el oficial entregándole la nota sellada y en ella Richard leyó perfectamente su nombre con la letra de su amigo David.

Alzó la ceja confundido, ni tan siquiera le había enviado una carta aún, no pensaba hacerlo hasta saber a dónde le destinaban. Se preocupó por Julia, ¿Tal vez había empeorado?, ¿Habría pasado algo fatídico? Con angustia la abrió devorando su contenido y contuvo la respiración al leer las trágicas palabras de su amigo.

Querido Richard.

Lamento tener que escribirte para relatarte malas noticias amigo mío. Tu tío Thomas, el actual duque de Sheraton, ha desaparecido y con toda probabilidad se cree que ha fallecido.

Hallaron su capa y una carta sellada al borde de los acantilados donde se prevé que se ha podido precipitar al vacío.

Sé que tus intenciones no eran las de volver, pero la lectura del testamento no se podrá realizar sin tu presencia al ser un miembro de la familia Hayden, por tanto, espero tener noticias tuyas pronto.

Lord Clayton, duque de Lennox.

No podía ser verdad. Su tío no era capaz de hacer algo así, ¿Por qué? En la nota que le había enviado David no explicaba las razones, aunque dejaba

entrever que había sido un suicidio al existía una carta de despedida, tendría que averiguar qué había pasado. Nunca le había tenido gran estima al duque, lo cierto es que ni él mismo sabía porqué, pero ahora que el hombre había muerto sentía cierta nostalgia por él. Siempre había creído que se alegraría de su muerte porque eso significaría que heredaría el ducado y ahora en cambio era lo que menos le importaba, lo que realmente deseaba era... ¡Dios! No podía evitar pensarlo a pesar de la reciente muerte de su tío. Julia sería ahora una mujer libre, completamente libre y accesible para él.

¿En qué mundo ella iba a aceptarle? Pensó de pronto. Jamás le perdonaría.

—¡Marine! —gritó.

—¡Sí mi teniente! —respondió al segundo.

—Tengo que salir inmediatamente por un asunto grave familiar. Dígale al capitán que estaré ausente y puede encontrarme en la siguiente dirección — dijo escribiendo rápidamente el nombre de la mansión de los duques de Lennox.

Richard se bajó del caballo en el que había llegado hasta la puerta de la mansión de los duques en la ciudad y subió los escalones con toda la calma que pudo aunar en su interior. Si era sincero no sabía que se encontraría dentro, lo que sí sabía con toda seguridad es que tarde o temprano volvería a ver a Julia y esta vez, ella sabría que no había muerto. Desconocía que supondría para ella saberlo teniendo en cuenta que su supuesta muerte la había afectado, estaba seguro del odio que sentía hacia él totalmente comprensible pero tal vez sentía algo... tal vez inexplicablemente le tenía cierta estima.

Tenía un debate emocional inexplicable. Por un lado, deseaba aferrarse a esa posibilidad, a la idea de que Julia tuviera una pizca de estima hacia él del que poder agarrarse para demostrarle cuánto la amaba, pero después recordaba cada uno de los actos que había cometido en su contra sabiendo que jamás le perdonaría y la clase de hombre que siempre había demostrado ser y del que ni él mismo estaba seguro que pudiera hacerla feliz.

—Buenas tardes —habló Richard—. ¿Se encuentra *lord Clayton* en casa?

—Si señor —proclamó el mayordomo al que conocía lo suficiente como para saber quién era—. Me anunció personalmente que si llegaba, le acompañara inmediatamente a su despacho privado.

Richard asintió siguiendo al mayordomo por el largo pasillo hasta que abrió la puerta del despacho de David que tan bien conocía, puesto que desde que

contrajo matrimonio con su esposa y se mudaron a esa mansión le visitaba con frecuencia.

Esperó de pie pacientemente, algo que había conseguido interiorizar en su breve instrucción militar y se acercó a la ventana del despacho que daba a los jardines, justo donde había unos sillones junto a la biblioteca.

—Richard —proclamó David y el aludido se dió la vuelta para ver a su amigo.

—Recibí tu nota —contestó secamente.

—Me alegro de que no te encontraras fuera de la ciudad. Esta noticia nos ha cogido a todos por sorpresa, en especial a *lady* Julia que está completamente consternada con el suceso.

—¿Es cierto lo que insinuaba tu nota?, ¿Mi tío se suicidó? —No pudo evitar preguntar Richard.

—Realmente no lo sé, pero todo parece indicar que lo hizo —contestó con pesar.

Richard seguía sin saber qué razones habría tenido el anciano para hacer algo así. Incluso a pesar de no tener una buena relación con él, sabía de sobra que era un hombre honorable, a la vista estaba que se había casado con Julia solamente para arreglar el honor de la familia y que su hijo fuera reconocido, ¿Podía haber un acto más honorable que ese?

—Supongo que si me has citado, es porque ella sabe que estoy vivo para la lectura del testamento —afirmó Richard cambiando de tercio.

—En realidad aún no lo sabe —confirmó David—. Ha estado demasiado ausente desde que fuimos informados de la noticia y no he tenido la ocasión de decírselo, sobre todo porque no sé qué reacción tendrá al enterarse. Además, hasta que no me entrevisté personalmente con el señor Campbell, el abogado de tu tío, no supe que se requeriría de tu presencia. Esta misma tarde se reunirá con ella para comunicarle el requerimiento y la próxima lectura del testamento.

—¿Y por qué razón se requiere de mi presencia si para todos estoy supuestamente muerto? —alegó extrañado.

—Se requieren a todos los familiares del difunto duque de Sheraton y al parecer, el señor Campbell por razones que desconozco, se ha informado

debidamente y sabe que no has muerto. De hecho, te llegará una citación formal para la lectura, aunque me adelanté al abogado para informarte.

En ese momento alguien llamó a la puerta y David ordenó que entrara. Por un momento Richard se tensó, ¿Y si se trataba de Julia? No supo por qué razón sus músculos se encogieron de cierto temor. Sí. Tenía miedo de ver el rechazo en los ojos de ella, pero al parecer no le quedaría más remedio que enfrentarse a sus miedos.

—Mi *lord*, el señor Campbell ha llegado y espera en el salón tal y como usted me dijo que hiciera.

—Gracias Alfred. Avise a *lady* Julia de que el señor Campbell está aquí. Yo iré enseguida —contestó David formalmente.

—Por supuesto mi *lord* —confirmó el mayordomo volviendo a cerrar la puerta.

—No se requiere de tu presencia Richard, pero puedes estar presente si lo deseas —dijo David.

—Lo mejor es que espere aquí —contestó Richard creyendo que no sería una buena idea, sobre todo porque ella no lo esperaría.

David asintió y salió del despacho dejando a solas a su amigo, demasiado pensativo y con la tentación constante de volver a verla, aunque ese encuentro iba a producirse tarde o temprano y en parte, se lo debía agradecer a su tío.

Julia se encontraba en la que habían designado su habitación mientras permanecía alojada en la casa de Catherine. Apenas habían pasado dos días desde que se conociera la noticia del fallecimiento de Thomas y para ella seguía siendo insólitamente extraño. Tal vez a lo largo del transcurso de la tarde, por fin resolviera las dudas y preguntas que tanto se hacía a sí misma una y otra vez, puesto que el señor Campbell vendría a reunirse con ella. Desconocía los motivos de la visita, porque no había sido muy claro cuando anunció que solicitaba audiencia con ella esa misma tarde, imaginaba que no sería para realizar la lectura del testamento puesto que la habría informado de ello y también a los demás herederos si es que éstos existían.

No se había parado a pensar en la herencia al no considerarla suya, sino en todo caso, de su hijo Richard. De cualquier modo, la herencia era lo que

menos le importaba en esos momentos, sino saber las razones del porqué Thomas había sido capaz de hacer algo así. Podía estar triste por la pérdida de su hijo, pero también tenía un nieto que le necesitaba... no se lo explicaba, era incapaz de comprenderlo, ¿Tal vez se cansó de sufrir? Porque a pesar de no haberlo hablado con él, sabía cómo le dolía el rechazo de su propio hijo fomentado por su hermano. Quizás el hecho de ser consciente de que jamás podría confesarle la verdad, de arreglar las cosas con él, propició su suicidio.

—Mi *lady*, el señor Campbell ha llegado y la espera en el salón —anunció su doncella cuando entró en su habitación después de llamar a la puerta.

—Gracias Sibil, enseguida bajo —contestó sin ningún atisbo de emoción.

No le agradaba tener que hacer aquello por lo que significaba, pero entendía que debía hacerlo. Se acercó a la pequeña cuna en la que el pequeño Richard dormía y acarició la piel de su mejilla. Era tan suave que se podría pasar la vida haciéndolo. Hizo un gesto a Sibil que significaba que no perdiera de vista al pequeño y ésta asintió con cierta sonrisa. Tal vez no fuera común que su propio hijo durmiera en su habitación, de hecho, los gemelos de Catherine tenían su habitación propia, pero era tan pequeño aún y necesitaba tanto su cercanía, que era imposible alejarlo de sí misma.

—Buenas tardes señor Campbell —anunció Julia nada más entrar en el salón.

—Buenas tardes *lady* Julia —contestó el hombre levantándose para saludarla —. Lamento enormemente su pérdida y que es al mismo tiempo el motivo de mi visita —añadió apesadumbrado.

—Gracias señor Campbell, aunque usted solo hace su trabajo —dijo nostálgica.

—Buenas tardes —anunció en ese momento David haciendo su aparición y Julia le miró extrañada.

—Buenas tardes *lord* Clayton. Bien, ahora que estamos todos, podemos proceder —comentó el señor Campbell volviendo a sentarse.

Julia no sabía porque el esposo de Catherine se encontraba allí presente, ¿Qué tenía que ver él en todo aquello? No tenía relación con el duque de Sheraton, para que estuviera en aquella reunión. No es que tuviera nada en contra y tampoco tenía necesidad alguna de ocultar lo que allí se relatara, solamente le pareció extraño aunque en el fondo, se sentía más segura de que estuviera,

por eso no dijo nada.

—El motivo de mi visita *lady* Julia, es anunciarle como se procederá la lectura del testamento del duque de Sheraton y en qué situación se encuentra actualmente. Según la carta cuyo sello del ducado y letra verifican que son del puño y letra del duque, solicita que el aquí presente *lord* Clayton, duque de Lennox sea testigo de todas las reuniones y lecturas que procedan.

¿Testigo? Pensó Julia aún más extrañada. ¿Testigo de qué?

—Así mismo —siguió hablando el señor Campbell—. Se solicita expresamente que en la lectura del testamento estén todos sus herederos que implican a su esposa, su hijo y su sobrino, puesto que son sus parientes directos.

—Entiendo —dijo Julia algo ausente puesto que el señor Campbell le estaba confirmando que Thomas sí se había quitado la vida cuando mencionaba todo aquello.

—¿Cuándo se procederá a la lectura del testamento? —preguntó David.

—En cuanto tenga noticias del teniente Clayton —contestó sin un atisbo de duda.

—Pero... el teniente Clayton falleció —dijo Julia a pesar de no querer creerlo, aunque ella misma le dijera a Thomas que no creía que hubiera muerto solo porque no deseaba que lo hubiera hecho. Observó la expresión contrariada del señor Campbell y no supo interpretar su gesto, aunque probablemente fuera porque desconocía la noticia, pero vio como su mirada se dirigía a *lord* Clayton en una especie de complicidad.

—Lo cierto es que... —comenzó a decir David con tacto.

—¿Qué ocurre? —exclamó aturdida.

—El teniente Clayton no murió en combate como se supuso en un principio. Sino que, por fortuna, fue rescatado. No lo descubrieron hasta que habían pasado varias semanas después de enviar la misiva sobre su fallecimiento.

¿Vivo?, ¿Richard estaba vivo? En ese momento Julia no sabía cómo sentirse. Tenía tantas emociones al mismo tiempo que simplemente sus ojos se empañaron sin previo aviso con unas amenazantes lágrimas intentando escapar de ellos.

—¿Eso es cierto? —preguntó incrédula aún.

—Es cierto —afirmó una tercera voz que hasta ahora no había estado allí presente.

Todo el cuerpo de Julia se estremeció. Conocía esa voz, la conocía tanto que hasta incluso había soñado vivamente con ella. Él no solo estaba vivo, sino que estaba allí y por un momento tuvo miedo de girarse, de creer que no sería real, pero lo hizo. Se volvió hacia su izquierda y vio la impresionante figura de Richard ataviada con el uniforme de la marina real.

Si alguna vez creyó que Richard era apuesto, ahora resultaba absolutamente imponente además de apuesto. Todo su cuerpo tembló incontrolablemente y su garganta se secó quedando absolutamente muda ante su presencia.

Estaba vivo. El hombre al que había amado, que amaba y probablemente se moriría amando, estaba vivo.

—Richard —susurró Julia en un leve aullido que casi se quedó en su garganta por la impresión.

En ese momento Richard solo deseaba una cosa. Dar dos zancadas que era la distancia exacta que la separaban de él, estrecharla entre sus brazos y devorar esos labios, pero en su lugar apretó con fuerza los puños clavándose las uñas en la palma de su mano aguantando la tentación.

—Señor Campbell, le presento al teniente Hayden —intervino David ante la aparición de Richard que los había convertido a todos en mudos.

—¡Oh! —exclamó sorprendido levantándose de su asiento—. No esperaba que estuviera presente teniente Hayden. Imagino que *lord* Clayton le habrá puesto al corriente de todo puesto que dudo que haya podido recibir mi carta ya que la envié esta misma mañana, pero en vista de que usted se encuentra aquí entre nosotros, podremos proceder a la lectura del testamento cuando dispongan.

—Lo mejor es que este asunto se resuelva cuanto antes —sentenció Richard.

—¿Qué tal mañana a primera hora señor Campbell? —preguntó David suavizando el tono brusco de su amigo.

—Si a *lady* Julia le parece bien, no tendré inconveniente —contestó satisfecho.

—S... si por supuesto —contestó Julia cuando escuchó su nombre. Aún seguía demasiado anonadada para estar en plenas facultades.

—Entonces volveré mañana a primera hora para proceder a la lectura del testamento —dijo levantándose el abogado y haciendo una reverencia hacia *lady* Julia, posteriormente hacia *lord* Clayton y finalmente al teniente Hayden—. Que tengan una buena tarde —dijo antes de marcharse acompañado por el mayordomo que le dirigía hacia la puerta.

—Mi *lord* —intervino de pronto el mayordomo dirigiéndose hacia su señor ante la impasibilidad de los tres y el silencio sepulcral que había invadido el salón.

—¿Sí, Alfred? —preguntó David.

—Su esposa requiere su presencia de inmediato —alegó.

—Sí, desde luego —contestó caminando hacia la puerta—. Vuelvo enseguida —anunció dejándoles a solas.

—Lamento que nos volvamos a ver en estas circunstancias —habló Richard sin saber que decir exactamente. Querría decirle tantas cosas, había pensado infinidad de veces qué le diría si volviera a verla a pesar de negarse a sí mismo tal posibilidad, pero por circunstancias del destino allí estaba de nuevo junto a ella, aunque fuera por breves instantes.

—Más lo lamento yo —contestó con lágrimas en los ojos dándose cuenta la inutilidad de la muerte de Thomas. Se había quitado la vida pensando que su hijo había muerto y en cambio estaba vivo.

—Julia yo... —comenzó a decir.

—Thomas murió pensando que... creyendo que... —pero se calló. No le correspondía a ella decirlo—. ¿Por qué no enviaste una misiva?, ¿Una carta?, ¿Algo que rectificara el error! —gritó.

—No creí que saberlo fuera a cambiar mucho las cosas —contestó sincero—. Era mejor así para todos.

—¿Era mejor así para ti! —le echó Julia en cara—. ¡Siempre pensando únicamente en ti!, ¿Y el resto qué?, ¿Acaso no importamos? —le exigió.

Realmente hablaba desde el encogimiento de corazón que sentía porque la muerte de Thomas había sido en vano.

Richard estaba perdiendo la poca voluntad que le quedaba, verla así no hacía más que reafirmar sus sentimientos de enloquecimiento por esa mujer. ¡Por Jesucristo!, Esa vitalidad, ese brillo en sus ojos, ese ímpetu; alababa todas las cualidades de Julia y sin siquiera ser consciente fue acercándose a ella lentamente mientras le seguía gritando y echando cosas en cara que estaba dispuesto a aceptar con tal de permanecer un solo segundo más a su lado.

—¿A qué has venido exactamente Richard? —preguntó después de gritar toda su perorata y con los ojos aún más vidriosos.

La pregunta de Julia le dejó desorientado, ¿A qué había ido? Se suponía que estaba allí porque se requería de su presencia, pero si era sincero consigo, solo había deseado verla a ella.

—Estás aquí porque crees que heredarás el ducado, ¿Verdad? Dirás que Richard es tu hijo y no el hijo de Thomas para deshacerte de nosotros —alegó echándoselo en cara.

—¿Richard? —preguntó a pesar de las atrocidades de las que le estaba acusando y de las cuales no se sorprendía que hiciera porque en otro momento, con otra mujer, sería probable que se atreviera a hacerlo.

—Tu hijo —afirmó ella.

—¿Llamaste a mi hijo Richard? —preguntó totalmente cegado ante lo que eso significaba para él.

—Si —contestó Julia arrepintiéndose de habérselo revelado.

—No reclamaré el título —contestó serio—. Ni diré que es mi hijo para hacerlo. Tienes mi palabra de que no lo haré —añadió mirándola fijamente a los ojos.

—¿Y cómo puedo confiar en ti? —exclamó con cierta ironía.

«Porque eres la única persona que he amado en mi vida y que estoy seguro de que amaré» pensó Richard con la ferviente necesidad de decirlo en voz alta. Sería un necio si lo hacía, ella lo odiaba y no la culpaba, aunque había llamado a su hijo como él.

¿Por qué lo habría hecho? En su fuero más interno cosechó la esperanza de que hubiera un atisbo de estima hacia él, aunque quizá todo se debiera a que le daba por muerto, pero si le odiaba.

¿Por qué poner su nombre a su hijo si este hecho le haría recordarle cada día?, ¿Significaría eso que Julia sentía algo por él? Jamás se le pasó por la cabeza que ella tuviera algún tipo de sentimiento hacia él, sobre todo porque nunca le importó lo más mínimo si así era y decretó que solo era interés lo que a ella le convenía obtener de él, en cambio ahora que sabía que jamás fue así, se preguntaba si ella le habría amado.

No. ¿En qué mundo iba a amarle si jamás tuvo un detalle hermoso hacia ella? Lo único que había obtenido de él fueron desplantes, injurias, calumnias y sobre todo desfavorecerla ante la sociedad hasta dejarla en el abismo más oculto. Ninguna mujer podría amar a un hombre como él, y en la mínima posibilidad de hacerlo, tenía por seguro que había matado ese amor.

Antes de que Richard pudiera contestar a su pregunta fueron interrumpidos por una de las doncellas de la casa.

—Mi *lady*, disculpe mi intromisión —habló la sirvienta aprovechando el silencio en el que se encontraban los señores.

—No pasa nada Sibil —contestó con el tono más apacible que pudo a la criada—. ¿Qué ocurre?, ¿Es Richard? —añadió algo preocupada.

—Sí mi *lady* —confesó algo avergonzada—. Es que ha despertado y está demasiado inquieto porque la necesita —dijo en un lenguaje que solo entre ellas se entendían y todo se debía a que Julia, siguiendo el ejemplo de su amiga Emily, había decidido darle el pecho personalmente a su hijo.

Entendía que Catherine no pudiera hacerlo teniendo dos, pero ella se había perdido demasiado tiempo con su hijo después de estar inconsciente durante días tras el parto y necesitaba formar ese vínculo con su pequeño.

—Por supuesto, voy enseguida —contestó dando un paso en dirección hacia la puerta que era donde se encontraba la doncella—. Confiaré en ti —añadió antes de marcharse—. Aunque no tenga motivos para hacerlo, creeré que al menos lo harás por tu hijo.

Julia no esperó una respuesta por su parte, sino que salió del salón y se dirigió directamente hacia su habitación donde conforme se acercaba, sentía el llanto desesperado del pequeño Richard.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó David instantes después de que Julia se marchara mientras Richard parecía desorientado y ausente en su pensamiento.

—Quizá demasiado bien para lo que me esperaba —confesó.

Teniendo en cuenta que la última vez que la vio estando ella consciente le había echado en cara tantas verdades como puños que le hicieron querer desangrarse del dolor que aquello le provocó. Al menos ahora había sido diferente, es más, casi se había esperado más recriminaciones por su parte y en cambio hasta le sorprendía que ella le hubiera dado la oportunidad de hacer las cosas bien. Después de todo el daño que le había causado, ella decidía creer en él.

Era consciente de que cualquier otra mujer le hubiera mandado directamente al infierno y echado a patadas de aquella casa. En cambio, Julia, le dejaba desarmado y completamente a su merced con cada uno de sus actos.

—Eso son buenas noticias, ¿no? —preguntó con cierta intriga.

—Le ha puesto mi nombre a nuestro hijo —susurró Richard todavía sorprendido por tal acto de... ni sabía exactamente de qué.

—A todos nos sorprendió que lo hiciera —contestó David.

—¿Por qué? —preguntó intrigado—. ¿Por qué lo hizo?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella amigo mío —contestó—. Lo único cierto es que no puedes negar que sea tu hijo, porque el parecido es tan evidente que resulta innegable.

En ese momento un sentimiento extraño se apoderó de Richard. Era suyo... suyo ante él y ante todos a pesar de no poder gritarlo como le gustaría.

—Confieso que ardo en deseos de verlo, pero no quiero presionar las cosas. Imagino que cuando vuelva mañana y se aclare todo este asunto de la herencia de mi tío, quizá pueda llegar a una especie de acuerdo con ella para visitarle, aunque yo para él solo sea su *primo* en vez de su padre —contestó con un tono de amargura por la realidad de lo que le esperaba.

—Es tu hijo Richard, y aunque no me pidas mi opinión te diré que él se merece conocer la verdad, aunque crea que su padre fue un canalla por hacer lo que hizo.

—¿Y dejar que me odie por lo que le hice a su madre? —exclamó—. No. Me niego a considerarlo —atajó seriamente.

—También podrías reconocerlo y que fuera un bastardo para heredar el título,

cosa que más de uno se esperaría de ti.

Tuvo que volver a admitir que el Richard de antes lo haría sin dudarlo. ¿Cómo había llegado a ser un hombre tan sumamente pueril y desgraciado? Se daba asco a sí mismo.

—Admito que ella pensó lo mismo y no tuvo reparos en creer que sería lo que haría —contestó con pesar.

—Pero no lo harás, ¿cierto? —preguntó David solo por afirmar.

—¡Por supuesto que no! —vociferó—. Reconozco que quizá lo hubiera hecho en otro momento, pero... sabes de sobra por qué razón no podría hacerlo —aseguró y casi pudo notar como su amigo se calmaba al saberlo—. Creo que será mejor que me vaya, me hospedaré en una pensión esta noche y estaré aquí por la mañana.

—Puedes quedarte en una de las habitaciones, pediré que la preparen inmediatamente —dijo enseguida.

—Reconozco que es una tentación demasiado grande David, pero prefiero irme o de lo contrario seré capaz de hacer algo de lo que después quizá me arrepintiera.

David entendió perfectamente a qué se refería y con un amago de sonrisa palmeó su hombro comprendiendo perfectamente su situación mejor que nadie. Él en su día lo pasó francamente mal teniendo a Catherine tan cerca y reprimiendo sus deseos de tenerla en su lecho.

—Te veré mañana entonces —contestó David.

—Aquí estaré —dijo Richard comenzando a marcharse—. Por cierto, hay algo que no entiendo, ¿Por qué razón mi tío te nombró a ti como testigo? —preguntó extrañado.

La relación de su tío Thomas con su amigo era nula, al menos hasta que había contraído matrimonio con Julia y por la amistad con la esposa de David se habrían conocido. Era insólito que depositara tanta confianza en él de pronto. Lo más lógico sería que fuera el señor Archivald que siempre había estado a su lado.

—Desconozco las razones —contestó con notable nerviosismo y algo dubitativo—. Imagino que debió hacerlo por la amistad de mi esposa hacia *lady* Julia.

—Si... —contestó Richard dudoso—. Tal vez fue esa razón por la que te eligió —reiteró no muy convencido, pero aun así se marchó.

David jamás le había ocultado nada. No iba a hacerlo ahora, era su amigo, de hecho, era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba.

Julia se encontraba en sus aposentos mientras observaba como su pequeño succionaba del pezón la leche materna que le alimentaba. Su amiga Emily tenía razón al mencionar que no se podía describir aquella sensación de conexión que se producía, era simplemente única. Le daba absolutamente igual que el servicio considerase inapropiado amamantar a un futuro duque, pero ¿Por qué razón debía hacerlo una nodriza y no ella misma? No tenía eventos a los que acudir y no esperaba concebir otro hijo, motivo por el cual muchas damas de la alta sociedad no amamantaban a sus hijos. No. A pesar de que su madre pondría el grito en el cielo si la viera, era una experiencia que no iba a permitir que se la arrebataran.

Vio como el pequeño abrió los ojos y le sonrió. Esos ojos... los mismos de Thomas, idénticos a los de Richard.

—Tu padre está vivo mi amor —susurró acariciándole el rostro.

Aún sentía el nudo en su estómago tras aquel encuentro. Jamás se hubiera imaginado que él podría estar allí, que apareciera de la nada y sin previo aviso cuando todos le daban por muerto en combate. No estaba preparada para ese encuentro a pesar de haber imaginado hasta la saciedad que no había muerto, por más que fuera un simple modo de protegerse ante la nostalgia de que se hubiera marchado para siempre. En cambio, estaba vivo y tenía que admitir que más apuesto que nunca. Su pulso acelerado y el flaqueo de sus

rodillas lo habían indicado tras verle con el uniforme de la marina real.

La puerta de su habitación se abrió de pronto y miró asustada, pero se relajó al ver que se trataba de Catherine, aunque por la palidez de su rostro se asustó.

—David me lo acaba de confirmar —dijo acercándose a ella—. ¿Cómo estás? Ha debido de ser impactante verle, hasta me sorprende que no te hayas desmayado de la impresión.

En ese momento Julia supo a qué se refería su amiga.

—Si soy sincera poco faltó para que lo hiciera cuando le vi —confesó.

—Es increíble —gimió Catherine aún sorprendida—. Yo misma aún no me lo termino de creer, supongo que no lo haré hasta que lo vea con mis propios ojos.

—Lo cierto es que... —comenzó a decir para después silenciarse a sí misma —, no me hagas caso.

—Esto debe ser traumático para ti Julia —dijo Catherine acercándose hasta Julia y cogió su mano—. Sé cómo te afectó la noticia de su muerte y saber que sigue vivo imagino que es difícil de asimilar después de todo lo que ha ocurrido entre vosotros.

—Sería una necia si no admitiera que siento algo por él a pesar de todo, que por más que luché contra ese sentimiento, soy incapaz de negarlo, aunque me duela —suspiró reconociéndolo.

—A veces el amor no lo elegimos —contestó Catherine comprensiva—, sino que nos elige a nosotros.

—En mi caso eligió mal —gimió con pesar Julia—. Mi destino es estar sola junto a mi pequeño. Solo espero que una vez que mañana quede todo aclarado, cada uno siga por su camino y él siga con su vida.

—¿Y qué hay de ti Julia? —preguntó preocupada.

—No hay nada —aclaró—. Sé que nunca seré feliz casándome con un hombre al que no ame, prefiero ser viuda durante el resto de mi existencia.

—Eres joven, te mereces algo más que esto —insistió Catherine.

—Tal vez —fue sincera—. Pero ya sufrí la decepción una vez y no volveré a hacerlo.

Eran las nueve en punto de la mañana cuando Richard tocó el timbre de la

puerta de la mansión de los duques de Lennox. Esperaba no llegar demasiado temprano y le había costado un sobreesfuerzo refrenarse para no ir antes, puesto que llevaba despierto desde las cinco con la única intención de regresar de nuevo a la casa de su amigo para verla una vez más.

Necesitaba volver a respirar ese olor, regodearse en sus mejillas sonrosadas, recrear el tacto de su suave piel que evocaba el recuerdo de aquella imagen en la bañera completamente desnuda cuál ninfa de los bosques con sus cabellos flotando, pero sobre todo anhelaba el contacto de sus ojos cuando le miraban, porque le hacían sentirse vivo como si su sangre refulgiera con ímpetu. Tal vez solo fuera la respuesta por su pulso acelerado estando en su presencia, pero a como diera lugar, quería verla... y aquella excusa de la lectura del testamento le daba la oportunidad.

Sabía que tras aquello se tendría que marchar, tendría que alejarse de ella y reconocerlo le dolía en el alma, más aún cuando ahora nada le impedía estar cerca de ella, solo su autocontrol y la certeza de saber que ella le detestaba.

Se había pasado toda la noche pensando en qué razón tendría para ponerle su propio nombre a su hijo. ¿Tal vez fuera cosa de su tío Thomas? En ese caso David se lo habría confirmado y no fue así. Necesitaba creer que no, que había sido ella quien hizo la elección por alguna razón y que fuera porque le consideraba muerto no era de mucha ayuda. Quería creer que sentía algo por él, por mínimo que fuera, pero necesitaba aferrarse a una pequeña esperanza para darle sentido a su mísera vida.

El mayordomo le hizo pasar al comedor, donde David se encontraba leyendo el periódico mientras desayunaba junto a su esposa.

—Buenos días *lady* Catherine, es un placer volver a verla —habló formal mientras permanecía erguido en su postura.

—¡Oh dios mío! —exclamó Catherine atragantándose con el té mientras devolvía la taza a su plato.

—Querida, ya te advertí de los acontecimientos —intervino David mientras doblaba el periódico y lo dejaba sobre la mesa—. Vamos, siéntate —animo a Richard con un gesto de mano para que se sentara a la mesa.

—Lo lamento señor Hayden —contestó aún sorprendida Catherine, más aún por verle ataviado con aquel uniforme—. Perdón, teniente Hayden, ¿Verdad? —alegó disculpándose.

—Así es —afirmó—. Aunque pronto seré ascendido a capitán —añadió sin un atisbo de sonrisa.

Lo cierto es que la noticia de su ascenso por los honores concedidos en la batalla no le satisfacía como debiera. Tal vez fuera porque no tenía con quien compartirla o porque simplemente su carrera militar no le llenaba, solo la eligió por la sencilla razón de que sería la única forma de apartarse de Julia obligadamente.

—Eso es una buena noticia —habló David con una sonrisa.

Richard iba a contestar cuando percibió ese olor a lavanda inconfundible y se apartó de la puerta sabiendo quien aparecería ante ella. Notó los latidos apresurados de su corazón, como las palpitaciones se aceleraban produciéndole cierto nerviosismo incontrolable y que al mismo tiempo su garganta se reseca debido a la anticipación de los acontecimientos. Vio su perfil asomándose, aquella nariz perfecta sobre un rostro esculpido por el mismísimo Miguel Ángel de piel radiante, unas pestañas largas, tupidas y oscuras casi tanto como el color de sus cabellos junto a unos labios rosados creados para ser venerados.

¿De dónde salía todo aquello? Él jamás había tenido pensamientos así. Nunca en todos sus años de vida se le habría ocurrido mirar de aquella forma a una mujer.

En ese momento reparó en el pequeño bulto que traía en su regazo y que parecía observarle detenidamente comprendiendo lo que David le había confirmado el día anterior. No. Definitivamente no podía negar que era su hijo sin lugar a duda y en consecuencia sintió un instinto paternal que hasta ahora le había sido sumamente desconocido.

No quería marcharse. Mejor dicho; no sabía cómo iba a poder alejarse de ellos cuando todo en él le pedía a gritos permanecer a su lado.

—Buenos días —dijo Julia algo cohibida al sentir la mirada de Richard sobre ella.

Al entrar no se había percatado de su presencia hasta que el rojo llamativo del uniforme fue inconfundible.

El desayuno fue algo silencioso. Por suerte David intentó amenizarlo cuando le pidió a Richard que relatara todo lo sucedido en la batalla en la que le dieron por muerto, obviando los detalles más agudos para no dañar la moral

de las damas presentes.

El señor Campbell no tardó en llegar y todos salvo Catherine acudieron al despacho del duque de Lennox para proceder a la lectura del testamento de Thomas.

El señor Campbell tomó asiento tras la mesa del despacho con el permiso de *lord* Clayton, que se quedó de pie a un lado mientras el teniente Hayden y *lady* Julia, que eran los posibles herederos de la fortuna, lo hacían en las sillas frente al abogado.

—Bien... comencemos —sentenció el señor Campbell mientras sacaba de su portafolio los documentos y los abría con tranquilidad—. Tras la petición formal de *lord* Hayden, cuarto duque de Sheraton, en la lectura del testamento estarán aquí presentes sus herederos, *lady* Julia junto a su hijo, como esposa e hijo del difunto fallecido y el teniente Hayden, sobrino del mismo tras comprobar que no murió en batalla como se pensó inicialmente. También estará presente en calidad de testigo por petición expresa del duque; *lord* Clayton, duque de Lennox quien confirmará que todo lo aquí citado fue expreso deseo del fallecido.

Hubo un silencio sepulcral en el que Richard miró brevemente a David, como si tratara de averiguar que sabía su amigo, pero no pareció encontrar respuestas.

—Prosiga —habló David bastante sulfurado.

—Si —confirmó el señor Campbell—. En esta carta —dijo señalando un sobre—. El cuarto duque de Sheraton renuncia a su título a favor de su heredero, que en este caso se trata de su único hijo, *lord* Hayden, actual duque de Sheraton. Así como toda su fortuna y posesiones estén estos ligados o no al ducado le pertenecen a su único heredero legítimo. No obstante, hasta que el actual duque cumpla su mayoría de edad para hacerse cargo de la fortuna y ducado, *lord* Clayton administrará su fortuna, salvo en la excepción de que su sobrino, el teniente Hayden, se halle con vida, en cuyo caso será él quien administre dicha fortuna en beneficio del actual duque de Sheraton.

—¿Cómo dice? —exclamó Julia completamente atónita.

—El teniente Hayden —habló el señor Campbell señalando a un impertérrito Richard que no reaccionaba—. Será el administrador de su hijo y velará por sus bienes hasta su mayoría de edad.

—¿Eso qué significa? —habló ahora Richard.

—Según estipuló el duque fallecido, deberá renunciar a su rango en la marina real y convivir en el mismo lugar donde lo hará el actual duque. Usted no solo será su administrador, sino también su tutor según dejó estipulado en su testamento el anterior duque.

¿En qué estaba pensando su tío Thomas cuando estipuló aquello como sus últimas voluntades? Fuera como fuera solo había una cosa que no dejaba de cruzar por su mente; allá donde estuviera, así fuera el cielo, el infierno o el abismo. Su tío le estaba ofreciendo una oportunidad de estar junto a su familia, una ocasión que sería un necio si se negaba a aceptar.

Julia permanecía completamente atónita y sin poder creerlo. No podía ser cierto, era impensable que Thomas hubiera estipulado algo así, ¿Es qué no era plenamente consciente de la irresponsabilidad de su hijo? Es más, ¿Cómo se le ocurría obligarle a estar a su lado después de todo lo que le había hecho?

No lo entendía, buscaba la explicación, pero no la encontraba. Tal vez... quizá todo se debiera a que Thomas pensaba que su hijo había fallecido y veía razonable que el tutor de su pequeño fuera *lord* Clayton, ¿Pero qué razones había para modificar esa parte si Richard resultaba estar vivo? Quizá solo fuera una forma de darle todo lo que no pudo estando con vida a pesar de quitarle el título.

¿Cómo iba a poder estar constantemente en su presencia? Eso teniendo en cuenta de que Richard aceptara. Tal vez no lo hiciera. Quizá había encontrado su lugar en la marina real.

—¿Qué ocurriría si renunciara? —preguntó Richard.

—Si decide renunciar a ser el tutor del duque de Sheraton, el aquí presente *lord* Clayton asumirá la posición.

Richard miró en ese momento a su amigo David, que parecía negar con la cabeza como si creyera que rechazaría la proposición.

—Antes de que el teniente Hayden responda, ¿Me permitiría hablar en privado con él? —preguntó David al señor Campbell.

—Si usted lo estima conveniente, podemos hacer un inciso y posteriormente proseguir —afirmó el señor Campbell.

Richard siguió a David hasta una pequeña sala de té que con toda probabilidad sería de uso exclusivo de la duquesa de Lennox, pero era el

lugar oportuno para hablar en privado. Nada más entrar en aquel pequeño habitáculo de paredes floreadas y sillones estampados en florituras, David cerró la puerta con cuidado.

—Debes aceptar Richard. No hay discusión, tienes que hacerlo.

Richard había tenido un atisbo de duda al respecto y por eso había preguntado qué ocurriría si lo rechazaba, solo para asegurarse de que igualmente su hijo estaría en buenas manos, pero realmente siendo egoísta, su instinto le decía que aceptara, que esa oportunidad era la única posible para estar junto a ellos. Ahora que David casi se lo imponía, preveía que su amigo escondía algo, sin duda él era consciente de algún tipo de información desconocida para ellos.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—¡Porque es la única forma de estar junto a tu familia! —exclamó.

—No David —afirmó Richard seguro de lo que sospechaba—. Quiero saber qué está pasando. En ese momento vio cómo su amigo parecía dudar. Era como si estuviera pensando si podía revelar algún tipo de información—. Dime ahora mismo por qué debo aceptar y no me des las razones que ya sé. Sé que ocultas algo y quiero saber de que se trata.

—Ella es tu esposa aún —afirmó David sopesando sus palabras.

—¿Qué? —exclamó totalmente abrumado Richard.

—El juez nunca inscribió tu anulación. Tu tío se encargó de que no lo hiciera y el matrimonio de tu esposa y él nunca existió realmente. Jamás la perdiste

Richard y tu hijo es legítimamente tuyo.

—No puede ser... —susurró llevándose las manos a las sienes—. No es verdad... Todo este tiempo... —comenzó a pronunciar frases inconclusas—. Me dieron un documento donde decía que mi matrimonio fue anulado —alegó aun no creyéndolo.

—No tiene validez si el Juez no inscribe en acta la anulación —afirmó.

—¿De verdad? —exclamó con los ojos brillantes—. ¿Ella sigue siendo mi esposa? —preguntó deseando con todo su ser que así fuera, por más que pareciera un sueño, uno casi irreal, necesitaba que lo fuese.

—Si Richard. Yo mismo lo he comprobado, pero ella no sabe nada. No sé cómo pueda encajar la noticia —afirmó David.

—No debe saber nada —gimió de pronto Richard y por extraño que pareciera sonriendo al mismo tiempo.

Aunque nada le gustaría más que gritar a los cuatro vientos que era suya, prefería hacer las cosas bien por una vez en su vida. Su tío no solo le había dado una segunda oportunidad, sino que se había asegurado de enmendar cada uno de sus errores, incluso después de muerto. Empezaba a sentir cierta nostalgia por él y sobre todo, a creer que no era el hombre que siempre había creído por las ínfulas que su padre le contaba sobre él.

—¿Por qué te contó todo esto a ti, David? —preguntó Richard justo antes de que volvieran al despacho.

—No lo sé. Imagino que porque soy tu amigo y él solo buscó lo mejor para ti —afirmó David sin revelar toda la información.

Richard guardó silencio y acto seguido volvieron al despacho donde Julia parecía frotarse las manos nerviosa y el señor Campbell revisaba unos documentos.

—Disculpad la espera, podemos proseguir —afirmó David mientras Richard tomaba su asiento de nuevo junto a Julia.

—¿Ha decidido el teniente Hayden si acepta la voluntad de su tío *lord* Hayden? —preguntó el señor Campbell curioso.

—Si —afirmó Richard—. Acepto ser el tutor del duque de Sheraton.

En ese momento Julia sintió un leve mareo y sintió todo su contraerse al mismo tiempo que su pulso se aceleraba. Había aceptado, iba a convivir con

él, a verle cada día durante... ¿El resto de su vida?, ¿Cómo iba a poder sobrevivir a eso? No sabía si sería lo suficientemente fuerte para soportarlo.

Thomas, ¿Por qué me hiciste esto? Se preguntó Julia antes de que el señor Campbell comenzara a nombrar todas las repercusiones que tendría ser el tutor de su hijo y el procedimiento de cómo sería aquella convivencia entre ambos.

Había pasado una semana desde la lectura del testamento y Julia aún no asimilaba la idea de que Richard fuera a ser el tutor de su hijo, de su propio hijo. Si analizaba la situación en retrospectiva desde un punto de vista externo era inverosímil. Él había sido su esposo, era el padre de su hijo y el heredero al ducado, en cambio su matrimonio se había anulado, él ahora era ejercería de tutor y no de duque con su propio hijo y a pesar de estar separados vivirían juntos por obligación. ¿Eran ironías del destino? No. Con toda probabilidad no lo eran puesto que Thomas había trazado todo ese plan y solo había algo que escapaba a su conocimiento. ¿Sabría que Richard estaría vivo o sería solo una vaga esperanza?

Se había estado preparando mentalmente para su inminente partida. En tan solo unas horas Richard llegaría y juntos emprenderían el viaje hacia la mansión de campo de los Hayden, donde habían decidido permanecer hasta adaptarse a la nueva situación. En realidad, había sido idea de *lord* Clayton y ella no había planteado ningún inconveniente puesto que lo que menos le apetecía era permanecer en la ciudad bajo las atentas miradas de la nobleza.

—Querida, ¿Ya tienes todo preparado? —preguntó Catherine sin llamar a la puerta puesto que ésta permanecía abierta mientras el servicio entraba y salía con sus pertenencias.

—Sí. Ya está todo —afirmó.

Había aprovechado esa semana para realizar compras las compras necesarias sobre todo para su pequeño, puesto que al marcharse no tendría la oportunidad de adquirir cierto tipo de tejidos que solo se encontraban en la ciudad.

—¿Vendrá tu familia a despedirse? —preguntó Catherine para estar informada.

—No —contestó con seguridad Julia—. Robert no se encuentra en la ciudad puesto que debía atender unos asuntos en referencia a un tema familiar y ayer me despedí ayer de madre, aunque tuve que persuadirla para que no tratara de

acompañarme puesto que evité mencionarle que el teniente Hayden será el tutor de su nieto. Además, por alguna razón ella trata de evitar mencionar ese tema y todo lo referente a la anulación, imagino que porque no debe ser fácil para ella que su hija sea el centro de atención de las habladurías.

—Ya verás que con el tiempo todo se olvida, no hay nada que un nuevo chisme para que se olviden del anterior —aseguró Catherine sonriente.

—No creo que olviden tan fácilmente que fui repudiada por mi primer esposo, aunque al menos nadie ha tenido la indecencia de restregármelo en cara cuando me felicitaban por el nacimiento de Richard a pesar de saber que era la nueva duquesa de Sheraton.

Julia aún podía recordar las caras de adulación de aquellas damas con las que había compartido en más de una ocasión largas charlas en los salones de baile, mientras se dirigían a ella como duquesa de Sheraton y la felicitaban por tener un hijo tan hermoso. Entendió las palabras de Thomas cuando dijo que, tras convertirse en duquesa, la nobleza volvería a aceptarla y la prueba la tenía en aquellas damas. Se había preparado para afrontar algún comentario sobre la anulación de su matrimonio y probablemente lo obtendría de alguna dama descarada en el futuro, pero de momento pensaba retirarse, no tendría vida social mientras su hijo fuera tan pequeño y tampoco la deseaba por el momento.

—Todos terminan olvidando Julia. No ha pasado tanto tiempo desde aquella joven que fui una vez, a la que todo el mundo repudiaba porque pensaban que mi afección era contagiosa, incluso mi esposo lo creía y mírame ahora —aseguró—. Nadie lo recuerda siquiera, incluso a mí me parece tan lejano que a veces creo que solo fue una pesadilla.

—Tal vez —sonrió Julia acercándose a ella—. Aunque yo nunca te rechacé ni pensé que fuera contagioso —añadió abrazándola.

—Lo sé —afirmó—. Eras mi única amiga, la única que me aceptaba y no me juzgaba por mi aspecto.

—Mi *lady*, el teniente Hayden ya está aquí y la espera —anunció la doncella.

—Gracias Sibil, enseguida bajamos —contestó Julia mientras cogía a su pequeño en brazos—. Parece que ha llegado la hora.

Cuando Julia llegó al final de la escalera junto a Catherine le sorprendió no ver a Richard por ninguna parte, hasta que las voces comenzaron a aparecer

por el pasillo que conducía al despacho privado de David y entendió que debían estar hablando en privado.

—Buenos días —anunció Richard cuando la vio en el hall de entrada, tan hermosa como siempre y con su pequeño hijo en brazos.

Probablemente tardaría en acostumbrarse a esa sensación de plenitud que sentía cuando les veía. Era un sentimiento de orgullo inexplicable.

—Buenos días teniente Hayden —contestó Julia guardando las distancias. Incluso le sorprendió ver que Richard aún vistiera el uniforme, ¿No se suponía que debía abandonar la marina real al asumir ser el tutor de su hijo?

—¿Está todo listo? —preguntó Richard—. Será mejor que partamos enseguida o se nos echará la noche encima antes de llegar a la posada —añadió sin esperar contestación a su prima pregunta.

—Sí. Podemos partir inmediatamente —contestó Julia no queriendo ser consciente de lo que ello implicaba.

Se despidió de su amiga Catherine y de su esposo que partirían al día siguiente hacia su mansión campestre y habían prometido visitarles pronto, al igual que había hecho Emily días previos antes de marcharse también al campo.

Para su tranquilidad o al menos para la de sus nervios, Richard hacía el camino a caballo y no compartiendo su carruaje como pensó en un principio que haría. No sabía que era peor, si ver su silueta cada vez que miraba por la ventana del carruaje puesto que las cortinas permanecían abiertas debido al calor del verano o que en su lugar él hubiera permanecido dentro del carruaje porque al menos podía fingir distracción en el exterior.

Había comenzado a admirar el porte que mantenía mientras cabalgada junto al carruaje manteniendo una distancia prudencial en la delantera, como si de algún modo les estuviera dando servicio de protección. Desde luego aquel uniforme le quedaba demasiado bien, tanto, que ya empezaba a desconocer si el calor que sentía era producto de la temperatura ambiente o de su propio cuerpo al tener pensamientos demasiado lascivos muy a su pesar.

Pasaron la noche en una posada que estaba a unas millas de la mansión familiar de campo de los Hayden, si salían temprano al día siguiente, llegarían antes del almuerzo. Como era de esperar, ella dormiría en una de las habitaciones junto a su doncella que la acompañaba y su pequeño, mientras

que Richard permanecía en la habitación de al lado.

Apenas habían cruzado palabra alguna y por alguna razón, Julia no se atrevía ni tan siquiera a hacerlo, ¿Qué iba a decirle? Aunque había una pregunta que no cesaba de repetirse una y otra vez, pero no era momento ni lugar para formularla. Así que tras la cena y una formal despedida, se fue a su habitación a pesar de que Richard permaneció en el salón de la posada mientras se terminaba una jarra de vino.

Julia trataba de dormir, pero el desvelo de sus pensamientos la mantenía despierta. Sentía tanta confusión en sus sentimientos que era incapaz de encontrar la calma a ellos. Por un lado le amaba, reconocía que a pesar de todo lo hacía y por otro lado se negaba a perdonar todas las hazañas que él había cometido en su contra. No podía simplemente eliminarlas y hacer que desaparecieran, era incapaz de evitar cierto resquicio de rencor que aún permanecía dentro de ella a pesar del deseo, a pesar del amor que indiscutiblemente seguía sintiendo hacia él. De todos modos eso daba igual. Richard jamás la había querido, nunca había sentido el más mínimo sentimiento o atisbo de cariño hacia ella y probablemente seguiría siendo siempre así.

En ese momento escuchó como alguien trataba de abrir la puerta y posteriormente forzarla. Miró a su doncella que permanecía dormida sobre su camastro en el suelo, la única luz proveniente de la habitación era la de la chimenea y veía como el pomo de la puerta se movía mientras alguien parecía querer entrar. Se levantó y cogió uno de los atizadores que se usaban para la leña mientras se preparaba para lo que pudiera suceder.

—¡Mujer!, ¡Abre la puerta! —gritó un hombre al otro lado mientras daba un golpe en la puerta.

En ese momento su doncella se despertó y dio un pequeño grito asustada al verla, pero Julia se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

—¡Mujer!, ¡Abre la puerta o la tirare abajo! —amenazó de nuevo.

Por un instante pensó en si podría ser Richard, pero no era su voz. Sabía perfectamente que no se trataba de él y eso por alguna razón, la asustó aún más.

Pensó que al no obtener respuesta el individuo se marcharía, pero nada más lejos de la realidad, sino que, tras un silencio momentáneo, la puerta se abrió y un enorme hombre con signos de embriaguez cruzaba el umbral de su

habitación.

—¡Ven aquí mujer! —gritó aquel hombre mientras se dirigía hacia ella y su doncella comenzó a gritar.

—¡Lárguese de aquí inmediatamente! —gritó Julia mientras alzaba el atizador dispuesta a darle, pero antes de poder hacerlo aquel tipo la cogió del brazo con el que lo sujetaba con tanta fuerza que tuvo que soltarlo mientras gemía de dolor.

—Suéltala ahora mismo o aprieto el gatillo —susurró Richard con una voz tan fría que podría helar el aire.

Julia escuchó aquella voz y hasta a ella se le congeló la sangre con la frialdad que lo había dicho, notó como aquel hombre la soltaba y en cuanto lo hizo, Richard le propinó un golpe con el arma en la nuca de forma que cayó desplomado sobre el suelo mientras la doncella exclamaba un grito de horror.

—¿Estás bien? —exclamó Richard acercándose a ella.

Julia le observó y estaba completamente enmudecida. ¿Bien?, ¿Estaba bien?

—S... si —dijo al fin.

—Baje inmediatamente al salón e informe al tabernero de lo sucedido en la habitación —dijo Richard dirigiéndose hacia la doncella que asintió y salió con premura dejándoles a solas—. ¿Te ha hecho daño? —preguntó mientras se acercó más a ella y sus ganas por tocarla eran abrumadoras, pero se contuvo puesto que no quería asustarla. No se perdonaría que estando a su lado, un borracho inútil la hubiera agredido.

—Yo... —comenzó a decir Julia perdiendo cualquier rastro de razón. Parecía preocupado por ella, ¿Lo estaba de verdad? En ese momento el pequeño comenzó a llorar y salió de su trance mientras se acercaba para acogerlo en brazos.

—Vamos, te acompañaré a mi habitación. No voy a permitir que pases la noche en esta habitación con esa puerta rota.

—¿Y tú? —preguntó Julia contrariada.

—No voy a apartarme de tu lado —contestó dando por sentado que dormiría en la misma habitación que ella.

El silencio reinaba en la habitación. La respiración acompasada del pequeño Richard junior calmaba los nervios de Julia, esos infundados por la terrible

seguridad de que el padre de su hijo la observaba minuciosamente desde la butaca en la que se hallaba sentado. No le hacía falta siquiera mirar en aquella dirección para saberlo. Podía sentir sus ojos fijos en ella mientras fingía dormir a pesar de que era imposible lograrlo en semejante situación.

Tal vez no debería sentirse tan avergonzada teniendo en cuenta que habían estado casados en el pasado, pero jamás había compartido el lecho con Richard, nunca habían dormido juntos ni tan siquiera en las dos ocasiones que había yacido con él. Resultaba irracional que precisamente ahora, que no eran marido y mujer, durmieran en la misma habitación a pesar de no compartir la misma cama.

Julia notó el movimiento inquieto de su pequeño y supo al instante que buscaba incluso antes de que comenzara el llanto. Así que se bajó el camisón holgado que llevaba acercando de esta forma su pezón al pequeño que enseguida comenzó a amamantarlo. Fue un movimiento tan natural que había hecho en tantas ocasiones que ni siquiera fue consciente de que Richard debió verla. En ese instante sus mejillas se tiñeron y agradeció la parcial oscuridad de la habitación con la poca claridad que iluminaba el fuego de la chimenea para que no lo detectara. Inevitablemente alzó la vista y miró en su dirección, encontrándose con aquellos ojos verdes que no perdían detalle alguno de la escena. Richard ni tan siquiera apartó la vista cuando ella le observó, sus miradas bastaban para decirlo todo, no era necesario romper la barrera del silencio. Vio el deseo en sus ojos, pero también vio ternura y casi se podía atrever a decir que incluso había algo más en aquella forma de observarla, pero pensarlo era engañarse a sí misma.

Richard permanecía en aquella butaca mirando hacia la cama de la habitación, otorgándole una vista completa de la misma y de los ocupantes de aquel lecho; su mujer —porque era su mujer— y su hijo.

Tras una semana de auténtica locura ocupándose y dejando todo en orden conforme al ducado, puesto que él era ahora el duque de Sheraton a ojos de la cámara de lores y de todos los presentes a excepción de su esposa.

A pesar de saber por David que su petición de anulación no había sido inscrita y por tanto no era válida, comprobarlo por sí mismo fue una sensación de paz gloriosa. Oficialmente seguía siendo su esposa, nunca había dejado de serlo y saberlo solo le incitaba aún más la necesidad de demostrarle que la amaba, que la quería y que deseaba pasar el resto de su vida junto a ella. No iba a contarle que su matrimonio no fue anulado hasta que fuera

absolutamente necesario, no la condicionaría a estar a su lado, él quería que ella tuviera la oportunidad de elegir e incluso sería capaz de alejarse de ella si así se lo pedía, aunque haría todo cuanto estuviera en su mano por evitarlo.

En aquellos momentos no podía dejar de observar su hermoso rostro del que resultaba imposible apartar la vista mientras aparentemente dormía, porque su respiración a pesar de ser suave no era acompasada y por lo tanto sabía de sobra que estaba fingiendo. Tal vez fuera por culpa de aquel incidente del que si le llegara a ocurrir algo jamás se perdonaría o quizás fuera por el simple hecho de que no se fiara de él, algo que si era sincero, lo esperaba dado su largo historial y que precisamente había concebido a su hijo allí presente porque prácticamente se metió sin permiso en su lecho a pesar de no forzarla en ningún momento.

Notó el movimiento del pequeño y pensó que probablemente despertaría en llanto, pero lo que jamás pensó que ocurriría es que Julia se deslizara aquel camisón dejando su pecho a la vista y amamantara a su propio hijo ella misma. Ni tan siquiera había pensado hasta ese momento en que no llevaban a una nodriza con ellos y ahora entendía las razones. No la necesitaba.

El cúmulo de sensaciones que sentía al mismo tiempo se agolpaba de tal forma que era incapaz de darle sentido. Sentía deseo y lujuria por la mujer que fervientemente anhelaba y de la que le había permitido ver parte de su desnudez, pero también sentía un cariño y ternura infinita por ser ella misma quien alimentaba a su pequeño demostrando cuánto lo amaba.

En ese momento aquellos ojos bronce se fijaron en los suyos y ni tan siquiera podía apartar la vista de ellos. Quería decirle tantas cosas...

«Te deseo tanto, que mi juicio se desboca»

«Te aprecio tanto, que sufro si no te tengo cerca»

«Te amo tanto, que daría mi vida por ti si fuera necesario»

«Eres mía y sufro por no poder tenerte como quisiera»

Y con aquella mirada fija de cada uno puesta en los ojos del otro, entre aquel silencio solo roto por el ruido de la madera quemándose, Julia supo que él estaba allí para darle su protección y que su intención no era otra sino la de quedarse junto a ellos precisamente para que nada, ni nadie les hiciera daño. Era la primera vez que aquel hombre al que seguía indudablemente amando, hacía un gesto hacia ella que no era puramente egoísta y saberlo solo le hizo

creer que quizás, solo quizás, Richard Hayden sí había cambiado.

Richard apenas pudo dormir en toda la noche, tal vez únicamente fuera su intento de atesorar aquel recuerdo porque no sabría cuando volvería a tener la oportunidad de estar junto a ella, de verla dormir y sobre todo de regodearse con aquel instante. Observarla dormir plácidamente era expectante, pero él quería más, mucho más. Deseaba poder estar en ese mismo lecho, al otro lado junto a ella y abrazarla, protegerla y hacerle sentir que era suya, porque así era.

Con los primeros rayos de sol decidió despejarse, así que avisó a la doncella para que se mantuviera despierta en la habitación mientras él fue a comprobar que todo estaba en orden para reemprender el camino de vuelta a casa “su casa”. Por ironías del destino iba a tener una vida familiar, una de la que durante toda su vida había rehuido y de la que ahora no podía anhelar más tener.

Cuando Julia despertó y comprobó que Richard no estaba en la habitación, sintió un cierto pellizco de sentimiento nostálgico. Le hubiera gustado verle, le habría apetecido por una vez en su vida, verlo despertar, pero quizá sería pedir demasiado. Su doncella se encontraba allí preparando el desayuno que, al parecer, había sido ordenado en la habitación y tuvo que agradecer la comodidad de no tener que prepararse para bajar a aquel salón con su

pequeño de nuevo donde el ruido le mantenía intranquilo.

—Buenos días mi *lady*, el teniente Hayden dice que cuando lo desee podremos emprender el camino —dijo la doncella.

—Gracias Sibil, puedes decirle al teniente Hayden que iré enseguida. Estoy deseando llegar a casa y darme un largo baño —contestó mientras se levantaba y como el pequeño seguía durmiendo se acercó a la mesa donde su doncella le había servido el té caliente con leche como a ella le gustaba.

—Por supuesto mi *lady*, enseguida subiré para ayudarla a vestirse.

En aquel momento en el que se quedó a solas, Julia se acercó al asiento donde había permanecido gran parte o incluso toda la noche Richard mientras la observaba. Pasó sus dedos por la piel que cubría el sillón como si de algún modo pudiera tocarlo a él. Su aroma aún estaba parcialmente impregnado en aquella habitación, tan varonil y tan masculino que la embriagaba por completo llenándola de frenesí.

No tenía ni idea de cómo conseguiría lograr no sucumbir a su propio deseo por él, tal vez la mejor forma sería evitarlo, tratar de no coincidir con él salvo lo mínimamente imprescindible y aun así... era incapaz de negarse a sí misma que lo deseaba, que todo su cuerpo vibraba por su esencia.

Apenas llegaron a la mansión, fueron recibidos por el servicio y para su sorpresa, Richard desapareció durante el resto del día, aunque estaba tan cansada de aquel tedioso viaje que no le importó. Además, ¿No se había planteado que quizá era mejor evitarle?

Recibió el aviso de Sibil que la cena estaba lista y bajó las escaleras convencida de que cenaría en solitario a pesar de tener un pequeño presentimiento de que él la acompañaría. Cuando entró en el comedor, no le pasó desapercibido que no había uno, sino dos servicios en la mesa y antes siquiera de poder preguntarle a su mayordomo si disfrutaría de la compañía del teniente Hayden, éste apareció.

—Disculpe la espera —dijo de manera formal—. He llegado hace tan solo unos instantes de inspeccionar la finca a caballo y apenas he tenido tiempo de cambiarme.

Julia asintió algo cohibida, entendiendo entonces los motivos de la desaparición de Richard durante todo el día. Y ella que había pensado que probablemente estaría durmiendo por haber pasado casi toda la noche

despierto.

—¿Qué tal la ha encontrado? —preguntó.

Si iban a vivir juntos, más valía tener una relación de cordialidad.

—Hay un par de asuntos que requieren de mi atención mañana, pero nada que no pueda esperar —contestó complaciente y para sorpresa de Julia observó cómo le ofrecía la silla para que se sentara en lugar de esperar que lo hiciera el servicio.

Anonadada por aquella acción se sentó y él lo hizo justo a su lado, a la cabecera de la mesa en el mismo lugar que semanas antes lo hacía su padre. Era extraño que Thomas ya no estuviera, tenía la sensación de que en cualquier momento entraría por la puerta para dedicarle una sonrisa y desearle un buen día.

—Sé que todo esto debe ser difícil para ti, tampoco es fácil para mí, pero creo que es importante para nosotros y para nuestro... para el duque de Sheraton que tratemos de llevarnos cordialmente como si esta situación fuera normal —habló Richard una vez les habían servido el primer plato que consistía en un consomé de verdura.

—¿Vas a quedarte? —No pudo evitar preguntar Julia—. ¿De verdad vas a quedarte y no te marcharás en cuanto puedas deshacerte de nosotros?

Aún le sorprendía las razones de porqué había aceptado aquello, es más, se moría de ganas por preguntarle cuáles habían sido sus motivos para aceptar ser el tutor de su propio hijo renunciando así a su ducado tan preciado.

—No me iré —afirmó—. No a menos que tú desees que me marche. —La retó Richard.

—Yo voy a respetar la voluntad de Thomas —afirmó no reconociendo que, en el fondo, ella deseaba que él estuviera allí a pesar de que su juicio le dijera lo contrario—. No seré yo quien te pida que te marches.

—Yo también —afirmó Richard no reconociendo que realmente estaba allí por ella, para recuperarla, para tratar de ser de verdad una familia.

La cena terminó tranquila y prácticamente en silencio. Tal vez era demasiado pronto para ambos y más aun teniendo en cuenta que casi eran unos completos desconocidos.

—Debo terminar de leer unos documentos, estaré en el despacho si me necesitas para cualquier cosa —anunció una vez que terminaron de recoger

los platos del postre.

Julia se retiró a su habitación, pero lo cierto era que no podía dormir. Saber que Richard estaba en aquella casa y bajo aquel techo, la hacía estar nerviosa. Se deslizó descalza hasta la planta inferior, suponía que al ser bien entrada la noche, él ya se habría retirado a dormir, más aún teniendo en cuenta que apenas había dormido en las últimas horas y debía estar rendido, por lo que no lo pensó cuando abrió la puerta del estudio sin llamar pero para su sorpresa encontró la tenue luz del candil sobre la mesa iluminando el rostro de Richard que estaba completamente dormido en la silla y apreció los documentos que tenía delante sobre la mesa.

No se había despertado, así que hubo un instante en el que no supo si marcharse antes de que él se diera cuenta de que ella estaba allí, pero la tentación le pudo y entornando la puerta sin llegar a cerrarla se acercó hasta él. Era la primera vez que le veía dormido, parecía tranquilo y tan increíblemente guapo como solo él lograba serlo a sus ojos.

Sus dedos le quemaban por tocarlo, por apartarle esos pequeños mechones que caían sobre su frente y antes de poder siquiera refrenar su instinto lo hizo... tocando aquella piel ahora en parte curtida por el sol. Justo en el momento en que sus dedos rozaron su rostro, Richard abrió los ojos y le cogió la mano por la muñeca instintivamente como si estuviera alerta.

Julia contuvo la respiración mientras aquellos ojos verdes la miraban fijamente inspeccionándola y su corazón se aceleró. ¿Qué excusa tenía para hacer lo que estaba haciendo?

Richard estaba preparado para todo, incluso para que intentaran asesinarlo, pero no para que ella estuviera allí en cuanto abrió los ojos tras quedarse dormido mientras leía aquellos documentos sobre las cuentas de la propiedad.

¿Qué hacía ella allí?, ¿Y qué hacía tocándole? La observó detenidamente, vestida con aquel camisón fino que a pesar de estar envuelta en aquella bata lucía igualmente hermosa, con aquellos ojos bronce algo cohibidos por haberla encontrado en una situación que probablemente ni ella misma sabía cómo había llegado y esos labios entreabiertos queriendo emitir una disculpa.

Acarició suavemente la suave piel de la muñeca de su mano por donde la había sujetado en un principio creyendo que se trataba de un atentado a su persona y ante su contacto, un leve gemido se escapó de sus labios.

No lo soportó más. Era demasiado tiempo intentando apartarse de ella,

incontables días alejándola de sus pensamientos sin obtener resultados, ni tan siquiera le dio opción, de un solo tirón la acercó a ella y se lanzó sobre aquellos labios carnosos que incitaban al pecado.

Tal vez se arrepentiría de ello mañana, quizá era aún muy pronto, pero no podía luchar un solo instante más contra ese sentimiento de puro instinto carnal que sentía sobre ella en aquel instante.

Julia se sintió abrumada ante aquel contacto de sus labios entrelazándose con los suyos en un vaivén sin sentido que provocaba que su juicio quedara completamente anulado ante el ímpetu del deseo que se apoderaba de ella y del que inevitablemente se adueñó de su voluntad respondiendo aquel beso.

Aquellos dulces labios que emanaban fuente de calor y le hacían sentirse llena de nuevo eran completamente embriagadores, hasta el punto de que cuando Richard traspasó con su lengua aquella barrera un leve jadeo producto de la emoción que sintió tras hacerlo escapó de su garganta y ante aquello él la atrajo hasta su cuerpo estrechándola entre sus brazos, donde notó cada músculo de su cuerpo al mismo tiempo que su calor la apresaba.

Las manos de Richard fueron deslizándose lentamente hacia abajo, recorriendo suavemente su cuerpo mientras su lengua hacía maravillas en su boca provocando que perdiera cada vez más la razón de sus actos y se abandonara al abismo de lo que aún sentía por él.

En el momento en el que Richard apartó los labios de su boca descendiendo por su garganta, ella abrió los ojos como si de pronto fuera consciente de lo que estaba ocurriendo, de lo que ocurriría si no refrenaba aquello y aunque lo deseara, aunque realmente lo quisiera, no podía permitirlo.

—No —susurró suavemente y Richard detuvo repentinamente aquel camino de besos que le estaba proporcionando—. No puedo —añadió mientras se zafaba de su abrazo antes de arrepentirse.

Tenía que marcharse de allí. Debía irse antes de arrepentirse de lo que estaba haciendo porque todo su cuerpo le reclamaba quedarse para descubrir el placer carnal de nuevo, ese placer que indudablemente él le brindaba a pesar del dolor que había tras él.

—Julia —gimió Richard tratando de decir demasiadas cosas sin llegar a decir nada.

—Esto no puede ocurrir —contestó sin mirarle, puesto que, si observaba

aquellos ojos verdes, sería mucho más difícil creerse sus propias palabras—, jamás debió pasar —añadió haciendo ademán de irse.

—No... espera... Jul...

Pero ella no se quedó a escucharle, sino que salió apresuradamente porque sabía que, si se quedaba, buscaría la excusa perfecta para su conciencia y finalmente sucumbir al deseo que él le proporcionaría a pesar de que después todo fuera dolor y lágrimas.

Tras marcharse Richard dio un golpe a la mesa ruda del escritorio de madera de su tío. Su escritorio ahora que lo pensaba detenidamente puesto que era su heredero.

¡Maldita fuera su estampa y maldito el momento que la había besado!

Sabía que se iba a arrepentir de ello, pero aún así había sido una tentación inevitable cuando la observó tan cerca, mirándole y con su mano acariciándole el rostro. ¿Qué hacía ella allí viéndolo dormir?, ¿Por qué se había acercado tanto? Desconocía las razones, pero lo que sí tenía claro era que la había asustado y que ahora sería más complicado conseguir un acercamiento hacia ella.

Solo había avanzado medio paso para retroceder otros cinco. No tenía ni idea de cómo reprimir su deseo, sus ganas, sus sentimientos hacia Julia que hasta le salían por cada poro de su piel y que estaba seguro era inevitable que nadie se diera cuenta, incluso la propia Julia.

No tenía ni idea de cómo se conquistaba a una mujer, él jamás se había visto en esa necesidad y ni tan siquiera sabía cómo debía empezar. Todo lo que sabía era que le gustaban las joyas lujosas, los vestidos caros, las flores... y que suspiraban por los poetas callejeros que proclamaban versos al aire.

«¡Eso es!» Gimió internamente mientras cogía un trozo de pergamino nuevo colocándolo sobre los documentos de cuentas que había estado revisando y mojando la pluma en aquel bote de cristal de tinta fresca comenzó a deslizarla sobre el pergamino nuevo.

—¡Buenos días mi *lady*! —exclamó Sibil cuando se adentró en la habitación y vio a su señora despierta con su pequeño en brazos.

—Buenos días Sibil —contestó sin mirarla puesto que su mente aún seguía sin procesar como había podido dejar que Richard la besara, ¡Y más aún de aquella forma tan... tan... demasiado placentera para su desgracia!

—¿Ha descansado del viaje de ayer?, ¿Desea que le preparen un baño? — preguntó la doncella amablemente mientras sacaba del armario el vestido que su señora se pondría para ese día.

—Lo cierto es que aún estoy algo cansada —aseguró Julia, aunque su cansancio no fuera precisamente por no descansar, sino porque sus pensamientos no la habían dejado dormir lo suficiente.

—Tal vez le venga bien un paseo por los alrededores como le gusta hacer por las mañanas —contestó Sibil siguiendo su tarea.

—Si... puede que... ¿De quién son esas flores? —preguntó Julia de pronto cuando alzó la vista y vio aquel enorme jarrón con aquellas flores silvestres.

Había estado tan distraída que ni tan siquiera había percibido el olor que ahora le llegaba.

—Me han solicitado que se las trajera a su habitación mi *lady* —contestó la doncella.

Julia las miró extrañada. Eran flores silvestres y no del jardín, ¿Quién iba a...? Entonces divisó un papel entre ellas y su corazón se aceleró.

Levantándose con cierta premura a pesar de llevar al pequeño en brazos, se acercó hasta el jarrón y cogió el pequeño papel que se encontraba albergado entre las flores. No estaba sellado, ni tan siquiera contenía un sobre, sino que lo desdobló para encontrar con una impecable letra unas palabras que le hicieron que su respiración se contrajera, su pulso dejara de latir y definitivamente sus rodillas flaquearan hasta el punto de que si no fuera porque su razón le decía que llevaba a su hijo en brazos, se habría caído al suelo desplomada.

“Son tus labios locuaces los que hacen que pierda la cordura, anulen mi juicio y me rinda ante la veracidad del anhelo de tus besos”

No había firma. No estaba firmado, pero indudablemente sabía de quien era, aunque no entendía porqué hacía aquello.

Bien. Le estaba dejando claro con aquella nota que él la deseaba, que fervientemente la deseaba y no sabía si era peor conocer ese deseo, puesto que ahora lo tendría presente cada vez que estuviera a su lado, no podría evitar el hecho de que ella también anhelaba lo mismo, aunque no quisiera expresarlo.

Aquello era peor que un castigo... ¿Por qué el destino se empeñaba en martirizarla?, ¿Acaso no había tenido suficiente?, ¿Debía tropezar tres veces con la misma piedra para entender que Richard siempre le haría daño?

Tal vez sí. Tal vez era lo que necesitaba.

—Sibil, creo que saldré a dar un paseo por los alrededores, ¿Puedes quedarte con el pequeño Richard mientras me ausente? —preguntó Julia a pesar de no estar en la necesidad de hacerlo, puesto que solo debía emitir una orden y su doncella la acataría sin rechistar. No obstante, no le gustaba hacerlo, prefería que la doncella se predispusiera de buena gana teniendo en cuenta que le dejaba al cuidado su bien máspreciado.

—Por supuesto mi *lady*, sabe que para mí es un placer estar con su excelencia —contestó con una sonrisa—. No obstante, no se aleje. Antes de venir hacia aquí la señora Hoffman dijo que le dolían sus rodillas y eso significa en esta casa que caerá una buena tormenta —la advirtió.

—¿Tormenta con ese sol? —ironizó Julia observando la luz que traspasaba a la habitación.

No es que dispusieran de muchos días soleados precisamente, aunque estaban en verano y las peores tormentas caían precisamente en ese tiempo al ser repentinas, pero dudaba que precisamente ese día hubiera una, puesto que no se podía apreciar ni una sola nube en el cielo despejado.

—Hágame caso mi *lady*, la señora Hoffman nunca se equivoca en esas cosas —insistió la doncella.

—Está bien Sibil, no me alejaré —contestó para no preocuparla.

Tampoco es que pensara hacerlo, pero necesitaba poner distancia entre aquella casa y ella o más bien entre Richard y ella.

Para su propia desgracia no cumplió la promesa que le hizo a su doncella y se alejó más de la cuenta por ir ensimismada en sus pensamientos. Ya debía llevar probablemente más de una hora caminando sin rumbo y si era sincera consigo misma, no tenía ni idea de cómo volver. Había seguido el arroyo en el que siempre se había sentado a escribir cuando Thomas aún seguía con vida aquellas tardes soleadas y había llegado hasta una arboleda gigantesca en la que maravillada por su esplendor se había adentrado.

No había tenido tiempo de visitar las tierras, puesto que al estar en estado no era recomendable montar a caballo por peligro de perder a la criatura, por tanto, no tenía conocimiento alguno de donde se encontraba y para empeorar las cosas, tenía que darle la razón a Sibil y a su cocinera; la señora Hoffman, porque efectivamente el cielo se estaba volviendo cada vez más gris, se había levantado un aire nada agradable y comenzaba a tener algo de frío.

Decidió no separarse del arroyo cuando las primeras gotas comenzaron a caer empapándola por completo, hasta que posteriormente empezó el diluvio y desde lejos comenzaban a escucharse los truenos de la tormenta. Estaba asustada y probablemente cogería un catarro por su estupidez, pero ahora lo único que deseaba era encontrar el camino de vuelta a la mansión Hayden, donde sin duda alguna su pequeño la estaría extrañando.

«No iba a tener miedo... no pasaba nada, todo saldría bien» Se intentaba decir a sí misma para tratar de creérselo, aunque en realidad la desesperación comenzaba a rozar su locura.

—¡Julia! —escuchó el grito de pronto acompañado del relinchar de un caballo después del sonido atroz de un trueno.

—¡Estoy aquí! —gritó sin ver absolutamente nada, pero aliviada de haber oído la voz de Richard no muy lejos de allí.

Cuando la sombra negra que apareció frente a ella se acercaba y de un solo movimiento la alzó montándola en aquel caballo mientras la apresaba entre sus brazos, las lágrimas comenzaron a derramarse de sus ojos, fruto de la desesperación por sentir el alivio de no estar sola.

—¡Por dios!, ¡Estás helada! —exclamó mientras la apretaba contra sí y la

envolvía en su capa mientras espoleaba el caballo y este salía a todo galope tan rápido como el viento.

Julia no dijo nada, pero casi le pareció que había pasado apenas un instante cuando el caballo se detuvo y sintió cómo Richard se apeaba y posteriormente la cogía entre sus brazos para bajarla.

—N...no est...tamos en...en cas...a —habló tiritando de frío tratando de ver el lugar.

—Estamos a media hora de caballo y bajo esta tormenta en tu estado no voy a permitir que te enfermes más aún. Tienes que entrar en calor y cuando amaine la tormenta, volveremos a casa.

Julia asintió. Precisamente no estaba para replicar después de su imprudencia. Entraron en aquella casita, parecía que no había nadie como si estuviera abandonada y tras ver la gran cantidad de leña que había dentro, entendió que debía ser la casita donde alojaban la leña y que estaba preparada para que pudiera resguardarse en noches frías de invierno.

—Debes despojarte de todos esos ropajes —dijo Richard quitándole la capa que estaba empapada. Se desabrochó la chaquetilla y se sacó la camisa blanca que llevaba quedando su pecho completamente desnudo—. Ponte esto —añadió ofreciéndosela a Julia y con cierto titubeo ella la cogió.

Julia se apartó de Richard lo suficiente para tener privacidad, a pesar de que él estaba demasiado entretenido encendiendo el fuego de la chimenea. Se deshizo de toda su ropa empapada, incluso sus enaguas puesto que el agua había calado todas las prendas y se colocó la camisa de Richard que al ser corta, hacía que sus piernas estuvieran desnudas desde sus pantorrillas hasta los pies.

—Gracias —susurró Julia acercándose a la chimenea donde el fuego comenzaba a prender y Richard se volvió a mirarla.

—Ven aquí. —Fue toda su respuesta mientras la sentaba en el suelo sobre una vieja manta algo roída, pero que al menos no permitía que traspasara el frío de aquel suelo de piedra y la envolvió entre sus brazos.

Julia sintió como la abrazaba sintiéndose apresada en aquellos fuertes brazos y se encogió sobre sí misma porque de alguna forma necesitaba aquella protección sin saberlo. La había necesitado como el aire para respirar.

—No lo vuelvas a hacer —gimió Richard—. No vuelvas a desaparecer así.

Creí que moriría si no te encontraba —añadió antes de apretarla aún más contra él y aspirar su aroma.

—Richard... —jadeó Julia anonadada por aquella confesión.

—No pido que me perdones. Sé que no me lo merezco. Tampoco rogaré que me aceptes, sé que no soy merecedor de ti, pero eso no cambia lo que siento... lo que deseo...

—¿Qué deseas Richard? —Se atrevió a preguntar como si su voluntad se hubiera quedado fuera de aquella cabaña bajo la lluvia.

—A ti... —contestó mientras su nariz ascendía por su cuello—. Solo te deseo a ti —sentenció antes de acercarse a sus labios y Julia acortó la distancia que quedaba entre ellos.

Le necesitaba. Aunque solo fuera una noche, necesitaba a Richard. Sentirse por una vez querida como se estaba sintiendo en ese momento y después si debía afrontar las consecuencias, lo haría. No podía soportarlo más, no podía reprimirse a sus caricias por más tiempo, negarse a sí misma lo que sentía a pesar de todo el daño que él le había hecho.

Los labios de Richard jadearon entre los suyos cuando descubrió cómo respondía a ellos y sus manos se apretaron en su cintura provocando que el espacio entre ellos fuera inexistente.

Julia subió sus manos recorriendo aquel pecho desnudo que emitía un calor corporal que la llenaba por completo y acarició con sus dedos el cabello de Richard mientras devoraba con frenesí aquella boca de la que emanaba el producto de sus delirios. Había soñado tantas veces con que Richard la besara de aquella forma que ahora no podía descifrar si se trataba únicamente de un sueño.

No era Ágata de fuego... era ella misma a la que estaba besando Richard.

Los dedos de Richard comenzaron a recorrer su espalda, acariciando su piel y deleitándose en cada palmo hasta llegar a sus nalgas desnudas donde la apretó contra él como consecuencia del deseo que sentía y pudo notar la dureza de su hombría.

Richard se deshizo de la camisa que llevaba puesta y que era suya, dejándola completamente desnuda para su deleite. Había deseado tantas veces tenerla así, entre sus brazos, siendo de él, entregándose en cuerpo y alma a él, y ahora estaba completamente a su merced. Tenía tanta ansia por su cuerpo que

temía no poder controlarse.

—Eres absolutamente hermosa —gimió mientras apresaba uno de sus pechos entre sus dientes teniendo cuidado de no rozar su sensible pezón por la lactancia y la escuchaba gemir de puro placer.

—Richard... —gimió.

—Eres mi diosa... mi ninfa de los bosques —siguió diciendo sin dejar de acariciarla mientras su boca seguía deleitándose entre sus pechos y su mano descendía ligeramente hasta su entrepierna.

La había tumbado sobre aquella manta algo roída y con cuidado la cubría parcialmente con su cuerpo, proporcionándole el placer que solo ella se merecía.

Julia no era consciente de sus propios deseos. Estaba sintiendo un placer inigualable. Jamás lo había sentido tan delicado, tan sumamente atento con ella como ahora a pesar de que solo había tenido dos encuentros junto a él, ninguno había sido igual al anterior.

—Te deseo tanto... —gimió Richard en su oído justo antes de sentir como sus dedos se abrían paso entre sus nalgas acariciándola—. Que duele.

—Yo tampoco puedo soportarlo más —gimió Julia en un arrebato de sinceridad y en ese instante notó como Richard se adentraba en ella invadiéndola, llenándola por completo y haciéndola de nuevo suya.

El vaivén de sus embestidas era tan placentero y embriagador al mismo tiempo que Julia sentía que iba a explotar en cualquier instante. Podía notar como una vibración la recorría intensamente y para sorpresa de Richard, comenzó a moverse de un modo insólito bajo él, acudiendo al encuentro de cada uno de sus movimientos y entrelazando sus piernas alrededor de su cintura.

En ese momento él la alzó y ella siguió moviéndose mientras él la ayudaba con sus manos sin dejar de mirarla... sin dejar de mirarse. En el instante en que Richard acercó su frente a la de ella, Julia notó que su explosión se acercaba, que su plenitud iba a ser alcanzada...

—Eres mía... sólo mía —gimió Richard en un acto posesivo justo antes de que ella se arqueara hacia atrás dejándose arrastrar por aquel placer que la envolvía.

Julia apenas fue consciente de lo que sucedió después, el sueño la arrastraba

hacia la oscuridad, pero sí que notó como la fuente de calor no se alejaba de ella manteniéndola entre sus brazos y que Richard pareció taparles a ambos con algo.

—Descansa mi bella ninfa de los bosques —susurró Richard acogiéndola entre sus brazos—. Yo estaré aquí y no pienso alejarme de ti nunca más.

Julia abrió los ojos y escuchó el silencio que reinaba en la estancia entre la oscuridad que se cernía ante ella. Justo enfrente tenía la chimenea de donde aún se podían apreciar las ascuas y al moverse ligeramente percibió el calor en su espalda siendo consciente de los brazos que la rodeaban y le proporcionaban protección.

Sus mejillas se tiñeron de rojo al recordar lo sucedido. ¿Qué iba a pasar ahora?, ¿Cómo se suponía que debían tratarse después de lo que había ocurrido? En ese instante sintió sus pechos llenos y recordó a su pequeño, ¡Dios santo!, ¡Debía volver enseguida a la mansión! Intentó zafarse del abrazo de Richard que debía estar dormido y tras su movimiento despertó.

—¿Qué ocurre? —gimió Richard algo somnoliento.

—Debemos volver inmediatamente —alegó Julia mientras se alzaba cubriéndose con la capa de Richard para tapar su desnudez a pesar de que él ya la había visto completamente desnuda y se acercó hasta sus ropas que aún permanecían algo húmedas.

—Está bien —contestó Richard con cierto temor ante la premura de ella por volver rápidamente.

No era ese el despertar que había ansiado Richard, mucho menos esperado. Habría deseado despertarla colmándola de besos, pero la realidad le había estallado en la cara. La alzó sobre su caballo en cuanto estuvieron una vez

fuera y montó tras ella. No era lo habitual, pero prefería tenerla entre sus brazos y como ella no opuso objeción alguna se aprovechó de ello.

Julia guardó silencio durante todo el camino. Realmente no sabía que decir después de lo sucedido. Tal vez deberían tener una conversación, aclarar en qué situación se suponía que estaban, pero sobre todo dejarle bien claro que ella no se convertiría en su amante.

Anhelaba su contacto, deseaba su cercanía, pero no iba a consentir convertirse en su querida como buenamente él confesó que era lo que deseaba de ella tiempo atrás.

—¡Mi *lady*!, ¡Mi *lady*! —gritó una de las doncellas cuando le vieron llegar —. ¡Alabado sea el señor que el teniente la encontró sana y salva!

—¿Cómo está mi pequeño? —Fue lo primero que preguntó nada más bajarse del caballo.

—Demasiado inquieto mi *lady*. Sibil ha estado proporcionándole manzanilla e incluso el marido de la señora Hoffman ha ido al pueblo en busca de una nodriza viendo que usted no volvía.

—Iré inmediatamente —contestó Julia mientras se perdía por las puertas sin volver la vista atrás, en parte porque su hijo la necesitara y otro tanto porque no quería enfrentarse a sus miedos.

Mientras su hijo estaba en su regazo y con la plena tranquilidad de que se encontraba bien. Julia no dejaba de pensar una y otra vez en lo sucedido. Echó la cabeza hacia atrás recostándose en aquel sillón hasta que sintió como el pequeño Richard junior se dormía y se levantó para depositarlo en su cuna.

Unos golpes suaves en la puerta la alertaron, pensado que se trataría de su doncella habló en voz baja para no despertar a su hijo dándole permiso para entrar.

—¿Se encuentra bien? —pronunció la voz de Richard que provocó que Julia se girara inesperadamente.

—Si —afirmó—. Solo estaba hambriento —añadió mientras sonreía vagamente debido en parte a su nerviosismo, aunque no sabía por qué razón debía estar nerviosa.

Richard se acercó hasta ella que permanecía de pie junto a la cuna y se detuvo tras ella observando a su hijo dormir plácidamente.

—He pedido que te preparen un baño caliente y suban la cena. Imaginaba que

estarías cansada como para cenar en el salón —dijo en tono formal.

—Lo estoy. Gracias —contestó tensa.

Richard no sabía cómo afrontar el tema. Por primera vez las palabras no salían o más bien, no sabía cómo empezar su discurso para llegar al punto donde quería.

—Yo... —comenzó a decir sin saber cómo continuar.

—No seré tu amante Richard —afirmó de pronto ella dejando clara su postura.

—No deseo que seas mi amante —contestó rápidamente sacándola de su error, ¿De dónde había sacado ella que esas podrían ser sus intenciones? Tal vez solo había que mirar su historial para hacerse a la idea.

¿No deseaba que fuera su amante? Si justamente era eso lo que pretendió en su día, ¿Qué había cambiado?

Lo sabía muy bien. No hacía falta que nadie contestar a su pregunta, ella tenía posición y título; él no. Ahora ella estaba mejor posicionada que él a pesar de que fuese quien administraba la fortuna de su hijo.

—Entonces está todo dicho —contestó sabiendo que lo que había ocurrido solo había sido fruto del momento, que Richard solo pretendía saciar su deseo con ella.

—No —contestó para sorpresa de Julia—. No hay nada dicho. De hecho, ese es el problema —reiteró.

—No entiendo a qué te refieres —alegó confusa.

—Quiero volver a repetir lo de esta tarde y sé que tú también lo deseas al igual que yo. Vamos a vivir bajo este mismo techo durante muchos años. Podría estar dispuesto a reprimir lo que siento si fuera indiferente para ti, pero no puedo hacerlo sabiendo que tú sientes lo mismo que yo.

—¿Y si lo de hoy solo fue un desliz?, ¿Y si te confirmo que no volverá a suceder? —se atrevió a decir Julia.

—Te estarías mintiendo a ti misma porque sabes tan bien como yo que ninguno de los dos podrá negar esto —afirmó Richard.

—Eso no cambia el hecho de que acepte ser tu amante —insistió Julia.

—Te dije que no deseo que seas mi amante —reiteró de nuevo Richard.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —preguntó confundida.

—No deseo que seas mi amante, porque quiero que seas mi esposa —contestó Richard en un tono tan serio que daba a entender la formalidad de su afirmación.

Julia no se podía creer lo que Richard acababa de decir, ¿Su esposa?, ¿De nuevo? Aunque su corazón palpitaba aceleradamente ante el hecho de lo que acababa de confesar, no demostró que aquello le afectara.

—Ya lo fui una vez por si lo has olvidado y no terminó bien para ninguno de los dos —contestó Julia con las lágrimas en sus ojos.

—Déjame demostrarte lo equivocado que estaba. Esta vez haré las cosas bien. No voy a separarme de tu lado... aceptes o no, estaré siempre aquí —respondió Richard con un tono esperanzador.

—Richard... —dijo una vez que sintió como se acercaba a ella hasta rozar su cuerpo.

—Quiero ser un padre para mi hijo, quiero tenerte en mi lecho cada noche siendo mía teniendo la seguridad de que me perteneces.

Julia cerró los ojos mientras trataba de que el aire llegara a sus pulmones, ¿Cuántas veces había deseado una confesión así de Richard? Aunque la palabra amor no estuviera implicada en su discurso, era más, mucho más de lo que siempre había esperado.

—No puedo... —susurró Julia con pesar.

No podía sufrir de nuevo otra decepción de él. Era demasiado.

—Tú lo has querido —contestó cerca de su oído—. Cada día te pediré que seas mi esposa y por cada negación que obtenga por tu parte, insistiré con vehemencia hasta que finalmente aceptes.

¿Qué clase de propuesta era esa? Pensó Julia confundida.

—¿Es una advertencia? —exclamó no terminando de creerlo.

—Es un hecho —afirmó Richard—. Solo que hasta que llegue ese momento tu nos condenarás a ambos.

Julia no pudo contestar porque vio como Richard salió de su habitación e inmediatamente su doncella entró con una bandeja para servirle la cena. No podía ser, ¿Acababa Richard de decirle que iba a pedirle que fuera su esposa cada día hasta que aceptara? Por más que trataba de buscar una justificación

para sus actos, no la encontraba.

No podía ser interés, él ya manejaba todas las pertenencias del ducado, ¿Por qué entonces quería que fuera de nuevo su esposa? No podía amarla, él solo se podía amar a sí mismo, ¿Era su deseo por ella tan grande como para desear que fuera su mujer? Para eso no necesitaba convertirla en su esposa, bastaba con convencerla en aceptar ser su amante. Había algo más, algo que de un modo u otro descubriría tarde o temprano.

«Ser su amante» pensó Richard mientras saboreaba aquella copa de coñac que acababa de servirse.

Sí, quería que fuera su amante, su esposa y la madre de sus hijos, porque no solo deseaba tener el que ya tenía sino más... muchos más. Quería poder disfrutar de todo el proceso que se había perdido la primera vez y anhelaba estar rodeado de pequeños que se parecieran a ese rostro hermoso de ojos bronceados. Incluso era capaz de visualizarse junto a ella mientras tres o cuatro pequeñas correteaban a su alrededor, porque nada anhelaba más que tener al menos una hija con el rostro de su madre en la que poder deleitarse.

¿Desde cuándo él quería todo aquello? Lo desconocía, pero fuera el momento que fuera, lo único cierto es que lo deseaba más que nada. ¡Él!, ¡Quien había huido eternamente del compromiso!, ¡De los hijos!, ¡De tener una esposa! Ni tan siquiera había mantenido a una sola amante creyendo que jamás podría ser fiel a una sola mujer y ahora no deseaba solo serle fiel, sino que la amaba con todo su ser hasta tal punto que provocaba el miedo en sí mismo.

El pavor que había sufrido tras no encontrarla cuando el personal demandó su preocupación fue tal, que casi podía sentir aún como su corazón estaba en vilo mientras la buscaba desesperadamente y cuando al fin la tuvo entre sus brazos después de sentir que la podía haber perdido no tuvo precio, menos aun cuando notó como ella se abrazaba a él con ímpetu.

La había hecho suya de nuevo, le había demostrado como tuvo que ser realmente su primera vez y no siendo un canalla como lo fue en su día. Necesitaba eliminar ese recuerdo en ella, hacer desaparecer esa estúpida y más que falsa comparación que le hizo nada más poseerla y que jamás se perdonaría. ¿En qué mundo iba Julia a compararse a una fulana? Ella era dulzura, pasión y sin duda alguna era una ninfa... su bella y hermosa ninfa de los bosques, porque nunca podría deshacerse de aquella imagen por más tiempo que pasara.

Iba a compensarla y desde luego que iba a cumplir su promesa ahora que sabía que no era indiferente para ella, que incluso podía notar cómo le deseaba por alguna razón que desconocía.

—Tal vez... —comenzó a decir en voz alta queriendo darle voz a sus pensamientos—. No... —se arrepintió de decirlo.

Pero era incapaz de no desearlo, de no anhelar que Julia le amara al menos una décima parte de lo que él sentía por ella.

Aquella noche fue difícil conciliar el sueño para Julia. Sus pensamientos solo iban y venían constantemente al momento en el que Richard le había realizado aquella propuesta. Aun obviando el hecho de que tuviera o no un propósito, aunque se dejara guiar por sus sentimientos y aceptara, ¿Estaría dispuesta a sufrir lo mismo de nuevo?, ¿A padecer sus desplantes, sus desaires, sus idas y venidas de los prostíbulos? Estaba claro que no, pero algo dentro de su fuero interno le decía que había una diferencia demasiado obvia entre el Richard del pasado y el Richard del presente que deseaba ese matrimonio y era él quien rogaba que ella lo aceptara incluso advirtiéndola que no pararía hasta conseguirlo. ¿Es que ese hombre solo tenía extremos? Con aquel pensamiento finalmente terminó conciliando el sueño.

Aquella mañana cuando bajó a desayunar, pensó que se encontraría con Richard, pero le advirtieron de que había salido temprano para ver que daños había causado la tormenta. No sabía si sentirse aliviada o por el contrario preocupada porque él repentinamente hubiera cambiado de opinión.

¡Ni ella misma se comprendía! No era capaz de apartar sus sentimientos y pensar fríamente. Su único anhelo al despertar había sido volver a verle. Se encerró durante el resto de mañana en su recámara, necesitaba de algún modo darle voz a sus pensamientos y no encontró otra forma que expresarlo con palabras. Así fue como la pluma tomó forma y antes de darse cuenta había terminado uno de sus relatos. Desconocía que hora debía ser, pero estaba segura de que con toda probabilidad tendría que ser la hora del almuerzo. Sibil se había llevado al pequeño para entretenerlo mientras ella escribía, así que cuando encontró a su doncella arreglando un jarrón floral se sorprendió.

—¿Qué haces aquí?, ¿Dónde está Richard? —preguntó con el corazón en vilo al ver a la persona que debía estar cuidándolo estaba tan tranquila.

—Mi *lady*, el teniente Hayden se lo llevó a dar un paseo por los jardines aprovechando el buen tiempo —dijo disculpándose—. ¿Debía haberme

negado? —añadió preocupada.

—No... —contestó contrariada Julia—. Por supuesto que no —añadió disculpándose con la doncella.

Jamás privaría a su hijo de las atenciones de su propio padre. Es más, siempre deseó que el propio Richard se interesara por hijo e incluso rogó porque lo hiciera a pesar de no tener esperanza alguna en ello.

La escena que vio al doblar la esquina de la casa que daba acceso al jardín fue acogedora y al mismo tiempo emotiva. Richard llevaba a su hijo, —cuyo nombre era el mismo precisamente porque así ella lo había deseado— en su regazo, mientras parecía estar recogiendo flores y se las enseñaba como si el pequeño le estuviera dando su aprobación. Ante aquello fue incapaz de acercarse, quedándose en la retaguardia observando aquella escena sin que la viera, siendo consciente del cariño con el que él trataba a su hijo mientras sonreía y desconocía que era lo que estaba haciendo, pero sin lugar a duda supo que quería a ese hombre tanto como al principio.

Las lágrimas por aquel cúmulo de sentimientos encontrados querían aflorar en sus ojos y a pesar de tratar de contenerse, no consiguió evadir más de una. Conforme se acercaban, podía escuchar lo que le decía al pequeño.

—¿Y qué me dices de esta?, ¿Crees que le gustará? —preguntaba Richard a su hijo—. Yo creo que el rojo en su piel debe ser un deleite de admirar.

Una vaga sonrisa llegó a los labios de Julia, riéndose por las ocurrencias que le decía a su pequeño. Presuponía quien sería la afortunada de recibir aquella ofrenda floral y en parte se sintió avergonzada por lo que acababa de decir a pesar de ser o no real.

—Buenas tardes —dijo Julia cuando ya era casi inevitable poder esconderse sin que la vieran puesto que ya habían llegado casi al límite del jardín donde bordeaba la casa.

—Buenas tardes —contestó Richard sonriente—. Espero que no te importe que lo haya secuestrado unos momentos, pero necesitaba un ayudante.

—¿Un ayudante? —fingió Julia tratando de que su sonrisa no apareciera.

—Por supuesto, él mejor que nadie conoce a su madre y sabe qué flores le deben gustar más —contestó seriamente—. Mira, todas las ha elegido para ti —añadió ofreciéndole un pequeño ramito de colores diversos donde predominaba el rojo, naranja y amarillo.

—¡Vaya!, ¡Es precioso!, ¡Muchas gracias mi pequeño! —contestó acercándose para darle un beso en la frente mientras el pequeño sonreía sin entender absolutamente nada al respecto.

—¿Y para mí no hay beso? Yo también ayudé a escogerlas, aunque hice la menor parte —alegó esperanzado.

—¿Quieres un beso? —preguntó algo atrevida.

—Quiero mucho más que un beso, pero podría conformarme solo con eso por ahora —jadeó roncamente.

A Julia le temblaron las rodillas ante aquella confesión inaudita.

—¿Qué quieres Richard? —preguntó mirándole a los ojos directamente, tratando de ver la verdad en ellos.

—A ti. De la forma en la que tú lo elijas, pero solo te quiero a ti—confesó sin dejar de mirarla.

—¿Por qué ahora?, ¿Por qué después de todo lo ocurrido? —se atrevió a preguntar Julia.

—Porque te amo... te amo como jamás pensé que podría amar a nadie.

¿Amarla?, ¿De verdad había escuchado eso o solo era producto de su imaginación?, ¿Realmente Richard acababa de confesar que la amaba?

Richard observó el silencio que obtuvo por respuesta y su conclusión no fue otra sino la de que ella no le correspondía y probablemente no sabría que decir en semejante situación, pero él ya había dado el paso, había confesado sus sentimientos y no tenía ni la más mínima intención de retractarse por ello.

—Yo... —comenzó a balbucear Julia completamente anonadada.

—Sé que no lo merezco, soy plenamente consciente de ello, pero dame una oportunidad —alegó interrumpiéndola—. Solo una y prometo compensar todo el daño causado, no sé cómo, pero juro que lo haré —añadió seguro de sí mismo.

—Es difícil poder confiar en ti después de todo lo que hiciste.

Richard desvió la mirada. No podía verla y afrontar al mismo tiempo que jamás le perdonaría, era demasiado difícil de digerir y de aceptarlo.

—¿Qué tengo que hacer para que lo hagas? —preguntó con desesperación—. ¿Qué debo hacer para demostrarte que te amo y que mi único deseo es hacerte feliz?

—Márchate —contestó segura de sus palabras—. Aléjate de nosotros.

Por más que le amara no podría confiar en él, menos aún después de todo lo

que le había hecho y la única forma de hacerlo sería aquella.

—Me iré —dijo con tristeza en sus palabras—. Si es lo que deseas que haga me marcharé hoy mismo —añadió sin poder mirarla, de hacerlo sabía que no podría detenerse en estrecharla en sus brazos para demostrarle lo equivocada que estaba pidiéndole aquello, pero respetaría sus deseos.

Se había prometido que no volvería a hacerle daño y lo cumpliría. Si Julia quería que se fuera lejos, que desapareciera de su vida, así lo haría.

—Es lo que quiero —contestó Julia mientras alzaba a su pequeño llevándolo a su regazo y completamente decidida a lo que estaba por hacer—. Adiós Richard —añadió mientras se daba la vuelta y le dejaba allí de pie probablemente observándola caminar hasta perderse tras el portón de la casa.

Subió las escaleras hasta su recámara donde afortunadamente para ella encontró a su doncella personal limpiando su habitación. Por suerte había terminado de arreglar aquellos jarrones florales.

—Sibil, necesito que prepares uno de mis baúles con algunos vestidos y que en la más absoluta discreción pidas que preparen el carruaje para salir cuando lo disponga.

—Por supuesto mi *lady* —contestó la sirvienta algo extrañada, pero sin atreverse a preguntar.

—Es de vital importancia que el teniente Hayden no sospeche —dijo con total confianza en su doncella.

—Perdone mi atrevimiento, pero ¿Ha ocurrido algo mi *lady*? —preguntó la doncella preocupada.

—Debo solucionar un asunto pendiente —dijo con una vaga sonrisa.

Si aquello no salía como esperaba iba a sentir la mayor decepción de su vida, pero si no lo hacía jamás podría lograr ser feliz porque siempre tendría el resquicio de la duda en su fuero interno apesándola y aterrándola detrás como si fuera una sombra.

Richard no se despidió, aunque hubiera querido hacerlo no se atrevió por miedo a no respetar la decisión de Julia, porque en el fondo era consciente de que lo que le había pedido lo hacía porque jamás podría volver a confiar en él y perdonarlo.

Sus pecados en el pasado, su prepotente orgullo era ahora el culpable de que jamás pudiera encontrar su felicidad junto a ella. Él y solo él había sido el

causante de aquello y quizás se había apresurado precipitándose a confesarle sus sentimientos, pero no había podido evitarlo... dentro de sí mismo supo que, aunque hubiera esperado, ella no podría superar nunca todo el daño que le hizo sin razón en el pasado.

Llegó a la ciudad al anochecer, pensó en alojarse en la mansión de la familia Hayden que llevaba años sin que nadie viviera allí desde que su tío se retiró a vivir al campo, pero desechó la idea no queriendo recordar que él era ahora el duque de Sheraton tras la muerte de su pariente. Para él ya formaba parte de un pasado que debería empezar a olvidar, tenía que desvincularse de ese título que jamás había reconocido y del que renunciaría legalmente en favor de su hijo para darles plena libertad.

Lo mejor que podía hacer era volver a la marina real, que le dieran una misión suicida y acabar con su vida de una vez por todas para no sufrir más por ese sentimiento no correspondido.

El amor dolía... dolía profundamente y amargamente.

Llevado por ese sentimiento se alojó en una pensión a la que en otras ocasiones había frecuentado cuando solicitaba los servicios de las cortesanías de la ciudad. Sin duda era lo que menos necesitaba en esos momentos, la sola idea de poner sus manos en un cuerpo que no fuera el de Julia le repugnaba.

Julia se presentó sin anunciarse en la casa de los duques de Lennox. Esperaba que su amiga Catherine la acogiera sin hacerle demasiadas preguntas puesto que no vio oportuno volver a aquella casita donde se alojó en el pasado debido a que no era el lugar más oportuno para tener a su pequeño que había llevado consigo misma.

—*Lady* Julia Hayden —anunció el mayordomo al verla—. Su excelencia el duque de Lennox y la duquesa no se encuentran en estos momentos, puesto que partieron hacia la casa de campo poco después de que usted se marchara.

¡Cierto! Se había olvidado completamente de que partirían al día siguiente de que ella marchara, ¡Qué insensatez!

—Qué contrariedad —contestó—. Es demasiado tarde para tratar de buscar alojamiento en la ciudad y aunque sea abusar de la hospitalidad de los duques, requeriría poder pasar la noche aquí —añadió preocupada.

—Mi *lady*, usted siempre es bienvenida en esta casa —contestó el mayordomo servicial—. Su excelencia la duquesa de Lennox estaría más que

disgustada si le negara alojarse en su casa.

—¡Oh!, ¡Gracias! —exclamó Julia respirando con tranquilidad.

Julia pensó que debía haber tomado todo con más calma, pero el tiempo apremiaba.

—Le prepararán enseguida su habitación —anunció el mayordomo servicialmente.

—Debo escribir una nota con urgencia, estaré en el despacho de su excelencia hasta entonces —contestó Julia al mayordomo mientras le indicaba a su doncella que esperara en el salón y ella se dirigió hacia el despacho que tan bien conocía puesto que fue donde se produjo la lectura del testamento de Thomas para encontrar papel y tinta.

Estuvo revisando sobre la mesa tras encender una lámpara de aceite que arrojara luz a los documentos sobre la mesa para tratar de encontrar algún papel en blanco que pudiera servirle de utilidad. No encontró nada, así que se dispuso a revisar los cajones y rebuscando entre los papeles del esposo de Catherine encontró un sobre cuya letra le hizo dar un vuelco al corazón y más aún cuando leyó su nombre en el remitente.

Era la letra de Richard, ¿Qué hacía un sobre cerrado en el despacho de *lord Clayton* cuyo remitente decía para Julia Hayden?

Titubeó sobre si debería o no abrirlo puesto que estaba sellado, pero algo dentro de ella le hizo decidirse y lo abrió a pesar de temer su contenido. No estaba preparada para lo que leería en aquellas páginas...

A mi querida y hermosa esposa,

He pecado de sentimiento, palabra y oración. Por mi culpa, por mi gran pesar es que estoy sumido en la desesperación y si lees estas palabras, significará que me he ido, que me he marchado y no volveré a dañarte de nuevo nunca más porque habré muerto.

No tenerte obnubila mi juicio y cuando te tuve, jamás supe apreciar lo que tenía ante mis ojos para valorarlo como debí hacerlo en su momento.

Me cegué. No quise razonar. No quise ver. No quise escuchar. No quise sentir y mucho menos amar, pero me enamoré perdidamente de esos ojos chispeantes de color bronce, de ese olor a lavanda con el que me embriagabas y de esa dulzura de tu carisma además del derroche de carácter

que te personifica.

Ni siquiera supe el momento o el preciso instante en que lo hice, quizás fue cuando descubrí la increíble bondad que había en ti. A pesar de todo el daño que te causé no te marchaste, no me abandonaste, ni tan siquiera te quejaste de ello, ni siquiera ahora sé por qué no lo hiciste y eso hace que sienta una mayor culpa y un mayor pesar.

No existirá vida alguna para pedir perdón, sé que es tarde, el daño está causado y por más que me arrepienta de ello, no podría retroceder el tiempo para recompensarte. Por eso te dejaré libre, dejaré que seas feliz, aunque eso signifique que no esté a tu lado. Aunque tarde comprendí que el egoísmo no es amor, sino todo lo contrario.

Siempre tuyo.

Richard Hayden.

—No fue un sueño. Fue real —gimió con lágrimas en sus ojos recordando ese momento que creyó haber soñado poco después de dar a luz, dándose cuenta de que Richard la amaba desde hacía demasiado tiempo.

Salió precipitadamente en busca del mayordomo con aquella carta en la mano. Algo en ella le decía que esa carta debió escribirla antes de alistarse en la marina real, ¡Richard la amaba desde mucho antes de marcharse!

El mayordomo le aseguró que el teniente Hayden no había estado por allí desde la última vez que ambos partieron, por lo que sus sospechas fueron afirmadas. Esa carta escrita por el puño y letra de Richard, fue escrita hacía meses y recitada cuando ella dormía porque de eso sí que estaba más que segura ahora. Él había ido a verla, había estado allí y se había marchado para dejarla ser feliz porque la amaba.

¡Y ella le volvía a pedir que lo hiciera!, ¡Por todos los dioses! No podía perderlo. No podía perderle ahora que sabía que sus sentimientos eran de verdad sabiendo cuanto correspondía a ellos.

No había tiempo para escribir notas, enviaría a uno de los sirvientes para que buscara a Sheila, necesitaba encontrar a Richard con urgencia, antes de que él se marchara y eso contando con que su intuición no hubiera fallado y él se encontrara en la ciudad.

Richard llevaba dos días en la ciudad, aquella era su segunda noche y

necesitaba beber hasta perder la conciencia. Quizá así el dolor se iría para siempre.

—Esa mujer me ha marcado para siempre —bufó mientras daba un sorbo más a su copa de coñac.

—¿Hayden? —exclamó una voz femenina y Richard rodó los ojos para dar con la piel bronceada de Sheila.

—El mismo —contestó taciturno sin querer participar en ninguna conversación con su antigua amante.

—Vaya... no te ves muy bien —contestó la bailarina mientras se acercaba sentándose a su lado.

—Preferiría no tener compañía esta noche, gracias —contestó secamente.

—¿El señor Hayden no desea compañía? —exclamó—. Jamás pensé escuchar algo así de tu parte —concluyó Sheila.

—Yo tampoco y ya ves, lo acabo de decir —alegó volviendo a dar otro sorbo.

—Escuché que te alistaste en la marina real, muy heroico por tu parte, aunque me costó imaginarte con uniforme —dijo Sheila intentando dar conversación.

—No estoy de humor para hablar Sheila. Casi prefiero pagarte para prescindir de tus servicios si con eso consigo estar solo —respondió taciturno.

—Veo que dejé de ser una tentación para ti, pero tal vez aún quieras un último encuentro con Ágata de fuego —dijo sutilmente la bailarina.

Richard abrió los ojos de golpe recordando a aquella bailarina exótica que tanto le recordó en su día a Julia y que desapareció como por arte de magia. No era Julia, pero en su día fue una suplente lo bastante decente para tratar de superar su ausencia.

—No —se negó.

Por más que le recordara a Julia, simplemente no era ella.

—¿No? —contestó extrañada.

—La única mujer que yo deseo, no me la puedes ofrecer —dijo vaciando la copa de un solo trago y dejando un billete justo al lado justo antes de marcharse sin decir adiós.

—Eso ya lo veremos —contestó Sheila una vez que él se había alejado de

forma que no podía escucharla y con una vaga sonrisa en sus labios.

Julia había acudido al encuentro con Sheila donde ésta le había indicado que se encontraría Richard.

—¿Estás segura de que se encuentra allí? —gimió Julia ocultándose tras aquella capa con capucha para que nadie pudiera reconocerla, aunque desde luego, nadie osaría hacerlo al estar hablando con Sheila, la bailarina exótica y amante exhibida por su primer marido ante toda la ciudad.

—Sí, estoy completamente segura —admitió Sheila—. Yo misma le seguí hasta allí y entré minutos después. Suelo frecuentar a menudo el lugar, por lo que me dijeron sin ningún inconveniente cuál era su habitación creyendo que iría a visitarle.

—¿Crees que tendrá compañía? —preguntó Julia asustada y en parte inquieta por lo que podría encontrar al presentarse sin anunciar en aquella habitación.

—Por increíble que parezca lo que voy a decir; no —contestó con una sonrisa vaga—. Me rechazó y también declinó la oferta que le hice sobre Ágata de fuego diciendo que ninguna mujer le complacería.

Julia meditó unos segundos esa afirmación sin llegar a creerlo del todo. ¿Richard había rechazado los servicios de otra mujer?, ¿Incluso los que tanto había deseado tiempo atrás? Desde luego ese había sido su mayor miedo, creer que volvería a sufrir sus desplantes con infidelidades y avergonzándola ante todos de nuevo.

—Tal vez opine lo contrario cuando me vea —dijo creyendo que, en el fondo, Richard caería ante la tentación en cuanto la viera. Debía ponerle a prueba, saber si realmente la amaba solo a ella o no.

—Eso solo lo sabe el destino, lo único cierto en este asunto es que por lo que pude ver esta noche, ese hombre ya no es libre, sino que su orgullo fue derribado por los lazos del amor de una mujer y me atrevería a decir que esa mujer eres tú —contestó la bailarina antes darse media vuelta—. Una última cosa... —dijo mientras comenzaba a caminar alejándose de ella—... déjate llevar por lo que de verdad sientes y obtendrás lo que realmente deseas de él.

¿Dejarse llevar por lo que realmente sentía? Pensó Julia, ¿Podría enfrentarse a sus inseguridades y hacerlo?

Richard se había retirado a aquella habitación modesta en solitario. Aunque se arrepentía de no haberse llevado consigo una botella de coñac que acompañara su lamento y le ayudara a olvidar de alguna forma su amargura.

Por más que su tío le había ofrecido en bandeja una posibilidad de arreglar sus errores, fue en vano. Era consciente de que la magnitud de dichas faltas eran demasiado graves para ser olvidadas y el arrepentimiento no iba a servir en ese caso, puesto que él mismo entendía que ella fuera incapaz de creerle, de confiar en él y mucho menos de amarle. Lo único que podía hacer es aceptar que la había perdido y ofrecerle lo que ella deseaba, si le quería lejos, que así fuera. Aquella sería su última noche en la ciudad antes de partir de nuevo hacia la marina real donde esperaba que volvieran a admitirle puesto que en su momento le dejaron la puerta abierta al expresar que sus responsabilidades como el nuevo duque de Sheraton le obligaban a alejarse.

Escuchó como llamaban a la puerta y no le importó su media desnudez tras haberse deshecho de la camisa y el chaqué debido al insoportable calor que hacía en aquel infierno de ciudad. Cómo iba a echar en falta el frescor del campo con ese aire de olor floral a pesar de haberlo detestado años anteriores, ¿En qué sano juicio él prefería pasar el verano en la ciudad antes que en la paz y tranquilidad que ofrecía la casa de campo? Menuda insensatez la suya,

tal vez podría haber compartido tiempo con su tío, llegar a conocerle ahora que sabía que desde luego no era la persona que todo ese tiempo creyó que sería.

Abrió la puerta abruptamente esperando encontrar a un inútil borracho que se había equivocado de habitación, sería lo más sensato a pensar, pero no esperó encontrarse con *ella*.

—¿Qué haces aquí? —rugió al reconocer esos ojos castaños de color bronce que era lo único apreciable tras el velo rojo que ocultaba su rostro—. Le dije a Sheila que no quería a nadie —atajó.

Ver a esa bailarina le recordaba a Julia y eso al mismo tiempo le hacía que su amargura fuera aún peor.

—Me fui sin dar una explicación, así que te debo un baile —contestó en el tono de voz más grave que pudo pronunciar Julia—. Un último baile.

—Pues no lo deseo, puedes irte —contestó Richard despectivamente tratando de echarla de allí.

—Te prometo que solo será un baile y me iré si es tu deseo —insistió.

Richard suspiró y se llevó las manos a las sienes mientras se peinaba el cabello hacia atrás como si pareciera desesperado. Olía a lavanda, a esa maldita planta floral que para su desgracia le incitaba al pecado, pero no por desearla a ella, sino porque le recordaba lo que no volvería a tener.

—Si así consigo que te marches, adelante —sentenció mientras se apartaba de la puerta y la dejaba pasar.

Julia entró con paso decidido, aunque había pasado tanto tiempo que no hacía aquello que estaba nerviosa, más aún bajo la presión de saber que él no la quería allí, pero el hecho de reconocer que Richard no deseaba a la mujer que representaba la hizo sentirse más fuerte y segura en su empeño.

—Supongo que te debo una explicación del porqué me fui sin...

—Ahórrate tus explicaciones —dijo Richard interrumpiendo su discurso—. Preferiría que no hablaras y te limitaras a bailar si es lo que viniste a hacer.

Julia hizo un gesto con la cabeza mientras le observó sentarse en la cama dejando caer su rostro con la mirada perdida en el suelo. Parecía abatido y en cierta forma sintió nostalgia, ¿Estaba así por ella?

Dejó caer su capa al suelo de pronto y el tintineo de los adornos que colgaban

de aquel vestido rojo comenzaron a sonar provocando que Richard alzara la vista para verla. Sus ojos brillaban, pero de un brillo acuoso y no del brillo del deseo que esperó encontrar Julia en ellos. Movi6 sus caderas mientras se giraba sobre s6 misma y se acerc6 lentamente a 6l, con movimientos certeros como si intentara capturar a su presa, llegando a estar frente a 6l que la observaba sin llegar a verla. Cogi6 las manos de Richard delicadamente y las pos6 en su cintura, donde el calor de su piel la hizo enardecer sintiendo su contacto.

Richard toc6 esa piel suave y carnosa entre sus dedos sintiendo su delicadeza, ¡Hasta en eso ten6a que parecerse para su propio martirio!

—M6rchate por favor —gimi6 con pesar cerrando los ojos.

No quer6a verla, no quer6a que le recordara a ella porque ser6a tener una visi6n err6nea de la mujer que amaba y no deseaba compararla con una simple bailarina ex6tica. Ella no era su mujer, por m6s que lo deseaba en ese instante, no lo era.

—¿Por qu6? —pregunt6 Julia en un susurro aprovech6ndose del momento y sent6ndose a horcajadas sobre sus piernas dejando la piel desnuda al alcance de las manos de Richard.

—No eres ella, por m6s que te parezcas s6 que no lo eres —contest6 a la bailarina, aunque tambi6n lo hac6a para repet6rselo a s6 mismo.

—¿Qui6n no soy? —volvi6 a preguntar susurrante cerca de su o6do como si estuviera pose6da.

—Mi esposa —afirm6 Richard posesivo porque Julia era eso, su esposa.

¿A6n la consideraba su esposa? Los sentimientos de Julia estaban a flor de piel y as6 lo pod6a notar en cada roce de su cuerpo con el suyo. Sus manos volaron hasta el pecho desnudo de Richard acarici6ndolo.

—¿Est6s seguro de ello? —pregunt6 con su propio tono de voz sin fingir un 6pice y vio como en un movimiento veloz Richard volvi6a su vista cabizbaja hacia ella mir6ndola directamente a los ojos.

—¿Qu6 has dicho? —pregunt6 ahora completamente anonadado.

—Que quiero ser tu esposa—susurr6.

Por un instante habr6a jurado que era la voz de Julia, por un solo instante crey6 que 6gata de fuego podr6a ser su esposa y la decepci6n le embriag6 hasta el punto de sentir su amargura en todo su esplendor.

—Yo ya tengo una esposa —dijo con pesar porque la tenía, aunque no le quisiera cerca de ella la tenía.

—¿De verdad? —gimió Julia sonriendo a pesar de que él no pudiera verlo—. ¿Entonces porqué tu insistencia en rogar que te aceptara de nuevo?

Richard alzó una ceja completamente confundido. Aquella mujer se había vuelto loca, completamente loca.

—Creo que se ha acabado la actuación —sentenció Richard—. Ya hiciste lo que viniste a hacer, ahora vete.

¿Tan ciego estaba? Pensó Julia, ¿Tan sumamente obcecado estaba como para no darte cuenta de quién era ella a pesar de darle todas las pistas?

—Cierra los ojos —contestó mientras se aferraba a él—. Te prometo que merecerá la pena y después me iré para siempre si así lo deseas.

Richard lo hizo, todo fuera porque aquella mujer se fuera de una maldita vez de su vida y dejara de obsesionarle con el recuerdo de su esposa, aunque para eso, ni siquiera necesitaba su presencia.

Julia se abrazó a él de forma que, aunque abriera los ojos no pudiera verle y se deshizo de aquel velo que ocultaba su rostro.

—Me enamoré de ti en el mismo instante que contemplé esos ojos verdes. Creí que jamás sería correspondida, que nunca pondrías tus ojos en mí y desde luego no imaginé ni tan siquiera que pudieras sentir un atisbo de amor por mí. Aun así, te amé, te amé profundamente con cada parte de mi ser... —hizo una pausa apretándose aún más fuerte a él—. A pesar del dolor, a pesar de la decepción y a pesar de todo el sufrimiento que tuve que afrontar; nunca dejé de amarte, simplemente no puedo hacerlo, aunque lo intente. Te entregué mi corazón Richard Hayden y cuando lo hice no esperé que jamás me fuera devuelto.

—Julia —jadeó Richard abrazándola siendo consciente de que era ella y de lo que aquella confesión implicaba.

—Si —susurró mientras se separaba de él y le miraba ahora a los ojos con su rostro descubierto—. Soy yo.

Richard acarició su rostro titubeante, como si temiera que no fuera real, que se tratara de un sueño.

—¿Me amas?, ¿De verdad amas a este necio orgulloso que no merece tu perdón? —pregunto con una media sonrisa como si aún le pareciera irreal

que fuera ella.

—Si —afirmó con una sonrisa—, nunca dejé de amarte —volvió a confesar.

—¡Oh dios! —exclamó Richard acortando la distancia y apresando sus labios con desesperación—. Juro que me haces el hombre más feliz de todo el continente —susurró—, Te amo... te amo... te amo y te... amo.

Richard volvió a apresar esos labios con intensidad, la deseaba con desesperación, la tenía ¡Y le amaba! Nunca había sentido tanta felicidad en toda su vida.

—Lo sé —afirmó Julia apartándose de sus labios por un instante—. Leí tu carta y te escuché ese día cuando pensabas que dormía, aunque hasta ayer mismo no supe que no se trataba de un sueño, pero tenía miedo Richard... —confesó—. Miedo de que no fuera real y no podía soportar de nuevo el dolor de la decepción, de saber que nunca sería suficiente para ti.

—Eres todo para mi Julia —contestó mirándola directamente a los ojos—. Por ti descubrí la clase de persona egoísta en la que me había convertido, el orgullo con el que te traté me cegó por completo y te culpé por algo de lo que yo fui el único responsable. Me hiciste sentir, creer y a pesar de todo me diste el mejor regalo que podías darme... un hijo y lo llamaste por mi nombre.

—Quería que él me recordara a ti cada vez que lo mirase, lo llamara o simplemente dijeran su nombre.

—Sé mía Julia... sé completa y únicamente mía —dijo Richard jadeante.

—Nunca dejé de ser tuya un solo instante —contestó acercando sus labios a los de él de forma que su aliento se entremezclaba con el suyo propio—. Nunca —jadeó en sus labios.

Richard no lo soportó más y apresó esos labios que le hacían perder completamente el juicio de forma arrolladora mientras sus manos recorrían esa piel suave y blanquecina que tanto anhelaba.

—No quiero cerrar los ojos —susurró Richard mientras comenzó a repartir besos desde sus labios partiendo hacia su cuello—. Temo que al hacerlo solo seas un sueño.

—No voy a irme, ni dejaré que tú te marches —sentenció Julia mientras dejaba que la desnudara lentamente deshaciéndose de aquel traje rojo formado por telas de seda que cubrían su piel.

—Desde luego que no me iré —advirtió deleitándose con la vista en los pechos abundantes de Julia—. Mi ninfa... mi hermosa ninfa de los bosques —jadeó depositando un beso en el centro del pecho de ella con suma delicadeza al hacerlo.

—¿Ninfa? —exclamó asombrada.

—Si... —susurró—. Entré en tu habitación una noche al poco tiempo de casarnos porque escuché un ruido, jamás pensé que tendría la mejor visión de toda mi vida y de toda mi existencia —aseguró—. Te vi dormida en aquella bañera rodeada de flores cubriendo tu desnudez, con el cabello suelto flotando sobre el agua y supe que eras un ser mágico, que no podías ser real

porque eras demasiado bella, demasiado hermosa para serlo y te apodé como mi ninfa de los bosques. Esa imagen fue la que me salvo la vida, a la que me aferré cuando creí que moriría, he soñado tantas veces con ese recuerdo que llegué a pensar que era irreal.

—¡Oh Richard! —exclamó Julia—. Yo estaba dispuesta a perdonarlo todo, te amaba tanto que solo quería que me dieras una oportunidad y a pesar de la decepción, anhelaba tener una posibilidad de salvar nuestro matrimonio — confesó.

—Fui un estúpido, un completo y absoluto necio para no ver lo que tenía delante a pesar de en lo más profundo de mi ser, sí lo sabía, pero olvidemos el pasado, vivamos el presente... el futuro; solo nosotros, confiando el uno en el otro.

—Confío en ti Richard... ya no tengo miedo. Siempre supe que tú eras el único hombre que podría darme la felicidad, el único al que sería capaz de amar.

—He anhelado tanto tiempo escuchar eso... —siseó Richard—. Creo que, si te amo más, simplemente me desvaneceré porque no creo que se pueda amar más a una mujer de lo que te amo, Julia y aunque no me considere merecedor de tu amor, la parte egoísta que hay en mí lo desea fervientemente y se aferra al hecho de que sin ti no puedo vivir. No quiero. Ni deseo vivir.

—Entonces ámame... —jadeó—. Demuéstrame cuánto me amas Richard — pidió jadeante Julia y su deseo no se hizo de rogar.

Richard recorrió con su lengua saboreando cada trozo de piel que encontró a su alcance, se esmeró en deleitarse... tenían toda la noche para ellos, para amarse, por lo que delicadamente fue posando sus labios desde las muñecas de sus brazos hasta el empeine del pie pasando por cada punto central de su cuerpo.

Julia solo podía estremecerse con cada roce de la incipiente barba sin afeitar de Richard que lejos de molestarle, solo suponía un deleite más para sus caricias. Cuando sus labios volvieron a los de ella para darle un cálido beso lleno de amor, sintió la dulzura completa en ellos, el amor infinito que él le profesaba y al mismo tiempo, se sintió de nuevo llena al notar como él se adentraba llenándola por completo.

Ella era de él, él era de ella, juntos formaban un único vínculo de unión fruto del sentimiento puro que ahora sabía que se profesaban. Aquel era el

comienzo de una nueva etapa para ellos, una en la que por fin serían felices.

—¿Me contarás algún día como se te ocurrió convertirte en Ágata de fuego?
—preguntó Richard mientras la tenía entre sus brazos desnuda sin poder dejar de acariciar la piel de su desnudo brazo.

Habían hecho el amor de nuevo y le parecía tan irreal que ella estuviera allí, que Julia fuera aquella bailarina exótica por la que perdió el juicio precisamente por el gran parecido con su esposa ¿En qué mundo iba a pensar que era la mismísima Julia quien se escondía bajo aquellos ropajes? De solo saberlo su cuerpo enardecía de placer.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó ella sonriente.

—No quiero que existan secretos entre nosotros, quiero que confíes en mí —se justificó—. Pero siempre respetaré aquello que no deseas contarme por alguna razón.

—Quise conocer a Sheila —contestó Julia—. Quería saber cómo era para haberla elegido esa noche y cuando la vi bailar me cautivó hasta el punto de que le rogué que me enseñara a hacerlo.

—¿Le rogaste a una bailarina exótica que vende su cuerpo por dinero que te enseñara a bailar? —gimió Richard y comenzó a reír—, ahora entiendo muchas cosas...

—Nos hicimos amigas o algo parecido —contestó entre risas Julia.

—No sé de qué me sorprende, aún recuerdo cuando en aquél baile de máscaras te atreviste a seguirme a pesar de que podrías perder tu reputación por hacerlo —contestó Richard recordando el momento.

—¿Sabías que era yo? —exclamó irguiéndose para enfrentarlo directamente.

—Por supuesto que sabía que eras tú, podría reconocer esos ojos chispeantes en cualquier parte, aunque admito que me engañaste con ese atuendo de bailarina por la simple y llana razón de que jamás esperé que mi esposa se atreviera a hacer algo así —admitió aún incrédulo.

—En realidad admitiste que Ágata de fuego te recordaba a mí —le recordó.

—Desde luego que sí —afirmó Richard—. Tus ojos y tu perfume a lavanda que me vuelve loco es completamente inconfundible, solo la deseaba a ella porque si cerraba los ojos era fácil creer que eras tú.

—Ya no tendrás que cerrarlos nunca más —susurró Julia.

—No... nunca más. Desde ahora los tendré bien abiertos porque no querré perderme ni un instante a tu lado, menos ahora que has aceptado ser de nuevo mi esposa —dijo sonriente.

—¿He aceptado? —le miró extrañada Julia y por un instante Richard palideció hasta que ella sonrió y se acercó para depositar un suave beso en sus labios—. Definitivamente tendremos que irnos de la ciudad, porque nos desterrarán para siempre —admitió, aunque aquello no le importaba en absoluto, no si tenía a Richard junto a ella.

—¿Por qué? —preguntó él estrechándola entre sus brazos.

—¿Cómo que porqué?, ¿Crees que aceptarían que nos volviéramos a casar?, ¿Después de anular el matrimonio, que contrajera nupcias con tu tío y ahora de nuevo un casamiento contigo? —exclamó siendo consciente de todo el lío que suponía —Me dolerá en el alma no estar cerca de mis amigas, pero imagino que es el precio a pagar por obtener la felicidad —contestó con una sonrisa algo triste.

—No, mi querida y bella esposa —contestó Richard—. No tendrás que dejar a tus amigas atrás porque nunca dejaste de ser mi mujer.

—¿Qué? —exclamó aturdida.

—Nuestro matrimonio nunca fue anulado, para todos aún seguimos casados —afirmó Richard muy sonriente.

—No puede ser... tú me enseñaste el documento aquel día —dijo Julia recordándolo.

—Así es —afirmó—, pero mi tío Thomas hizo algo de lo que le estaré eternamente agradecido —admitió con pesar—. Consiguió de alguna forma que esa anulación jamás se inscribiera en acta, ni fuera oficial.

—¡Oh dios mío! —exclamó Julia abrazándose a Richard mientras las lágrimas saltaban de sus ojos y comenzaba a llorar pensando en la bondad de Thomas y en que les había devuelto la felicidad a sus vidas sin siquiera estar presente—. ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ahora Julia tras procesarlo.

—David me lo dijo el día de la lectura del testamento —afirmó sin dudarlo.

—¡Sabías que tú eras el duque de Sheraton y aun así no dijiste nada!, ¡Me hiciste creer que era nuestro hijo! —exclamó asombrada.

—Necesitaba que me aceptaras de nuevo, quería que me perdonaras sin la presión de sentir que aún era tu esposo. Tenías que elegirme libremente o de

lo contrario, me iría y te dejaría ser feliz —contestó Richard acariciando su rostro.

—Eres el hombre del que me enamoré —admitió Julia—. Sabía que bajo toda esa fachada de orgullo y apariencia existía el hombre que eres ahora.

—Tu viste en mi lo que nadie más pudo ver... y sí, por ti descubrí quién quería ser realmente, me hiciste darme cuenta de mis errores y mi inmadurez —admitió Richard mientras cogía la mano de Julia y se la llevaba a los labios para darle un dulce beso.

—Te amo Richard, esposo mío —sonrió llena de felicidad.

—No más que yo Julia; mi amante, mi bailarina, mi ninfa, mi querida y más que deseada esposa. Te amo.

Richard pasó la noche prácticamente en vela, no creyéndose que aquello fuera real, pensando que tal vez si se dormía, todo fuera producto de su imaginación y Julia se desvaneciera con sus sueños, porque aún no dejaba de creer que aquello fuera precisamente un sueño.

—Buenos días hermosa dama —dijo Richard en cuanto vio como aquellos orbes preciosos se abrieron ante su presencia.

—Buenos días —contestó Julia sonriente y siendo consciente de su desnudez y el leve roce con el cuerpo desnudo de su esposo.

—Creo que jamás me cansaré de observarte, pero sobre todo de admirarte mientras duermes —anunció Richard acariciando su rostro con los dedos—. Es una lástima que debamos abandonar este lugar inmediatamente antes de que sea más tarde y alguien nos descubra saliendo de aquí —terció mientras se acercó a los labios de su esposa y le robaba un cálido y dulce beso que ella le devolvió tenazmente.

Julia se vistió con aquellos ropajes que llevaba de bailarina y se sintió algo avergonzada al llevarlos a plena luz del día delante de él, aunque se ocultara bajo aquella capa.

—¿Bailarás para mí en alguna ocasión? —preguntó Richard apreciando la tela roja que se dejaba ver bajo la capa en la que se hallaba envuelta mientras volvían en carruaje hacia la mansión de los duques de Lennox.

—Es posible... —contestó vagamente.

—¿Posible? —ironizó Richard.

En aquel momento la agarró de la mano y estiró de ella ya que estaba sentada frente a él, de forma que cayó sobre su regazo para apresarla entre sus brazos. Julia no se esperó aquella acción por parte de su esposo... «Esposo» era extraño volver a pensar en Richard de aquel modo, pero desde luego no podía estar más agradecida a Thomas por haber evitado que su matrimonio se anulara. Su pérdida era ahora más dolorosa debido a que tenían demasiadas cosas que agradecerle. Tal vez su partida había sido un punto clave para que ellos volvieran a unirse, pero echaría en falta su sabiduría, su bondad y su increíble gentileza... por no decir que hubiera deseado que Richard supiera quién era realmente su padre y que fuera el mismísimo Thomas quien lo confesara.

—¿Cómo que posible? —repitió Richard sacándola de su leve ensoñación.

—¿Te gustaría? —replicó ella con un ademán de sonrisa.

—Me encantaría —confesó—. Debo admitir que no hay nada más sensual que verte bailar para mí...

—Tal vez lo haga —contestó perdiéndose en aquellos ojos verdes—. Pero nunca sabrás en qué momento y jamás será cuando lo desees...

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque entonces dejaría de ser excitante para ti —contestó segura de sí misma.

—Entonces anhelaré la llegada de cada uno de esos instantes en los que decidas bailar para mí —dijo Richard mientras depositaba un casto beso cerca de la comisura de sus labios—. Hasta entonces me conformaré con tenerte en mi lecho cada noche y admirarte cada amanecer.

—Richard... —jadeó—. Haces que desee que llegue la noche —añadió mientras buscaba instintivamente sus labios.

—Yo también lo deseo mi amor... yo también...

Decidieron no perder más tiempo en la ciudad y emprender el camino de regreso a la mansión de campo para terminar de pasar el verano, el pequeño Richard junior estaba demasiado intranquilo debido al sofocante calor de la ciudad y era lo más conveniente.

En cuanto llegaron, Richard se encargó de mencionar la nueva situación al mayordomo de la mansión para que informara al resto del personal de la casa, decretando que él era el verdadero duque de Sheraton y que *lady* Julia era su

esposa a pesar de lo que todos habían creído. Para su sorpresa no hubo consternación como había creído en un principio y finalmente el mayordomo terminó admitiendo, que todos en aquella casa, sabían la condición real de *lady* Julia y que el matrimonio con *lord* Thomas nunca fue verídico, solo que su antiguo señor les habló de la importancia de que todos actuaran frente a su señora como si realmente lo fuera.

Con ese concepto volvió hacia sus aposentos, los mismos que ahora compartiría con su esposa sin dejar de pensar en la astucia de su tío y en cómo había hecho posible todo aquello.

—Gracias tío Thomas —susurró casi para sí mismo deseando haber podido darle las gracias realmente en persona.

Nunca había tenido un trato acorde con él y si era sincero, se arrepentía. Él era el único familiar que le había quedado tras la muerte de sus padres y en lugar de acercarse, lo alejó aún más de su vida cuando en el fondo, ahora sentía por algún motivo inexplicable que siempre había velado por su bien.

Giró la manivela de la puerta y entró en la recámara que correspondía a su esposa, la imagen que instantáneamente tuvo le dejó completamente paralizado. Allí estaba de nuevo su ninfa de los bosques, ésta vez era real, sin necesidad de imaginarla en sus pensamientos o evocarla en sus recuerdos de alguna forma. Allí estaba ella completamente desnuda bajo el agua, con sus cabellos flotando y rodeada de aquellas flores que proporcionaban un asombroso olor a lavanda que se esparcía por toda la habitación.

—Eres absolutamente preciosa —gimió mientras se cruzaba de brazos y se dejaba apoyar en la puerta tras cerrarla.

No quería perderse ni un solo instante de aquella imagen, quería absorberla, retenerla y procesarla para que durase siempre grabada en su mente.

Julia alzó la vista y le miró fijamente. En aquellos ojos brillantes podían insinuarse demasiadas cosas; deseo, pasión, admiración, pero sobre todo amor.

—¿Era así cómo recordabas a tu ninfa de los bosques? —preguntó en aquel tono cargado de un evidente deseo.

—Sin duda alguna, ahora es mucho mejor —contestó mientras comenzaba a deshacerse de la camisa y se acercaba hasta ella lentamente.

—¿Mejor?, ¿Por qué ahora es mejor que antes? —preguntó Julia contrariada.

—Porque ahora sé que me amas, porque ahora sé que te amo y porque ahora sé que siempre permanecerás a mi lado —sentenció mientras introducía sus manos bajo el agua y la alzaba completamente empapada en sus brazos para apresarla cerca de él.

—Por toda la eternidad —gimió Julia acortando la distancia que la separaban de sus labios.

—Ni la eternidad es suficiente si tú estás a mi lado —sentenció Richard justo antes de besar aquellos labios y depositarla sobre aquella cama que sería testigo de las tantas noches de pasión que les esperaba a ambos.

Hacía dos semanas que estaban en aquella mansión y podría decirse que se había asemejado a la luna de miel que nunca tuvieron, puesto que no se habían separado el uno del otro bajo ningún concepto. De hecho, las noches en las que Julia se desvelaba para amamantar a su pequeño, Richard era quien se levantaba en cuanto escuchaba el quejido de su hijo para acercarlo hasta su madre. La faceta paternal que había podido apreciar Julia en su marido no dejaba de impresionarla y sobre todo, enternecerla hasta el punto de desear convertirse de nuevo en madre.

—Mi *lady*, ha llegado esta carta para usted —anunció el mayordomo entrando en el comedor donde estaban tomando el desayuno.

Era la primera vez desde que habían vuelto que bajaban formalmente, puesto que hasta la fecha decidieron pedir que lo sirvieran en su habitación para no tener que abandonar tan temprano el lecho.

—¿Quién es? —preguntó Richard curioso.

—Probablemente se trate de mi madre... o de Emily —anunció sin estar preocupada mientras giró la carta y vio la pulcra letra de Catherine—. Es de Catherine —sonrió mientras la abría.

Había escrito días atrás a sus amigas y a su familia relatándoles brevemente los últimos acontecimientos, sobre todo, para advertirlas de que no concebía tanta dicha y felicidad por sí mismas.

—Tal vez podríamos hacerles una visita —dijo Richard mientras le daba un sorbo a su taza de té.

—Precisamente Catherine nos invita a pasar este fin de semana en su casa —contestó sonriente tras leer las palabras de su amiga y guardar la carta cuidadosamente en el bolsillo de su vestido—. Le contestaré inmediatamente para decirle que asistiremos —añadió con los ojos ligeramente empañados y una excitación ferviente.

—Claro —contestó Richard ausente y en ese momento se giró para ver a su esposa con los ojos brillantes—. ¡Ey! —advirtió antes de que se marchara y cogiéndola delicadamente de la mano—. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

—No —negó sonriente mientras se acercó a él y le dio un cálido beso en los labios no importándole si alguien del servicio les veía—. Solo estoy feliz —añadió—. Y supongo que compartir con los demás mi felicidad me llena de alegría —mintió esperando que él no se diera cuenta.

—A mí también me hace feliz —sonrió mientras le dio otro cálido beso y después dejó que se marchara momentáneamente de su lado.

El camino hasta la casa de campo de sus amigos no estaba lejos, por lo que decidieron salir a media mañana para llegar a la hora del almuerzo y así hacer el viaje más liviano al pequeño Richard junior.

—¿Estás bien? —preguntó Richard acercándose a la ventanilla del carruaje.

Richard hacía el viaje a caballo para que en el mismo carruaje fuera la doncella personal de su esposa y tuvieran espacio suficiente de maniobrar con el pequeño. Julia había estado algo extraña en los últimos días y no se explicaba las razones, de hecho, tampoco sabía explicar el motivo de esa extrañeza, pero lo cierto es que parecía demasiado entusiasta con aquella visita hacia sus amigos. Tal vez fueran cosas de mujeres y la necesidad de confesarse secretos entre ellas...

—Sí —contestó sonriente y con un brillo de felicidad inexplicable—. ¿Cuánto falta para llegar? —preguntó algo nerviosa.

—Poco —contestó alzando la vista hacia el frente—. De hecho, ya se ve a lo lejos la casa —añadió.

«Minutos... estaban simplemente a escasos minutos de que por fin pudiera revelarles aquel secreto que llevaba días carcomiéndole por dentro» pensó

mientras volvía a emocionarse con solo pensarlo.

Catherine y David les recibieron personalmente y les hicieron pasar al gran salón hasta hacer hora para el almuerzo.

—Así que casados —dijo Catherine sonriente—. Juro que estuve a punto de desmayarme cuando David me lo confesó —confesó.

—¿Tú también lo sabías? —exclamó Julia.

—Le hice prometerme que no contaría nada —intervino David a su lado mientras le cogía la mano a su esposa y le daba un casto beso.

—En mi defensa diré que me hizo prometerlo antes de revelar el secreto —admitió Catherine.

—Lo cierto es que alegro que haya sido así. —Sentenció Julia y en ese momento miró a Richard que solo parecía tener ojos para ella.

—Si no hubiera sido así, nunca habría podido saber si solo me aceptabas porque no te quedaba otro remedio que hacerlo o como en este caso, porque realmente deseabas estar junto a mi —admitió Richard.

—Me alegro de que por fin las cosas se hayan terminado aclarando entre vosotros —admitió David con una gran sonrisa.

—No más que yo, amigo mío. En parte debo agradecértelo —contestó Richard delante de todos—. Aunque al que más debería agradecerle ya no esté, pero me alegro de que depositara su confianza en ti.

—¿Estás seguro? —ironizó David con una gran sonrisa.

—¿Cómo que si estoy seguro? —preguntó algo extrañado.

—Quizás sí puedas agradecérselo después de todo —contestó sonriente y en ese momento las puertas del gran salón se abrieron para dejar a un sonriente Thomas apoyado en su bastón.

—¡Oh Thomas! —exclamó Julia mientras perdía las formas y se abalanzaba sobre él para abrazarlo.

—Querida... —susurró mientras le daba palmaditas en su espalda.

—¡No sé si pueda perdonarte lo que nos hiciste! Aunque admito que en estos momentos siento tanta dicha que por el momento no pienso reclamártelo.

—Me alegro —contestó divertido—. Pero tenía que hacerle ver a este necio —dijo señalando con el bastón a Richard—, lo equivocado que estaba y que

no debía cometer el mismo error que yo cometí.

Richard estaba completamente mudo observando a su tío. Estaba vivo, ¡Vivo!

—Tío Richard —susurró sin saber qué decir.

Nunca había sido de expresar sentimientos y lo cierto es que salvo recientemente con Julia, estaba absolutamente contrariado al respecto.

—Por favor —dijo Thomas dirigiéndose hacia los presentes—. Podrían dejarme a solas unos minutos con mi... *pariente*.

—Por supuesto —contestó David mientras animaba a las damas a salir de aquel salón y Julia sonrió justo antes de salir.

—Realmente no sabría por dónde comenzar... —dijo Thomas mientras empezó a caminar acercándose a uno de los sillones.

—No tiene nada que explicarme tío, en realidad soy yo el que debería agradecerle todo lo que hizo por mi debido al comportamiento inaceptable que...

—No muchacho —contestó interrumpiéndole—. En parte yo tengo la culpa por permitir que te convirtieras en el hombre que eras.

—Que sea mi único pariente no significa que deba asumir la culpa de mis errores —admitió Richard no comprendiendo porque se echaba su tío las culpas de su actitud en el pasado.

—Un padre asume todos sus errores, hijo —suspiró.

—Pero usted no es mi padre —afirmó Richard pensando que tal vez, al no tener hijos, su tío lo consideraría como al hijo que nunca tuvo.

—Lo soy —contestó serio—. Yo soy tu verdadero padre, Richard.

—Eso no puede ser... no es posible —gimió Richard llevándose una mano a las sienes—. Mi padre es...

—Tu madre se casó con mi hermano menor porque estaba embarazada y yo no estuve aquí para impedir ese matrimonio —dijo antes de que se hiciera conclusiones erróneas—. Tu madre y yo estábamos enamorados, Richard. Lo suficiente como para haber sido felices durante el resto de nuestras vidas si no hubiera sido porque el destino y nuestros padres nos separaron.

—¿Por qué no me lo dijo nunca? —exclamó Richard sentándose y tratando de asimilar la noticia.

Siempre había detestado al padre que tuvo. Le quiso por la única razón de que era su padre, pero sabía que nunca fue un hombre ejemplar, no era alguien respetable y jamás trató bien a su madre.

—No quise que tuvieras un concepto erróneo de tu madre —admitió Thomas—. Le prometí que serías mi heredero y siempre me mantuve fiel al amor que sentí por ella, no quería que cometieras el mismo error que yo y que perdieras a la mujer que estaba seguro de que amabas, al igual que hice yo.

—¿Cómo podía saber que la amaba? —preguntó aceptando los hechos a pesar de no ser aún consciente de ello.

—Soy tu padre, Richard —sonrió—. Que no me hayas permitido estar cerca de ti no significa que no te conozca. He seguido siempre tus pasos y me he mantenido informado en todo momento.

—Así es como supo de mi decisión en anular el matrimonio —afirmó Richard.

—Si —contestó firme—. Y por suerte el juez de inscripción es un gran amigo mío —sonrió cómplice.

—No sé cómo podré agradecerle todo lo que hizo por mi —admitió Richard sentándose frente a él.

—No necesito tu agradecimiento. Solo me conformo con que me dejes pasar algún tiempo con mis nietos —sonrió vagamente.

—No —dijo negando con la cabeza y Thomas le miró apenado—. No quiero que solo pase algún tiempo con sus nietos, deseo que siempre esté junto a ellos —admitió—. Sé todo lo que hizo por mi esposa, todo lo que ha hecho por mí y me gustaría que viviera con nosotros, padre.

En ese momento el anciano alzó la mirada con los ojos brillantes. No había esperado aquello, pensó que quizá con el tiempo podría tener un acercamiento, pero nunca que le pidiera que se mudara a vivir con ellos.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, hijo mío —admitió mientras se levantaba y le daba un abrazo.

—Quizá deba contarme cómo era ella de verdad —confesó Richard apenado—. Los recuerdos que poseo siempre son de padre y me atrevería a confesar que ella no era realmente así.

—Ella era la mujer más hermosa, buena e increíblemente bondadosa que pudieras haber conocido —contestó con el rostro completamente iluminado

mientras comenzaba a relatarle quién era en realidad la su madre.

Richard aún no podía creerse que su tío Thomas fuera en realidad su padre. Lo cierto es que una parte de él comenzó a sentirse aliviado sin saber porqué, en realidad sí que lo sabía, tenía un padre que no era vil y cruel, que no era un déspota. Su padre, su verdadero padre le había demostrado con creces lo importante que era para él y saber que había renunciado a casarse, a tener descendencia solo para que el ducado fuera de su único hijo legítimo le hacía ver el sacrificio que había hecho durante años por amor hacia él y hacia su madre.

—Me alegro de que le hayas aceptado de buen agrado —confesó Julia cuando Richard le relató que Thomas era su verdadero padre—. Y más aún de que esté realmente vivo, ¿No estás enfadado porque no te lo hubiera contado? —preguntó con pesar.

—No —negó—. Creo que es algo que nunca habría aceptado de la misma forma si me lo hubiera revelado otra persona —admitió Richard.

—Ahora somos una familia —sonrió—. Una familia de verdad —sonrió mientras le abrazaba.

—No hace mucho tiempo, pensar en familia me habría causado pánico, repulsión y en parte miedo —sonrió Richard—. Ahora no hay nada que más que tener una familia contigo.

—Ámame Richard —susurró cerca de sus labios.

—Siempre Julia... nunca lo dudes, te amaré por siempre.

La felicidad existe y los deseos, cumplen... al menos era lo que pensaba Julia ahora que su dicha era completa.

Fin

Sigue leyendo...

PROXIMA ENTREGA

EL SEXTO SENTIDO



La señorita Susan Brandon es una joven de gran belleza que sueña con encontrar el verdadero amor desde que era pequeña y a pesar de recibir numerosas propuestas de matrimonio, se ha negado a todas ellas por su creencia en ese sentimiento conmovedor. Prefiere ser una solterona, antes que permanecer junto a un caballero por el que no sienta nada, aunque sus deseos no coinciden con los de su padre, que la ha prometido en matrimonio al ser más frío y calculador que jamás ha conocido.

El duque de Buccleuch ha perdido dos esposas, las cuáles han muerto en circunstancias atroces mientras daban a luz a sus hijas. Esa era la razón por la que debía volver a casarse, necesitaba un heredero para el ducado y la hija de su vecino, el señor Brandon, le parecía una candidata tan válida como otra cualquiera. Después de perder a dos esposas, no estaba dispuesto a volver a sentir algo por otra dama. Solo necesitaba que su nueva esposa le diera un hijo y era lo único que iba a obtener de ella.

Avance de El Sexto Sentido

Inglaterra 1823. Londres 6 de mayo

La señorita Susan Brandon se encontraba en su habitación peinando sus largos cabellos de aquel color rojizo cuyo rasgo la caracterizaba entre el resto de sus amigas. Aquella tarea era una de sus favoritas al terminar la jornada del día, quizá porque era el momento en el que se abandonaba a sus ensoñaciones y se recreaba frente al espejo mientras dejaba su imaginación volar en la búsqueda de un apuesto caballero que vendría a demostrarle que el amor existía, del que se enamoraría perdidamente y al fin se casaría, sobre todo para terminar el tormentoso discurso diario de su madre sobre el matrimonio, que no la dejaba ni a sol ni a sombra cada día desde que hizo su aparición en sociedad hacía ahora dos años.

Era consciente de que con su edad corrían ciertas habladurías al no haber contraído aún matrimonio, de hecho, había rechazado tantas peticiones que incluso había perdido la cuenta por su ansiada búsqueda del amor y es que ninguno de sus pretendientes había conseguido que sintiera mariposas en su estómago o que al menos pudiera tener una posibilidad de enamorarse en un futuro de él.

Al menos contaba con el apoyo de su padre que deseaba verla feliz, muy al contrario que su madre que no dejaba de recriminar que iba a quedarse solterona a ese paso, a pesar de que la buena mujer, sabía que prefería estar sola antes de casarse con un caballero por el que no sentía absolutamente nada.

Alguien llamo a su puerta e inmediatamente abrió antes de que respondiera, intuyó que sería su madre puesto que era la única que siempre entraba así en su habitación

—Querida, ¿Tienes un momento? —preguntó la señora Brandon.

—Por supuesto madre —contestó Susan dejando el cepillo sobre el tocador y alzándose de su asiento.

—Mañana vendrá a cenar a casa el duque de Buccleuch —afirmó la madre de Susan—. Como bien sabes se acaba de mudar hace poco a nuestro vecindario y es un caballero de gran renombre, por eso tu padre le ha invitado a cenar

formalmente —concluyó.

—Está bien madre —sonrió Susan.

No era la primera vez que tenían invitados en casa, tampoco entendía la importancia. Era cierto que su casa no solía ser frecuentada por duques, pero imaginaba que sirviendo una cena que estuviera a la altura de las circunstancias, el caballero quedaría satisfecho.

—Quiero que te pongas el vestido en tonos naranjas que recogimos ayer de Lynet's —añadió la señora Brandon.

—¿No cree que es demasiado para una cena en casa? —preguntó extrañada Susan.

Su madre había encargado aquel vestido ciertamente lujoso entre su colección para una ocasión especial en la que debiera lucirlo.

—Por supuesto que no, es una cena formal y nuestro invitado es de alta nobleza, desde luego que no está fuera de lugar.

—Madre... —refunfuñó Susan entendiendo lo que pretendía conseguir.

—¿Qué? —exclamó—. Solo quiero causar una buena sensación al duque de Buccleuch, nada más —añadió marchándose.

Si... nada más, seguro que solo sería eso lo que su madre pretendía, no tendría nada que ver con que el duque de Buccleuch era viudo por partida doble y que de ambos matrimonios había tenido una hija en cada uno de ellos, es más, existían rumores de que buscaba una tercera esposa que le diera el heredero a su ducado, pero ella desde luego, no iba a serlo.

Susan no había conocido al duque de Buccleuch salvo por los rumores y habladurías que habían mencionado sobre él. Lo cierto es que cuando bajó a la noche siguiente por aquella escalera y entró al salón donde tendría lugar la cena y en la que ya se encontraba su excelencia, jamás esperó que fuera un hombre apuesto debido a su edad.

Su cabello de tez negra contrastaba con aquellos ojos de un profundo verde aguamarina que resaltaban en su rostro. Lo cierto era que debía admitir que le resultaba el hombre más atractivo que sus ojos habían tenido el placer de contemplar a pesar de ser unos cuantos años mayor que ella.

—Excelencia, permítame presentarle a mi querida hija, la señorita Brandon —dijo el señor Brandon.

Susan observó como aquel hombre la contemplaba sin emitir emoción alguna, simplemente la miró a los ojos un segundo para saludarla.

—Es un placer conocerla, señorita Brandon —dijo en un matiz sin emoción que a Susan le pareció demasiado frío e insustancial.

—El placer es mío *lord* Buccleuch —contestó Susan sonriente tratando de ser cordial, a pesar de que su sonrisa solo fue fingida ante el evidente desinterés del duque hacia ella.

Al menos podría tatar de ser más amable, pensó Susan.

La cena transcurrió en silencio para Susan, puesto que el tema central de conversación fue político entre el duque y su padre salvo por alguna excepción en la que intervenía su madre. Ni tan siquiera sabía porqué hacía acto de presencia si nadie podría notar su ausencia teniendo en cuenta que no se le había pedido su opinión bajo ningún concepto.

Tenía la ligera sensación de que aquel hombre tan serio y taciturno era infeliz, o al menos desdichado. Quizá las dos muertes de sus esposas tenían algo que ver en ello, pero no recordaba quién le había comentado que el duque de Buccleuch siempre había sido bastante frío y calculador, por esa razón era un hombre acaudalado, sabía manejar muy bien sus negocios y no le temblaba el pulso impartir órdenes. Tras finalizar el postre, tanto el duque como su padre se retiraron al salón para fumar uno de los puros que su padre le había ofrecido a su excelencia provenientes de América y que aceptó gustosamente.

Si era sincera, no sabía porqué razón aquel caballero había aceptado la invitación a cenar de su padre, es más, dudaba que alguien como él se mezclara con otros caballeros que no estuvieran en su mismo círculo social. Su padre era un hombre de negocios hecho así mismo y que había amasado su propia fortuna con la fábrica de muebles de diseño, dudaba que aquello fuera del interés de un hombre así, pero tal vez se equivocaba.

—¿Qué te ha parecido el duque de Buccleuch? —pregunto su madre en cuanto se quedaron a solas.

—Me parece un hombre bastante serio —contestó sincera.

—¡Oh Susan!, ¡Pon un poco de tu parte! —exclamó la señora Brandon.

—¿Qué ponga de mi parte en qué, madre? —preguntó alzando una ceja.

—Sabes que tienes que casarte este año, si termina la temporada sin que

tengas al menos un compromiso formal, todos hablarán de que serás una solterona, algo que desde luego ya se comenta por tu terquedad.

—¿Y cree que el duque de Buccleuch es una buena opción para mí? Ha estado casado dos veces, madre. Tiene dos hijas —añadió Susan para dar más énfasis al hecho.

—¿Y qué? El pobre caballero solo ha tenido mala suerte con sus anteriores esposas, pero está buscando una duquesa.

—No cuente con que yo lo sea, madre —dijo Susan mientras se levantaba de la mesa y subía las escaleras sin despedirse.

No le importaba ser una maleducada, desde luego dudaba que aquel caballero se fijara en ella después del desplante que le había hecho al saludarla sin siquiera mostrar interés por ella, tal vez había aceptado la invitación por los rumores de que su padre tenía una hija en edad casadera, pero su decepción al verla le había llevado a tener que soportar la cena por compromiso.

No era digna del duque de Buccleuch, ¿Y qué? Pensó tras meditarlo detenidamente. Había rechazado a docenas de pretendientes sin pensarlo, ¿Por qué le molestaba que aquel caballero no se interesara por ella?

Era la primera vez que la opinión de un hombre le afectaba, pero no iba a dejar que aquello le martirizara, probablemente no volvería a coincidir con el duque de Buccleuch en meses... hasta que recordó que ahora eran vecinos.

Había pasado una semana desde aquella cena en la que su padre había invitado a su nuevo vecino, una semana en la que por alguna razón Susan había soñado en más de una ocasión con aquellos ojos verdes del duque y muy a su pesar tuvo que admitir que deseaba volver a verle aunque no había cruzado palabra alguna con su excelencia.

—Querida, ¿Tienes un minuto? —preguntó el señor Brandon.

Susan cerró el libro que estaba leyendo junto a la ventana que daba al jardín donde tenía más claridad y al mismo tiempo mayor tranquilidad, puesto que su madre no la solía molestar en aquella parte de la casa.

—Sí padre —contestó bajando las piernas del asiento y colocándose de una forma más adecuada.

—Verás... no sé muy bien como decirte esto... —dijo titubeando el señor Brandon.

—¿Ocurre algo padre?, ¿Se trata de madre?, ¿Es algo referente a la fábrica?

—preguntó Susan algo preocupada porque nunca había visto a su padre dudar de algo cuando hablaba con ella. Además, no la miraba a ella, sino que evitaba mirarla fijando la vista en el suelo.

—No, no es eso —negó el señor Brandon—. Tu madre se encuentra perfectamente y los negocios van bien.

—¿Entonces qué ocurre? —insistió Susan.

—Se trata de ti —terció el señor Brandon—. Sé que hasta ahora siempre he accedido a tus peticiones, pero he recibido una propuesta de matrimonio de cierto caballero que no he podido rechazar.

—¿Cómo que no ha podido rechazar? —exclamó Susan abriendo los ojos más aún de lo que ya los tenía abiertos.

—He hecho lo que he considerado más conveniente para ti, Susan. No podía permitirme que le rechazaras y sé que lo harías si te lo preguntaba, por eso he aceptado la propuesta —dijo el señor Brandon con cierto pesar en sus palabras.

—¿Cómo ha podido hacerlo padre! —exclamó Susan con los ojos brillantes—. Si sabe que le rechazaría ¿Cómo pudo hacerlo? —añadió alterada dando por hecho que el caballero no sería de su agrado.

—Tu madre tiene razón Susan, no puedo permitir que termines la temporada sin un pretendiente y ésta era sin duda la mejor oportunidad para asegurarme de tu bienestar y de que no te falte nada en el futuro cuándo yo no esté para protegerte.

—¿Y qué hay de mi felicidad padre? —preguntó Susan—. ¿No se ha parado a pensar en ello? —exclamó al borde de las lágrimas.

—Sé que podrás ser feliz junto a tu futuro esposo, estoy seguro de que te hará feliz.

—¿Quién es? —preguntó Susan airada—. ¿A quién le ha concedido mi mano en matrimonio?

—Al duque de Buccleuch —contestó el señor Brandon.

En aquel momento Susan solo pudo pensar en dos cosas; que aquel hombre no la haría feliz y que su padre acababa de decepcionarla.

AUTORA DE LA OBRA



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación, pero desde pequeña le apasionaron los libros.

Su deseo es que su imaginación no tenga límites, por eso escribe géneros tan dispares como Histórico, Romance, Humor, Chick-lit, Fantasía, Ficción, Erótica o Misterio. Además, asegura que escribe con la belleza de una pluma y la inteligencia de una mujer.

El Sétimo Pecado es su tercera novela publicada de género Histórico de la denominada “Saga Ordinales” constituida por nueve obras, donde relata las aventuras y vivencias de sus protagonistas en la nobleza inglesa del siglo XIX, otorgándoles un toque distintivo de ficción y modernidad, además de centrarse en el romance Histórico.

El Sexto Sentido será su cuarta obra de esta saga, y que próximamente estará disponible para el deleite de todas sus florecillas, como denomina así a sus lectoras.

Para saber más sobre la autora y sus obras, visita su página web:

www.phavyprieto.com